Jorge Dezcallar

ESPÍA ACCIDENTAL



NOVELA

Jorge Dezcallar de Mazarredo

Espía accidental

la esfera de los libros

Primera edición: septiembre de 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com*; 91 702 19 70 /93 272 04 47).

© Jorge Dezcallar de Mazarredo, 2021
© Mapa: L. Javier Velasco
© La Esfera de los Libros, S. L., 2021
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel. 91 296 02 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-182-3
Depósito legal: M. 20.217-2021
Fotocomposición: Creative XML, S.L.
Impresión y encuadernación: Huertas
Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

Palabras preliminares
Prólogo
Mapa
1. La detención
2. Una triste victoria
3. Myriam
4. Canje de cromos
5. Asís
6. Rachid
7. Resurrección
8. Amal
9. La misión
10. Bertrand
11. El bofetón
12. Sauna Suomi
13. Teherán
14. Una lección de geopolítica
15. La filtración
16. No hay vuelta atrás
17. Luz verde
18. Comienzan los preparativos
19. El búnker
20. Dos amigos
21. El primer cumpleaños
22. Operación Garra de Acero
23. El chiringuito
24. La revelación
25. Reencuentro
26. La Casa de Cristal
27. Jerusalén
28. Se prohíben las salidas
29. El día D
30. La negra noche
31. Un aullido de pena
32. La madrugada
33. El rastreo
34. Luna
35. Las reacciones
36. La huida
37. Tirando del hilo
38. Latifa
39. El retorno

40. Alepo
41. El convento
42. La Cuesta de las Perdices
43. Al-Mezzeh
44. Yaakov
45. El padre Matteo
46. Una puta casualidad
47. El cautiverio
48. Latakia
49. Frustración
50. El operativo
51. Contacto
52. Persecución
53. Misión nocturna
54. Las pistas
55. El camino
56. Los rusos
57. Sangre en la arena
58. Que no se sepa
Epílogo

Para Ramón Perelló, que creyó en mí desde el principio.
Para Javier Pelegrí, gran amigo siempre y de siempre.
Para Teresa, que me inspira y me soporta.
Para mis nietos Pilita, Catalina, León, Tristán y Yago.
Y también para los que piensan que la jubilación es aburrida.

«Quem já passou por esta vida e não viveu,
pode ser mais mas sabe menos do que eu».

VINICIUS DE MORAES, «Como dizia o poeta»

Palabras preliminares

Todos nosotros somos el resultado de muchas influencias entre las que destacan la química que nos transmiten los genes, la cultura mamada con la educación recibida en casa y en la escuela, y las experiencias acumuladas a lo largo de los años, que en mi caso han estado dedicados mayormente a la diplomacia en países muy diversos donde he sido invitado a palacios tan lujosos como horteras por sultanes que creen tenerlo todo, y he visitado chozas miserables de refugiados de guerras que todo lo habían perdido. También he tenido el privilegio durante algunos años de conocer por dentro el fascinante mundo de los servicios de Inteligencia, lo que me ha dado la oportunidad de ver el Estado desde una perspectiva que a muy pocos les es dada.

Es inevitable que todo ello confluya de una u otra manera en mi manera de ver la vida y también en la forma en que escribo, y en ese sentido este libro no es una excepción. Pero quiero dejar claro que nada de lo que aquí se cuenta es cierto aunque esté situado en un trasfondo que es muy real y sobre el que inevitablemente proyecto también viajes y paisajes, músicas y olores, personajes y conversaciones, vivencias y momentos que he ido acumulando a lo largo de la vida y que han quedado almacenados un tanto desordenadamente en una memoria que, como dice John Le Carré, es tan resbaladiza como una pastilla de jabón en la ducha. Al menos en esto nos parecemos.

Pero no importa que la memoria sea frágil e incluso es bueno que así sea porque aquí no se trata de recordar nada sino de utilizar las vivencias de toda una vida para crear una obra de ficción en la línea que inteligentemente señalaba Picasso cuando afirmaba que no pintaba las cosas como las veía sino como las imaginaba o las sentía. Este es un relato ficticio a partir de los hechos verdaderos que narro en el prólogo. El resto es inventado y no tiene relación alguna con la realidad, aunque aprovecho como telón de fondo el drama, muy real, de la guerra en Siria y también a algunos de sus protagonistas. Siendo ellos auténticos, nada de lo que les hago hacer o decir lo es, como tampoco lo son los escenarios que les hago vivir. Les pido disculpas por ponerles en situaciones en las que nunca han estado.

Y trato de hacerlo con cierto sentido del humor que es como también me gustaría que se juzgara este libro, consciente como soy de que el humor no es tan abundante en ciertos medios como yo desearía. De igual manera he procurado evitar enredar al lector en excesivos detalles sobre el trasfondo político en el que transcurre la acción, que es un riesgo que acecha a todo diplomático que escribe pues no olvido nunca que, como decía Voltaire, hay que «esforzarse más en ser interesante que exacto, porque el espectador lo perdona todo menos el sopor» y yo no puedo estar más de acuerdo. Espero haberlo conseguido en las páginas que siguen porque el tiempo que nos es dado es corto y estoy firmemente convencido de que aburrir al prójimo debería ser un delito perseguirle de oficio.

Por lo demás, y como también creo que el espíritu envejece más despacio que el cuerpo, hago míos los versos de Lope de Vega cuando decía:

Soy rey de mi voluntad

No me la ocupan negocios
Y ser muy rico de ocios
Es suma felicidad.

Deseo que mis lectores disfruten con este libro tanto como yo me he divertido escribiéndolo.

Valldemossa, 2021

Prólogo

En abril de 2018 publiqué mi libro *El anticuario de Teherán. Historias de una vida diplomática* (Editorial Península), cuyo primer relato daba título al libro. Es corto y lo reproduzco a continuación porque está en el origen de las páginas que siguen:

«La calle Manucheri de Teherán reúne a los anticuarios de la ciudad, igual que sucede con la rúa de São Bento en Lisboa o la vía dei Coronari en Roma. Durante una época de mi vida tuve que viajar mucho a la República Islámica de Irán por motivos de trabajo y aprovechaba ratos libres para pasar por Manucheri y visitar sus tiendas, que, por lo general, estaban vacías, pues en aquella época posterior a la revolución de Jomeini los extranjeros eran muy pocos y los turistas no existían. No lograba explicarme cómo aquellos anticuarios podían sobrevivir. No oculto que la situación favorecía el regateo, aunque no fuera esa una técnica que entonces dominara, como hago (o creo hacer) después de haber pasado cuatro años en Marruecos. A todo se aprende. En una de esas tiendas compré un día una maravillosa puerta persa de dos hojas pintadas con figuras humanas vestidas con lujosos ropajes y con escenas de cazadores a caballo que procedían de un palacio de Isfahan, según me explicó el vendedor. ¡Vaya usted a saber! También me dijo que eran de finales del siglo XVIII o principios del XIX y lo creí porque, además, en aquellos años no se hacían falsificaciones en Irán, aunque solo fuera porque no había compradores a los que engañar. Sea como fuere, lo cierto es que eran preciosas y que se encontraban en muy buen estado de conservación. No eran unas puertas baratas y tuve que hacer tres visitas a la tienda, en viajes sucesivos, para regatear y obtener un precio aceptable. Durante esa larga negociación, regada con abundantes tazas de té, trabé cierta amistad con el anticuario, un viejo judío llamado Raphaël, al que seguí viendo en viajes posteriores.

»Debo de tener cara de bueno, y espero serlo, aunque a veces me gustaría que se me notara menos (como cuando juego al mus), porque, en uno de esos viajes, y sabedor de que regresaba a España al día siguiente por algún comentario mío, el anciano Raphaël me pidió que le acompañara al fondo de la tienda donde levantó una cortina hecha con una alfombra vieja y polvorienta y me hizo pasar a la trastienda de su establecimiento, un lugar que hasta entonces nunca había visitado, apenas iluminado y repleto de objetos antiguos recubiertos de polvo y, solos allí los dos, me preguntó en voz muy baja si le podría hacer un favor muy personal. Hablábamos en francés. Asentí con cautela y sin comprometerme, pues la República Islámica de Irán no es un lugar donde uno pueda fiarse de nadie, y esperé a ver qué me pedía. Entonces sacó del fondo de un cajón un pequeño paquete envuelto en papel de periódico, que desdobló con mucho cuidado y con una cierta reverencia, descubriendo ante mis ojos un collar que me pareció antiguo y que era de oro, coral y aguamarinas. Según me dijo mientras me miraba con ojos acuosos, era una joya que había pertenecido a su esposa, fallecida algunos años antes. Raphaël quería que me la llevara y que desde España se lo hiciera llegar a su hija, que se iba a casar en California un par de meses más tarde. Dadas las pésimas relaciones entre el régimen del ayatolá Jomeini y los norteamericanos, humillados y sin relaciones diplomáticas desde el asalto de la embajada en Teherán y la toma de rehenes, ni unos ni otros le dejaban viajar a los Estados

Unidos para asistir a la boda de su hija y tampoco podía hacer el envío por correo desde Teherán.

»Me miraba con ojos muy tristes y suplicantes, pero con una lucecilla de esperanza bajo el temblor mortecino de una vieja lámpara de mesa que apenas alumbraba la escena. Yo dudaba pues temía una trampa, pero cedí cuando su mano huesuda y gastada por los años apretó mi brazo y me suplicó con los ojos húmedos: "Llévaselo, señor, así su madre y yo estaremos de alguna forma con ella en ese día tan importante de su vida. Te lo pido desde el fondo de mi corazón".

»De forma que ni supe, ni pude, ni quise negarme, y le dije que sí, que lo haría con la condición de que hiciera delante de mí el paquete que quería que yo llevara y en el que, junto al collar, introdujo una nota apresuradamente garrapateada en farsí. Luego, en otro papel que yo guardé en mi billetera, escribió con caracteres latinos el nombre de su hija y sus señas en Los Ángeles.

»Me despidió con muchos agradecimientos en la puerta de su tienda. Al llegar a Madrid, envié el paquete por correo certificado a Los Ángeles y algún tiempo más tarde recibí una carta de agradecimiento con una foto de una joven atractiva, morena y menuda, vestida con un traje largo y brillante, de seda, satín o algo parecido, y una bonita sonrisa sobre un cuello adornado por el collar que yo le había hecho llegar. Me emocionó pensar lo que había detrás de esa foto y la felicidad de aquella novia que llevaba sobre su corazón el calor de la madre muerta y el abrazo del padre lejano pero feliz al saber que ella lo era. Y que, de alguna forma, le acompañaba en Los Ángeles el día de su boda.

»Nunca más volví a ver a mi amigo Raphaël. Su tienda de antigüedades había cerrado en un posterior viaje mío a Teherán y solo encontré respuestas vagas en los comerciantes vecinos. Las puertas persas que le había comprado me las trajo a España años más tarde el embajador José María Sierra y hoy me recuerdan, cada vez que las veo, al anciano anticuario judío de Teherán con su mirada suplicante y esperanzada a la vez, mientras ponía en mis manos aquel collar que había sido de su mujer para que lo luciera su hija el día de su boda en un país lejano».

Hasta aquí lo que escribí en mi libro. Lo demás que yo recordaba de aquella noche es que tan pronto como salí de la tienda me subí al coche que me aguardaba frente a la puerta, teniendo buen cuidado de no meter el pie en las enormes zanjas que bordean las aceras de Teherán como sumideros al descubierto y son al mismo tiempo peligrosas trampas para el extranjero no habituado, pues es fácil andar distraído o pendiente del desordenado tráfico de la ciudad y acabar dentro de la alcantarilla y, lo que es aún peor, con una pierna rota y camino de un hospital de incierta limpieza y pocos medios debido a las sanciones internacionales que pesaban y pesan aún hoy sobre el régimen de los ayatolas. Desde luego, no sería el primero ni con certeza el último en pasar por ese trance en la capital de la República Islámica. De modo que salvé con agilidad la zanja y regresé a mi hotel en el automóvil que amablemente había puesto a mi disposición el embajador.

Lo que entonces ignoraba era que la historia no terminaba ahí y que tampoco lo hacía cuando regresé a la calle Manucheri un año más tarde y me encontré con la tienda de Raphaël cerrada, resultando vanos todos los intentos que hice preguntando por su paradero a los comerciantes vecinos. Nadie le había visto y nadie sabía nada.

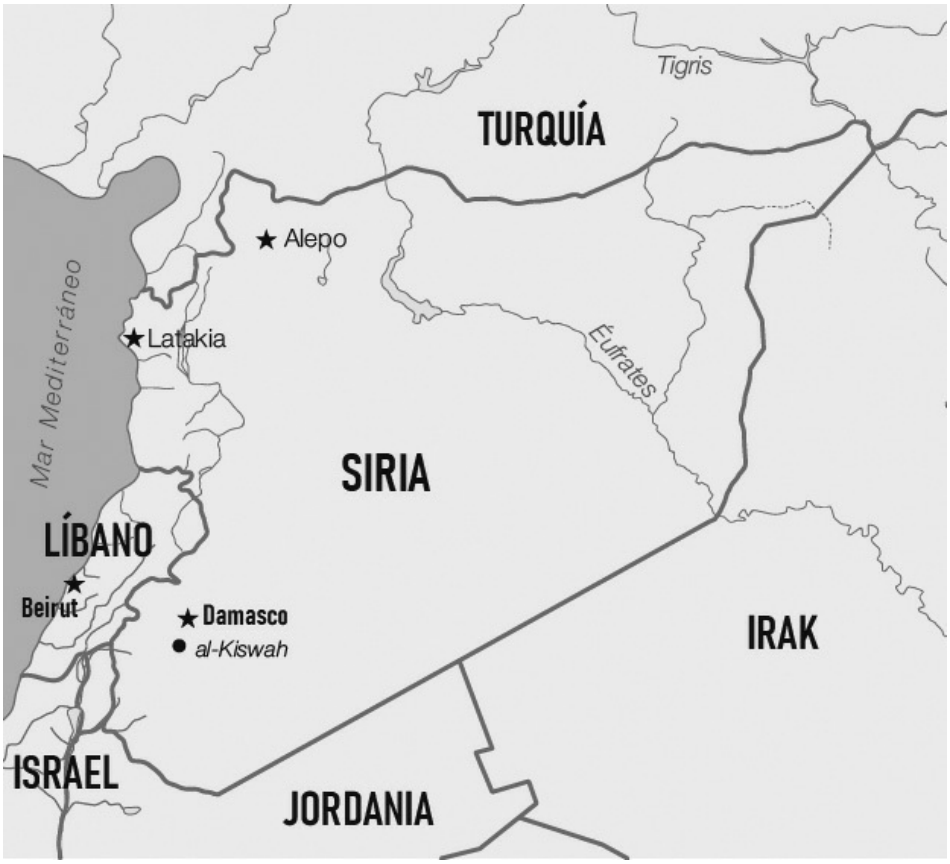
Hasta que, a raíz de la publicación de mi libro, recibí la llamada de un viejo amigo del Mossad, conocido en una vida anterior, a quien se lo habían enviado desde Madrid. Mi amigo lo acababa de leer en Jerusalén y, tras las habituales felicitaciones, me dijo tener información sobre lo acontecido a aquella joven de Los Ángeles, no sin advertirme que eran noticias tristes.

Confieso que me picó la curiosidad y para verle aproveché una invitación de la Universidad Hebrea de Jerusalén que recibí unos meses más tarde. Ya en Tel Aviv le llamé y quedamos para cenar en un pintoresco restaurante libanés de Jaffa, frente al mar. Era un día fresco y desapacible de invierno, con olas embravecidas y nubes grises, bajas y deshilachadas, y allí mi amigo Efraim me contó lo que sabía de Myriam, que era como se llamaba la joven, mientras comenzaba una lloviznaba fina y persistente y las luces de Tel Aviv brillaban al fondo de la bahía.

—La que cuentas es una historia melancólica pero bonita. Pero no termina donde tú crees, porque es ahí donde comienza. Te adelanté por teléfono que es una historia triste, ¿estás seguro de que quieres conocerla?

Llegados a ese punto no había vuelta atrás, habían pasado casi treinta años de aquellos hechos y, además, confieso que me moría de curiosidad. Y, naturalmente, le dije que sí, porque, más que querer, necesitaba conocer lo ocurrido.

Lo que a continuación relato procede de lo que entonces me contó Efraim y de lo que posteriormente he podido añadir yo con una investigación propia y hablando con alguno de los participantes en esta historia.



Mapa

1. La detención

—Tan pronto como tu automóvil se perdió de vista, tres hombres salieron del portal situado frente al anticuario y, sin decir palabra ni tampoco ocultarse, se hicieron con las llaves, echaron el cierre al negocio e introdujeron al pobre viejo en un coche que se acercó a recogerle y que se perdió luego sin prisas en el caos que es la circulación en la capital iraní. —Efraim hablaba con lentitud, como si estuviera mentalmente viendo lo que me contaba—. Todo ocurrió con rapidez, con profesionalidad y sin aspavientos innecesarios, la resistencia de Raphaël ante aquellos tres hombres fue meramente simbólica, y solo cuando todos se fueron, se atrevieron los atemorizados vecinos a intercambiar miradas de circunspecta conmiseración, como pensando en silencio que lo mismo les podía ocurrir a ellos en cualquier momento y que cuanto menos hablaran y menos supieran, mejor para todos. En ese mundo saber no es poder, pues el que menos sabe es el que está más seguro…

»Por eso, no es que los vecinos no te quisieran contestar cuando regresaste haciendo preguntas un año más tarde, es que tenían miedo de que los vieran hablando con aquel extranjero que llegaba al barrio una vez al año en un coche con chófer y matrícula diplomática.

—Que los vieran… ¿quiénes? —interrumpí yo.

—¿Quiénes iban a ser? Pues los que se llevaron a Raphaël aquella noche y que no se sabía si eran policías secretos, miembros del servicio de inteligencia VEVAK o de la aún más temida seguridad ciudadana que dirigían los Guardianes de la Revolución Islámica, los *pasdaranes*, que bajo la protección del líder supremo Alí Jamenei constituyen un auténtico Estado dentro del Estado y se sitúan por encima de la ley, además de ser el cuerpo de élite de la intervención iraní en la guerra de Siria. El que cae en garras de los *pasdaranes* puede desaparecer perfectamente de la faz de la tierra sin que nadie se atreva a preguntar y menos aún a pedir cuentas, por algo tiene la República Islámica el mayor porcentaje per cápita del mundo en el número de ejecuciones, nada menos que mil por año, casi nada. Por eso no te contestaban cuando les preguntabas, bajaban los ojos y negaban con la cabeza de forma exagerada mientras apretaban los labios como queriendo que quedara claro para quienes podían observarles, o incluso quizás les filmaban desde lejos, que ellos no te habían dicho nada. Absolutamente nada. «Ese, con su pasaporte diplomático está a salvo —debían de pensar—, pero a nosotros nadie nos protege y lo mejor es no arriesgarse». De ahí que nadie te contara lo que ocurrió, nadie se atrevió.

Tras detener un momento su relato para dar un sorbo a su copa de vino, Efraim continuó:

—Raphaël durmió aquella noche sobre un banco de madera en una habitación más estrecha que ancha, de alto techo, una ventana cerrada y una triste bombilla de luz amarillenta colgada de un hilo sobre su cabeza. Un orinal y una mesa donde un guarda depositó una bandeja mellada con un tazón de sopa y un vaso de plástico con agua era cuanto le rodeaba. Y allí le dejaron, sin ninguna explicación. A un viejo judío iraní, acostumbrado a esporádicas vejaciones, a pesar de la relativa tolerancia del régimen con sus judíos, no le sorprendió que nadie dijera una palabra y que sus débiles preguntas fueran respondidas con un espeso silencio. Pensó que lo ocurrido podría quizás tener que ver con vender antigüedades a un extranjero, aunque eso lo hacían todos

los comerciantes de la calle Manucheri… cuando tenían la suerte de que alguno cruzara el umbral de su negocio, y eso no ocurría casi nunca porque Irán, a pesar de sus muchas bellezas artísticas y naturales, desde Isfahán a Persépolis o las playas del mar Caspio, no figuraba en aquellos años en las guías de turismo del mundo. Apenas viajaban extranjeros al país, los que llegaban lo hacían por motivos profesionales de distinto tipo y los pocos iraníes que se acercaban por Manucheri no lo hacían para comprar sino para vender alguna herencia de los abuelos que les ayudara a llegar a fin de mes. Manucheri era una calle sin vida.

El relato de mi amigo Efraim llevó mis recuerdos hacia aquella misma noche en Teherán. Ignorante de la detención de Raphaël, aquel día cenaba yo en la residencia de los embajadores de España que, aunque tenían las ventanas de su dormitorio selladas con sacos terreros, pues la guerra con Irak hacía que los misiles cayeran con cierta regularidad sobre Teherán (también lo hacían sobre Bagdad) y ya habían tenido algún susto, no por ello habían perdido la alegría y las ganas de divertirse. Ni el sentido de sus obligaciones profesionales cuando tenían un director general de visita en el país, algo que solo sucedía de uvas a peras. La cena era en mi honor y a ella habían sido invitados un par de embajadores europeos con los que siempre me resultaba interesante cambiar impresiones sobre la situación interna y regional, y varias parejas de iraníes que no pertenecían al mundo oficial sino a profesiones liberales, como médicos, arquitectos, escritores y profesores. Recuerdo que también había un pintor de pincel, a mi juicio, excesivamente colorista, como si quisiera escapar del oscurantismo del régimen teocrático instaurado tras la revolución. En cuanto cruzaban el umbral de la embajada, todas las mujeres, tanto europeas como iraníes, se desembarazaban con soltura del lúgubre chador que les cubría por la calle y les daba un aire de cucarachas semovientes, como si la muerte saliera a pasear, y se presentaban con atrevidas minifaldas de vivos colores, lo que me pareció tan lógico como respetable en la asfixiante represión que sufrían en su vida diaria, aunque en Irán pudieran conducir e ir al cine, debidamente acompañadas, cosa que no sucedía en ese país tan mimado de Occidente que es Arabia Saudita. Atravesar el umbral de la puerta de la embajada era entrar en otro mundo, como meterse en una máquina del tiempo que le llevara a uno desde la Edad Media a la actualidad. Fue una noche muy animada y divertida.

Al salir, un joven arquitecto y su mujer, que vivían cerca del hotel Azadi donde yo me alojaba, se ofrecieron a acercarme en su coche, cosa que les agradecí para evitar meterme solo en un taxi de noche en una ciudad desconocida y no molestar tampoco a mis anfitriones, que supongo que no lo hubieran permitido. Apenas habíamos recorrido doscientos metros cuando un grupo de muchachos muy jóvenes, quince o dieciséis años como mucho, surgió de las sombras delante de nosotros obligándonos a parar el vehículo entre mucha gesticulación. Llevaban una cinta verde con una leyenda en farsi amarrada en torno a la frente y unos fusiles que me parecieron muy grandes para su propio tamaño. Con mucho grito y mucha algarabía y con un par de cañones metidos por las ventanillas del coche, lo que era poco tranquilizador a la vista de su edad, nos preguntaron si llevábamos alcohol o cintas de música occidental, que son dos cosas severamente prohibidas por los clérigos que controlan el país desde 1979. El conductor, probablemente acostumbrado a este tipo de situaciones, respondió calmamente que no, que no teníamos ni alcohol ni música, y era cierto, aunque rebuscaron someramente y sin éxito en la guantera y en el maletero. Allí el único licor era el que nosotros tres llevábamos en el cuerpo, y no era poco. Pero por ese no preguntaron. Luego nos pidieron la documentación y les impresionó mi pasaporte diplomático y algo que les dijo el dueño del coche. El caso es que nos dejaron pasar.

Al día siguiente, el embajador me acompañó en su coche oficial al aeropuerto y yo bromeaba diciéndole que no lo hacía por amabilidad sino porque quería tener la certeza de que de verdad me iba y le dejaba tranquilo. Le conté lo que me había pasado al salir la noche anterior de su casa y él entonces me refirió que un vecino del barrio había sido pillado hacía poco con un par de botellas de ginebra en el coche y condenado a doscientos latigazos, que le fueron administrados con unas varillas flexibles de bambú en una plaza vecina. Para escarmiento público.

Años más tarde, cuando escribo estas líneas y sabiendo lo que ahora sé, no estoy seguro de que aquellos mozalbetes se interesaran por el alcohol o la música occidental, sino que más bien creo que se trató de detenerme una vez que salí de la embajada para dar tiempo a completar su trabajo y a escapar a los que debían de llevar un buen rato en mi habitación revisando mis pertenencias. Lo sé porque había dejado una camisa en el armario sobre todas las demás con una doblez especial en la manga derecha, y porque un imperceptible trocito de hilo negro caía necesariamente al suelo si se abría la cremallera de la maleta. Es algo que he hecho de forma mecánica durante muchos años cuando viajaba a ciertos países. Y aquella noche faltaba la doblez en la manga y también faltaba el hilo. Pero no me extrañó que hubieran revisado mis pertenencias, era lo normal con un diplomático extranjero que además es director general de visita en el país y, por eso, en cuanto llegué a Teherán, había dejado mi cartera con documentos confidenciales en la cancillería de la embajada, bajo la custodia del embajador. Por otra parte, tampoco noté que faltase nada. Sin ir más lejos, allí estaba el collar que me había dado Raphaël aquella misma tarde y que yo había guardado en el cofre de la habitación, y que, como medida de precaución extraordinaria, había mantenido en todo momento alejado del papelito con el nombre y señas de su hija en Los Ángeles, que ya en la misma trastienda había metido en mi billetera y esa me acompañó a la cena de la embajada. Este fue un detalle importante en lo que sucedió luego, porque junto al collar estaba la carta que el viejo anticuario dirigía a su hija en Los Ángeles y que sin duda los merodeadores leyeron o fotocopiaron. Pero no tenían la dirección.

2. Una triste victoria

Efraim continuó con su relato:

—Tú lo ignorabas, pero mientras tomabas un avión para regresar a Madrid vía Zúrich, Raphaël era interrogado por Hossein Assafí, así se presentó con una sonrisa, jefe del departamento de contrainteligencia de la VEVAK, en un piso de un edificio aparentemente anodino en las primeras estribaciones del monte Alborz, que domina la ciudad y que se podía ver desde una ventana solo cubierta por una leve cortina roja que el aire hacía ondular con gracia. Su interés aparente era saber qué te había dado a ti, aunque de eso ya estaba enterado y, sobre todo, la dirección de su hija en Los Ángeles, asunto por el que mostraba un interés desmedido que nunca le explicó. Raphaël confesó haberte entregado para ella, como regalo de boda, un collar que había pertenecido a su madre muerta. Y ahí empezaron sus problemas. «Hablar de estas cosas con un extranjero desprestigia a la República Islámica, tenías que haber ido con el paquete al servicio de Correos y pedir que lo enviaran a los Estados Unidos», le dijo Assafí.

»Raphaël se permitió responder con suavidad que no existían comunicaciones postales entre ambos países y que, en todo caso, si hubiera depositado el collar en Correos lo hubieran robado los funcionarios antes incluso de darle tiempo para abandonar el edificio. Esos comentarios provocaron que le llovieran acusaciones de "judío" y "mal patriota" que solo obtuvieron de él una triste sonrisa, como la del que ve una película conocida y ya sabe el final. Y no se equivocó, porque cuando se negó a dar las señas de su hija le empezaron a llegar los golpes con la mano abierta en la nuca, primero, y más tarde con el puño cerrado en el abdomen a cargo de dos individuos de la VEVAK que habían tenido buenos maestros en su predecesora la policía secreta del sha, la temible SAVAK.

Yo escuchaba fascinado y en silencio. Arreciaba la lluvia mientras Efraim proseguía su narración sin detenerse:

—Ante los puñetazos se dobló de dolor, cayó al suelo y vomitó. Luego debió de perder el conocimiento. Cuando despertó, el escenario había cambiado, pues se hallaba en el suelo, solo, en un cuarto sin ventantas y en penumbra que no tenía la menor idea de dónde podía estar. Tampoco sabía la hora que era, ni si era de día o de noche y no le importaba demasiado porque era viejo, estaba solo y cansado, había tenido una vida que le había permitido vivir de su trabajo sin hacer daño a nadie, un negocio en el que ya solo entraban las moscas, una mujer a la que adoraba y que una enfermedad cruel le había arrebatado, y una única hija a la que no veía desde hacía años y no iba a permitir que nadie le hiciera daño. Lo demás era secundario, aunque se daba perfecta cuenta de que si no daba la dirección de Myriam en Los Ángeles las posibilidades de salir de allí vivo eran muy escasas. Y él tenía muy claro que la protegería, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo. Pensaba en ello y observaba una solitaria cucaracha moverse despacio por el otro extremo del cuarto. «Vosotras sois las eternas —musitó con media sonrisa —. Estabais con los dinosaurios y estaréis cuando ya no haya humanos sobre la tierra. Y tú, concretamente, tienes también muchas probabilidades de sobrevivirme a mí».

»No tuvo que esperar mucho porque pronto entraron en el cuartucho los dos individuos que

le habían golpeado antes y que, sin decir palabra y con aires de quien está acostumbrado, lo levantaron del suelo y lo sentaron en la silla que constituía la única pieza de mobiliario de la habitación. Solo entonces pudo ver unas sogas que colgaban del techo y que no le dieron buena espina. En ese momento oyó cómo la puerta se abría y cerraba con un gesto enérgico y se halló frente al hombre que le había dicho ser jefe de contrainteligencia o algo parecido y tuvo que reprimir una sonrisa. Si él estaba contra la inteligencia, le tocaría a él, Raphaël, estar a favor.

»Esta vez no hubo presentaciones y Assafí fue directo a lo que deseaba saber:

»—Viejo, no nos hagas perder el tiempo y no malgastes tú el que te queda. Si me das las señas de tu niña en América, te prometo que no te haremos daño y tú podrás volver a tu negocio.

»—¿Y si no las doy?

»—Entonces solo tú serás responsable de lo que te pueda ocurrir.

»—Mire, mi hija es lo único que me queda y quiero que la dejen en paz.

»No vio venir el bofetón, esta vez más fuerte y en la cara. Sus gafas salieron volando y los cristales se rompieron al golpear el suelo. “Mejor, así no veré lo que me hacen”, pensó. Y no pensó mucho más porque tras el primero cayeron otros dos guantazos que le dejaron zumbando los oídos. “Ahora ni veo ni oigo”, se dijo mientras procuraba enderezar el cuerpo para no caer de la silla.

»—Te daré una última oportunidad —dijo Assafí con voz sibilante—, y luego será responsabilidad tuya cuanto ocurra.

»No contestó porque no podía, tenía la boca llena de babas y sangre, y además tampoco tenía nada que añadir.

»—Tú lo has querido.

»La voz había perdido toda entonación personal y le sonó fría como el hielo. “Un poco de hielo ahora no me vendría mal”, sonrió para sus adentros, sabiendo que aquello solo acababa de empezar y que lo peor estaba por llegar.

»Cuando Assafí salió de la habitación, uno de los matones lo levantó en vilo mientras el otro rasgaba su ropa con movimientos bruscos. Y ya desnudo lo colgaron del garfio del que pendían las cuerdas. “Ya me parecía a mí”… pero un dolor brusco y fuerte le hizo gemir a su pesar. Le habían golpeado en las plantas de los pies con una especie de porra. Le pareció mentira la cantidad de dolor que se puede acumular en la planta de los pies y que luego reverbera por todos los rincones del cuerpo. Quiso gritar, pero solo expulsó babas y sangre por la boca. No sabría decir cuánto tiempo le pegaron con aquellas porras. Debieron de cansarse o cambiar de opinión porque al rato salieron y lo dejaron colgado de las sogas y con el cuerpo dolorido como nunca en su vida. Pero orgulloso porque no les había dado la información que deseaban y porque así protegía a su hija que era la única cosa que ya le importaba en este mundo.

»Tampoco podría decir cuánto tiempo permaneció colgando de aquellas sogas en el cuarto oscuro y vacío. ¿Una hora, dos, tres…? Ni sabía qué hora del día era, si amanecía o anochecía, y eso le hubiera gustado saberlo para imaginar la vida de la ciudad y, haciendo el cálculo de los muchos husos horarios que separan a Teherán de Los Ángeles, suponer a su hija levantándose y yendo a trabajar tras hacer el desayuno, o ya regresando a casa por la tarde para seguir ilusionada con los preparativos de su boda. Y eso le molestó más que nada. Por eso, cuando se volvió a abrir la puerta, preguntó tratando de articular con claridad a pesar de las babas sanguinolentas que le llenaban la boca: “¿Qué hora es?”. Pero no le respondieron y a Raphaël esa le pareció la mayor crueldad de cuantas le estaban haciendo.

»La siguiente sesión fue con cables eléctricos adosados a sus tetillas y a sus genitales,

mientras le pedían respuestas y le insultaban, que es algo a lo que, como judío, se había acostumbrado a lo largo de toda una vida. Cada descarga le hacía retorcerse de dolor y gritar, aullar en realidad, sin poderse contenerse, mientras se le aflojaban los esfínteres. Pensó entonces que la peste era el menor de sus problemas. Los calambres súbitos y de creciente intensidad le hicieron perder pronto el sentido, de forma que su cuerpo seguía agitándose en convulsiones mientras su conciencia, apiadada de él, le había abandonado. Cuando se recuperó estaba tumbado en el suelo, dolorido hasta decir basta y empapado en sus propios vómitos y excrementos. Pero respirando.

»"De aquí no saldré vivo", pensó, por si alguna duda aún le quedaba. "En estas condiciones no me van a devolver a la calle Manucheri, no pueden permitir que nadie me vea en este estado y, además, esto no ha terminado y con certeza la próxima sesión será peor, porque ¿qué más me harán ahora?", se preguntaba con curiosidad casi científica. Se quiso incorporar, pero no pudo, le dolía todo su viejo cuerpo como nunca antes le había dolido y al extender la mano por el suelo sucio se tropezó con un trozo de vidrio de lo que supuso que era el cristal de sus gafas, las que habían salido volando con el primer tortazo del día. Y sonrió al recordar al filósofo griego que decía que la muerte no podía ser buena cuando los mismos dioses habían elegido ser inmortales… "Se equivocaban —pensó—, para mí sí que lo es". Entonces cogió con cuidado el trozo cristal de lo que habían sido sus lentes y lo acarició entre sus manos. Era su única posesión. Pero era muy importante porque iba a salvar a su hija. Cerró los ojos y vio que su mujer sonreía mientras le extendía los brazos.

»Cuando Assafí y sus matones volvieron al cuarto encontraron a Raphaël tendido en el suelo, rodeado de mierda y sangre, con las muñecas cortadas y una expresión de serena confianza en el rostro. ¡Había vencido! O eso fue lo último que pensó antes de perder la conciencia para siempre.

Efraim se detuvo, me miró y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

3. Myriam

Me dio un rato para reponerme mientras pedía un par de martinis al camarero y prosiguió:

—No le fue difícil a la VEVAK dar entre la colonia judía iraní de Los Ángeles con la joven Myriam el día mismo de su boda. Al fin y al cabo, eran muy pocos los iraníes que tenían la doble condición iraní y judía y todos frecuentaban la misma sinagoga en la ciudad californiana.

»Myriam era una joven atractiva, sin llegar a bella, con un MBA por UCLA conseguido con la ayuda financiera de una tía que completaba generosamente lo que ella ganaba con pequeños trabajos mientras estudiaba. Menuda, morena, con hoyuelos en las mejillas, el día de su boda lucía una sonrisa luminosa y también una alegría que contagiaba a su entorno inmediato, sin que llegara a ensombrecerla la ausencia del padre que estaba presente en el collar que tú le habías enviado desde Madrid y que brillaba sobre su pecho. Ted, el novio, era un joven espigado y pecoso de Nueva Inglaterra que había estudiado leyes en New Haven y que hacía sus primeros pinitos profesionales en la oficina de un fiscal de distrito en Los Ángeles. Miembro del Partido Demócrata, aspiraba a entrar un día en política. De viaje de novios se fueron a Guatemala, donde les impresionaron las pirámides mayas de Tikal, la belleza del lago Atitlán y el pintoresquismo indígena de Chichicastenango, donde un sacerdote catalán les explicó que los indios seguían adorando a Tlaloc, dios de la lluvia, aunque habían aceptado que la Iglesia le vistiera de San Francisco para que les dejara en paz… y que algunas noches aún subían a una montaña vecina para practicar ritos ancestrales. Aquellos fueron los días más felices de una vida en la que, por desgracia, no abundarían. Desde el precioso hotel Colonial de Antigua visitaron monumentos, hicieron excursiones, disfrutaron de la gastronomía y de las bellezas locales, que son muchas, y pasaron noches de deseo desatado, de amor salvaje con sus cuerpos jadeantes y sudorosos hasta que el sueño los rendía entrelazados y felices.

»El objetivo de la VEVAK era forzar a Myriam a entrar en el círculo de seguidores que tenía en California Reza Ciro Palhaví, hijo y heredero del último emperador y de la emperatriz Farah Diba, al que la revolución islámica de 1979 pilló en los secarrales de Texas formándose como piloto de combate. Myriam no resultaría sospechosa por su religión judía, esa era su gran baza, y la VEVAK esperaba obtener de ella informaciones útiles sobre los apoyos políticos y financieros del nuevo “emperador”, pues así se había proclamado a la muerte de su padre y, en particular, sobre ciertas inversiones en la industria cinematográfica por las que Reza había mostrado interés como medio de propaganda eficaz contra la República Islámica. Como recordarás, el sha, su padre, había muerto en el exilio de El Cairo después de que no le quisiera dar asilo ninguno de sus invitados a las fastuosas fiestas que en Persépolis celebraron en 1971 el dos mil quinientos aniversario del imperio persa, y un año más tarde Reza se coronó Shahanshah, Rey de Reyes, aunque no lo pudiera hacer usando la corona de tres mil trescientos ochenta diamantes que, al igual que el fabuloso Trono del Pavo Real, se quedó en Teherán tras la revolución de Jomeini y hoy se halla depositado en los sótanos del Banco Central de Irán. La fortuna heredada por Reza, que se había instalado en una lujosa residencia en Bethesda, Maryland, muy cerca de la capital federal Washington DC, se estimaba entonces en torno a los veinte mil millones de dólares

procedentes de impuestos y comisiones cobrados por su padre al comercio del petróleo y canalizados a través de la Fundación Pahlevi cuya sede está en Nueva York. Con esa cantidad de dinero en sus manos, Reza podía complicar mucho la vida a la República Islámica y eso era lo que la VEVAK quería evitar que sucediera.

Efraim se detuvo mientras alzaba su copa y fijaba sus ojos cansados en una Tel Aviv de luz mortecina al otro lado de la bahía lluviosa. Yo no hablé para no interrumpir el hilo de sus pensamientos. Efraim tenía ya muchos años, pero su mente seguía tan clara como cuando yo le había conocido quince años antes. Hasta que dejando su martini ya muy mediado sobre la mesa, continuó:

—La muerte de Raphaël, que Myriam ignoraba, no frustró los planes del servicio secreto iraní, que presionó a la joven con la noticia de la detención de su padre tan pronto como la pareja regresó de Guatemala, enseñándole una foto del día de su arresto y asegurándole su bienestar en tanto ella colaborara. Pero dejándole también muy claro que las consecuencias serían graves si no lo hacía: «Algo que nadie desea, pero…». Myriam era consciente de que lo que le querían forzar a hacer podía afectar negativamente la carrera política que Ted ambicionaba, pero, al mismo tiempo, no podía permitir que nada malo le pasara a su padre. De manera que, sin decirle nada a su marido, aceptó la propuesta de la VEVAK, que pronto le encontró un trabajo en el departamento financiero de la productora independiente Diamond Films, propiedad de un tal Harry Goldstein, lo que no les resultó difícil en el ambiente corrupto en el que vive una parte considerable de esta industria que tantos millones de dólares mueve al año. Sin embargo, la entrada de Myriam en labores de espionaje no se tradujo en ningún resultado espectacular que variara el rumbo de la historia, y, al cabo de unos meses, la VEVAK perdió interés en su nueva recluta, sin que se molestaran a partir de ese momento en contestar a sus constantes preguntas sobre la salud de su padre. Hasta que en 1995 recibió noticias a través de los parientes de unos antiguos vecinos de Teherán, ahora también refugiados en los Estados Unidos, de que la tienda y el piso en el que vivía Raphäel estaban ocupados por otras personas y que de su padre nunca se había vuelto a saber desde el día de su detención, cuatro años antes, una detención que contemplaron sus vecinos de la calle Manucheri con tanto pesar como miedo. Myriam asumió entonces con tristeza lo que llevaba tiempo intuyendo y no quería aceptar, que su padre había muerto o, peor aún, que la VEVAK lo había matado.

»Cuando sus preguntas no obtuvieron respuestas, Myriam le contó por fin a Ted lo ocurrido y a instancias de este se negó en redondo a seguir trabajando para los servicios iraníes y acto seguido informó al FBI. Su denuncia y los datos que pudo proporcionar sobre su reclutador, que se había confiado con el paso del tiempo, condujo a su detención, y detrás de él cayó parte de la red que la VEVAK tenía operativa en la costa occidental de los Estados Unidos y que sin duda tardaría mucho tiempo en poder reconstruir. Se trató de un golpe muy duro que no se podía dejar pasar impunemente y algunos meses más tarde, cuando Myriam puso en marcha su VW Rabbit en frente de su casa, hizo explosión una bomba-lapa instalada en los bajos del vehículo. El coche se vio envuelto en una enorme llamarada roja, ella quedó malherida y su marido falleció en el acto.

Me quedé de una pieza. Una inmensa tristeza se apoderó de mí mientras dejaba con suavidad mi copa sobre la mesa. Era ya noche cerrada y éramos los últimos clientes del restaurante donde el camarero ya mostraba signos de impaciencia moviendo sillas y mesas en derredor nuestro para mostrar que había llegado el momento de echar el cierre.

—Te advertí que era una historia triste —me dijo Efraim mientras ambos nos levantábamos

—. Quizás hubieras preferido ignorarla. En todo caso, eso es todo lo que te puedo contar, el resto es información clasificada y no puedo desvelarla. —Y luego, bajando el tono, añadió—: Pero yo que tú investigaría, y no creo que te arrepientas si lo haces. Porque hay más, mucho más.

Dicho esto, calló y nos despedimos con un fuerte apretón de manos en mitad de una calle desierta sobre la que comenzaba a arreciar la lluvia y eso me dificultó encontrar un taxi para regresar a mi hotel. Era medianoche pasada.

No, no me arrepiento de saber lo ocurrido. Nunca he rechazado la verdad, aunque escueza. No me gusta ni engañarme ni que me engañen, y aunque me había dolido mucho conocer la muerte de Raphaël y la involuntaria e inadvertida participación que me había tocado jugar en ella, salí de aquel restaurante con la firme determinación de averiguar más sobre lo acontecido con Myriam. No podía imaginar adónde me llevarían mis investigaciones posteriores.

4. Canje de cromos

Era una madrugada gélida del mes de febrero de 2014 en Madrid y una espesa niebla cubría las pistas del aeropuerto de Barajas provocando retrasos en la salida y entrada de los vuelos regulares, algo frecuente en esa época del año. Pese a ello, poco antes de las siete aterrizaba en el vecino aeropuerto militar de Torrejón un Falcon 900 sin distintivos exteriores en el que llegaba el director del Mossad, el servicio secreto de Israel. Junto al pabellón de huéspedes del Ala 405 de la fuerza aérea, dedicada en España al trasporte de autoridades, esperaban cuatro automóviles: tres Audis y un Tesla. Los primeros habían sido dispuestos por el CNI, el Centro Nacional de Inteligencia, a cuyo jefe venía a ver el visitante, y el otro pertenecía a la embajada de Israel. Cuando el Phantom se acercó a la terminal, un pequeño grupo de personas abandonó sus cafés y el calor del interior del pabellón para acercarse al pie mismo del avión: el director de inteligencia y un funcionario de protocolo del CNI y el representante del Mossad en España, que para el gran público figuraba adscrito como consejero de información de la embajada.

Cuando el avión se detuvo, salió un hombre delgado de unos sesenta y cinco años con cabellos grises todavía abundantes, que con paso ágil descendió hasta la pista por los cinco escalones empotrados en el interior de la misma puerta. Tras él bajó una mujer que llevaba un maletín. Después de unas brevísimas presentaciones y saludos a pie de avión, los recién llegados marcharon hacia la embajada israelí en uno de los coches proporcionados por el CNI seguido por otro con escoltas y por el Tesla. Dos motoristas del mismo Centro se apostaron uno al lado izquierdo y otro justo detrás del automóvil que ocupaba el visitante, y tan pronto como se perdieron de vista los directivos del Centro que le habían recibido, se metieron en el otro Audi para regresar a Madrid, mientras la tripulación del Falcon era atendida por personal de la fuerza aérea. Todo se hizo en breves minutos, no hubo aduanas ni sellado de pasaportes y nadie tendría por qué saber nunca que esa visita se había producido.

Desde Torrejón, Avi Mofaz se dirigió a desayunar a la residencia del embajador de Israel en la calle de Velázquez. El embajador era un viejo amigo y eso explicaba la excepción al carácter general de estos desplazamientos, que, en la mayoría de los casos, se hacen a espaldas de las propias embajadas. La razón es que si el embajador se entera de la visita quiere luego enterarse también de lo que en ella se ha tratado y eso es algo que casi nunca le concierne, pues se trata de encuentros para hablar de cuestiones muy reservadas que es mejor que muy pocos conozcan. Solo en muy contadas excepciones, en casos de fuerza mayor, se acepta la entrada de otras personas y los interlocutores utilizan habitualmente el inglés para entenderse. Hasta los colaboradores más estrechos esperan fuera. En las ocasiones en las que el presidente del Gobierno recibía al visitante, solía ser el propio director del CNI el que hacía de intérprete, dada la empecinada costumbre de no hablar inglés de la mayoría de los inquilinos de la Moncloa.

Tras ese desayuno, Mofaz se dirigió en coche con escolta y motoristas a la Casa, como se la conoce familiarmente, la sede del CNI en la Cuesta de las Perdices de Madrid. El encuentro con su homólogo español se celebró en un discreto apartamento situado junto a la entrada del recinto y fuera de las miradas de los propios agentes del Centro. Ambos hombres se conocían, se

respetaban y se apreciaban, lo que no siempre ocurre, y ello a pesar de las discrepancias que los españoles no ocultaban sobre los expeditivos métodos que con frecuencia utilizaban los israelíes y que chocan con los principios que guían el funcionamiento de la mayoría de los servicios occidentales.

El objetivo del viaje de Avi Mofaz era pedir ayuda para contrarrestar la creciente influencia de la República Islámica de Irán en Siria, que Israel consideraba que se estaba convirtiendo en una amenaza inaceptable para su propia seguridad. El CNI tenía para Mofaz al menos tres ventajas que le habían hecho decantarse por pedir ayuda en España y no en otros lugares: una buena relación con Israel desde que ambos países establecieron relaciones diplomáticas el 17 de enero de 1986; un despliegue de inteligencia modesto pero eficaz en Siria e Irak, países que conocía bien y donde había sufrido dolorosas bajas tras la invasión norteamericana de 2003; y, finalmente, ser un servicio que no despertaba recelos por mantener buenas relaciones tanto con los sirios como con los norteamericanos, los rusos, los turcos y los mismos iraníes, los actores con mayor influencia en el conflicto sirio, algo de lo que muy pocos países podrían presumir. Mofaz sabía que la diplomacia española había jugado con mucha habilidad durante el enfrentamiento entre Jomeini y Saddam Hussein y había conseguido llevarse bien con ambos al mismo tiempo, hasta el punto de que, durante el embargo petrolero de 1973, España tuvo todo el petróleo que necesitó mientras el resto de los europeos tenían que ir al trabajo en bicicleta.

El español, como zorro viejo, dejó hablar al israelí porque sabía que le iba a pedir algo y conocía la frase de Gracián de que «El no, el sí, son breves de decir y piden mucho pensar». Con los ojos entrecerrados escuchó a su colega explicarle cómo, desde el inicio de la guerra siria en 2011, Tel Aviv veía con aprensión creciente el aumento de la influencia de Irán, al principio a través de la milicia chiíta libanesa de Hezbolá y luego cada vez más abierta y directamente. Cuando Obama se había puesto al frente de los otros miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, a los que también se había añadido Alemania, para ofrecer a Teherán el levantamiento del régimen internacional de sanciones a cambio de poner fin a sus ambiciones nucleares, todas las alarmas se habían encendido en Israel. Para Tel Aviv ese acuerdo era un desastre porque, en su opinión, no eliminaba el riesgo de que Irán se dotase de la bomba atómica, sino que solo aplazaba ese momento durante unos pocos años, y porque al ofrecer desbloquear miles de millones de dólares en bancos internacionales y permitir reanudar las exportaciones de petróleo, el acuerdo le daba a Teherán mucho dinero para desestabilizar la región como consecuencia de la puesta en práctica del concepto de «defensa avanzada» que los iraníes habían adoptado y que exigía su presencia militar en teatros de operaciones cada vez más alejados como Líbano, Siria, Irak o Yemen. Ese era el mensaje que el primer ministro Netanyahu martilleaba sin éxito en los oídos del presidente Obama, que no le quería escuchar, pues era bien conocida la animadversión personal que sentían el uno por el otro. Si este acuerdo nuclear salía adelante, la misma existencia de Israel estaría en peligro y por eso hacía ya tres años que sus aviones bombardeaban convoyes militares, instalaciones de cohetes o bases aéreas de Irán y sus aliados en Siria.

No eran opiniones que el director del CNI compartiera pues sabía que el riesgo que suponía Irán era algo que el Gobierno ultraconservador de Benjamin Netanyahu exageraba por razones de política interna para mantener excitada su base de apoyo nacionalista y de partidos religiosos, y porque, en su opinión, el acuerdo nuclear alejaba de Oriente Medio una peligrosa carrera de armamentos. Si Irán se dotaba de bombas atómicas, otros países como Egipto, Arabia Saudita o Turquía seguirían sin duda el mismo camino. Pero no lo dijo porque sabía que era inútil y porque

estaba convencido de que eso era algo que también pensaba el propio Mofaz, que, como buen demócrata, aceptaba que la política la marcaba el primer ministro con el apoyo del Parlamento y que su deber terminaba una vez que les suministraba información veraz y contrastada sobre la que poder decidir el camino a tomar con conocimiento de causa. Las decisiones finales y sus motivaciones políticas no eran ya cosa suya.

El caso es que entre esas bases iraníes que quitaban el sueño a Israel había una que les preocupaba de manera especial. Se trataba de Al-Kiswah, cerca de Damasco, unas instalaciones que los israelíes ya habían bombardeado en dos ocasiones y que los iraníes reconstruían cada vez con celeridad. Parecía que daban a esta base una importancia especial. Tel Aviv tenía fotos tomadas con satélites, drones y aviones, pero querían saber más: a qué se dedicaban los edificios que veían reconstruir, qué tropas y qué material albergaban, qué moral tenían sus tropas… en definitiva, saber lo que las fotos no les decían, porque no les parecía normal el interés de Teherán por resucitarla una y otra vez de sus ruinas humeantes. Y el Mossad pensaba que eso era algo que el CNI podría hacer mejor que sus amigos de la CIA porque sus actividades suscitaban menos recelo y, en consecuencia, menos seguimiento y acoso por parte de los servicios iraníes, sirios o rusos.

El director español escuchó en silencio esta larga explicación. Sabía que era frecuente que entre servicios amigos se hicieran este tipo de peticiones de ayuda, de la misma forma que en ocasiones podían hacerse algunas «putadas» o «putaditas» cuando el interés nacional lo exigía y que también entraban dentro de lo comúnmente aceptado. Y, mientras prestaba atención, pensaba que los israelíes podían hacer mucho más de lo que hacían para contribuir a la pacificación de Oriente Medio, pues, tras setenta años de existencia y de haber creado la única democracia operativa en una región de dictaduras corruptas y monarquías feudales, no habían conseguido ser aceptados por sus vecinos en lo que, a su juicio, constituía un monumental fracaso de sus políticos y de sus diplomáticos. Israel se mantenía porque tenía una enorme superioridad militar que le hacía ganar todas las guerras, cinco en casi setenta años de existencia, además de invasiones y revueltas populares (intifadas) en su contra mientras proseguía con su política de colonización de las zonas útiles y fértiles de la Cisjordania ocupada. Por no hablar del apoyo norteamericano por encima de discrepancias puntuales y del secreto a voces que era su capacidad nuclear. También sabía que Netanyahu exageraba el peligro que representaba Irán por razones de política interna, pero tampoco veía con agrado el intento de Teherán de convertirse en el hegemón regional y hacer de Siria una especie de estado vasallo. Por eso simpatizaba con la petición de su amigo Mofaz, aunque eso tampoco quisiera decir que le iba a ayudar gratis porque el favor que pedía es de los que se pagan.

—Comprendo tu preocupación —dijo al fin—, y la comparto en la medida en que también nosotros vemos con aprensión la que empieza a ser una influencia demasiado grande de Irán sobre el régimen de Bachar al-Assad, por no hablar de otras cuestiones que nos disgustan de la política iraní, como son sus injerencias crecientes en otros países de la región, las pruebas con misiles que cada vez tienen mayor alcance y ya pueden llegar a la península italiana, o su deleznable desprecio por los derechos humanos más elementales, sus cárceles atestadas, el asesinato de los disidentes… Pero lo que me pides no es fácil y nos va a exigir imaginación y esfuerzo, además de implicar riesgos y dinero…

Mofaz esperaba una respuesta de este estilo porque respondió con rapidez:

—Y nosotros estaremos dispuestos a corresponder con algo que os interese y podamos dar, y desde luego con los costes de la operación de inteligencia que solicito.

El español sabía que el israelí le iba a contestar de esa manera, pero quería oír con claridad que ellos se ocuparían de cubrir los gastos porque no andaba sobrado de dinero. El CNI era un servicio muy digno, pero quedaba muy atrás tanto en personal como en medios técnicos y financieros de lo que tenían los países de su entorno como Francia, Italia y Alemania, por no hablar de los MI5 y MI6 británicos, que multiplicaban sus disponibilidades de forma escandalosa en todos los ámbitos. Pero no era eso lo que más le preocupaba, pues ya se sabe que hoy por ti y mañana por mí y que entre amigos hay que ayudarse cuando se puede porque mañana soy yo quien puede precisar de tu apoyo. Él quería algo más y se lanzó:

—Mira, Avi, lo que yo necesito de ti es información sobre combatientes que luchan con el Estado Islámico en Siria e Irak y que cualquier día regresarán a sus hogares fanatizados, radicalizados, derrotados —porque no tengo duda de que al final lo serán— con ganas de venganza y con un entrenamiento militar que les convertirá en peligrosas máquinas de matar. Hay algunos españoles entre ellos que procuramos seguir de cerca, pero incluyo también en el lote de indeseables al MICM (Movimiento Islamista Combatiente Marroquí) y al MICL (Movimiento Islamista Combatiente Libio) que nos preocupan especialmente por su capacidad para infiltrarse entre la numerosa colonia de magrebíes que tenemos en España, y que pueden acabar cometiendo actos terroristas en mi país como ya han hecho en el pasado. Y sabemos que antes de volver a sus países de origen pasan por lugares como Estambul, Yakarta o Manila, donde se conciertan para el futuro y donde reciben instrucciones. Tú me das información sobre estos individuos que me ayude a prevenir atentados en España y yo te ayudaré a averiguar lo que traman los iraníes en esa base de Al-Kiswah.

El acuerdo estaba hecho. Tras un ligero almuerzo de menestra y de lubina al horno, que las cocineras del Centro preparaban como nadie, Mofaz regresó a Torrejón y su avión volaba de regreso rumbo a Israel a las cinco de la tarde. Había logrado su objetivo y, a todos los efectos, ese viaje nunca había tenido lugar. Mientras, en la Casa, su homólogo español pensaba que había algo más detrás de la petición de Avi Mofaz y de su interés por la base de Al-Kiswah, algo que no le había dicho y que confiaba en que no le creara problemas en el futuro.

Pero lo primero es lo primero, tenía que averiguar cuanto fuera posible de esa base iraní en territorio sirio para ver lo que se podía hacer y, también muy importante, con quién se podría hacer lo que al final se decidiera. Por eso, mientras atravesaba el aparcamiento exterior camino del edificio donde se encontraba su despacho, dio instrucciones para que se convocara a una reunión inmediata a los responsables de las áreas de Siria de inteligencia exterior y de operaciones. Y no aceptaría que le dijeran que aquello era una locura imposible porque le interesaba reforzar la relación con el Mossad y esta era la oportunidad que había esperado durante mucho tiempo.

5. Asís

Se llamaba Asís García Fernández y siempre había odiado su nombre de pila porque le parecía insoportablemente pijo. Su padre le decía que así se le identificaría con facilidad a pesar de los dos apellidos tan comunes que le acompañaban, y en eso reconocía que no le faltaba razón, pues probablemente era el único Asís García del mundo, cosa que no le ocurriría de llamarse Juan o José. Sin embargo, el motivo real por el que le pusieron ese nombre, Asís, fue que a su madre le pareció el no va más del refinamiento cuando supo que era el que llevaba uno de los hijos del embajador. Porque su madre tenía pretensiones y él había nacido en Damasco donde su padre era el jefe de la sección consular de la embajada de España, un cargo que desempeñó durante treinta años y que le proporcionaba un cierto estatus, no solo dentro de la reducida colonia española, donde algunos incluso le llamaban «señor cónsul», sino también entre la gente con dinero, de la aristocracia o de los negocios, siempre dependientes de los visados para poder viajar a Europa. Y que, además, a qué negarlo, era un trabajo que le había permitido redondear discretamente sus ingresos vendiendo algunos visados a gentes que no los podían obtener legalmente pero que estaban dispuestos a pagarlos con generosidad. Hasta que los acuerdos europeos de Schengen pusieron fin a esta lucrativa actividad personal cuando impusieron la mecanización y centralización en Luxemburgo de los procedimientos de concesión. Aun así, siempre quedaba algún resquicio para un buen conocedor de la reglamentación vigente…

Asís no se crio con sus padres, él siempre fuera de casa en asuntos de la colonia española y ella, con nulo instinto maternal, más preocupada por los vestidos, la peluquería y la vida social que le permitía la posición de su marido. Asís se crio con Latifa, una vieja sirvienta, convertida con el paso de los años en un miembro más de la familia, que le vio nacer, le dio sus primeros biberones, lo bañaba, lo vestía y lo llevaba al parque, fue testigo de sus primeros juegos y confidente de sus amistades y de sus primeros amores infantiles. Asís adoraba a Latifa y volcó en ella el cariño que nunca sintió por su madre biológica. Al crecer, fue matriculado en el colegio que los padres franciscanos tenían en el barrio Bab Tuma, junto a la calle Larga, también conocida como Haret el Nasra o calle de los Cristianos. Debía tal nombre a su ubicación en el corazón del barrio cristiano reconstruido tras los enormes daños que sufrió en los graves incidentes de 1860, cuando agentes turcos infiltrados hicieron creer a los musulmanes que su mera existencia era una afrenta a la Sublime Puerta, el imperio otomano, que desde Estambul señoreaba todo Oriente Medio. La ironía era que los cristianos vivían allí desde mucho antes de la llegada no ya de los otomanos sino del mismo islam. A la calle Haret el Nasra se entra por la puerta de Bab el Choukri, y afirma la leyenda que por allí pasó San Pablo tras su caída del caballo, cuando se dirigía a predicar a los gentiles de Grecia y Roma. Es también una «calle literaria» porque en ella Myriam Antaki sitúa a su heroína Magdala, una cortesana que ve pasar la historia milenaria de Damasco por delante de su puerta. Nacer y educarse en este ambiente imprime carácter y refinamiento, se quiera o no se quiera. Y ser hijo de unos padres trapisondistas y medradores, también.

Con esta herencia y algo de dinero de los visados que su padre pudo darle, Asís fue enviado a

España a los dieciocho años para poner tierra de por medio tras una aventura amorosa apenas iniciada con una joven musulmana cuyos padres no solo no vieron con buenos ojos la relación, sino que amenazaron literalmente con cortarle los huevos si volvía a merodear por las cercanías. Otra cuestión es si es o no acertado poner el honor entre las piernas de las mujeres de la familia, pero, al fin y al cabo, igual se había hecho en España durante mucho tiempo. Para que no hubiera dudas, los hermanos de la chica le dieron como advertencia una soberana paliza que le dejó la nariz rota y un ojo morado, porque un sunnita que ve su honor en duda es más peligroso que el mismo Jack el Destripador. Y eso que él no había hecho nada, aunque reconocía que no fue por falta de ganas. Cuando las cosas se ponen así vale más salir por patas. Asís, vendado y asustado, accedió por ello a la propuesta paterna de ir a estudiar una carrera universitaria en Málaga, donde se alojó en casa de su tía Matilde, hermana más joven de su madre que se había quedado soltera tras un desengaño amoroso ya en la madurez —que son los peores, porque quitan la esperanza al mismo tiempo que la autoestima—, y que para vivir daba clases de piano a niños y niñas obligados por sus padres a aporrear las teclas sin el menor interés por su parte. Allí, en el barrio de Bailén, se aficionó a los preludios y nocturnos de Chopin que oía mañana, tarde y noche y que le dejaron un cierto barniz de educación musical, y aprovechó la modesta biblioteca que había reunido su tía y que le distraía en las largas tardes de invierno sin calefacción y sin dinero, mientras ella le repetía que las notas ayudaban a volar y las letras a soñar. Puede que a ella le funcionara el invento, pero, desde luego, no era el caso de Asís, que pronto se dio cuenta de que lo suyo no era pasarse el día entre libros y corcheas cuando el turismo de la Costa del Sol ofrecía oportunidades inmediatas de divertirse y de ganar dinero al mismo tiempo, lo que explica el alto índice de fracaso escolar en muchas zonas turísticas. ¿Quién quiere madrugar para ir en autobús a aburrirse en una facultad cuando puede tener una moto y trasnochar con chicas? Empezó colocándose como guía en una agencia que ofrecía visitas a la alcazaba, Ronda o los «pueblos blancos», donde, aprovechando su dominio nativo del árabe y del francés, inventaba con mucha gracia la mitad de lo que contaba. Al poco tiempo, reunió unos ahorros que juntó a los de un par de amigos igual de tarambanas que él mismo para abrir una discoteca en un viejo garaje donde llevaba a los clientes que no habían quedado agotados tras el *tour* turístico. Y solo fue cuestión de tiempo que llegara el hachís procedente del vecino Marruecos, que dejaba aún más dinero. Aquello acabó mal, como no podía ser de otra manera entre aquella pandilla de aficionados, con una redada en mitad de la noche, fotografías, huellas dactilares, un susto de muerte y una libertad provisional que Asís utilizó para poner tierra de por medio y escapar con algo de dinero en el bolsillo hacia Marsella, donde sus amigos marroquíes le aseguraron que podían facilitarle los contactos necesarios para comenzar una nueva vida. De modo que dejó a su tía con su piano y cruzó media España en autobús camino de Francia, con más escuela de vida que de la otra, aunque con una gramática parda de esa que da cintura y capacidad de regate y que lo que busca es que el gato cace ratones sea del color que fuere.

En Marsella alquiló una habitación a precio asequible en el pintoresco barrio de Endoume, próximo al centro histórico y muy visitado por los turistas. Allí, de nuevo gracias a su dominio del árabe y de los amigos marroquíes hechos en Málaga, se le abrieron puertas que le permitieron establecer contacto con medios de la mafia argelina que controla el negocio de la droga en la Provenza, que es lo que los marroquíes deseaban que hiciera para convertirle en suministrador regular de hachís de calidad de la Ketama a uno de los clanes marselleses, el de Blida. Esa labor de intermediario le proporcionó los ingresos necesarios para vivir como le gustaba y además podérselo permitir sin necesidad de pegar al agua más palos que los estrictamente necesarios.

Que era exactamente lo que pretendía. No pedía más pero tampoco menos. Y continuó en Marsella con la vida fácil a la que se había habituado y con unas chicas que aún eran más fáciles para quien manejaba sumas de dinero muy por encima de la media. Vivir solo por vez primera en su vida en aquel ambiente conveniente y mafioso a la vez le endureció, le convirtió en un individuo solitario, le dio una seguridad en sí mismo que nunca antes había sentido, al tiempo que le hacía desconfiado, atrevido y dispuesto a mantener su independencia en un mundo en el que comenzaba a saber por experiencia que no podía fiarse de nadie. Lo que no perdió fue la simpatía y el don de gentes que le abrían todas las puertas y que había heredado directamente de un padre marrullero y muy «entrador».

Parecía que en su vida ganaban por goleada sus genes medradores hasta que le pegó un ramalazo de esa dignidad que también había mamado en la larga tradición de Bab Tuma y que le llevó a enfrentarse a sus nuevos amigos cuando estos quisieron involucrarle en un negocio de cocaína que no quiso aceptar. Una cosa era el hachís y otra la cocaína, él podía ayudar a la gente a divertirse hasta cierto punto, pero no estaba dispuesto a destrozar vidas ajenas. Hasta ahí no llegaba, uno paga un precio cuando tiene principios… aunque no sean muchos, y él lo pagó. Su negativa cayó muy mal en el clan argelino, a qué negarlo, que se lo hizo saber al día siguiente con un aviso en forma de bala que le rozó la cabeza al salir de desayunar en su cafetería habitual de Endoume, la que, a su juicio, tenía los mejores cruasanes de todo el Midi francés. Los iba a echar de menos porque una advertencia así es de las que no se deben ignorar y si lo haces eres un estúpido, cosa que Asís no era, como ya había demostrado cuando huyó de Damasco, primero, y de Málaga, después. Ahora era el turno de Marsella, cumpliendo aquello de que no hay dos sin tres, porque si se quedaba tenía los días contados, aunque sabía que salir tampoco sería fácil, pues con seguridad sus antiguos asociados controlarían puerto, carreteras y aeropuerto. Se había convertido en un tipo incómodo para la organización, sabía demasiado, conocía nombres y direcciones, tenía mucha información y los del clan de Blida no podían arriesgarse a que hablara por más que en aquel momento él les habría jurado decir o callar cualquier cosa que le pidieran. Y tan amigos. En este oficio, riesgos los mínimos, y eso se aplicaba tanto a los mafiosos como al propio Asís, que, paradójicamente, nunca se consideró uno. ¿Qué hacer? No disponía de tiempo, ninguno de sus conocidos iba a mover un dedo para echarle una mano y los de Blida no iban a creer sus juramentos de silencio sepulcral.

Desesperado y con la desagradable sensación de sentir el aliento de sus examigos en el cogote, no tuvo otra opción que la que le brindaba el número 28 de la rue des Catalans, un enorme edificio con un cartel sobre la puerta donde se leía con letras grandes «Légion Étrangère», por donde había pasado varias veces mirando con cierta incredulidad divertida a los uniformados bronceados, barbudos y tatuados que entraban y salían. «Hay gente *pa tó*», se decía, sin pensar que un día buscaría refugio entre sus filas porque alguien le había dicho tiempo atrás que su lema era «*Legio Patria Nostra*», dando así a entender que ofrecía un nuevo hogar a los que habían abandonado el suyo, que precisamente era su caso. Asís buscó refugio entre aquellas paredes lo más deprisa que pudo, cruzando las calles a paso ligero y mirando hacia atrás, como en las películas, para ver si alguien le seguía, y cuando llegó, se metió sin dudar en aquel portalón donde había oído decir que no te hacían preguntas incómodas que él, en aquellos momentos, no hubiera podido ni sabido contestar. Adenauer decía que cuando Eisenhower tomaba una decisión comenzaba a dudar, y Asís no era de esos, no era de los que se pasan la vida dudando y desde luego tampoco de los que dejan que un tiro te la destroce. Al menos, no sin pelea, y aquí no había posibilidad de un combate equilibrado que le diera alguna esperanza.

Cero. Y, por otra parte, tampoco sentía apego especial por Marsella, como antes no lo había sentido por Málaga, ciudad que no le había costado dejar y de la que rara vez se acordaba. Tenía que admitir que era un desarraigado y eso, que naturalmente tiene inconvenientes, le facilitaba mucho las cosas. Así que no dudó y cruzó la puerta pensando: «Joder, en la que me estoy metiendo, no sé si salgo de Málaga para caer en Malagón», que no era una reflexión particularmente profunda, pero sí la única que se le ocurría en aquel momento. Y de todas formas, no tenía alternativa mejor y lo sabía. Ya dentro, hizo los trámites necesarios para enrolarse con un nombre ficticio y, sintiéndose seguro, telefoneó a una amiga y le pidió que se pasara por su casa lo antes posible para recoger un par de cosas y, sobre todo, el dinero que guardaba metido en un bote de garbanzos en un armario de la cocina. Menos elegante que la cuenta en Suiza que no se podía permitir, pero más práctico y sobre todo mucho más a mano en un momento de apuro. Tuvo suerte porque la chica no se esfumó con la pasta, que era una alternativa que el propio Asís no descartó hasta que tuvo el dinero en sus manos. Desde entonces, tuvo una elevada opinión de las putas, que se confirmaría a la luz de acontecimientos posteriores.

6. Rachid

En Damasco puede hacer mucho frío y aquella mañana lo hacía, aunque pudiera resultar agradable si se buscaba un sitio resguardado del viento y donde diera el sol. Como el que Asís había elegido para esperar a Miguel, el agente del CNI a cuyas órdenes ahora estaba.

Siempre le había gustado la gran mezquita de los Omeyas que es como un remanso de paz en el centro mismo de la ruidosa ciudad, un lugar dedicado a la oración y que, en tiempos del califato, cumplió también funciones administrativas, como muestra el suntuoso Pabellón del Tesoro, que está situado en medio del patio para estar siempre a la vista de todos y que nadie lo robara. Por ese enorme patio correteaban niños, había mujeres sentadas en el suelo en corro en animada conversación, y también hombres deambulando en parejas que conversaban gravemente con las manos en la espalda o dando pausadas vueltas al rosario, mientras otros leían o dormitaban junto a los muros aprovechando el calor del sol. La mezquita era un lugar donde estar y donde vivir y no solo donde rezar, que era, por otra parte, lo que en aquel mismo lugar se había hecho durante cuatro mil años cuando los caldeos levantaron un templo al sanguinario Baal, que exigía el escalofriante sacrificio de bebés en el horno sagrado. Cuando los romanos conquistaron la región, erigieron sobre ese viejo santuario otro templo dedicado a Júpiter y lo adornaron con maravillosas columnas corintias. Luego fue el turno de los bizantinos que hicieron, siempre en el mismo lugar, una basílica decorada con preciosos mosaicos y colocaron en su interior la venerada reliquia de la cabeza de San Juan Bautista, el que decapitara Herodes por un capricho de Salomé, la del lascivo baile de los siete velos. Hasta que, en el siglo VIII, el califa al-Walid construyó sobre todos esos restos el que hoy es el cuarto lugar más venerado del islam tras La Meca, Medina y la mezquita de Al Aqsa en Jerusalén. Al-Walid amplió el recinto sagrado y le añadió tres minaretes, pero conservando desde las columnas romanas hasta los mosaicos bizantinos y la misma cabeza del Bautista que, en un admirable ejemplo de sincretismo religioso, comparte espacio con la cabeza de Hussein, un nieto de Mahoma que fue a su vez decapitado tras la batalla de Kerbala en lo que significó el sanguinario nacimiento del chiísmo. Y es que todas las religiones parecen disfrutar con estas reliquias macabras.

A Asís le gustaba este respeto por la tradición y con el arte de época pasadas, al igual que le gustaba la vida que le daba la alegría de los juegos infantiles en su patio y le impresionaba el hecho de que en ese mismo lugar se hubiera adorado a Dios —en diversas versiones— ininterrumpidamente casi desde el mismo momento en que se inventó la escritura. Pensaba en cuántas oraciones apelmazadas no habría en esa atmósfera, en cuántas generaciones se habían postrado en este mismo lugar con la esperanza de que sus súplicas fueran atendidas por las deidades de turno, sin preguntarse todavía si los hombres eran creaciones de los dioses o si eran los dioses los que habían sido inventados por los hombres. A él esas cosas no le preocupaban por el momento y por eso no se las planteaba, aunque agradecía a los que habían creído por haber dejado obras de arte tan maravillosas como esta mezquita. De sus barbaridades, que también las había, mejor no acordarse, que bastantes disgustos daba la vida diaria como para andar recordando los de épocas pasadas, y más si encima vivías en un país en guerra como era Siria.

Asís tenía sus defectos, pero por encima de todo era un hombre práctico.

Sentado en el suelo y mirando el minarete desde el que la leyenda local afirma que Jesús bajará de los cielos el día del Juicio Final, Asís recordó la polvorienta y calurosa tarde en Bamako, capital de Mali, donde participaba como legionario en una operación europea liderada por Francia. La llamada Operación Serval iba en contra de la proclamación de la secesionista República Tuareg de Azawad en el norte de Mali, la imposición de la *sharía* y la expansión del radicalismo islámico por el Sahel, ese enorme espacio desértico e incontrolado que se extiende desde el Sudán hasta Mauritania, que se disputan Al Qaeda y el Estado Islámico y por donde circulan sin control ideas, armas, drogas y terroristas de variado pelaje. También los pobres emigrantes que tratan de llegar a Europa desde el África subsahariana en caravanas organizadas por traficantes de seres humanos. En la Operación Serval participaba también una misión española de apoyo con algunos aviones Hércules C-130 de la fuerza aérea con sus respectivas dotaciones de vuelo y de mantenimiento. Y así fue como Asís conoció a Miguel, tomando cervezas heladas en un destartalado tugurio de Bamako.

Miguel se le presentó como miembro de apoyo al destacamento aéreo español y a él le encantó encontrar un compatriota con el que hablar el idioma de la casa de sus padres, y recordar también los tacos aprendidos luego en Málaga que dan al castellano una riqueza muy peculiar. Solo más tarde, bastante más tarde, se dio cuenta de que el encuentro no fue casual sino planificado, y que Miguel había ido allí a encontrarse con él porque, de alguna manera que desconocía, había atraído la atención del Centro Nacional de Inteligencia, el CNI, conocido como «la Casa de la Cuesta de las Perdices» o más sencillamente «la Casa», que quería hacerle una propuesta.

Después de varios encuentros «casuales» a lo largo de un par de meses, que habían creado un ambiente de mayor confianza entre ambos y que sin duda habían permitido a Miguel sopesar mejor sus cualidades, una noche de calor particularmente sofocante y mientras estaban tomando unas cervezas, Miguel le dijo:

—Mira, muchacho, ya llevas muchos años con los franchutes y yo vengo a ofrecerte algo mejor.

A Asís le picó la curiosidad, aunque no dejaba de reconocer que la Legión le había aportado cosas que antes ni siquiera sabía que existían, cosas que habían modelado su carácter y también su cuerpo, sometido a un exigente entrenamiento físico, y que le habían hecho más maduro y más sereno. Como el sentido de la disciplina y de la obediencia, del trabajo en equipo, del compañerismo a tope, del honor y del deber, y otras que tampoco antes sabía que un día podría necesitar, como la soltura en el uso de las armas. Años después, aún admitía manejarse mejor con las armas que con la disciplina y luego, como él pensaba, cuando uno le coge las vueltas a los capullos que dan las órdenes, la vida no es más difícil en la Legión que en otros lugares. Para empezar, no hay que pensar mucho —«Esos ganchos que ves junto a la puerta —le dijo un sargento el primer día— son para que cuelgues tus ideas y tus cojones porque aquí otros pensamos por ti»—, y luego uno tiene comida y cama asegurada e incluso médico y sepultura… si llega el caso. Todo gratis. Era, pensaba, lo más parecido a lo que debía de ser una vida de cartujo, aunque en el monasterio la recompensa no fuese de este mundo y en la Legión… pues tampoco, porque el sueldo era tan seguro como escaso, sobre todo para alguien como él acostumbrado al dinero fácil. Por eso Asís escuchó con interés a Miguel mientras pedía otra cerveza porque el calor no cedía y el polvo se le metía hasta la garganta y la resecaba. En último término, ¿cómo podía alguien en su sano juicio estar peleando contra una panda de locos por un

agujero de mierda como Bamako?

—Dejaste Damasco para no estudiar en España —prosiguió Miguel—, y luego te metiste en problemas tanto en Málaga como en Marsella que no supiste resolver. Ahora ves pasar el tiempo entre arena y un calor sofocante y cuando te quieras dar cuenta serás un viejo solitario y borracho, que vive con un sueldo miserable en un barrio marginal de una ciudad francesa rodeado de inmigrantes africanos.

«Coño, tenía razón el capullo aquel». No lo quería pensar, pero era cierto que lo que describía era lo que le podía acabar ocurriendo, pues oía conversaciones de compañeros que a veces hablaban de antiguos camaradas de armas convertidos en ruinas humanas. No debía de ser algo infrecuente. Y Asís tampoco era muy bueno para ahorrar, aunque algo tratara de guardar todos los meses en un banco de Marsella de lo poco que le pagaban. No tanto por mérito propio como porque en Mali no había forma de gastar, salvo en las timbas de póker que, aunque prohibidas, se organizaban todas las noches y a las que Asís dejó de ser aficionado tras ser desplumado por un grupo de auténticos profesionales el primer y único día que se acercó al garito. Se consoló pensando que no era que él fuera tan malo, sino que no parecía que aquellos tipos jugaran limpio.

—Yo te ofrezco volver a Damasco —prosiguió Miguel—, donde te has criado y que una ciudad que conoces bien, donde tienes amigos y conocidos, y además te ofrezco montar una empresa propia de la que podrás vivir y en la que serás tu propio jefe. A cambio, tendrás que hacer para mí algunos «favores» que te encargaré de vez en cuando y que, sobre todo, tendrán que ver con la información.

A Asís le pareció una propuesta atractiva, pero decidió ganar tiempo mientras se reponía de la sorpresa y le daba vueltas a la cabeza en silencio. Dejó hablar a Miguel que de repente parecía enfrascado en estudiar con atención su botella de Lutèce, una cerveza que a Asís siempre le había parecido muy floja y cuyo casco rezumaba gotas que encharcaban ligeramente la mesa, mezclándose con el polvo que allí había. Hasta que Miguel puso fin a su largo silencio añadiendo como para sí mismo:

—Mira, yo trabajo para el Centro Nacional de Inteligencia de España, hacemos a diario cosas muy diferentes que casi siempre son interesantes y nunca aburridas. Si comparas lo que te ofrezco con lo que tienes aquí, yo no lo dudaría un minuto más. Además, trabajarías para tu país y no para los franceses.

Asís sonrió pensando para sus adentros: «Este cabrón que pide que me convierta en espía pasa por alto el dato de que no me ofrece un trabajo en Montecarlo o en Las Vegas, sino en Damasco, la capital de un país que lleva ya varios años largos de guerra civil y donde nunca se han atado los perros con longanizas».

—Sé que piensas que Siria es un país complicado y es cierto. —Miguel pareció adivinar sus pensamientos—. Pero tú lo conoces bien, has nacido allí, hablas el idioma como un nativo y… joder, puede que aquella no sea tu guerra, pero de lo que estoy seguro es de que esta aún lo es menos. Y aquí estás, tan contento, metido hasta las cachas en este arenal sin fin, cobrando una miseria y sin hacer nada particularmente interesante. Te lo repito, yo no lo dudaría.

—Mi padre, la embajada… —musitó Asís, más para sí mismo que como parte de la conversación.

—A tu padre lo podrás ver —le cortó Miguel con rapidez—, como es natural, igual que a tus viejos amigos, pero de la embajada nada. Nadie de la embajada debe saber nada de nuestra relación. Es por tu seguridad y también por la de ellos. Ni una palabra.

—Pero… tú me dices que trabajas para el CNI y en la embajada hay —o había hace años, cuando yo dejé Damasco— un representante del Centro que creo que trabaja con la cobertura de agregado de información… Le recuerdo de las fiestas de la embajada y también recuerdo que mi padre y él no se llevaban bien…

—Así es, en efecto. Sigue habiéndolo y está acreditado ante las autoridades sirias con la misma cobertura diplomática que dices. Pero tampoco él debe saber nada de lo que nosotros hagamos, eso evita comprometerle con sus anfitriones porque no tiene que mentirles, y nos protege también a nosotros. Lo que hagamos tú y yo, que ya te contaré si aceptas mi proposición, solo lo sabremos nosotros. Y punto. Nos va en ello la vida.

Nada más decirlo, Miguel se dio cuenta de que sonaba muy melodramático, pero ya era tarde. Y el efecto fue que excitó aún más la curiosidad de Asís.

De manera que se dejó querer, se tomó su tiempo, lo pensó un par de noches calientes y estrelladas y, al final, tras otra tormenta de arena, se dijo: «¿Por qué no?», aunque sospechaba que esa había sido su respuesta desde el primer momento, pues siempre le atrajo la aventura, y volver a la Siria de la guerra sin duda lo era, y buena. Así que aceptó y por eso estaba esa mañana sentado al sol en el patio de la mezquita de los Omeyas. El CNI le había dado dinero, de forma que pareciera que provenía de sus ahorros, con objeto de montar en Damasco un negocio de mensajería advirtiéndole que tenía que hacerlo rentable y vivir honestamente de él para que su cobertura fuera inatacable. «Suena a coña —pensaba—, y a cualquiera que se lo diga creerá que estoy loco, pero la verdad es que no es ninguna tontería en un país destrozado por la guerra, sin cables de teléfono, sin repetidores para móviles, o sin un servicio de Correos y donde todo el mundo quiere saber constantemente de todo el mundo. Empezando por saber si siguen vivos, que no es poco». Se instaló en Malki, un barrio pijo donde había dinero, con muchos cafés y restaurantes que le pareció que estaban bastante menos llenos que antes de la guerra, y lo primero que hizo fue llamar a su lado a Rachid, viejo amigo y compañero de colegio, con el que se había reencontrado nada más volver, que estaba sin trabajo tras haber perdido una pierna. Se la había destrozado una mina en Palmira cuando luchaba por el régimen contra los islamistas del Estado Islámico que se habían apoderado de la ciudad y habían destruido sus joyas arquitectónicas y artísticas, aparte de masacrar a sus habitantes y degollar en público al anciano director de su Museo Arqueológico. Y lo mismo hicieron después en Maaloula, esa tierra de cristianos donde todavía hoy se habla arameo, la lengua que usaba Jesús de Nazaret. «Siempre ha habido guerras, parece que las llevamos en los genes, y no hay guerra buena, aunque las civiles son las peores —pensaba Asís—, porque los que te matan o a los que tú matas son tus amigos y tus vecinos y, por lo tanto, son guerras que nunca se pueden ganar… Pero, por mala que sea, contra estos islamistas salvajes surgidos de las tinieblas de la Edad Media no hay otro recurso, porque vivir bajo su yugo sería intolerable. Aquí no vale eso de que una mala paz es mejor que cualquier guerra, aquí es mejor morir de pie que vivir inclinado hacia La Meca cinco veces al día».

Miguel se retrasaba y Asís continuaba ensimismado en sus pensamientos: «Dicen que el que tiene un amigo no es pobre, y Rachid y yo somos amigos de toda la vida. Claro que dar una pierna por el cabrón de Bachar… ¡manda huevos! No sé qué tienen las guerras que matan a los buenos y dejan vivos a los malos… Lo de Rachid solo se explica porque somos cristianos acojonados ante la barbarie de los sunnitas mayoritarios. Han hecho tantas burradas que no es extraño que las minorías como nosotros mismos, los drusos, los yazidíes o los judíos le apoyáramos al principio… porque nos defendía de las atrocidades de los islamistas. Pero todo

tiene un límite porque también él ha hecho barbaridades difíciles de digerir, que cruzaron la línea roja con el uso de armas químicas contra su propio pueblo». El bombardeo de Jobar, en septiembre de 2013, causó mil trescientas víctimas y fue cuando Barack Obama no cumplió con la amenaza de castigar a Bachar directamente, dio marcha atrás y permitió la entrada de los rusos en Siria con la excusa de llevarse y destruir todas las armas químicas… «Y luego los rusos se han quedado para siempre y encima ni siquiera se llevaron todas las armas químicas que había porque el régimen ha seguido usándolas. Negocio redondo».

Miró el reloj, pero Miguel seguía sin aparecer y Asís continuaba con sus pensamientos: «Éramos amigos desde la infancia y siempre, desde muy pequeño, Rachid era bueno con los números y en la escuela me ayudaba con los deberes». Sonrió para sus adentros recordando cuando también le «soplaba» en los exámenes… Rachid siempre fue mucho mejor estudiante que él. Luego, su camaradería se había intensificado con la pubertad, las primeras chicas, el deporte… hasta que la vida les había separado. Y al reencontrarse, Asís vio a un hombre diferente, reservado y amargado como consecuencia, pensaba, no tanto de su cojera como del desengaño con la causa por la que había dado su pierna. O por ambas cosas a la vez. Y algo más, un hombre retraído y que parecía haber perdido la alegría de vivir y que ni siquiera salía con chicas. Lo atribuyó a una depresión, pero era algo más.

—Nos conocemos desde la infancia y a ti te lo puedo contar —le dijo Rachid una mañana, algunas semanas después de su reencuentro mientras tomaban uno de esos cafés sirios tan espesos que casi se pueden cortar con un cuchillo—. No quería admitirlo y me lo negaba a mí mismo, pero era algo más fuerte que yo…. la vida era un infierno y pensé alguna vez en el suicidio de tanta como era la vergüenza y el asco que me daba yo mismo… que me daba sentir lo que sentía y pensar en mis padres y en el disgusto que tendrían cuando lo supieran. Y luego los amigos y lo que todos dirían. Era simplemente insoportable. —Rachid se detuvo mientras esbozaba una media sonrisa triste con la mirada puesta en el suelo—. De verdad pensaba que morir era lo mejor que me podía pasar y por eso, cuando me alistaron y me enviaron al frente, asumía riesgos innecesarios, me presentaba voluntario a las misiones más peligrosas… Supongo que quería que me mataran, ¿sabes? Que me mataran ellos porque no tenía valor para hacerlo yo. —Luego levantó los ojos y mirando a Asís continuó—: Fue entonces cuando me hirieron en Palmira… Una trampa, una estúpida mina enterrada por esos hijos de puta entre los restos de un templo y accionada por un pedazo de cuerda medio escondida entre los cascotes… El caso es que no la vi y salté por los aires. No recuerdo nada más hasta que desperté sin la pierna derecha en un hospital de Alepo donde conocí a ese cura que venía a ayudar con los heridos y que me prestó especial atención cuando supo que era cristiano… Nos hicimos amigos, hablábamos ratos largos y un día no pude más y se lo conté, se lo conté a él porque me inspiró confianza y porque tenía que decírselo a alguien porque no me soportaba más a mí mismo. —Se detuvo para ver la reacción de Asís que le miraba sin pestañear, serio y silencioso, y él continuó—: Para mi sorpresa, el cura aquel se limitó a decir que no sabía a qué tanta tragedia. «Dios te hizo así, Dios te quiere como eres y yo te acepto también con normalidad. No me digas ahora que vas a ser tú el que no te aceptas a ti mismo». Y eso lo cambió todo. Ese cura, el padre Matteo, lo cambió todo en mi vida. En este país sigue sin estar bien visto y conviene que no se note, yo disimulo y lo sigo ocultando, pero ya no me avergüenzo. Y como tú eres mi amigo y me lo has demostrado y además has vivido en otros países donde estas cosas se aceptan con más normalidad, pues… no sé, al final me ha parecido natural que lo sepas. Eso sí, no lo comentes por ahí porque a nadie le importa y porque aquí, como sabes, aún no se tolera. —Tras esta larga perorata guardó silencio

un buen rato.

Luego volvió a hablar y le contó lo que pasó al salir del hospital:

—El puto Bachar no se acordó de mí, nadie me echó una mano. Allí estaba yo, sin pierna y bien jodido y sin una puta libra que meterme en el bolsillo para tomar siquiera un café, y un día lo dije en voz alta entre un grupo de los que yo pensaba que eran mis amigos. Pero la guerra cambia a la gente, ahora no puede uno fiarse de nadie, y uno de aquellos cabrones se fue de la lengua y lo siguiente fue que aquella misma noche, al regresar a casa, dos tipos vestidos de negro y grandes como armarios me dieron una soberana paliza. Zas, zas, «Para que aprendas a cerrar la boca —decían. Zas, zas—, y no te damos más porque en Palmira te portaste como un héroe». Zas, zas… Me dejaron hecho un cristo, y yo no soy un héroe nunca lo he sido, yo me limité a pisar estúpidamente una mina que un hijo de puta, de los de la bandera negra, había colocado para que un gilipollas como yo se quedara cojo. Además, los héroes me dan por culo, exageran lo que hacen, se creen importantes, son insoportables y encima la cagan. —Rachid se detuvo, sonrió con tristeza y, tras coger aliento, continuó—: Y aquellos tipos aquella noche me tocaron los cojones y eso a mí no me gusta… Bueno, a veces me gusta si las circunstancias son las apropiadas y lo hace la persona adecuada… Pero no era el caso. Fue entonces cuando me tocó a mí, cuando empecé a pensar que no vale la pena apoyar a un régimen que pega a un cojo por decir que está sin blanca y que ha perdido una pierna para nada.

Por eso, porque Rachid necesitaba volver a querer vivir, porque estaba sin blanca, porque eran viejos amigos y porque él necesitaba ayuda, le llamó cuando abrió su negocio para que se ocupara de la contabilidad, aprovechando lo bueno que era con los números. Y juntos habían montado una red de jóvenes con bicis y motocicletas al estilo de los repartidores malagueños de *pizzas*, que se pasaban el día de un lado para otro de la ciudad avisando de que la abuela había enfermado y necesitaba ayuda en casa, que habían llegado noticias del hijo en el frente o, incluso, organizando una comida de negocios entre empresarios sin teléfono. «El señor X espera al señor Y en el restaurante Z a las trece horas». Y poco a poco fueron creciendo, llevando paquetes o ramos de flores, siendo conocidos, teniendo más «repartidores», como Asís les llamaba… y ganando buen dinero por increíble que parezca. «No era tan tonto el tipo al que se le ocurrió la idea…».

Y poco a poco su amistad recuperó el vigor que había tenido en los años de infancia y juventud, hasta el punto de que, en otra ocasión, Rachid quiso animarle a acercarse a las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS) con las que él mismo se había encontrado gracias al padre Matteo, que simpatizaba con la oposición laica al régimen de Bachar al-Assad, y que conocía su decepción. Y a veces Rachid y él discutían al respecto. Asís sentía simpatía por su causa, pero los consideraba unos «ilusos bien intencionados que se creen que pueden hacer una democracia laica en Siria». En realidad, no les concedía ninguna posibilidad por dos razones, sobre todo: «Porque en Siria no hay demócratas, igual en la España de 1936 no había republicanos —eso era algo que le había oído decir a su padre— y porque los americanos han dejado de creer en ellos cuando algunos cargamentos de armas que les habían destinado acabaron en manos de milicias islamistas, y entonces Washington decidió apoyar a los kurdos». El escenario se completaba con los países del Golfo como Arabia Saudita, Catar y los Emiratos Árabes Unidos dando dinero y armamento a milicias islamistas de todo pelaje. «A nadie le importa la democracia en Siria», concluía con un pesimismo desesperanzado. Y, sin embargo, sentía respeto y simpatía por esos ilusos de las FDS por aquello que le habían enseñado los franciscanos en el colegio de que no se podía estar con los que hacían las guerras, sino con los que las sufrían. Y su amigo Rachid era un

vivo ejemplo con su cojera.

Acariciado por los cálidos rayos solares y entretenido en sus recuerdos, Asís miró el reloj y pegó un respingo. ¡Era casi la una, cuando su contacto tenía que haber aparecido a las doce! Se ponía lentamente en pie para marcharse cuando una pelota chocó contra su pierna. Miró de dónde procedía y vio a un niño de unos diez años que se acercaba a recogerla. Al pasar a su lado musitó «Tumba de Saladino», y se marchó corriendo con el balón. El cuerpo de Saladino, vencedor de Ricardo Corazón de León y conquistador de Jerusalén contra los cruzados, está cubierto por un paño verde, color del islam, en un mausoleo situado en un pequeño jardín adyacente a la trasera de la mezquita donde él se hallaba, y hacia allí dirigió sus pasos con andar tranquilo. Si alguien le esperaba pues que esperase un poco, él llevaba más de una hora haciéndolo. Cuando llegó, apenas diez minutos más tarde, era la hora del almuerzo y el jardín estaba desierto, o eso parecía desde la entrada. Se encaminaba hacia el mausoleo cuando oyó una voz femenina detrás de él que le decía en árabe:

—Disculpa el plantón, quería estar segura de que nadie te ha seguido. Tenía ganas de conocerte, la Casa habla muy bien de ti… Y no te preocupes por esos chicos del fondo, vienen conmigo.

Al volverse, Asís vió a una mujer menuda cubierta con un negro chador que solo dejaba al aire la cara. Un rostro lleno de quemaduras, con una enorme cicatriz en la mejilla izquierda, y dominado por unos ojos vivaces pero fríos, muy fríos, junto a una mueca que quería parecer una sonrisa y no acababa de conseguirlo.

7. Resurrección

Los vecinos dijeron a las cadenas de televisión que se personaron junto a la casa a los pocos minutos de la explosión que «nunca habían visto nada igual», que «el ruido fue ensordecedor, creía que me caía el techo encima», y que Myriam y Ted eran «unos chicos encantadores que sonreían y saludaban siempre que te cruzabas con ellos», y que «¡qué horror! ¿Quién puede haberles hecho algo así?». Estaban asustados, pues no era para menos: «Nunca ha pasado nada así en este barrio, es un vecindario muy tranquilo», y no comprendían qué podía haber ocurrido: «Pensamos que era una explosión de gas, pero ahora la policía dice que es una bomba… ¿Quién querría ponerles una bomba? Tiene que ser un error»… Y así todo.

Cuando Myriam giró la llave de contacto de su Volkswagen, Ted murió instantáneamente como consecuencia de la explosión de la bomba adosada bajo el coche, y a ella se la llevó muy maltrecha una ambulancia enorme llena de luces y sirenas aulladoras. En el hospital la operaron durante varias horas a vida o muerte, pues su cuerpo estaba destrozado y eran muy graves los daños internos sufridos por los numerosos trozos de metralla incrustados en su pequeño cuerpo. Perdió el bebé que esperaba con ilusión desde hacía tan solo tres meses y que les había llevado a Ted y a ella a comprar una cuna justo unos días antes de la explosión. Los médicos estaban satisfechos por haber logrado salvarle la vida, porque no fue fácil, aunque le quedó la cara quemada, una leve cojera y tampoco su mano izquierda volvió a responder bien. Pero era un pequeño precio a pagar por vivir… si es que fue vida lo que Myriam recuperó cuando, al cabo de varios meses, abandonó la rehabilitación. Se culpaba por no haber hablado con Ted al principio de todo, no quería vivir y tampoco quiso regresar a la que había sido su casa con las fotos de la boda y del viaje de novios a Tikal, con la ropa de su marido y la foto que un día se había hecho con Obama durante la campaña electoral, y con la cuna y la habitación que habían comenzado a preparar para el hijo que esperaban con mucha ilusión y al que no se le dio la oportunidad de nacer.

La recogió en su casa la tía que había actuado de hecho como su madre desde que llegó a América y que luego, con ruegos y mucha persistencia, lograba alimentarla lo imprescindible para que no muriera de pura inanición, que era lo que Myriam realmente deseaba, según le dijo un día al psicólogo que regularmente la visitaba. No es fácil aceptar la vida cuando uno se siente muerto, está solo en el mundo, no reconoce su cara desfigurada en el espejo y no ve ningún motivo o razón para querer vivir tras la pérdida del hombre al que quería y de la criatura que crecía en sus entrañas. Myriam se limitaba a vegetar sin salir de casa, sin abandonar siquiera su habitación que mantenía siempre a oscuras, con las persianas bajadas, sin hablar con nadie mientras desarrollaba en su interior un odio profundo, no solo contra quienes habían puesto la bomba que había truncado su vida, sino contra el mundo en general y contra todos los dioses que permitían que cosas así pudieran ocurrir.

Pero la vida es fuerte, e igual que los pinos se agarran a grietas inverosímiles en los acantilados y luego adaptan caprichosamente su forma para ofrecer menos resistencia a los vientos dominantes, Myriam vivió, a pesar de ella misma, y luego, poco a poco, el tiempo fue

haciendo su trabajo de forma tenaz e inexorable, porque, como dice el proverbio chino, no por disparar contra el gallo deja de amanecer. No olvidaba, pero empezó a comer; odiaba, pero seguía respirando, e incluso contestaba a su tía con monosílabos que se convirtieron en frases cada vez más largas. No quería salir de casa, y cuando empezó a hacerlo con la excusa de pasear el fox terrier de su tía, un perro antipático como él solo, se tapaba la cabeza con un rebozo para ocultar su cara quemada y plagada de cicatrices que con el tiempo pasaron del rojo al cárdeno y al azulado. Al principio le daba vergüenza su rostro y le parecía que lo miraban todos los que se cruzaban con ella por la calle, hasta que se fue acostumbrando y a dejar de importarle lo que la gente pensara o dejase de pensar. Pero seguía negándose a ver a nadie, aunque fueran viejos amigos, o a distraerse con un libro o la misma televisión. Nada le interesaba y nadie la consolaba, más aún, le molestaban los que lo intentaban. ¿Qué sabían ellos de perder de golpe un marido y el hijo que esperaba? ¿Qué sabían ellos de quedarse con la cara destrozada y el alma perdida? Porque lo peor era que, en el fondo de su corazón, Myriam se culpaba de lo ocurrido, pensaba que era ella la responsable al haber aceptado trabajar para la VEVAK, aunque fuera bajo engaño y con la promesa de devolver la libertad a su padre. ¿Qué hija no lo haría? Odiaba a la VEVAK y se odiaba también a sí misma, y eso multiplicaba el rencor que sentía. Porque ella no le había dicho nada a Ted porque tenía miedo de que no le dejara hacerlo y porque los iraníes se lo prohibieron: «Si le dices a alguien lo que estás haciendo, tu padre está muerto». Y ella se asustó y no se lo dijo a nadie. Quizás todo sería distinto si hubiera hablado con su marido, ese marido que ahora estaba muerto por su culpa.

Era cierto que, gracias a ella, el FBI había desmantelado una buena parte de la red operativa que el espionaje iraní tenía en los Estados Unidos, pero no le bastaba, no le parecía suficiente para el daño que le habían hecho a ella y a los suyos, y por eso, cuando un día recibió la visita del agente del FBI al que se lo había contado todo y este le comentó que el Mossad estaba interesado en hablar con ella, dijo que sí. Pocas semanas más tarde, en la casa de su tía, una casa que había estado vigilada por el FBI durante un tiempo cuando salió del hospital, Myriam recibió la visita de una mujer en torno a los cincuenta años y discretamente vestida en tonos oscuros, que le fue presentada como agente del espionaje israelí. Estuvieron juntas a solas un par de horas, y, cuando la mujer dejó la casa, Myriam era otra persona. Por vez primera había brillo en sus ojos y esbozó una tímida sonrisa al cruzarse con su tía en el pasillo. Al convertir el odio en motor para su venganza había encontrado un sentido para su vida, porque para vivir no basta existir, y si es cierto que el olvido y la esperanza ayudan a hacerlo, más lo hacen el recuerdo y el odio. Porque el problema no es vivir, sino saber para qué se vive y, cuando eso se sabe, es más fácil soportar todo lo demás.

Un par de meses más tarde le anunció a su tía que se iba a vivir a Israel.

8. Amal

Amal estaba encantada con el viaje a Beirut. Asís la había conocido hacía unos meses en una fiesta que dieron antiguos compañeros de colegio para celebrar su regreso a Damasco. Alta, delgada y morena, tenía los ojos grandes y oscuros y una nariz ligeramente aguileña que mostraba carácter. Amal era una mujer guapa sin ser bella, pues tenía esas pequeñas imperfecciones que hacen un rostro atractivo y natural. Tras estudiar en la universidad de Damasco, trabajaba como arquitecta en la que se supone que debía ser una profesión muy demandada en un país destruido hasta los cimientos. La ONU estimaba que la reconstrucción de Irak tras la invasión norteamericana costaría ochenta mil millones de dólares, y elevaba la cifra hasta doscientos cincuenta mil millones en el caso de Siria. Seguramente ambos cálculos se quedaban cortos, pues la guerra continuaba haciendo destrozos, y, en cualquier caso, el dinero ni había llegado ni se lo esperaba pues todavía quedaba gente empeñada en destruir cuanto se le ponía por delante con el aparente objetivo de devolver Siria a la Edad de Piedra en sentido literal. Pero al menos eso tendría un día arreglo y no como los muertos que eran irreparables, o las terribles heridas psicológicas que no tenían cura y que acompañarían hasta el fin de sus días a los supervivientes, porque en Siria había muertos sepultados y había otros que arrastraban la vida entre cascotes y que también estaban muertos, aunque aún no lo sabían. La consecuencia era que Amal era una arquitecta sin trabajo y mientras esperaba tiempos mejores bosquejaba proyectos ilusorios como museos, centros culturales o viviendas ecológicas y, de forma mucho más práctica, ocupaba sus días en una ONG local que, con pocos medios y mucho entusiasmo, recogía a niños que habían perdido a sus padres durante el conflicto. Unos habían muerto; otros eran cautivos del Estado Islámico que los utilizaba como esclavos o escudos humanos en las localidades que aún conservaba y que, afortunadamente, eran cada vez menos; de otros no se sabía nada, y algunos padres incluso habían huido a Europa dejando detrás a su prole. Amal y sus compañeros acogían a esos niños, los cuidaban y alimentaban como podían y luego buscaban casas de acogida, guardando un buen registro por si algún día reaparecían los padres y los reclamaban, que no era algo tan infrecuente como pudiera pensarse.

Salieron algunos días a pasear, fueron al cine o a cenar, congeniaron, a ella le gustaba el carácter abierto y positivo de Asís, convencido como filosofía vital de que lo mejor de la vida está siempre por llegar, y él se reía mucho con las ocurrencias de ella y con su sentido del humor, porque no aburrirse y pasarlo bien juntos es lo que más une a una pareja. Y así, con naturalidad y sin forzar acontecimientos de forma innecesaria, un día, después de una cena con velas en la terraza de una taberna local, junto a un muro recubierto de jazmín que aquella noche olía como nunca, acabaron en el apartamento de ella haciendo el amor. La timidez inicial fue pronto reemplazada por la urgencia del deseo compartido y como ya había un sustrato de cariño y de respeto mutuo, la pasión no tuvo dificultad alguna en montar un volcán de besos y abrazos, de jadeos entrelazados con palabras dulces y de cuerpos rítmicamente acompasados mientras sus corazones latían con fuerza el uno junto del otro. A esa primera vez siguieron otras muchas, cada vez con más frecuencia, pero con la particularidad de parecerles a ambos que era siempre la

primera y única. Y de común acuerdo decidieron dar tiempo al tiempo, ese tiempo vital que le faltaba a tanta gente en Siria, y no ir a vivir juntos, sino dejar que llegara el momento en que ya no fuera una opción sino una necesidad para ambos.

Y ahora se iban juntos a pasar un fin de semana en Beirut. Puede que nadie sea tan feliz o infeliz como él mismo se imagina, pero Amal se sentía en el colmo de la dicha. Salir de Damasco y del asfixiante ambiente de retaguardia bélica era ya un regalo, pero hacerlo por un valle de la Bekaa vestido de verde pardo y por los bosques de enormes cedros solemnes de las montañas drusas, sobre las que reinaba Walid Jumblatt desde su palacio fortificado de Mukhtara como el auténtico señor feudal que era, eso era todo un lujo.

—Estos drusos —explicaba Amal— son una secta iniciática escindida de chiísmo que creen en la reencarnación, que no ayunan en Ramadán ni peregrinan a La Meca y que esperan el regreso del califa Al-Hakim que desapareció en el siglo XII. Oriente Medio está lleno de gentes insatisfechas que aguardan a mesías desaparecidos que se toman su tiempo para regresar: lo esperan los cristianos, lo esperan los chiítas y, como ves, también los drusos. Y ninguno vuelve. Al menos por ahora.

Asís escuchaba embelesado sus comentarios entre eruditos, escépticos e irónicos mientras pensaba que el mundo está lleno de gente curiosa y que es esa diversidad la que hace nuestra riqueza, siempre que se respeten las opiniones de unos y otros y no hagan como los salafistas fanáticos del Estado Islámico o Al Qaeda que quieren imponer el islam, su islam, a la fuerza y que por eso estamos en Siria como estamos. Pero se guardó para sí sus reflexiones para no estropear la magia del momento cuando ya se acercaban a la costa bañada por un Mediterráneo de color invierno… Estar allí con Amal era un sueño, a pesar de los numerosos controles que también en Líbano obligaban al vehículo a detenerse cada pocos kilómetros y a enseñar la documentación a milicias de distinto pelaje que exhibían banderas de todos los colores, pues las había verdes, amarillas, blancas y negras, y que con frecuencia no eran más que simples bandidos con disfraces pretendidamente heroicos que cobraban modestas «mordidas» por dejar pasar.

—No eres consciente de la suerte que tenemos, Asís —prosiguió Amal—. Vivimos en un país en guerra desde hace años en el que llevamos nada menos que medio millón de muertos, seis millones de personas han tenido que abandonar sus hogares y otros cinco han buscado refugio en el extranjero, en el que dramas personales de todos los colores puntúan la vida diaria, y aquí estamos tú y yo, de fin de semana en mitad de un frondoso bosque de estos mismos cedros que hicieron posible la expansión de los fenicios por el Mediterráneo, la diosa Tanit, la fundación de Cartago, las guerras púnicas, las mismas campañas de Aníbal…

—Para, para, que me mareas con tanta sabiduría. —El viejo Peugeot que Asís había comprado a buen precio y de segunda mano a la familia de un amigo que se fue al frente y no volvió, botaba y se zarandeaba en una carretera que no estaba llena de baches sino de auténticos socavones—. Pero, mira, también la suerte se la hace uno a diario y es precisamente en mitad de una guerra cuando más consciente eres de lo breve que es la vida y de lo importante que es vivirla a tope mientras se pueda.

—¿Tú crees en la felicidad, Asís? —La cara radiante de Amal traicionaba la que iba a ser su respuesta, y Asís pensó que no hay mujer feliz que no esté guapa—. Te adelanto que yo sí creo y creo además en el derecho a buscarla, aunque sea en medio de la desgracia ajena. Es como la fotografía de Sebastão Salgado, que no deja de ser bella por describir situaciones atroces de miseria. No me interpretes mal, solo quiero decir que, si no puedo impedir que otros sean

infelices, creo que mi deber es tanto procurar ayudarles como no renunciar a la búsqueda de mi propia felicidad. ¿Te parece mal?

—En absoluto, pero para mí la felicidad no es una meta que uno se propone, a la que se llega y ya está porque nunca es permanente, sino un camino, es ser capaz de darle sentido y contenido a la vida luchando por emplearla en lo que a uno le gusta y cree que vale la pena. Y eso es algo muy delicado que se aprende con los años o que yo, en todo caso, he tardado en comprender, que se construye a diario y que luego hay que cuidar con esmero porque nada dura si no se trabaja.

«Joder —pensó sonriendo para adentro—, ¡las cosas que soy capaz de pensar cuando me lo propongo!». Pero no había cinismo en su reflexión porque le había salido con espontaneidad y porque además creía firmemente en lo que acaba de decir, mientras constataba que antes de estar con Amal esas cosas no se le ocurrían.

—Claro —se entusiasmó ella—, la felicidad es tener un sueño y luchar por él y no desanimarse por los contratiempos. ¿Tú crees que soñamos para vivir o vivimos para soñar? —Cuando Asís, desconcertado, se disponía a contestar sin saber muy bien qué decir, ella prosiguió, excitada y feliz—: ¡Mira esas vacas! Se diría que estamos en Suiza y no en un Oriente Medio que se desangra en luchas intestinas que atraen a buitres de todas las nacionalidades.

—De acuerdo —sonrió Asís mirándola de reojo—, creo que fue el portugués Mário Soares el que dijo un día que en la lucha solo es vencido quien desiste de luchar. O algo muy parecido. Recuerdo esa frase porque me gustó mucho cuando la leí en un periódico.

—Yo no la había oído nunca y me gusta, me parece muy cierta, pero yo me quedo con Mandela detenido en su celda de Robben Island durante los años del *apartheid* en Sudáfrica recitando aquel poema «Invictus», que decía…

—«… Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma» —la interrumpió Asís entusiasmado—. Es algo que también creo firmemente, aunque también es verdad que son muchas las cosas que no controlamos y que tratamos de encauzar como buenamente podemos…

—Porque la vida es lo que pasa mientras hacemos planes, y esto creo que lo dijo John Lennon —observó Amal, interrumpiéndole a su vez. La risa de Amal era limpia y clara.

—Sí, de acuerdo —concedió Asís—, pero, aun así, cuando hay sorpresas o vienen mal dadas lo importante es ser capaz de levantarse y empezar de nuevo sabiendo que no siempre se puede ganar. A fin de cuentas, solo fracasamos los que lo intentamos. O, como decía Cervantes —se puso serio de repente—: «Cada uno es artífice de su ventura». Y hay que ser progre para decir eso a principios del siglo XVII.

Ya no les quedaban a ninguno de los dos más citas de las que echar mano y la carcajada fue compartida mientras el viejo Peugeot proseguía trastabillando entre baches y polvo y al fondo se acercaba la línea azul del Mediterráneo, y Asís pensaba en la suerte que tenía de que se hubiera fijado en él aquella mujer maravillosa, guapa, inteligente y culta, aunque también sabía que a él no se le daba mal dar el pego para pretender estar al nivel. Al menos, por un tiempo. Si la felicidad puede a veces ser un relámpago que luego se conserva en un recuerdo, el de aquella tarde de carretera entre montañas y cedros estaba llamado a ser uno de los más bonitos del inicio de una vida compartida. Porque aquello no era un relámpago aislado sino una auténtica tempestad, de esas en las que los rayos son tan numerosos que la noche brilla como si fuera mediodía.

La entrada a Beirut la hicieron por el barrio de Haret Hreik, para tomar desde allí la avenida Hassan Nassrallah hacia el centro de la ciudad. Haret Hreik era el feudo chiíta de Hezbolá, cuyos milicianos vigilaban el puesto de control con sus uniformes negros, limpios y bien planchados y

sus banderas amarillas. Europeos y norteamericanos consideraban a su ala militar una organización terrorista, aunque Hezbolá fuese mucho más que eso, y a Amal y Asís les llamó la atención la disciplina de sus hombres que contrastaba con la mostrada por los milicianos o los mismos miembros del ejército regular que se habían encontrado hasta ese momento por el camino. Fundada en 1982 para combatir contra la invasión israelí de Líbano, había ganado tanta fuerza y poder que se había convertido en un auténtico Estado dentro del Estado libanés bajo la férula de un hombre carismático, Hassan Nassrallah, al que el periódico *The Washington Post* definió en cierta ocasión como «un cruce de Che Guevara y de Jomeini». Asís y Amal le tendieron por enésima vez la documentación a un miliciano que llevaba colgado del cuello un AK-47 y que mientras la revisaba hacía correr con la mano izquierda las cuentas granate de un rosario que representaban los infinitos atributos de Alá. Su mera presencia era un recordatorio de la guerra que acababan de dejar detrás y en la que Hezbolá era un instrumento mortífero al servicio de los intereses iraníes.

Líbano fue inventado por los franceses con un trozo de Siria —algo que Damasco nunca ha aceptado— para dar una patria a los cristianos maronitas, y es un país en perpetua crisis como consecuencia de su complicada arquitectura constitucional que prevé un presidente cristiano, un primer ministro sunnita y un presidente del Parlamento chiíta. Las pugnas entre estos distintos grupos son constantes y empeoran con la injerencia de otros países como Siria, Irán, Israel o la misma Arabia Saudita, que tienen allí agendas e intereses muy diferentes. Todos meten la cuchara y eso complica encontrar soluciones mientras el país languidece cuando no se desangra. Pero Líbano en tiempo de paz es también un país de hábiles comerciantes, de mujeres bellísimas, de buenos restaurantes y el lugar, en definitiva, donde les gusta refugiarse los fines de semana a ciudadanos que escapan de los horrores de las guerras de Siria e Irak o de las frustraciones sexuales de Arabia Saudita y otros países del Golfo.

El hotel Mediterranée, cuatro estrellas, es un edificio de color blanco grisáceo de ocho plantas en primera línea de playa, cerca del faro y enfrente de una enorme noria de feria que parece absurdamente fuera de lugar en aquel emplazamiento. Ya con algunos años de vida y habiendo conocido años mejores, está situado en la avenida Charles de Gaulle, que forma parte de la famosa Corniche, un precioso paseo marítimo reconstruido al igual que buena parte de la ciudad tras la guerra civil. Allí confirmaron su reserva en un mostrador decorado con pequeñas banderas de países árabes en medio de un enorme *hall* de dudoso gusto, con lámparas exageradas, mobiliario tapizado con cretonas recargadas y pesadas alfombras de colores chillones, que desentonaban con el minimalismo del horizonte marino que se vislumbraba más allá de la entrada. Luego subieron a la habitación que había reservado Asís donde el ambiente era mucho más agradable, pues era sencilla, espaciosa y limpia y desde la ventana se veía el mar.

Amal levantó la colcha y la recogió a los pies de la cama, sobre la que se tumbó, mientras Asís dejaba las dos bolsas de viaje en el suelo junto a la puerta, sin detenerse a abrirlas. Entonces ella le llamó a su lado, traviesa. Y a él le encantaba cuando ella se ponía traviesa y sensual. Despeinada tras el largo viaje, estaba muy guapa y su sonrisa le resultaba irresistiblemente atractiva. Se besaron y se acariciaron mutuamente, primero con parsimonia y sin decir palabra y luego con prisas y entre risas mientras sus cuerpos iniciaban el rito milenario de las contorsiones que aumentan la excitación mutua. Ella notó su erección y apretó su vientre al suyo mientras le deshacía el cinturón e introducía, serpenteando, la mano para acariciar aquella vida que crecía por su causa, mientras él le desabrochaba el sostén y le acariciaba y besaba los pechos, haciéndole brotar los pezones y sentir el cosquilleo de una deliciosa humedad entre las piernas

que le parecía que podía inundar la habitación entera. La excitación mutua tomaba progresivamente el control mientras sus manos recorrían pausadamente la geografía del cuerpo que yacía al lado del propio, como queriendo absorber con los ojos de los dedos sus más mínimos detalles y recovecos. Luego, dándose ambos el tiempo necesario para llegar a ese momento donde el mundo se detiene y todo lo demás deja de importar porque simplemente deja de existir, él la penetró con una urgencia fuerte y suave a la vez, acomodando su tiempo al de ella hasta que estalló, irresistible, el volcán e hicieron el amor con pasión pero sin prisas, buscando no tanto el propio placer sino el de la pareja y alcanzando así juntos el clímax del orgasmo en un estallido que llenó sus mentes de fogonazos de color y dejó sus cuerpos exhaustos, sudorosos y felices sobre las sábanas arrugadas. *Maktub*, estaba escrito, pensaba Amal con los ojos entrecerrados y soñadores, pero no dijo nada para no estorbar el silencio que la rodeaba, solo interrumpido por su propia respiración todavía jadeante, un silencio que en aquellos momentos llenaba de magia la habitación de aquel hotel que pasaría a formar parte dichosa de sus recuerdos compartidos. Asís prefirió también callar y no estropear el silencio que lo llenaba todo. Allí sobraban las palabras. Era un momento mágico y ninguno de los dos quería estropearlo. Y entonces su mano se dirigió sola, sin que la guiara ningún pensamiento previo, hacia sus pechos cuyos pezones comenzó a acariciar suavemente… y todo comenzó de nuevo.

Solo mucho más tarde se dieron cuenta de que la habitación también tenía una pequeña terraza donde se podía disfrutar de la brisa húmeda que llegaba del mar con sabor a sal mientras la tarde caía y el sol se refugiaba en sus aguas sonriente y con las mejillas arreboladas por lo que acababa de ver. ¡Qué lejos de allí parecía quedar la guerra de Siria! Y ese no era sino otro espejismo porque la frontera de la guerra estaba a tan solo dos horas de quienes paseaban por la playa sin atreverse a meter los pies en sus aguas frías de invierno.

Aquella noche sacaron sus mejores ropas y cenaron en La Cygale, donde fueron recibidos por un *maître* ceremonioso e impecablemente vestido que debió de ver en la joven pareja la perspectiva de una buena propina. Ostras, lubina y un ligero tiramisú que acompañaron de una botella de Ruinart, *blanc de blancs*, que a Amal le parecía el mejor champán del mundo, y que les hacía sentirse a años luz de Damasco. Luego regresaron al hotel caminando tranquilamente y aprovechando la suave temperatura que iba progresivamente refrescando a medida que la noche avanzaba y se aproximaban al mar. Eso exigió algunas paradas extras para colocar la chaqueta de él sobre los hombros de ella y besarse apasionadamente con el pretexto de: «Ven que te dé calor, amor mío». Asís recordó entonces aquella frase de Balzac que había leído en una novela que le prestaron cuando estaba en la Legión y que decía algo así como que «Se puede amar sin ser feliz, se puede ser feliz sin amar, pero amar y ser feliz al mismo tiempo es algo prodigioso». Y ese era precisamente su caso. Fue una noche voluptuosa, en la que nuevamente hicieron el amor desencadenado y libre mientras por la ventana abierta a pesar del fresco les mecía el suave rumor de unas olas extrañamente desacompasadas con el propio ritmo de sus cuerpos entrelazados. Y luego, tras la explosión, las miradas ausentes, soñadoras y perdidas en un mar ya negro que una débil luna apenas dejaba adivinar, mientras se adormecían con el ruido cada vez más lejano de unas olas que, ahora sí, parecían haber recuperado su cadencia regular.

Amal no necesitaba saberlo, pero otra razón que tenía Asís para ir a Beirut, esa capital del espionaje de Oriente Medio como lo fueron Viena o Berlín en tiempos de la guerra fría, era encontrarse con Miguel, el agente del CNI del que dependía. Lo hizo al día siguiente cuando Amal le expresó su deseo de recorrer las lujosas tiendas de la calle al-Hamra, «la Roja», que es otra de las atracciones que Beirut ofrece a sus visitantes femeninas mientras los maridos atienden

a sus negocios o se refugian en lugares como Hanús, un cibercafé que ofrece a sus parroquianos las típicas pipas de agua o narguilés e internet gratuito para pasar el rato mientras las mujeres hacen sus compras. Afortunadamente Asís no tuvo que inventar ninguna excusa porque Amal le dijo que para hacer compras prefería ir sola, «porque los hombres os impacientáis enseguida y os ponéis muy pesados».

9. La misión

Cuando Amal le dejó, Asís solo tuvo que bajar a la habitación 212 del mismo hotel Mediterranée donde le esperaba Miguel.

—Tu amiga Cara Quemada está loca. —A Asís le salió casi sin pensarlo. Ella no se presentó cuando le abordó en la tumba de Saladino unos días antes, nadie le había dicho su nombre y él la llamaba así para sus adentros. Ahora usaba el apodo en su conversación con Miguel—. Me ha dicho que hable contigo y que habéis acordado que tengo que hacerme con un burdel en Damasco. Esta mujer está loca y no pienso hacerlo, ¿cómo voy yo a comprar un burdel? Eso echaría por tierra mi reputación… Ahora que por fin empezaba a tener una —comentó con una sonrisa entre triste e irónica—. Y ni siquiera me ha explicado para qué. Solo me dijo que hablara contigo. —Asís estaba desconcertado y cabreado a la vez.

—Calma, amigo. —Miguel levantó el brazo como tratando de apaciguarle—. Esa que tú llamas Cara Quemada es una jefaza del Mossad muy respetada en nuestro mundo. Tiene una historia trágica detrás y la leyenda dice que solo vive para vengar lo que le hicieron los iraníes cuando mataron a su padre, a su marido y al hijo que esperaba, y además le dejaron la cara que tu has visto. —Miguel se detuvo un momento mientras dejaba que Asís asumiera esa información antes de proseguir—: Sé que te ha hecho una petición extraña y eso exige saber por qué te hemos buscado. Lo que te diga a partir de ahora debe quedar estrictamente entre nosotros, al igual que la misma existencia de nuestra relación. Te lo dije desde el primer día, pero quiero repetírtelo hoy a la vista de tu propia relación con la chica que te acompaña.

—A ella no la metas en esto —gruñó Asís por lo bajo.

—No la meteré si tú no lo haces. Escucha, Asís, esto es muy serio y te puede ir la vida en ello. Nos puede ir a ambos. ¿Entiendes lo que te digo? Ya es tarde para salir, la carrera ha comenzado y tú estás dentro. Y más que lo vas a estar a partir de ahora. ¿O es que te crees que yo trabajo para una ONG altruista que se dedica a rescatar a legionarios sin futuro para darles trabajo? No puedes ser tan ingenuo.

—Joder, Miguel, ahora sí que me preocupas. Dime ya qué estás tramando con esa tía de las cicatrices.

—Esas quemaduras son obra de la VEVAK, el servicio secreto iraní, y no son nada comparado con lo que nos harán a ti y a mí si un día nos echan la mano encima. —La expresión de alarma de Asís le obligó a matizar—: Pero no te preocupes porque aún no estamos en su radar y confío en que no lo estemos nunca, si hacemos las cosas con calma y con profesionalidad.

Asís se acercó a la ventana y miró el mar que a esa hora lucía un color azul intenso y pensó: «Claro, qué ingenuo soy si pensaba que este tío me iba a financiar una empresa sin pedirme nada a cambio. Y ahora ha llegado el momento. Pero ¿una casa de putas? Este ha enloquecido, igual que la tía esa de la cara abrasada».

—Se trata de una operación sobre la que, por el momento, es mejor que sepas lo imprescindible —dijo Miguel—. Tu participación consiste, por ahora, en montar un burdel en las cercanías de Damasco, donde antes tendrás que comprar una casona junto a la carretera que yo te

diga y adecuarla con las obras que también te indicaré.

—Pero yo no me muevo en ese mundo, nunca he sido putero —replicó Asís, y con una sonrisa de suficiencia, añadió—: Nunca he necesitado pagar para tener una tía… Además, ¿de dónde saco las putas? ¿Cómo se maneja una casa de putas…? Y luego estarán los chulos, las revisiones médicas, las peleas entre ellas… Que no, hombre, que no, que yo no sirvo para eso, que me has tomado mal la matrícula.

—De todo eso no tendrás que ocuparte tú. —Miguel hablaba con calma, intentando tranquilizarle y rebajar su agobio—. Las chicas llegarán de Beirut y…

Asís no le dejó continuar:

—Claro, hombre, y yo soy Papá Noel. ¡Como si las putas que aquí pasean entre yates y árabes del Golfo forrados de pasta van a querer irse a un país machacado por una guerra y arruinado! ¡No te digo…!

—Querrán, si tú las convences. Y para convencerlas tendrás el dinero que necesites. Por otro lado, no tendrás que ocuparte de eso porque yo te diré con quién hablar, aquí en Beirut, para que te solucione todos esos problemas que comentas. Pero antes tienes que comprar la casa que necesitarás para ese negocio y hacer las obras necesarias.

—Que no, hombre, que no. Pídeme otra cosa, pero no me quieras convertir en un chulo de putas, porque lo mío nunca ha sido eso, que te lo repito, tío, que a mí nunca me ha hecho falta ir de putas y que… —Y mientras hablaba pensaba: «Es que, además, como se entere Amal, esto termina con lo que aún está solo empezando».

Poco a poco, Asís se iba dando cuenta de que el asunto iba en serio y que no había marcha atrás con quienes le habían sacado de Mali y montado una forma de vida en Damasco, y lo que de verdad le preocupaba de todo esto era que se iba a cargar la relación con la única chica que le había importado en su vida. Y eso no lo quería de ninguna manera.

—Por eso es mejor ir por partes —cortó Miguel, firme y amistoso a la vez—. Acércate y mira este mapa. —Mientras Asís contemplaba a un tiempo el mar y su futuro, que en aquel momento le parecieron brillante uno y color de hormiga el otro, Miguel había desplegado un mapa sobre el minibar de la habitación al tiempo que sacaba dos cervezas y las abría antes de darle una a Asís—. Mira —le señaló un punto en el mapa—. Esta es la base militar de Al-Kiswah, a solo dieciséis kilómetros de Damasco, muy cerca, como ves, y esta es la carretera número 7 que la une con la ciudad. Aquí —y Miguel puso el dedo sobre un punto del mapa— está la desviación hacia el pueblo de Qatana y junto al cruce hay un caserón…

—Y lo que os interesa es esa base, ¿no es eso? —No hacía falta ser muy listo para darse cuenta.

—Eso es. Se trata de una base que los iraníes construyen y los israelíes bombardean una y otra vez sin que los sirios parezcan opinar sobre el tema. Queremos saber más de lo que allí pasa —dijo con cierto misterio. Y mientras Asís se devanaba los sesos para intentar comprender qué rayos podía importarle a España aquella base remota, Miguel puso sobre el mapa la foto de una casa de labor grande y destartalada junto con otra, en blanco y negro, de un hombre ya mayor con la cara arrugada por el trabajo al aire libre y pinta de campesino—. Su dueño es un agricultor llamado Ahmed Shewat, que ha perdido en la guerra a sus dos hijos varones, está deprimido, y ni quiere ni puede ocuparse ya de la explotación de la finca.

Asís miró el mapa y la foto. «¿Quién coño querría labrar un secarral como ese?», pensó. Pero no lo dijo. En cambio, señaló:

—Entonces mi trabajo es ir a verle y comprarle esa ruina, ¿no es eso?

—Efectivamente. Y luego hacer en la casa los arreglos que yo te diré. Porque es ahí donde se va a instalar tu puticlub…

—¿Con qué dinero? —cortó Asís.

—Con el que necesites. Tú vuelve a Damasco, habla con ese tal Shewat, negocia el mejor precio que puedas, que no parezca que te sobra la pasta, no le des explicaciones sobre tus planes y ponte en contacto conmigo para que te ingrese el dinero en tu cuenta de Marsella. —Ante la sorpresa de Asís, continuó—: Sí, hombre, sabemos que tienes allí una cuenta en la que ingresabas tus pobres ahorros de la Legión… —Y añadió con una sonrisa—: Antes de contactar contigo hicimos bien los deberes. A todos los efectos, será un negocio que emprenderás con los ahorros de una vida, y cuando tengas algo que decirme coloca una maceta con geranios blancos en la ventana de tu dormitorio. Yo sabré encontrar la forma de ponerme en contacto contigo cuando lo necesite y entonces te diré cuál es el paso siguiente. Y si alguna vez me quieres enviar un mensaje podrás utilizar un «buzón seguro» en Damasco, que cambiaremos periódicamente y que te indicaré. Pero por hoy ya basta, porque me gustaría presentarte a alguien.

Asís estaba confuso y sin embargo las instrucciones no podían estar más claras. Pero aún más claro tenía que no quería involucrar a Amal en estos asuntos. Y menos todavía con un burdel de por medio, porque estaba seguro de que ella iba a ponerse como una pantera cuando se enterase y más cuando él no pudiera darle ninguna explicación sobre las verdaderas razones por las que hacía lo que hacía. Ahí Miguel había sido muy claro: «Cuanto menos sepa, mejor, porque en este oficio saber es muy peligroso, de hecho, a partir de ahora será peligroso hasta conocerte. Protégela alejándote de ella, si de verdad la quieres». Pero eso era fácil de decir y difícil de hacer, porque Asís no quería dejarla y al mismo tiempo sabía que si seguía adelante con Miguel su relación con Amal solo iba a durar el tiempo que ella tardase en enterarse. Y no quería que eso ocurriera, porque Amal era lo mejor que le había ocurrido en su vida. Borges decía que «uno está enamorado cuando se da cuenta de que la otra persona es la única», y a él eso le ocurría por vez primera. Amal era única, eso lo tenía muy claro. De modo que contestó que no, tratando de ganar tiempo, que no contaran con él para esta locura, que él se bajaba en la próxima, o sea ya.

—Mira, yo esto no lo veo claro y, encima, es demasiado para un solo día, déjame acabar tranquilo este fin de semana y ya hablaremos más adelante.

—No es posible —cortó Miguel—. Las decisiones hay que tomarlas aquí y ahora. Además, no tienes opción, trabajas para mí y vas a seguir haciéndolo. A menos que te quieras quedar en la puta calle o volver a tu amada Legión Extranjera en el desierto de Mali. Porque lo que no querrás es que los *mujabarats* se enteren de tu relación con un servicio secreto extranjero, ¿verdad? No les gustaría nada y son muy brutos, como bien sabes. Los americanos dicen que no hay comida gratis y eso se te aplica a ti de lleno.

10. Bertrand

Asís se giró para mirar por la ventana. El mar seguía en su sitio, tranquilo e indiferente a su lucha interior, una lucha que sabía perdida de antemano igual que sabía que perdería a Amal cuando se enterase de que había montado un puticlub con sus «ahorros». La gente paseaba indolentemente por la Corniche antes de la puesta de sol, y Asís les envidiaba. «¿Tendrán problemas tan complicados como yo?».

No le dio tiempo a contestar. Miguel había cogido el teléfono de la habitación y hablado en francés brevemente con alguien. Le miró fijamente:

—El que ahora sube es un francés que necesita dinero y yo se lo voy a dar. Por eso te va a ayudar. Es un aventurero que acaba de fracasar en un intento de fuga de una princesa saudí harta de vivir prisionera en un harén de lujo. Su caso fue un escándalo enorme que salió en la prensa hace algo más de un año, salvó la vida por puro milagro y desde entonces está lampando y haciendo chapuzas. Pero es un hombre con coraje e imaginación. Ella le contrató por medio de una sirvienta y los saudíes les cogieron en medio del mar Rojo cuando huían de Yeda en su barco hacia Yibuti. A ella la han encerrado bajo siete llaves y a él le dieron una buena paliza y le han quitado todo lo que había cobrado por adelantado, que por lo visto era mucho. Una chapuza. Y, a pesar de todo, ha tenido suerte. Si vive es porque es francés y porque el barco fue detenido y abordado ilegalmente en aguas internacionales y no se atrevieron a hacerle desaparecer.

No le dio tiempo a decir más cuando alguien golpeó con los nudillos la puerta de la habitación. Quien quiera que fuera debía estar esperando la llamada en el mismo hotel porque no había tardado nada en llegar. Se ve que, como decía Miguel, estaba seco y necesitada dinero. Era un hombre delgado y alto, con la tez arrugada y quemada por el sol, ojos claros, manos fuertes de largos dedos y el pelo castaño, algo rizado. Tenía una sonrisa cauta y simpática a un tiempo y debía de andar por el lado malo de los cincuenta, cerca ya de sesenta. Su andar juvenil y movimientos flexibles delataban una buena forma física y le fue presentado brevemente por Miguel como Bertrand Dejammet. La conversación siguió en francés, lengua que los tres dominaban.

—Tengo lo que necesitas —dijo Bertrand a modo de introducción—. En Beirut hay una finlandesa que ha montado una sauna que tiene mucho éxito. Porque es una sauna de esas que te azotan con ramas de sauce, que aquí queda muy exótico, y porque las que te azotan son unas señoritas importadas de los Balcanes que luego completan el servicio al gusto del cliente. No hay nada parecido en todo el Oriente Medio. He hablado con ella y estaría dispuesta a abrir una sucursal en Damasco, si le pagamos bien y no es ella la que arriesga el dinero.

—¿Quieres decir que ella se ocuparía de buscar a las mujeres, de mantener el orden en el gallinero y de la gestión posterior del negocio? —Asís intervino casi sin querer, de repente le pareció que se le había quitado un enorme peso de encima. Si aquello parecía una sauna y él solo iba por allí de Pascuas a Ramos, la cosa mejoraba bastante y nadie tenía que saber que era el propietario real.

—Efectivamente. Siempre que llegue usted a un acuerdo económico con ella. —El francés

no estaba acostumbrado al tuteo tan frecuente entre españoles—. Y le advierto que es una negociante muy dura. Supongo que una tiene que serlo para vivir entre putas y chulos —dijo con una media sonrisa.

—¿Cuándo podré verla? —Asís no quería desaprovechar la oportunidad y, por otra parte, deseaba poner fin a la conversación y regresar a su habitación antes de que Amal volviera de su tarde de compras. No quería tener que explicar dónde había estado aquella tarde.

—Todavía no —interrumpió Miguel—, antes tengo yo que hacer algunas averiguaciones sobre el personaje. Déjame todo lo que tengas sobre ella, Bertrand, y mantenla mientras tanto interesada en el proyecto. Que vaya pensando sobre ello, necesitaremos ocho o diez chicas y, eso sí, todas rubias, aunque sean teñidas y de carnes generosas, que es lo que gusta por estas latitudes. Y cuando haya hecho mi trabajo tendrás noticias mías. De momento, esto es lo prometido por tus servicios —concluyó mientras le tendía un sobre cerrado que a Asís le pareció abultado.

Asís regresó a la habitación antes de que lo hiciera Amal. Resulta que Cara Quemada no estaba loca, o no más loca que Miguel y que él mismo, que se había metido incautamente en un manicomio. Tenía que comprar una finca y hacer en ella las obras necesarias para adaptarla a las necesidades de una sauna, que no suena igual de mal que un puticlub, aunque luego acaben siendo lo mismo. Del resto se ocuparían Miguel y la propia finlandesa y él quedaría en la sombra. Visto lo visto, le parecía que, a fin de cuentas, podría no salir tan mal parado.

O así al menos lo creía cuando llamaron a la puerta. Era Amal que regresaba radiante con un par de bolsas de papel grandes y con pinta de venir de tiendas caras, que depositó sobre la cama. Volvía feliz.

—Has hecho bien en no acompañarme —dijo, tras darle un beso fugaz y mientras le sonreía abiertamente—. Te hubieras aburrido como un monstruo y además me hubieras metido prisas y me habría puesto nerviosa. Las mujeres vamos de compras mejor con amigas o solas. ¡Qué diferencia con Damasco! Aquello es un pueblo comparado con Beirut. ¡Qué tiendas hay aquí! He estado en la calle Hamra y luego he ido a Foch… Cómo se nota que hay dinero y, sobre todo, turistas con dinero, que es lo que no tenemos en Damasco. ¡Cómo vamos a tenerlo con esta maldita guerra! Luego te enseño lo que me he comprado, incluso me lo pongo esta misma noche si antes me dejas que me dé una ducha y me llevas a cenar a un sitio bonito.

Amal estaba radiante, hablaba sin parar, desplegaba energía positiva a su alrededor y eso la ponía aún más guapa. Asís la miraba embelesado. Acertó a decir que sí, que claro, que eso era exactamente lo que él también deseaba. Y mientras Amal se metía en la ducha, él comenzó a buscar en Google un buen restaurante en la misma Corniche hasta que se decidió por Samkaya, un buen local de pescado no muy lejos del hotel. Nada ni nadie le iban a estropear la noche que se anunciaba con una mujer que cada vez le parecía más maravillosa.

11. El bofetón

Regresaron a Damasco por la ruta más directa, algo menos de tres horas, pues no dieron el rodeo por las montañas drusas como a la ida, esas montañas donde hoy los cedros milenarios están en peligro por la contaminación ambiental. El paso de la frontera está en un puerto de montaña del que luego la carretera desciende hacia la capital siria. Su cruce fue rápido en el lado libanés y más engorroso con los aduaneros sirios, aunque había menos colas que en el viaje de ida porque lo que la gente quiere es salir de Siria y no entrar. O no entran legalmente y desde luego no lo han hecho los muchos extranjeros que hoy complican la vida de ese sufrido país, «Desde turcos y rusos a norteamericanos e iraníes por no hablar de esos descerebrados del Estado Islámico, ninguno de los cuales llega con pasaporte y visado en regla —como decía Asís, cabreado—. Aquí solo nos piden papeles a nosotros, que somos unos pringados». Durante el camino hablaron de cosas intrascendentes y agradables y escucharon a Bruce Springsteen y a Eric Clapton. Asís prefería a Clapton y solía llevar también en el coche otro disco de Sabina y Serrat, pero comprendía que para disfrutarlo hay que entender la letra, su maravillosa poesía castiza, y no era el caso de Amal. Y mientras sonaba la música, Asís no podía evitar pensar en el lío en que se estaba metiendo y en cómo ese lío le iba a complicar la relación con ella, y llegó a la conclusión de que mientras esa extraña misión durase, casi lo prefería, porque así la alejaría de él, eso sí, esperaba que solo temporalmente, y eso la protegería de lo que fuera que pudiera pasar. Porque ahora iba a convertirse en espía y esa es una profesión de riesgo. Ya tendría luego tiempo de explicárselo todo… si le daba la oportunidad. Pero el regreso no tuvo la alegría del viaje de ida porque Asís estaba preocupado y así, entre charla intrascendente, música y pensamientos voluntariamente optimistas llegaron a la casa de ella en Damasco, pues aún vivía cada uno por su lado, y aunque parecía haber llegado el momento de plantearse lo de vivir juntos no iba a ser él quien lo sugiriese por ahora. Y menos después de lo que le acababa de pasar. Lo que no imaginaba en aquel momento era que las cosas iban a ir tan deprisa. Ni lo imaginaba ni desde luego lo deseaba.

Tras el regreso a Damasco su relación siguió creciendo con confidencias, paseos, reuniones con amigos y salidas al cine o a cenar, que frecuentemente acababan haciendo el amor en casa de uno u otro hasta bien entrada la madrugada, mientras Asís, sin comentarle nada a ella, comenzaba a trabajar en la tarea que le había encomendado Miguel en Beirut.

Encontrar la finca que se le había indicado y localizar luego a Ahmed Shewat, su dueño, no fue complicado. Era un edificio de dos pisos, feo, viejo y en mal estado, con una decena de hectáreas de mala tierra junto a una carretera secundaria estrecha y mal cuidada, como también lo estaba la casa. En el piso superior había una terraza y varios dormitorios, aunque también se había usado como almacén, mientras la planta baja la ocupaba un enorme hogar donde la familia que la había habitado debía hacer su vida diaria, mientras que un lado separado por un muro que no alcanzaba el techo se debía haber usado como cuadra. Era una auténtica mugre, un desastre bastante espacioso. En el patio, rodeado por un muro alto que mostraba desconfianza de vecinos y de extraños, había un pozo y una frondosa higuera. Todo estaba sucio y abandonado, se veía

que nadie había vivido allí durante un tiempo. Hacer aquello habitable iba a requerir imaginación, dinero y esfuerzo. Y un arquitecto habilidoso que aprovechara todo lo aprovechable y redujera gastos. Asís se dio cuenta enseguida de que Shewat deseaba vender, no quería dejar pasar la oportunidad que se le ofrecía porque no había tenido ninguna oferta y ya desesperaba de encontrar comprador y, en consecuencia, peleó para rebajar el precio solicitado con objeto de no parecer sospechoso a un agricultor siempre suspicaz, pero tampoco tanto que dejara insatisfecho al vendedor. No quería tener en el vecindario a un viejo diciendo que alguien se había aprovechado de su necesidad, después de haber perdido en una estúpida guerra los dos hijos con los que siempre había contado para sacar adelante aquellas pocas hectáreas de tierra dura e inhóspita. Pero tampoco a alguien presumiendo de haber timado a un «señorito de la ciudad». Cuando, tras mucha discusión, alcanzaron un acuerdo con el que los dos se sintieron cómodos, Miguel ingresó el dinero de la compra en la cuenta de Marsella, como había prometido, y Asís pagó la suma acordada «con sus ahorros» convirtiéndose en propietario de un caserón ruinoso en medio de ninguna parte y a doce kilómetros de Damasco. Cualquiera que lo viera pensaría que había perdido el juicio.

A las pocas semanas de haber cumplido su misión y cuando regresaba de noche a casa tras haber cenado con Amal en casa de amigos comunes, reparó en una raya hecha con tiza en la columna que indicaba la parada del autobús frente a su domicilio y que revisaba a diario de manera rutinaria, pues Miguel le había dicho que sería la forma segura que él utilizaría para entrar en contacto cuando hiciera falta. También le había dicho que cuando viera esa señal se dirigiera al jardín de la plaza Ferdousí, presidido por una estatua del famoso poeta, donde debía levantar ligeramente una piedra floja que estaba bajo los cubos de la basura situados en una esquina y bajo unos árboles frondosos que le daban cierta discreción. Es lo que en su argot Miguel llamaba un «buzón». La noche siguiente Asís visitó el lugar vestido con chándal para no llamar la atención mientras pretendía hurgar en la basura y, fingiendo que algo se le había caído al suelo, no tuvo dificultad en extraer del escondite un *pen drive* que guardó con disimulo en el bolsillo mientras se alejaba del lugar. No hubo ningún problema y a Asís comenzó a parecerle emocionante y hasta divertido esto del espionaje.

Al llegar a casa se encontró con unos planos esquemáticos pero claros de las obras a realizar en la casa que había adquirido, con instrucciones para copiarlos por su propia mano en un cuaderno, de forma que parecieran diseñados por él mismo, que no sabía una palabra de arquitectura. Luego debía limpiar bien la superficie del *pen drive* para no dejar ninguna huella, destrozarlo a martillazos y tirar los restos en diferentes cubos de basura del vecindario. No debía quedar rastro.

El paso siguiente fue buscar a quien pudiera adaptar esos dibujos y convertir sus toscos trazos a lápiz en un proyecto de arquitecto para rehabilitar el edificio y transformarlo en una sauna finlandesa en mitad de aquel secarral deshabitado. Si no se hacían cruces al oír hablar del asunto era porque allí son musulmanes. En Damasco nadie había visto nunca una sauna, ni de cerca ni de lejos, todo lo más algunos habían oído hablar de ellas como algo raro y exótico propio de gentes de países fríos y lejanos, pero esa era precisamente la razón por la que Miguel pensaba que el proyecto podría tener éxito: la única sauna de Oriente Medio. De modo que Asís pensó en un conocido, pariente de otro compañero de colegio, que se quedó muy sorprendido cuando le habló del proyecto y de su deseo de llevarlo a cabo con discreción. ¿Discreción? Era no conocer Damasco. Y la cosa se hizo aún más pública cuando Asís comenzó a recabar los permisos pertinentes. El régimen sirio se describía a sí mismo como socialista, aunque lo único

en lo que se parecía era en haber puesto en pie una burocracia disparatada e ineficaz. Para empezar, Asís iba a necesitar toda una batería de permisos municipales, medioambientales, de Patrimonio y del Ministerio del Interior, aparte de darse de alta como empresario de hostelería. Pero como Siria también era una dictadura, esos trámites se podían solucionar con rapidez, si uno «tocaba» adecuadamente las teclas pertinentes, y de eso se encargó Rachid, que conocía a todo el mundo y que dispuso para su «trabajo» de una bolsa bien provista de dinero.

La noticia de que un loco andaba buscando a alguien que le hiciera una sauna corrió como la pólvora entre los arquitectos de Damasco, que la comentaban entre divertidos, escépticos y envidiosos. Y, naturalmente, llegó también a los oídos de Amal, que era arquitecta.

Cuando se presentó en la oficina donde Asís tenía su negocio de mensajería estaba descompuesta.

—¿Una sauna? ¿Pero tú estás mal de la cabeza? Y ya se comenta que lo que hay detrás es otra cosa. No me lo puedo creer. ¿Cómo puedes montar una cosa así y no decirme antes nada a mí? ¿No represento nada para ti? Están los arquitectos sin trabajo de Damasco, que somos todos, hablando del tema y yo en las nubes.

Asís sabía que esto iba a acabar ocurriendo, pero no lo esperaba tan pronto, y como además deseaba que no sucediera no tenía una respuesta preparada y balbuceaba excusas vacuas con la mirada baja y cara compungida, con esa cara que se les pone a los hombres cuando les han pillado in fraganti en un renuncio, se dan perfecta cuenta de que ella tiene razón y no saben muy bien qué responder. No se atrevía a decirle que «no es lo que piensas», o «las apariencias engañan», o «deja que te explique», porque lo que pasaba era precisamente lo que Amal estaba pensando y él no podía explicarlo. Tampoco podía insinuar banalidades estúpidas como «ten confianza en mí», o «el amor debe ser ciego algunas veces», que «amar y perdonar son lo mismo», o que «hay ocasiones en las que hay que saber cerrar los ojos», ya que le parecieron insoportablemente machistas e intuyó, probablemente con acierto, que, si lo hacía, Amal se enfurecería aún más. Porque eran excusas estúpidas y Amal no lo era. Lo que tenía delante era una mujer ofendida y dolorida que le estaba gritando a la cara su amor por él, y su inteligencia no merecía esas memeces, y menos en ese momento. Los chicos de las motos entraban y salían con sus mensajes y paquetes mientras cambiaban entre ellos miradas de inteligencia como queriendo decir: «Vaya la que le está cayendo hoy al jefe».

—Amal, esto ha sido algo repentino, una oportunidad que se ha presentado y que no pensé que te interesara. —Fueron balbuceos estúpidos que sonaban a culpable, y él lo sabía. Asís no podía contarle la verdad y, por otra parte, pensaba que cuanto menos supiera ella de ese negocio que ahora emprendía, sería mejor. Y, en primer lugar, para ella misma. Tenía claro que, por encima de todo, quería protegerla, eso era lo más importante y para ello debía evitar que se mezclara en el asunto.

—Pues claro que no me interesa, imbécil, ¿cómo va a interesarme un puticlub aunque lo vistas de sauna finlandesa? Porque eso es lo que la gente dice que quieres hacer, un club de putas. ¿Es que podías pensar que no me enteraría? ¿O que no me importaría? ¿Quién te has creído que soy? Lo que me duele es que algo así te interese porque creía conocerte un poco y nunca lo esperé de ti. ¡Cómo he podido estar tan engañada!

Asís no sabía si Amal estaba más dolorida que indignada o si era exactamente lo contrario lo que sucedía.

Rachid, su amigo de toda la vida y socio en la mensajería, miraba con disimulo la escena desde su mesa —y Asís creía que incluso con cierta sorna— mientras aparentaba estar absorto en

las cuentas, pues la puerta de su despacho estaba abierta. Es posible que desde su doble condición de gay y tullido envidiara la relación de Asís con Amal, como si pensara que para llevarse a una persona así había que estar entero. Otra estupidez. Incómodo, Asís se acercó para cerrar la puerta mientras trataba de llevar a Amal hacia su propio despacho para no dar espectáculo una vez que la escena pública, con varios testigos, le había venido bien para desvincularla de lo que Miguel preparaba con la jodida sauna, fuese lo que fuese. Pero tampoco se trataba de prolongarla aireando su pelea para distracción de todo el que por allí pasara.

Pero ella no se dejó. Amal era mujer de mucho carácter y se iba calentando por momentos ante silencio de él que delataba su sentimiento de culpa. Asís sabía que esto podía acabar ocurriendo… No, Asís sabía muy bien que esto iba a suceder necesariamente y que el resultado sería que perdería a Amal porque no tendría explicaciones plausibles que darle porque simplemente no las había. Pero no lo esperaba tan pronto… ni delante de tanta gente… ni con tanta indignación por su parte. Y como no lo deseaba, no tenía respuestas preparadas, si es que alguna explicación era posible, cosa que tampoco creía. Así que, como no se le ocurría nada inteligente o sensato que decir, se quedó callado con los ojos puestos en el suelo.

—¡Putas! ¿No se te ha podido ocurrir nada mejor? —gritó Amal dolorida. Casi se oía desde la calle, y los mensajeros y clientes habían detenido su actividad y contemplaban la escena ya sin disimulo alguno—. No tenemos bastante con la jodida guerra y tú tienes que montar un negocio de putas traficando con la necesidad de pobres mujeres… ¡que bastante han sufrido ya! —Su indignación iba en aumento a medida que hablaba e iba asumiendo la gravedad de lo ocurrido, porque hasta ese momento había tenido la esperanza de que todo fueran habladurías y que Asís se las desmintiera tajantemente. Pero no, su silencio y los ojos en el suelo le delataban—. ¡Me he ido a enamorar de un chulo de putas! ¡Nunca pude imaginar que había puesto los ojos en un repugnante explotador sexual! —Y al decirlo le dio un soberbio guantazo que le pilló desprevenido y que le dejó la mejilla izquierda roja y ardiendo mientras una lágrima brotaba de su ojo dolorido y le resbalaba por la cara.

Amal le soltó lo que a borbotones le salía del alma, lo que le tenía que decir y con la forma de hacerlo aún expresó más de lo que sus palabras transmitían. Y entonces, ya desfogada, rompió a llorar delante de todos, dio media vuelta, se fue hacia la puerta y sin pronunciar otra palabra, echó a correr por la acera. O a lo mejor fue al revés, echó a correr mientras rompía a llorar ante la mirada atónita de clientes y motoristas. Asís no levantó la cabeza. En pie, en mitad de la habitación, tenía los ojos bajos y estaba demasiado avergonzado y doblemente dolorido, mientras sentía que quería más que nunca a esa mujer digna y con coraje que se alejaba con paso firme, y quizás para siempre, de su vida.

Como no sabía qué hacer y todo el mundo le miraba con evidentes muestras de reprobación, Asís optó por encerrarse en su despacho. No conocía a Oscar Wilde, pero en ese momento habría estado de acuerdo en que «cualquier hombre puede ser feliz con una mujer, con tal de que no la ame». Pero ese no era su caso porque estaba enamorado de Amal hasta las cachas, ahora más que nunca, y aun así sentía alivio y desasosiego a un tiempo. Por un lado, perdía, esperaba que solo temporalmente, a la que sin duda se había convertido en la mujer de su vida, o como mínimo se alejaba de ella durante un tiempo… ¿cuánto? No podía decirlo, aunque sabía que cuando esto pasara lucharía con todas sus fuerzas para recuperarla y explicarle sus razones, las que ahora no le podía contar, igual que tampoco sabía para qué coño iba a servir aquella sauna en mitad de ningún sitio, porque hasta la fecha nadie se lo había explicado con un poco de detenimiento, más allá de lo que Miguel le había comentado de vigilar la jodida base iraní. «¿Qué mierda podía

interesarle a España de aquel lugar?».

Por otra parte, sentía alivio al haber separado a Amal de todo aquel sinsentido, y de que la escena de su pelea hubiera ocurrido en público y con testigos que un día, si las cosas se torcían, podrían confirmar que ella no estaba al tanto de sus planes y que encima los condenaba. Estaría limpia de toda sospecha. Aunque tampoco tuviera demasiadas esperanzas de que eso sirviera para mucho, porque si las cosas salían mal y los *mujabarats*, la policía secreta del régimen, se barruntaban lo que tramaba, allí no se salvaría ni el apuntador. Estarían en peligro hasta los que inadvertidamente se hubieran cruzado un día con él por la calle. Y en primera fila su familia, amigos y conocidos. Esa era su forma habitual de proceder y era ese miedo, el terror que inspiraban, el que mantenía a Bachar al-Assad en el poder. Pero de eso ya tendría tiempo de preocuparse. Asís no era idiota, se reconocía egoísta como casi todos los hombres, y lo que en ese momento de verdad le preocupaba no era la policía sino ella y solo ella. No se engañaba y sabía que lo ocurrido le alejaba aquí y ahora, que era lo que importaba, de la mujer que amaba y que no estaba muy seguro de poder recuperar algún día. A juzgar por lo que acababa de ocurrir, no lo iba a tener fácil.

Estaba bien jodido y la culpa era suya por haber aceptado el encargo de Miguel y no haberle mandado a la mierda en Beirut. Pero si lo hubiera hecho —y tentaciones no le faltaron— entonces, ¿de qué iba a vivir cuando era el mismo Miguel el que le había montado el negocio de la mensajería? Y, para colmo, le había dicho con claridad meridiana: «¿O tú crees que el CNI es una ONG que se dedica a buscar a legionarios sin futuro para darles trabajo? No puedes ser tan ingenuo». E incluso había insinuado que los *mujabarats* podrían interesarse en él si se negaba a seguir adelante. ¡Qué cabronazo! Hacía ya tiempo que la vida le había enseñado que no hay comida gratis, pero también creía que hay un término medio, o que debería haberlo, y le parecía que con él la vida se estaba pasando un par de pueblos. El típico recurso a la autocompasión con la que a los hombres les gusta engañarse y quitarse de encima culpas cuando las cosas no salen como quieren. Pero aunque tratara de justificarse, era lo suficientemente inteligente para reconocer que no tenía excusa y que él mismo era el único causante de sus problemas. La verdad era que estaba bien jodido y pensaba que quizás hubiera sido mejor estar en la puta calle, pero con ella al lado, aunque tampoco sabía si eso hubiera funcionado. Estaba hecho un lío y, en todo caso, ya era tarde para echarse atrás. Y entonces sacó a escena su carácter positivo y se consoló pensando que todo acaba teniendo su parte buena si uno la sabe buscar, y aquí esa parte era que ella quedaba fuera de todo lo que pudiera pasar a partir de ahora, porque, se decía: «Podré ser un vividor y un cabrón, pero no soy mala persona y jamás me perdonaría que Amal sufriera por mi culpa». Y nada más pensarlo, se dio cuenta de que el razonamiento no le servía, solo era otra excusa. En ese mismo momento, sin necesidad de buscar más, ella ya estaba sufriendo y probablemente llorando por culpa suya. «Mierda», fue lo único que se le ocurrió.

12. Sauna Suomi

Asís hizo que Rachid se hiciera cargo de las obras y eso fue un acierto. Le había contratado por amistad y porque le daba pena la mutilación que había sufrido en la guerra, aunque quizás hubiera también algo de mala conciencia por haberse librado él de ella al vivir en el extranjero. Como perteneciente a la minoría cristiana, hubiera sido de los que apoyaban a Bachar a pesar de su dictadura y de sus crímenes. Y le hubiera apoyado, al menos inicialmente, porque la oposición laica al régimen que querían armar al principio los norteamericanos, con grandes dosis de ingenuidad y de «buenismo», en realidad no existía —salvo los kurdos, que lo que querían era romper el país y hacer su propio estado—, y el resto estaba trufado de islamistas salafistas radicales que consideraban a los cristianos como piezas a batir en una cacería. Atrás, muy atrás, quedaban siglos de coexistencia entre gentes de creencias diferentes. Ya no. Había que ver las barbaridades que hicieron los del Estado Islámico con los cristianos de Maaloula, que estaban allí desde mucho antes que naciera el islam. Bachar era un gran hijo de puta, pero te dejaba vivir si no te metías con él, mientras que los jodidos salafistas te consideraban reo de muerte por el hecho de existir. Y entre ambos extremos no había nada, ese era el drama de muchos sirios.

Rachid se manejaba bien con el coche a pesar de su cojera y tenía una mala leche que le hacía idóneo para tratar con burócratas, contratistas y albañiles, que no son gente fácil en ningún lugar. Lo que había que hacer lo había decidido Miguel desde Beirut con los diseños que les había hecho llegar y que el arquitecto había seguido puntualmente. Arriba, diez dormitorios con sus correspondientes cuartos de baño más un despacho separado al final del corredor, y dos saunas grandes abajo, además de un salón con paredes pintadas de color rojizo, con una enorme barra de bar de madera oscura y con bombillas también rojas. En la terraza se instalarían más adelante dos *jacuzzis*. El resultado era horroroso, pero Asís esperaba que fuera del gusto de la clientela potencial, y, en todo caso, así lo había querido Miguel, que probablemente seguía indicaciones de la Cuesta de las Perdices, y que pensaba, con mucha razón, en lo que allí debían haberse divertido diseñando este bodrio y encargándole de su ejecución. No se equivocaba porque hacían risas con la Villa Meona siria, en recuerdo de otra en Madrid propiedad de una habitual de las revistas del corazón que también había recibido ese nombre burlesco. En la casa había una cocina para uso doméstico con algunas mesas en un comedor adyacente, y una zona de aparcamiento discreto en la parte trasera al resguardo de las miradas de quienes circulaban por la carretera. El viejo patio había preservado la gran higuera y el pozo, que seguía cumpliendo su función para suministrar agua a dos grandes depósitos situados sobre el tejado. Allí no había problemas de metros cuadrados. También se hizo un porche donde protegerse del sol inclemente y, lo más intrigante en principio para los ejecutores de la obra, un amplio sótano independiente con ventilación y entrada disimulada por la parte trasera de la vivienda. Así lo encargaron y Asís no hizo preguntas, porque ya sabía que solo le contestarían lo que quisieran. Tampoco el arquitecto se cuestionó nada y se limitó a hacer lo que le ordenaban, lo que no es frecuente entre los de su gremio y que se debía tanto a su bisoñez como a lo que iba a cobrar por su trabajo. Aquella iba a ser su primera obra, no le importaba a lo que la iban a dedicar y estaba muy

ilusionado con el proyecto.

Lo más complicado no fueron los permisos que Rachid consiguió con rapidez. Lo más complicado fue conseguir cemento, ladrillos, puertas, ventanas, lavabos y muebles de cocina, pues en Siria no había nada de nada y no se daban permisos de importación. Los funcionarios respondían impertérritos que las necesidades de una economía de guerra imponían otras prioridades e impedían estos gastos «suntuarios». ¡Como si un retrete lo fuera! Pero Rachid se movió bien o, mejor, movió los hilos oportunos repartiendo sobres a las personas adecuadas, y al poco tiempo empezaron a llegar materiales de construcción, muchos de ellos procedentes de casas destruidas por la guerra y otros en camiones del mismo ejército, desviados de obras militares por algún coronel necesitado. Con cuentagotas, es cierto, pero llegaban. Lo más complicado, las dos saunas, fueron importadas desmontadas como un puzle desde Finlandia, previo pago de una buena «mordida» en el Ministerio de Comercio Exterior y otra menor a los gendarmes que estaban de guardia en la aduana de la frontera.

Un día, Miguel advirtió a Asís por el procedimiento del «buzón seguro» de la llegada a Damasco de la finlandesa que tenía la sauna en Beirut y que se suponía que se iba a integrar en el negocio. Ilsegad, que así dijo llamarse, se personó en su despacho de la mensajería con maneras desenvueltas y haciendo gala de una gran locuacidad, a pesar de hablar un francés macarrónico. Como presentación, le enseñó una carta escrita por el propio Asís que la invitaba a venir y que había sido decisiva para obtener el visado sirio con rapidez. Asís no se lo podía creer porque él no la conocía y no había escrito la carta. Pero ella restó importancia al asunto y pasó a otro tema. «Se ve que es así como trabajan los espías», pensó Asís, que no quiso parecer novato y no insistió más en el tema. De entrada, se veía que Ilsegad era una mujer con fuerte personalidad y sin complejos, y eso le gustó. De complexión fuerte, más bien baja a pesar de los altos tacones sobre los que se encaramaba y con una enorme melena rizada de un color amarillento pajizo, tenía ojos descoloridos y fríos, como de un pescado, pecas, mejillas encarnadas y unas facciones que parecían talladas a escoplo, igual que sus manos, pequeñas y con dedos cortos y rollizos. Más que la *madame* de una casa de putas, que es lo que era, parecía una leñadora de Laponia que cuidaba renos y se dedicaba a cortar árboles en sus ratos libres, y esta última parte ya le gustó menos. Pero no cabía duda de que era una mujer simpática, abierta, directa, negociadora dura que sabía bien lo que quería y que acompañaba sus exigencias con una amplia sonrisa, a pesar de no ceder un milímetro, lo que probablemente eran algunas características que le exigía su trabajo. Las otras, si las tenía, las mantuvo ocultas por el momento. Se acercó a ver las obras de la casa, que analizó con mirada profesional, y sugirió algunas pequeñas modificaciones sobre la marcha y con buen sentido, insistiendo, eso sí, en poner más dorados y más espejos en los cuartos, sin que Asís pusiera ninguna objeción, «porque aquí la que sabe de putas es ella». Ilsegad regresaba a Beirut al día siguiente y Asís la llevó a cenar al restaurante del hotel Shams Palace, pues pensó que, a la vista de sus gustos, la deslumbraría su mobiliario típicamente damasceno con incrustaciones de nácar y le decepcionó que no hiciera ningún comentario al respecto. Durante la cena se bebió casi sola una botella de Saint-Émilion, precedida y seguida de varias copas de vodka sin que el alcohol se le notara en lo más mínimo, y él pensó de nuevo que esa debía de ser otra exigencia que, o bien era consecuencia del frío de Finlandia, o era algo que le imponía su trabajo. Y no lo llegó a aclarar. Ilsegad le dijo que él tendría que viajar a Beirut a firmar el contrato de asociación empresarial y dejó un borrador sobre la mesa. «Así lo vas estudiando, aunque es igual, porque al final no vas a cambiar nada», añadió con una mueca que quería ser una sonrisa y que le favorecía aún menos. Lo que allí se decía en esencia era que él ponía el

local, se ocupaba de mantenerlo y añadía unos guardias de seguridad, siempre necesarios en este tipo de establecimientos y más si se encontraban en mitad de la nada, y ella se encargaría de gestionarlo con sus conocimientos y con sus muchachas. Si lo prefería —a Ilsegad le pareció evidente desde el primer momento—, Asís solo tendría que pasar a recoger su parte de las ganancias. No le pareció un mal arreglo.

Las obras avanzaron con toda la rapidez posible gracias a un Rachid incansable en sus gestiones, que tanto tocaba en la puerta de un director general como peleaba con el contratista de la obra y que un día apareció con cuatro hombres fornidos, en la cuarentena, como guardias de seguridad. Dijo que se turnarían por parejas en la vigilancia del local y que eran de total confianza, pues tenían entrenamiento militar. Y Asís no le preguntó más.

El día de la inauguración de Sauna Suomi, como Ilsegad propuso llamar el local, asistieron las fuerzas vivas de Qatana, el pueblo más próximo, con su alcalde al frente, el anterior propietario Ahmed Shewat, que estaba más orgulloso que nadie con la transformación sufrida por la ruina que había vendido, la finesa Ilsegad, y Asís y su adjunto Rachid. En honor a la verdad, hay que reconocer que Asís se quiso escaquear, pero la finesa le dijo que era necesario que su socio presidiera el «emotivo» acto con ella. También andaban por allí repartiendo prometedoras sonrisas las diez chicas rubias o teñidas y de carnes generosas que habían llegado directamente de los Balcanes y los cuatro guardias de seguridad. Lo que se dice la familia al completo, más algunos invitados, entre los que destacaban algunos jefes militares de la vecina base de Al-Kiswah, expresamente invitados para la ocasión.

Ilsegad cortó una cinta roja simbólica en la puerta de entrada y Asís no tuvo más remedio que improvisar «unas sentidas palabras» en las que habló del simbolismo de inaugurar un edificio que renacía de su decadencia y abandono, igual que ya había empezado a hacerlo Siria bajo «la sabia dirección» del presidente Bachar al-Assad, que estaba derrotando a los enemigos mientras que «nuestras fuerzas victoriosas no paran de anotarse triunfos frente a los grupos rebeldes armados por países extranjeros». Eran palabras que poco o nada tenían que ver ni con la realidad ni con lo que Asís pensaba, y menos aún con lo que allí se iba a hacer, sino que eran más bien un seguro para que los *mujabarat* hicieran un informe favorable y dejaran a Sauna Suomi trabajar en paz… a cambio, claro está, de las propinas en dinero y en especie que exigirían y con las que los promotores ya contaban de antemano. Es algo inevitable para todo el que abre un negocio en Siria, como lo es pasar por las «oficinas» de la Cosa Nostra para quien desee hacerlo en Palermo. También Ilsegad dijo unas palabras en su francés macarrónico que casi nadie entendió y en las que expresó su orgullo por la apertura de esta primera sucursal extranjera de su negocio beirutí, «a la que con seguridad seguirán otras en un futuro próximo», e hizo un canto al amor y a la legitimidad y sensatez de buscar «el placer y la felicidad en tiempos difíciles». Eso era lo que quería ofrecer Sauna Suomi a los amigos sirios a partir de ese mismo momento. Fue entendida solo a medias, pero fue la más aplaudida. Más que la inauguración de un puticlub, aquello parecía el rodaje de una película de Fellini, y Asís rezaba por sus adentros para que tuviera un éxito parecido.

Sauna Suomi empezó a trabajar en sentido literal a partir de ese mismo momento, porque el alcalde y sus acompañantes, incluidos los jefes militares, entendieron que la invitación era completa y no se limitaba a las copas que se sirvieron a continuación a los asistentes. Sauna Suomi comenzaba su andadura y parecía hacerlo con todos los pronunciamientos favorables.

13. Teherán

El ambiente era frío en el búnker acorazado de la sede que el Cuerpo de Guardianes de la Revolución Iraní (CGRI), conocidos como *pasdaranes*, tenía en Teherán. Con un total estimado de ciento veinticinco mil efectivos, su cuartel general estaba en la ciudad de Ahvaz, en el suroeste del país, pero por razones de comodidad y para facilitar la asistencia de determinadas personalidades, muchas reuniones se acababan celebrando en la capital, donde se habían apropiado de toda un ala de la antigua embajada de los Estados Unidos que fue tomada por asalto durante la revolución de Jomeini en 1979. Sesenta y seis funcionarios de la embajada fueron retenidos como rehenes y solo fueron liberados después de cuatrocientos cuarenta y cuatro largos días, en enero de 1981, tras fracasar la operación de rescate Garra de Águila que le costó la reelección al presidente Jimmy Carter. En ese museo se pueden ver todavía hoy cartas y documentos secretos que los americanos trituraron apresuradamente durante el asedio y que pacientes mujeres han logrado reconstruir en un intento de mostrar la perfidia del «Gran Satán». Un auténtico encaje de bolillos.

Situada en un sótano del edificio en el lado opuesto del museo, en una zona aislada y permanentemente vigilada, la sala contaba con modernos equipos rusos de comunicación interna, aunque sin conexión a internet para evitar una repetición de lo ocurrido cuando el virus Stuxnet, la primera arma digital de la historia, se utilizó para destruir las centrifugadoras que enriquecían uranio en la central nuclear de Natanz, en Irán. Los expertos iraníes no entendían cómo se había metido el virus en un sistema que no estaba conectado al exterior y habían concluido que probablemente algún trabajador de la central lo había hecho de forma involuntaria (¿o voluntaria?) al introducir una memoria USB previamente infectada. Luego todo había sido diabólicamente bien planeado y eficaz. Aprovechando hasta cuatro inusuales «vulnerabilidades de día cero» en la programación del *software*, el virus —ya oculto en el sistema— registró como una cámara de vídeo durante treinta días el funcionamiento de las centrifugadoras, y cuando decidió atacar utilizó esa monitorización para hacer creer a los operadores que todo seguía bien mientras alteraba su velocidad de giro y su misma programación. Cuando los ingenieros se dieron cuenta de lo que ocurría, intentaron apagar el sistema, pero Stuxnet lo impidió. El resultado fue que muchas centrifugadoras enloquecieron, colapsaron, estallaron o, en definitiva, dejaron de funcionar obligando al cierre de la central nuclear y animando a los iraníes a aceptar el acuerdo que les ofreció Obama y los demás miembros permanentes del Consejo de Seguridad, más Alemania, para frenar sus ambiciones nucleares a cambio del levantamiento de las sanciones que pesaban sobre la República Islámica. El mismo acuerdo que Donald Trump denunciaría de forma unilateral en 2018 con el aplauso de Israel y Arabia Saudita, los dos mayores enemigos de Teherán en Oriente Medio, y con la repulsa del resto del mundo.

No, a los *pasdaranes* no les iban a infectar sus ordenadores desde Washington o Jerusalén y, por eso, además de utilizar una red interna no conectada con el exterior, el acceso a las terminales estaba controlado al máximo con un sistema de doble llave que utilizaba la huella dactilar y el iris y que dejaba registro de todas las entradas. Allí se sabía en todo momento quién

había accedido a qué y en qué momento lo había hecho.

Pero sentirse seguros en aquel sótano acorazado no aligeraba el ambiente pesado de la reunión que presidía el general Alí Jamaní, comandante en jefe de los Guardianes de la Revolución, un auténtico Estado dentro del Estado, con intereses que desbordaban los aspectos puramente militares para inmiscuirse en negocios de construcción, petróleo, banca, seguros e industria militar. Los guardianes eran una fuerza independiente del ejército regular y solo respondían ante el líder supremo, el ayatolá Alí Jamenei. A nadie más daban cuenta de sus acciones y, por supuesto, que no lo hacían con el presidente del Gobierno, el moderado Hasán Rohaní, al que despreciaban por blando y porque se oponía a sus operaciones en Yemen y Siria con la excusa de no irritar más a Occidente y de destinar los escasos recursos disponibles a mejorar el nivel de vida de una población duramente afectada por años de sanciones internacionales. Por ese motivo, Rohaní no estaba al corriente de esta reunión al máximo nivel en la que además de un representante del líder supremo y del ya mencionado general Jamaní, participaban también el general Qassem Soleimani, comandante de la Fuerza Al-Quds; el director de operaciones, brigadier Arash Zahedí; el director de contrainteligencia, general Jahan Manesh; el general Shapur Moussavian, jefe de inteligencia exterior, y el jefe de la fuerza aérea de los guardianes, general Reza Kadimí.

La aventura iraní en Siria había comenzado bien. Su intervención, con un coste inicial de unos veinte millones de dólares, había ayudado a mantener a Bachar al-Assad en el poder y a defender Damasco y otras partes de la «Siria útil» junto al Mediterráneo, montando un puente aéreo que aportó municiones y material militar, y que desplegó sobre el terreno milicias formadas con personal local, con milicianos de Hezbolá libanés y con voluntarios chiítas llegados de Irak, Pakistán o Afganistán para luchar tanto contra la oposición laica al régimen, como contra las milicias islamistas armadas por Catar, Arabia Saudita o los Emiratos Árabes Unidos y, en último término, contra el mismo Estado Islámico. Irán veía a todas estas fuerzas sunnitas como un obstáculo a sus designios de dominación regional. La propia Guardia Revolucionaria llegó a tener cuatro mil hombres luchando en la durísima batalla de Alepo y fue solo entonces cuando Rusia se decidió a intervenir para no dar a Teherán el éxito de haber apuntalado ella sola al régimen de Damasco.

Juntos, rusos e iraníes le habían dado en pocos meses a Bachar al-Assad el control del 60 por ciento del país y eso les había proporcionado a ambos una gran influencia en el proceso de toma de decisiones, y también el uso de algunas bases y permisos para armar milicias y construir fábricas de misiles y de municiones en territorio sirio. Gracias a eso Moscú dispone hoy en Tartús de su única base naval en el Mediterráneo, mientras que Irán ha desplegado en Siria la 19 Brigada Al-Fajr, cuyos efectivos se reparten en cinco bases esparcidas por el país bien provistas de drones, misiles y servicios de inteligencia como parte de un amplio diseño que incluye el mantenimiento de dos corredores de aprovisionamiento que desde Irán atraviesan Irak con el apoyo de milicias chiítas locales. Todo lo cual forma parte de lo que el líder supremo, ayatolá Jamenei, llama «la defensa avanzada» de la República Islámica y que pone justificadamente de los nervios a Israel y a los Estados Unidos.

Hasta que esta presencia y esta influencia habían hecho saltar todas las alarmas en Tel Aviv. Y las Fuerzas de Defensa de Israel (IDF) habían respondido con su contundencia y eficacia habituales con centenares de operaciones sobre objetivos iraníes en territorio sirio como convoyes con suministros, radares, unidades de misiles móviles, fábricas de armamento, vehículos aéreos no tripulados, rampas de lanzamiento, bases… que habían quedado impunes

hasta hacía muy poco tiempo. Todo empezó a complicarse en mayo de 2018 cuando Tel Aviv destruyó dos baterías de lanzaderas de misiles Qassem, y Teherán decidió responder con el lanzamiento de veinte misiles Fajr y Grad desde la base de Al-Kiswah, en el sur de Siria, contra los Altos del Golán, el mar de Tiberíades y el norte de Israel, algo hasta entonces inédito. Fue un punto de inflexión. La decisión se había tomado en la misma sala donde ahora se reunían los más altos mandos de los guardianes y todos recordaban perfectamente su fracaso. El escudo antimisiles de Israel, la famosa Cúpula de Hierro, reforzado por otro escudo de nueva creación llamado Honda de David, especializado en cohetes de corto alcance, destruyeron todos los misiles atacantes salvo media docena que cayeron en zonas deshabitadas sin causar daños. Y luego llegó la represalia israelí sobre bases iraníes en Quneitra, Homs, Damasco, Deraa, Sueida y Al-Kiswah usando misiles y modernos aviones F-35. El destrozo que ocasionaron fue terrible en vidas e instalaciones y, como consecuencia, la derrota del atrevimiento iraní había sido humillante. El penúltimo ataque de la fuerza aérea de Israel sobre la base de Tiyas, cerca de Homs, en el centro de Siria, desde donde había partido un dron que logró penetrar el espacio aéreo israelí antes de ser abatido, había resultado particularmente dañina, pues había acabado con la vida de ocho soldados iraníes y del coronel a su mando.

Los reunidos en Teherán sabían que tenían que responder y el problema era cómo hacerlo sin recibir un nuevo y humillante castigo por parte de Israel, cuya abrumadora superioridad militar y técnica era indiscutible. Y esa fue la pregunta con la que el general Jamaní abrió la reunión:

—Estamos operando en un territorio lejano como es Siria y eso ofrece grandes ventajas a la «Entidad Sionista», que goza de superioridad militar gracias a su proximidad y al apoyo que recibe de los Estados Unidos. Pero la dignidad nacional y la moral de nuestros bravos soldados exige devolverles el golpe. Lo que espero de esta reunión son ideas sobre cómo golpear al enemigo para hacerle pagar su arrogancia. —Jamaní evitó decir: «Y sin hacer el ridículo de la última vez», pero no hacía falta porque estaba en la mente de todos.

Su intervención fue seguida por un silencio espeso hasta que el director de contrainteligencia, general Jahan Manesh, pidió la palabra:

—Hay que partir de la evidencia de que Israel, o los Estados Unidos, que lo mismo da, han roto nuestro sistema de cifra y leen nuestras comunicaciones. Es algo que debemos tener en cuenta cuando decidamos nuestra línea de acción. Lo estamos cambiando a toda prisa, trabajamos contrarreloj, pero aún tardaremos por lo menos un par de semanas, y entretanto no tenemos más remedio que dejar de utilizarlo y emplear mensajeros de total confianza. Es lento, pero más seguro y me permito recomendar que para que no adviertan que nos hemos dado cuenta sigamos enviando mensajes inocuos con la vieja cifra.

—En este momento en que los europeos están en desacuerdo con Washington por su ruptura unilateral del acuerdo nuclear, no estimo conveniente hacer nada que puedan considerar una provocación por nuestra parte y que nos enajene la simpatía que puedan sentir por nosotros —intervino el general Shapur Moussavian, que dirigía el Comité de Inteligencia Exterior de la GR, un hombre respetado tras su éxito en noviembre de 2015 cuando concibió y ejecutó la delicada operación del rescate de un piloto ruso derribado por la fuerza aérea turca que había caído seis kilómetros dentro de una zona ocupada por las Fuerzas Democráticas Sirias. Guiados por la señal emitida desde el GPS, embutido en la cazadora de cuero del piloto, el comando dirigido por Moussavian logró recuperarlo ileso y regresar a su base sin sufrir pérdidas tras hacerle varias bajas al enemigo. Putin se había mostrado muy agradecido y fue un gesto que consolidó la naciente cooperación irano-rusa en Siria—. Por eso, y a pesar de la intervención inicial del

general Jamaní, cuyos objetivos comparto plenamente, aconsejo esperar hasta ver qué pasa con las sanciones del presidente Trump y actuar solo cuando se aclare el panorama. No será cuestión de mucho tiempo.

Reza Kadimí, jefe de la fuerza aérea sugirió entonces un ataque con drones sobre algún objetivo de gran valor simbólico, que atrajera la atención mundial:

—Un ataque masivo con una treintena de aparatos lanzados simultáneamente y a muy baja cota contra algún blanco muy conocido, por ejemplo, el mismo Muro de las Lamentaciones de Jerusalén, sería muy difícil de detener y tendría una resonancia mundial insuperable.

El brigadier Kadimí era un militar de gran valor personal, demostrado en diversas ocasiones, pero también muy impulsivo. Era más hombre de acción que de reflexión, más músculo que neuronas, y se le notaba demasiado.

—Un ataque como el propuesto, que sin duda abriría todos los noticieros y alcanzaría la primera página en todos los diarios, tiene al menos tres graves inconvenientes a mi juicio —objetó el director de operaciones, brigadier Arash Zahedí—: la distancia a recorrer es excesiva para vehículos como los propuestos y estoy convencido de que todos serían derribados antes de alcanzar su destino. Además, en ese caso, la represalia israelí contra nuestro propio territorio sería brutal y contaría con el apoyo norteamericano porque el Muro sobre el que dicen que se asentaba el Templo destruido por los romanos es la reliquia más sagrada del judaísmo. Y, en tercer lugar, la condena internacional sería generalizada, ya que no se trata de un objetivo militar sino de un monumento histórico de gran valor simbólico. No podemos arriesgarnos a perder los amigos que tenemos y por eso no me parece una buena idea. —Zahedí no soportaba al impulsivo jefe de la fuerza aérea y no pudo resistirse a darle una respuesta demoledora.

El general Jamaní pidió entonces que tomara la palabra el general Qassem Soleimani, que hasta ese momento había guardado silencio y que comandaba la Fuerza Al-Quds, unos quince mil hombres que constituían el equipo de intervención exterior de la Guardia Revolucionaria. Fundada durante la dura contienda con Irak en los años ochenta, la Fuerza Al-Quds contaba con amplia experiencia en Irak, donde había hecho operaciones en apoyo de los kurdos que combatían contra la retaguardia de Saddam Hussein; en Líbano, donde habían ayudado a la creación de Hezbolá; en Afganistán, para complicar la vida a los norteamericanos y las tropas de la OTAN; y en Palestina, donde había entrenado a las milicias de Hamás y del Frente Popular para la Liberación de Palestina. La Fuerza Al-Quds era la tropa de choque de la GR, sus fuerzas de élite, y se caracterizaban por un entrenamiento muy duro, una lealtad sin límites, una férrea disciplina y un enorme prestigio ante la opinión pública. El hecho de haber sido designadas como grupo terrorista por el Departamento del Tesoro norteamericano solo aumentaba su reputación a los ojos de sus compatriotas. Era evidente que Jamaní y Soleimani se habían concertado antes de la reunión.

—Con su permiso, mi general. —Soleimani era respetuoso con la jerarquía—. En este delicado momento estoy de acuerdo con el general Moussavian en que no debemos hacer nada que pueda ser considerado como una provocación y que nos enajene las simpatías europeas. Dejemos que los europeos y los americanos se peleen por el acuerdo nuclear sin interferencias por nuestra parte. Nosotros somos los buenos, los que lo cumplimos como reconoce la propia Agencia de la Energía Atómica de la ONU y no nos interesa hacer nada que pueda dañar esa imagen. Pero tampoco podemos quedarnos de brazos cruzados ante los golpes recibidos y para eso tengo una idea que nos puede permitir responder adecuadamente y, de paso, levantar la moral de unas tropas muy afectadas por lo ocurrido. —Al llegar a este punto, Soleimani se

detuvo y recorrió con la vista a todos los asistentes que le miraban en medio de un silencio pesado y gris. Era obvio que estaba disfrutando del momento. Y por fin continuó—: Por eso sugiero que les tendamos una trampa, que les provoquemos para que sean los israelíes los que nos ataquen a nosotros, algo que, conociéndolos, no deberá resultar difícil. —La expectación era grande entre los asistentes. Soleimani esperó todavía unos segundos más para ver el efecto que producían sus palabras antes de proseguir—: Y para ello se me ocurre que el general Jamaní convoque una reunión conmigo y mis lugartenientes, los que están sobre el terreno en Siria, con el aparente objetivo de escuchar sus ideas y tomar decisiones sobre el futuro inmediato porque es importante motivarlos tras el fracaso de nuestra última ofensiva. También soy partidario de invitar a nuestros aliados sirios, incluyendo al propio ministro de Defensa. El cebo tiene que ser muy apetitoso para que el enemigo pique. Si el general Jamaní está de acuerdo, se podría convocar la reunión en la base de Al-Kiswah, que estamos reconstruyendo tras el último ataque israelí y que está cerca de Damasco, lo que facilitaría la intendencia y la presencia de nuestros amigos sirios.

Hubo murmullos de asentimiento entre los asistentes que cortó el general Jamaní para zanjar el debate diciendo que si también el delegado del líder supremo daba su conformidad, allí mismo quedaba aprobado el plan por consenso (esto era importante por si algo luego se torcía, siempre hay que poder repartir culpas), que el máximo secreto debería rodear los preparativos, que el general Soleimani quedaba a cargo de los detalles, y que todos los demás deberían atender a sus peticiones para el buen éxito de la operación. Si a alguien le quedaban dudas acerca del previo acuerdo entre Jamaní y Soleimani, ahora desaparecían por completo. Antes de despedirlos, Jamaní dijo:

—Y a pesar de las juiciosas advertencias del general Manesh, que comparto plenamente, quiero que se empiece a hablar muy cautamente de esta reunión por los canales habituales… dejando la fijación del lugar y de la fecha para más adelante. Que los israelíes, ya que nos escuchan, empiecen a oír hablar de esta posible reunión.

14. Una lección de geopolítica

Asís necesitaba saber qué había detrás de todo aquello, había cumplido con su parte y se creía con derecho a una explicación. De forma que, a través del mecanismo establecido, simple pero eficaz, de poner la maceta de geranios en la ventana, hizo saber a Miguel que quería verle. El mismo procedimiento implicaba que Miguel tenía otros confidentes en Damasco que le avisaban, pero él no los conocía. La contestación le llegó unos días más tarde en un papel cuidadosamente doblado y metido en un tubo de medicamentos que alguien había dejado en el «buzón seguro» preestablecido de ese momento, bajo una piedra del jardín Firdousi. El aviso para recogerlo le llegaba con una señal hecha con tiza en la columna de la parada del autobús frente a su domicilio. Miguel le esperaba en Beirut en la pensión Bab Ruaj, junto a la Línea Verde que durante la guerra civil había delimitado el barrio cristiano de la zona musulmana de la ciudad. Fueron a almorzar a Chez Paul, cuyo *steak tartar* era famoso en la ciudad. Pidieron unas cervezas mientras examinaban el menú.

—Tienes razón, te debo una explicación y es hora de que la tengas, sin que tampoco sea preciso que sepas más que lo estrictamente necesario. Ya sabes, el principio de «la necesidad de saber». Ni más in menos. Sauna Suomi es una pieza esencial en una importante operación en marcha que nos involucra junto con el Mossad israelí. —Asís tenía que haberlo sospechado ¿No era Cara Quemada la primera que le habló de una sauna cuando se le acercó junto a la tumba de Saladino? Y Miguel le había dicho luego que era una «jefaza» del Mossad. Se le debió de notar el desconcierto de haber olvidado aquel encuentro porque Miguel continuó—: Es una larga historia, pero se trata en definitiva de la base que los iraníes construyen en Al-Kiswah, como bien sabes, a apenas cinco kilómetros de tu establecimiento. Los israelíes ya la han bombardeado dos veces, pero los iraníes, tercos como mulas, la reconstruyen con la ambición aparente, por lo que ahora sabemos, de dotarla de varias baterías de misiles rusos SS-21 de corto alcance, que si se disparan a cuarenta kilómetros de la frontera de Israel darían muy poco tiempo para activar las alarmas antiaéreas o la famosa Cúpula de Hierro.

—Pero no entiendo —respondió Asís—, esta no es nuestra guerra. ¿Qué tiene que ver España, el CNI, con una pelea entre iraníes e israelíes en suelo sirio? ¿Qué hacemos nosotros en mitad de este fregado?

El camarero se acercó en ese momento y ambos interrumpieron su conversación para pedir una ensalada Niçoise, una crema de puerros y dos *steaks tartar*, que por algo eran la especialidad de la casa. Y para beber, una botella de tinto Château Ksara de 2011 que, según Miguel, fue una añada excelente en Líbano y a un precio muy asequible.

Tras el breve intervalo y una vez que el camarero se alejó con la comanda, Miguel prosiguió con las explicaciones:

—Eso no es asunto tuyo, aunque te lo contaré, es complicado, pero lo entenderás si me dejas hablar. Estamos a principios del siglo XXI y, aunque nadie lo diría, estamos asistiendo al resurgir de tres viejos imperios que han dominado Oriente Medio a través de los siglos: el persa, el ruso y el otomano. A la Unión Europea le preocupan los planes que tiene Irán sobre Siria. Como sabes,

el presidente ruso Putin, por un lado, y Jamenei, el líder supremo iraní, por otro, son los principales apoyos del régimen de Damasco, hasta el punto de haber conseguido darle un vuelco a la guerra, reconquistar mucho territorio perdido y asegurar la permanencia de Bachar al-Assad en el poder. Este, agradecido, les da lo que le piden y más. Rusia quiere asegurarse la base naval de Tartús, la única que por ahora tiene en el Mediterráneo, y está construyendo una base aérea cerca de Latakia. También le quiere vender a Assad el sistema antimisiles SS-300, el segundo más moderno hoy en el mercado, y asegurarse una jugosa participación en el gran negocio que un día será la reconstrucción de Siria.

—Que será una barbaridad de dinero porque todo el país es una ruina —musitó Asís—. Pero sigo sin entender qué pintamos nosotros en este asunto. Porque ¿tú eres CNI o es que eres Mossad y me has engañado hasta ahora? Ya no me fío de nadie.

—Y nunca debes hacerlo en este oficio, no lo olvides nunca. Pero queda tranquilo, yo trabajo para el CNI y si fuimos a por ti a Bamako es porque eras el retrato perfecto de lo que buscábamos hacía algún tiempo: alguien sin muchos escrúpulos ni ataduras, sin dinero, aburrido con lo que hacía, capaz de trabajar para nosotros, que manejara armas con soltura por si un día hacía falta usarlas, con dominio nativo del árabe y del francés, y perfectamente mimetizable en la sociedad damascena. Eres un mirlo blanco.

—Eso puede explicar lo que yo hago aquí, pero no da respuesta a que al CNI le preocupe lo que pasa en esa base o en Siria, si me apuras. —Asís podía ser muy terco y, de momento, Miguel no respondía a su pregunta inicial.

—Ahí te equivocas, y mucho. A España le interesa cuanto acontece en el área mediterránea, y si nosotros estamos en su orilla occidental, Siria está en la oriental. Los refugiados de Siria han llegado por millares a Europa, aunque hayamos recibido menos de los que nos tocaban. —Aquí Miguel sonrió con tristeza—. Porque tampoco le era fácil a un Gobierno con una obscena tasa de desempleo andar recibiendo inmigrantes… aunque fueran pobres refugiados que huían de la miseria y de la guerra. A pesar de eso, te confieso que me avergüenza la poca generosidad mostrada por Europa en su conjunto, con un par de honrosas excepciones. —Miguel se detuvo un momento para servir más vino en ambos vasos y luego, animado, continuó—: Verás, aunque viniera un millón de personas, entre quinientos millones de europeos apenas tocaríamos a un refugiado por cada quinientos habitantes y eso me hace preguntarme si nuestro problema es «poder» o si es «querer». Hay muchas pancartas en algunos ayuntamientos gobernados por las izquierdas, pero lo cierto es que nosotros los hemos recibido con cuentagotas, como olvidando que no hace tanto tiempo españoles derrotados en una guerra buscaban refugio de Francia cruzando a pie unos Pirineos nevados, o embarcándose rumbo a países iberoamericanos que les recibieron con los brazos abiertos… Y de la región nos llegan también atentados terroristas. No hace falta que te recuerde la mucha sangre española que han derramado. Pero me desvío de lo esencial y lo esencial es que, como decía antes, no nos gustan los planes que Irán tiene para Siria. No nos gustan a nosotros, no les gustan a los demás europeos y no les gustan ni a los turcos ni a los norteamericanos. Por no gustarles, no les gustan a los mismos rusos. No les gustan a nadie.

—Eso lo puedo entender, pero, entonces, si a nadie les gustan esos proyectos, ¿por qué somos nosotros los que damos la cara con un porcentaje de que nos la rompan que no me atrevo a calcular, pero que supongo que no será bajo?

—Es una pregunta justa y la respuesta es doble. Hay dos razones para hacerlo: la primera es que te tenemos a ti y los demás no, y la segunda es que nos lo han pedido, y ya sabes, en este oficio se aplica aquello de hoy por ti y mañana por mí. Hoy toca el por ti… aunque, conociendo

a mi director, estoy convencido de que ha conseguido algo a cambio de lo que tú y yo estamos haciendo.

Asís no daba su brazo a torcer.

—Pero ¿qué es lo que no nos gusta de los proyectos de Irán en Siria? No veo en qué se diferencian de los proyectos de los demás participantes en nuestra jodida guerra: los turcos, los americanos, los kurdos, las monarquías del Golfo, los rusos, el mismo Estado Islámico… si nos dejaran en paz, ya hace tiempo que esta guerra se habría acabado por falta de hombres y por falta de armas. Aquí todo el mundo tiene su agenda, y lo que menos importa es lo que pensamos los sirios. ¿Me puedes decir en qué se diferencian los iraníes de los demás para justificar nuestro interés especial?

—Lo que Irán quiere es llenar Siria de bases militares, hacer dos corredores terrestres desde Irán pasando por Irak para el envío de municiones y pertrechos, y crear en Siria una milicia chiíta a la imagen de Hezbolá en el Líbano que acabe siendo un Estado dentro del Estado y que no obedezca a las autoridades de Damasco, sino de Teherán. Si la República Islámica se sale con la suya, Siria se convertirá en un estado vasallo de Irán, en un riesgo existencial para Israel y en una amenaza para la misma Turquía. Es algo que no conviene a nadie y a los sirios menos que nadie. Además de que una potencia hegemónica en Oriente Medio pondría en peligro los suministros de gas y petróleo, o los sometería a condiciones que podrían ser inaceptables para nosotros que somos un país energéticamente dependiente.

—Pero —respondió Asís, desconcertado— de esto no se habla en Damasco, los sirios no somos conscientes de este riesgo.

—No, en Siria, los medios de comunicación están amordazados, ¿o es que aún no te has enterado? No hablan de otra cosa que no sean los éxitos del régimen, sean verdaderos o inventados. El Gobierno sirio no menciona este asunto porque no puede, pero tampoco le gusta nada. Ya te he dicho que, por no gustar, es un asunto que ni siquiera gusta a los rusos, que son sus aliados. ¿Por qué te crees que los radares o los misiles rusos no fijan a la aviación israelí cuando hace incursiones sobre las bases iraníes en Siria? La misma Al-Kiswah ha sido alcanzada en dos ocasiones, como bien sabes. Y los rusos, calladitos y sin avisarles. Sin mover un dedo, a pesar de que en Siria tienen desplegado su sistema antimisiles SS-200, uno de los más modernos del mundo. Si ellos quisieran, volar en Siria les costaría mucho a los israelíes. O no podrían.

El camarero volvió a acercarse a recoger los platos y preguntar si todo estaba bien y si los señores deseaban ordenar un postre. Miguel negó con la cabeza, pero Asís se animó con una *crêpe Suzette flambée* que había visto servir en una mesa vecina y le apetecía probar. Sobre todo, porque en Damasco esas exquisiteces hacía tiempo que no existían.

—Aquí todo el mundo va a lo suyo y a nadie le faltan fuerzas para soportar los males ajenos —concedió Asís.

—Sí, eso es cierto. Pero cuando lo que hace Irán cerca de la frontera de Israel puede desembocar en una guerra mayor que acabe implicando a las grandes potencias… con eso no se puede jugar. Y como Al-Kiswah está precisamente muy cerca de esa frontera, la chispa puede estallar en cualquier momento, incluso por un descuido y aunque nadie la desee, como ocurrió con la Primera Guerra Mundial.

—Eso es muy cierto. Pero hasta ahora te has limitado a darme una lección de geopolítica. —Su respuesta era una impertinencia y Asís se dio cuenta en cuanto la dijo. Trató de suavizar sus preguntas siguientes—: Pero ¿puedes contarme qué hace Sauna Suomi en este escenario? Sé un poco más específico, hombre. ¿Qué se espera de nosotros? ¿Cuál es nuestro papel en este juego

regional más grande que la propia Siria?

—De momento tenéis que reunir cuanta información podáis sobre la base de Al-Kiswah. Dada su ubicación, tu puticlub, perdona que le llame así, está pensado para que sea frecuentado por los soldados sirios e iraníes de la base. Las chicas saben que deben contarle a Ilsegad cualquier cosa que oigan. Y también debes seguir el tráfico de vehículos militares por la carretera que pasa frente a Sauna Suomi. O de camiones con pertrechos de cualquier tipo. Cualquier noticia, por pequeña que te parezca, es importante. Sabemos que los iraníes están reparando los daños del último ataque israelí, pero creemos que esta vez están aprovechando las obras para construir un búnker acorazado que bien podría ser un puesto de mando en futuras operaciones contra el Estado de Israel…

—Eso lo puedo entender —interrumpió Asís—, pero entiendo menos ese entusiasmo por Israel. Toda mi vida, desde que era niño en Damasco, he oído decir que los israelíes han despojado de sus tierras a los palestinos, que su país nació con una limpieza étnica y que continúa con un *apartheid*. Así nos lo enseñaban en el colegio. A nosotros mismos nos han arrebatado los Altos del Golán y los han anexionado luego formalmente, al igual que la mitad oriental de Jerusalén. Y llevan años haciendo caso omiso de la legalidad internacional y de las resoluciones de las Naciones Unidas… que parecen obligatorias para todos menos para ellos. —Asís, como buen sirio, se calentaba cuando hablaba de Israel y no era inmune a los comentarios y a la propaganda antisemita que había oído desde que nació y que eran moneda común en todo el mundo árabe.

—Todo eso lo podemos discutir otro día con tranquilidad, si lo deseas. Por ahora coincidamos en que la política no es para nosotros —respondió Miguel—. Lo nuestro es ejecutar lo mejor posible las instrucciones que recibimos. Y las que yo tengo encima de mi mesa me dicen que averigüe cuanto pueda de esa jodida base y que para ello colabore con el Mossad… ¿Para quién te crees tú que trabajan Ilsegad o Bertrand…? Y te diré más, utiliza a Rachid porque es una buena coartada y está haciendo un trabajo muy bueno, pero no te fíes de él un pelo porque puede ser un informador o un miembro de las Fuerzas Democráticas Sirias. —Asís alzó la mano para protestar y decir que ya lo sabía, pero que Rachid era su amigo del alma y que nunca le traicionaría y que pondría por él la mano en el fuego y que… pero antes de que pudiera hacerlo, Miguel continuó—: No, no digo que lo sea porque no lo hemos confirmado aún, solo digo que nos parece que puede serlo y que en este oficio no debes fiarte de nadie si quieres seguir vivo. De nadie. Te lo repetiré mil veces hasta que te entre en tu dura mollera. De nadie, ¿me oyes bien?

Cuando regresó el camarero, le pidieron dos cafés bien cargados.

15. La filtración

Preocupado, pero sabiendo en líneas generales de qué iba el juego en el que se había metido, Asís decidió seguir jugándolo lo mejor posible, entre otras cosas porque no tenía otra opción, porque no hay que preocuparse por un problema que no tiene solución, y porque —a qué negarlo — también su espíritu inquieto y aventurero le llevaba a ello. Sauna Suomi era un buen negocio, dejaba dinero y todos parecían contentos. Ilsegad iba y venía de Beirut con la excusa de vigilar y disciplinar a las chicas, pero él sabía que otra era su verdadera ocupación, el local se llenaba con frecuencia y no era extraño ver a oficiales y soldados de Al-Kiswah, tanto iraníes como sirios, entre los parroquianos. Los primeros debían alucinar con tanta puta y tanto alcohol, pues en su país lo segundo está prohibido y tampoco hay prostitución ya que para evitarla han inventado el matrimonio por horas, o por una noche o por un fin de semana, según convenga. El tiempo lo fijan libremente las partes. Al transcurrir el plazo se paga la cantidad convenida, el divorcio es inmediato y cada uno se va a lo suyo, es de suponer que feliz. Le llaman *sigheh* y solo se entiende desde la poligamia y desde la óptica de que el matrimonio no es un contrato entre iguales, sino otra forma de adquirir propiedad. Si nace una criatura de una relación amparada por la *sigheh* se la considera legítima. Con todas las cautelas del caso, parece que ni los evangelistas norteamericanos lograrían a un tiempo ser más píos, cínicos, prácticos y pudibundos que los chiítas iraníes.

También se dedicó a observar el juego de Rachid, que parecía haberle cogido gusto a su trabajo, no se movía de su pequeño despacho, llevaba las cuentas y daba la impresión de estar al tanto de todo y de no perderse detalle. También hacía como que tonteaba con una de las chicas, y eso le tenía de buen humor porque recordaba el dicho de Mahoma de que el que hace reír a los demás merece el paraíso, y él lo creía a pies juntillas. Asís conocía sus inclinaciones, pero las disimulaba muy bien, y también sabía de sus simpatías por las Fuerzas Democráticas Sirias porque él mismo se lo había confesado todo algún tiempo después de su reencuentro, y porque Miguel se lo había confirmado recientemente al decirle que no se fiara ni de él ni de nadie. Y pensó que Miguel hacía bien los deberes y eso era un dato tranquilizador. Pero no le preocupaba que Rachid fuera a contarle a nadie lo que en realidad se hacía en Sauna Suomi, pues no tenía ninguna duda de su lealtad, y además sabía que apoyaba todo aquello que fuera contra el régimen o contra los odiados iraníes que le mantenían en el poder. El dilema de las FDS era que querían que cayera Bachar, pero no todo el sistema, pues eso acabaría en un caos a la iraquí tras la invasión norteamericana, o daría el poder a los islamistas, y eso sería aún peor. Los ingleses llaman a eso estar entre una roca dura y el mar profundo y azul y significa que todas las soluciones son malas, como ocurre con lo que los filósofos califican de «problemas bicornutos» porque haga uno lo que haga siempre te empitona la opción que elijas o la otra. Eran también cosas así las que ayudaban a Bachar a mantenerse en el poder.

Ilsegad se le acercó una tarde que Rachid no estaba. Tenía una información importante y Miguel le había dado instrucciones de compartirla con Asís con objeto de ganar tiempo, ya que en ese momento ella no podía viajar a Beirut. Al parecer, una de las chicas había oído una

conversación entre dos soldados sirios de la base hablando del arresto de un amigo en relación con la urgencia de terminar pronto unas obras en marcha «porque se preparaba una reunión importante». Ese era el tipo de información para el que se había montado Sauna Suomi, y eso significaba que el momento de la acción se acercaba.

Ilsegad le sugirió a Asís que se tomara un fin de semana en Beirut para no confiar a los procedimientos habituales un dato de esa importancia y añadió con una sonrisa que quería ser pícara que mejor si iba acompañado. «Para disimular», le dijo. Lo que le insinuaba es que fuera con Amal porque también ella se había enterado de la pelea, y bien que a él le hubiera gustado, pero eso estaba fuera de lugar porque Amal era mucha Amal. Cuanto menos la veía más la echaba de menos y la echaba mucho de menos porque no la había vuelto a ver desde el día en que le cantó las cuarenta en su oficina y le dio, delante de todo el mundo, «con luz y taquígrafos», una bofetada que aún le dolía en el alma y le resonaba en el oído. Y es que no hay nada como sufrir por una persona para medir el amor que se siente por ella. Sonrió con tristeza al recordarla y se decía que llegaría el día en que podría aclarar la situación y explicarle que él no era el chulo de putas que ella pensaba, y que, desde luego, tampoco traficaba con mujeres, como ella le dijo, pero de momento no podía hacerlo y no iba a ponerla en peligro precisamente ahora, cuando se aproximaba la hora de la verdad. Había sabido de ella indirectamente por un amigo común que la encontró una vez por la calle e intentó invitarla a cenar. Pero ella se excusó diciendo que no se encontraba bien y también rechazó amablemente pero con firmeza la posibilidad de verse unos días más tarde. Le pareció triste y así se lo dijo a Asís, con quien pensaba que la relación había terminado. «¡Y ha terminado!», le confirmó él mientras para sus adentros pensaba que, por desgracia, era verdad, que había terminado, aunque no lo quisiera aceptar y le quedara la esperanza de que pronto podría explicarse a fondo con ella. Esto de ser espía y tener una vida secreta, no poder compartirla con nadie, le parecía que exigía pagar un precio muy alto en soledad, esa soledad que se produce aun en medio de multitudes cuando no tienes con quién comentar tus problemas y buscar complicidades. Confiaba en que todo acabara bien y pronto, pero sospechaba que había mucho de optimismo en su deseo. Y era muy consciente de que al menos en eso no se engañaba.

Pero como la vida monacal tampoco era lo suyo, quedó con una vieja amiga y la invitó a pasar un fin de semana en Beirut, un convite que él sabía que era difícil de rechazar en el Damasco de la escasez y la guerra. Y cuando llegaron a Beirut se las arregló para darle esquinazo con la excusa de que necesitaba ver a un proveedor para un *jacuzzi* que quería instalar en Sauna Suomi. Luego le dio algo de dinero para que se fuera de compras con la promesa de una cena en la Corniche y lo que se terciara después. Laila desapareció feliz y sin hacer preguntas, y él se dirigió a la dirección que le había dado Ilsegad, un piso en el barrio Este, el corazón cristiano de Beirut, pues no era cosa de facilitar la tarea de Hezbolá, el Partido de Dios y aliado chiíta de Irán.

En el piso tuvo la sorpresa de que le esperaran Miguel y Cara Quemada.

16. No hay vuelta atrás

Miguel les presentó formalmente. Ella estaba con dos individuos fornidos, de pelo rapado, con mala catadura y aspecto que oscilaba entre maderos, guardaespaldas y narcotraficantes y que no abrieron la boca. Tampoco le fueron presentados y, cuando él entró, ellos salieron y se apostaron junto a la puerta. Asís recordó entonces haber visto otros dos bastante parecidos a la entrada del edificio y pensó que debían fabricarlos en serie. Era la primera vez que se encontraba con Cara Quemada tras la fugaz entrevista en la tumba de Saladino. Miguel le explicó que Luna, su nombre de guerra, era la jefa de la división operativa del Mossad y que «había una importante operación en marcha para la que se requería nuestra ayuda y que ya contaba con la aprobación de Madrid». Dicho esto, le pasó la palabra.

Asís no pudo evitar pensar que el apodo de Luna le venía bien a aquel rostro surcado de cicatrices que le recordaban a los cráteres de nuestro satélite. Imaginó que detrás de ellas debía haber alguna historia terrible cuyos detalles desconocía pero que tampoco era asunto suyo. Pero no le gustaba Luna, por lo poco que había hablado con ella aquella mañana damascena, no le caía bien, le parecía una mujer seca, dura y supuso que así deben de ser muchos espías, aunque la descripción no se pudiera aplicar a Miguel, que era el único espía que conocía, todo lo que imaginaba que se puede conocer a un espía, y que era hombre de carácter firme y afable al mismo tiempo. Hay gente que confunde antipatía y seriedad, igual que otros piensan que el humor es incompatible con el trabajo bien hecho, o que es imposible hablar de cosas serias con una sonrisa. Y es peor para ellos porque se les agría el carácter y además se equivocan.

Asís contó entonces lo que había podido averiguar desde Sauna Suomi: trasiego de camiones con materiales de construcción, aumento de efectivos militares en la base, llegadas regulares de camiones de gran tamaño con cargamento desconocido y, finalmente, el comentario de los soldados sobre una aceleración de ciertos trabajos de construcción para una «reunión importante» que allí se iba a celebrar.

Luna tomó entonces la palabra para agradecer la información y continuó explicando que la inteligencia israelí captaba comunicaciones iraníes en Siria desde hacía tiempo. No explicó cómo, pero era evidente que, con o sin el apoyo norteamericano, habían roto los códigos de comunicación de los Guardianes de la Revolución que constituían la crema del ejército iraní allí desplegado.

—Por eso hemos frustrado sus repetidos intentos de atacarnos lanzando misiles contra los Altos del Golán. —Y aclaró, mientras una mueca que quería ser una sonrisa retorcía aún más su rostro—: ¿Sabes? Es más fácil destruirlos cuando los estás esperando. —Asís notó un cierto tono condescendiente que le irritó. Aquella mujer le trataba como a un niño pequeño…—. Ahora, gracias a vosotros, confirmamos que algo importante se prepara en Al-Kiswah. Ya teníamos indicios, pero lo que ahora me decís me los confirman.

Asís no soportaba esta actitud de sabelotodo que acompañaba a Luna en cuanto abría la boca.

Ella también les comunicó no estar autorizada para entrar en detalles sobre lo que preparaban, pero se sintió obligada a dar algunas explicaciones y se embarcó en una innecesaria

narración sobre la línea de mando en Irán.

—Es importante entender —prosiguió— que los iraníes están divididos sobre la estrategia a seguir: el presidente Rohaní no quiere aventuras exteriores que detraen tiempo, esfuerzo y dinero de sus intentos por mejorar la situación económica y apaciguar el descontento interno, mientras que los guardianes quieren convertir a Irán en la potencia hegemónica de Oriente Medio.

—Algo que fue durante siglos, desde los tiempos de Darío y Jerjes —se atrevió a comentar provocadoramente Asís, que ya había ido a la escuela de pequeño y odiaba que le dieran más lecciones

—Pues va a dejar de serlo porque Israel no lo va a permitir. —Luna fue tajante y en su respuesta había un tono despectivo que no gustó a sus interlocutores, que cambiaron una mirada de inteligencia. Y Asís pensó entonces que era el pequeño Estado de Israel el que hablaba por su boca, la única potencia nuclear en la región que se sabía respaldada a tope por los Estados Unidos del presidente Donald Trump, que acababa de trasladar su embajada desde Tel Aviv a Jerusalén, cuya mitad oriental había sido ocupada tras la derrota árabe en la guerra de los Seis Días. Antes, en 1981, la habían anexionado y declarado «la capital eterna del Estado de Israel». Con la excepción de dos o tres pequeños países, nadie en el mundo (salvo el Congreso norteamericano) reconoció esta violación del derecho internacional y de varias resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, al igual que nadie o casi nadie ha reconocido años más tarde la ilegal anexión de Crimea por Rusia. Asís suponía que en Jerusalén no gustaría oírlo, pero que, en el fondo, los argumentos eran muy parecidos: «Esta es la tierra que Dios dio a nuestros padres en la Biblia», o «Crimea es Rusia desde Catalina la Grande y solo se hizo ucraniana por un capricho de Kruschev». Así que para casa. La ley del más fuerte en lugar del derecho internacional, algo que solo conviene a los poderosos porque la ley está precisamente para evitar abusos y proteger a los débiles, que somos casi todos.

Luna, ajena a estos pensamientos, continuó impertérrita:

—El caso es que, preparen lo que preparen, nosotros les vamos a aguar la fiesta… con vuestra ayuda. —No dijo más, pero la amenaza quedó en el ambiente y Asís pensó que los israelíes estarían pensando en un nuevo bombardeo, el tercero ya, sobre la base de Al-Kiswah. Tampoco Miguel abrió la boca para no interrumpir sus propios pensamientos, porque le dio la impresión de que a Luna le gustaba escucharse a sí misma y porque es mejor callar cuando no se tiene nada interesante que decir. Si a Luna le molestó el silencio de sus interlocutores, no lo demostró. Su tono era frío y profesional—: Lo que Israel espera de vosotros son tres cosas: que nos sigáis dando información sobre cuanto podáis recoger de lo que pasa o se espera que pase en la base; que cuando llegue el momento acojáis discretamente en Sauna Suomi a unos comandos de apoyo que os enviaremos con una tapadera cualquiera; y que les prestéis la ayuda que necesiten el día de la operación, incluyendo retrasar que llegue ayuda a la base por la carretera que pasa por delante de vuestro establecimiento. De todas formas, todo será tan rápido que no les dará tiempo a enviar ningún refuerzo, podéis estar tranquilos —terminó con seguridad.

—Un momento —intervino Asís rápido—, un momento, aquí alguien corre demasiado. ¿Evitar que llegue ayuda por carretera? ¿Albergar comandos? Pare, pare… Lo que usted plantea no es ya que nos convirtamos en cómplices de una operación que no nos cuentan y de la que no sabemos nada, sino que seamos sus activos ejecutantes… ¿No se da cuenta de que queman nuestra cobertura? Y claro, luego ustedes hacen lo que tengan que hacer y se vuelven a Jerusalén a celebrarlo en un restaurante *kosher*, y yo me quedo con cara de gilipollas y con sus destrozos en mis manos. ¡Unos comandos israelíes en mi sauna! ¡Está usted mal de la cabeza! Aparte del

pequeño detalle de que caer en manos de iraníes en esas condiciones, que es lo que sin duda nos ocurrirá, me parece la peor de las ideas.

Una mueca que quería ser una sonrisa volvió a retorcer la cara de Luna.

—Tienes razón —asintió—, y debería haberlo explicado antes: ¿seréis prevenidos antes de que la operación comience y cuando finalice os garantizaremos una vía de escape.

—¡Una mierda! ¿Sabe lo que le digo? ¡Una mierda! —explotó Asís—. ¡Todo esto es una locura, primero una sauna y ahora esto! ¡Están todos locos! A mí nadie me había advertido de que me metía en un negocio con desequilibrados… pero conmigo no cuenten, yo me bajo aquí mismo. —Miguel quiso intervenir, pero Asís no le dejó—: Mira, Miguel, yo estaba hasta los huevos de la Legión, pero allí me jugaba la vida con algunas probabilidades de salir adelante. Tú me sacaste de Bamako y te lo agradezco, pero lo que ahora me propone esta tía es a la vez improbable e imposible… Quiere que dé mi vida por la causa israelí… que además me toca los cojones. No les basta con matar palestinos y ahora quieren acabar también conmigo. ¡Pues va a ser que no!

Asís estaba fuera de sí. Estaba congestionado, tenía hinchadas las venas del cuello y golpeaba la mesa con la palma de la mano mientas hablaba como queriendo dar fuerza y carácter irreversible a lo que decía. Su actitud parecía concordar con quienes afirman que los que más gritan en un debate son los que menos argumentos aportan, con la diferencia de que en este caso no era cierto. Asís sabía que tenía razón. Más que un santo. Pero no le sirvió de nada.

—Demasiado tarde, querido. —La voz de Luna era fría como un témpano y su gesto se había endurecido. Tampoco en su rostro había rastro de simpatía o de comprensión—. Ya sabes demasiado y eso te convierte en un riesgo inasumible para nosotros. O sigues adelante y te garantizo el futuro para el resto de tu vida cuando esto pase o… eres hombre muerto aquí y ahora. Tu decides. —Y le dirigió una de esas sonrisas que Shakespeare dice que «hieren como puñales» y que le heló la sangre. Loca o no, melodramática o no, a Asís le quedó claro que se había metido en un buen lío y que la marcha atrás simplemente no era ya una opción.

17. Luz verde

Israel es el único país democrático de Oriente Medio, al menos para los seis millones de judíos que lo habitan, pues esa opinión no la comparte el 20 por ciento de árabes-israelíes que también viven dentro de sus fronteras, no hacen el servicio militar y se sienten ciudadanos de segunda, sentimiento que se ha acentuado con la aprobación en julio de 2018 de la controvertida ley de estado-nación, con rango constitucional, que solo concede derecho de autodeterminación a los judíos (que no parecen necesitarlo) y consagra el hebreo como única lengua oficial.

Esto es consecuencia de la justificada paranoia de aislamiento y acoso que sienten los israelíes por parte de sus vecinos árabes. Tras setenta años de existencia como Estado, después de haber hecho un país moderno y con más premios nobel per cápita que ningún otro del mundo, ningún país árabe con la excepción de Egipto (el presidente Sadat lo pagó con la vida), Jordania y muy recientemente los Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Sudán y Marruecos, han reconocido la existencia de Israel, que ha tenido que hacer cinco guerras contra enemigos exteriores. Todas con éxito. Los iraníes, que no son árabes, se refieren a Israel como «la entidad sionista» y amenazan con destruirla un día sí y otro también, lo que tampoco es para tranquilizar a nadie. Y lo mismo dice Hamás desde la Franja de Gaza. La consecuencia es que Israel se sabe solo en una región hostil y piensa que, aunque gane guerras, le basta perder una sola batalla para correr el riesgo de desaparecer, y eso es algo que nunca van a permitir que suceda, como tampoco lo permitirían los Estados Unidos ni Europa. Pero ellos no se fían de nadie y menos aún confían a nadie su propia seguridad. Y hacen muy bien.

(el presidente Sadat lo pagó con la vida)

Este es el contexto en el que se celebraba en la oficina del primer ministro Netanyahu una reunión para discutir una operación ideada por el Mossad, cuya eventual ejecución se confiaría a un grupo de comandos de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI). A la reunión habían sido convocados los miembros del Gabinete Restringido de Seguridad, del que formaban parte los ministros de Asuntos Exteriores y de Interior, para escuchar al jefe del Mossad (inteligencia exterior) exponer un plan destinado a asentar un golpe tan duro a los planes militares de Teherán en Siria que tardarían varios años en recuperarse. Y eso sin contar con el efecto propagandístico para las FDI y la paralela desmoralización que produciría en el ejército iraní y en los demás enemigos de Israel. La operación era potencialmente tan atractiva que se corría el riesgo de emborracharse con ella, algo de lo que el jefe del Mossad era muy consciente porque no olvidaba la sabia máxima que Talleyrand aplicaba a la diplomacia de que «Sobre todo, nunca un exceso de celo» y que él trataba de adecuar a su propio oficio.

El primer ministro Bibi Netanyahu comenzó la reunión recordando los tres objetivos estratégicos y tácticos de Israel en Siria: «Impedir la llegada de armas a la milicia libanesa Hezbolá; evitar a toda costa la extensión del conflicto sirio a la meseta del Golán; y, cuestión existencial de primer orden, frustrar los intentos iraníes de construir bases militares cerca de nuestra frontera norte y de convertir a Siria en un estado vasallo». Por eso eran muy frecuentes

sus operaciones militares en territorio sirio desde el comienzo de la guerra civil en 2011, aunque siempre más enfocados contra objetivos de Hezbolá e iraníes que propiamente sirios. La superioridad militar de Israel era tal que se permitían operar en Siria con casi total impunidad. Y confiarse demasiado podía ser otro riesgo en el que no podían caer.

El plan que proponía Avi Mofaz, director del Mossad, consistía en secuestrar nada menos que al general Alí Jamaní, jefe de los Guardianes de la Revolución, y al general Qassem Soleimani, jefe de la fuerza expedicionaria en Siria, los dos peces más gordos entre los militares iraníes.

—Una operación que tenía riesgos, pero —explicó Mofaz— todos los planes los tienen y hasta el mismo hecho de no hacer nada también los tendría, y muy graves, si dejamos a Irán asentarse en Siria. —Se produjo un tenso silencio en la sala cuando con voz solemne anunció—: Lo que propongo, a diferencia de lo hecho hasta ahora basado en la destrucción física y puntual de instalaciones militares hostiles en territorio sirio, es un golpe de efecto: que un comando irrumpa en una reunión que se está preparando y que tenemos indicios para pensar que se va a celebrar en la base de Al-Kiswah y que capture a los generales Jamaní y Soleimani, decapitando a un tiempo a los Guardianes de la Revolución y a la Fuerza Al-Quds. Será una humillación pública a Irán y un golpe muy duro a sus designios de dominar Siria.

Avi Mofaz esperó a ver el efecto que causaban sus palabras, pero un silencio espeso invadió la sala. Parecía que ninguno de los reunidos se atrevía a hablar mientras asumían la importancia de la propuesta y rumiaban sus potenciales consecuencias.

Tras un silencio largo, como para permitir asumir lo que acababa de oír, intervino el ministro de Seguridad, Noam Berdugo, que era descendiente de sefardíes:

—Es muy tentador lo que propone el director del Mossad, pero ¿no sería más seguro y menos arriesgado bombardear de nuevo esa maldita base, al fin y al cabo, ya tenemos práctica —hizo una mueca que quería parecer una sonrisa, pero que le quedó siniestra— y sepultar a todos esos cabrones bajo sus escombros? —Noam era un hombre apasionado y directo que no se iba por las ramas ni le gustaban las medias tintas.

—Lo sería sin duda, señor ministro —Mofaz le conocía poco y decidió responder con prudencia—. Y con ello asestaríamos un golpe muy duro a los iraníes. —Y luego, mientras esbozaba una media sonrisa, añadió con mala leche—: Su ministerio, que con cierta frecuencia ordena «ejecuciones extrajudiciales» de activistas de Hamás o de líderes de Hezbolá, tiene más experiencia que yo en estos asuntos. Pero esta ocasión que se nos ofrece es única porque nos podría permitir cogerles vivos y no preciso extenderme sobre la fuente de información que eso nos proporcionaría. Por no hablar de la humillación pública que les infligiríamos. Estamos ante una oportunidad excepcional que, en mi modesta opinión, no deberíamos dejar pasar.

Berdugo no iba a dejar que un simple director le ninguneara, aunque fuera el del Mossad:

—¿Cómo sabemos de esta reunión? Una cosa así no se anuncia en la prensa —quiso saber.

Si pretendía hacer una broma, no tuvo éxito. Ni una media sonrisa acogió sus palabras. El primer ministro se sentía políticamente acosado con acusaciones de corrupción y el ambiente no estaba para chistes.

—Atando cabos dispersos, como casi siempre sucede en mi trabajo —respondió Avi Mofaz, casi hablando para sí—. Por una parte, hemos captado comunicaciones cifradas que hablan de una reunión importante del general Jamaní con altos mandos iraníes y sirios, aunque no se cita el lugar ni la fecha, y, por otra, tenemos información de que en la base de Al-Kiswah se está construyendo un búnker subterráneo. Y como dos y dos son cuatro… Naturalmente, habrá que

confirmar estas informaciones, pero no perdemos nada si comenzamos ya nuestros preparativos. Así estaremos listos cuando llegue el momento. —Tras una ligera pausa, se dio cuenta de que había olvidado algo importante y añadió—: Por supuesto, solo en el caso de que el señor primer ministro nos dé luz verde.

Mientras el primer ministro seguía callado, como evaluando cuanto oía, pidió la palabra el ministro de Defensa, Saúl Patinkin, un halcón de la ultraderecha cuyas malas relaciones personales con Noam Berdugo eran conocidas. Patinkin no pudo evitar aprovechar la ocasión para meterle un rejón:

—El director del Mossad tiene mucha razón en lo que dice. Si su información es correcta, y confío en que lo sea, la ocasión que nos depara es única y debemos aprovecharla. Pero exige una cuidadosa planificación y, aparte de la inteligencia y del factor sorpresa, una operación así requiere mucha gente. En Al-Kiswah calculamos que hay hoy unos treinta iraníes y no menos de ciento cincuenta soldados sirios…

—Los sirios no importan —zanjó Mofaz con cierto desprecio—. Son soldados de reemplazo sin ánimo de lucha, su verdadera función es la de ser los albañiles que reparan la base tras nuestra última incursión, o que vigilan su perímetro de seguridad exterior. Baste decir que creemos que los iraníes no les dejan ocuparse del zulo que construyen y donde pensamos que tendrá lugar la reunión, al parecer, esa obra la hacen los propios iraníes.

—Aun así… —insistió Saúl Patinkin pues aquella era una operación militar y esa era su competencia, ¿qué hacía el Mossad metiéndose en su terreno?—, aunque la base dista unos cuarenta kilómetros de nuestra frontera, recorrer ese espacio, dominar la previsible resistencia y regresar a casa no va a ser tarea fácil. Los iraníes tienen larga experiencia de combate, aprendida con mucha sangre tras una guerra de ocho años contra el Irak de Saddam Hussein, y los sirios… sobre esos podía aceptar que no tuvieran el mismo celo revolucionario, ni el mismo ardor combativo, porque este disminuye mucho cuando se pelea por miedo a un dictador… pero están en su casa, defienden su país y por eso creo que ni unos ni otros van a ser pan comido. Y menos cuando el enemigo es el odiado israelí, que en eso no hay muchas diferencias entre sirios e iraníes.

—Es cierto todo lo que dice el ministro —contestó conciliador Avi Mofaz—, y por eso lo que tenemos en mente es una operación aerotransportada de comandos. Hace años, en 1976, ya hicimos con éxito un raid sobre el aeropuerto de Entebbe, en Uganda, que está mucho más lejos que Al-Kiswah, a unos cuatro mil kilómetros, para rescatar a los rehenes de un vuelo de Air France secuestrado por terroristas del Frente Popular de Liberación de Palestina. Fue la Operación Trueno, que todos los aquí presentes recuerdan bien… Al lado de aquello no me parece que esto vaya a ser mucho más difícil —terminó con una sonrisa desdeñosa. El raid sobre Entebbe era un guiño deliberado al primer ministro y constituía un motivo de orgullo nacional a la vez que una gran operación propagandística para Israel, hasta el punto de que Charles Bronson, Horst Buchholz y Peter Finch habían protagonizado una película taquillera sobre el tema. La referencia a Entebbe no era casual ni inocente, pues Mofaz sabía que el raid había sido dirigido por el comandante Jonathan Netanyahu, hermano mayor del primer ministro y héroe nacional, que murió en la operación. Y remachó—: Como recuerdan, liberamos a ciento dos rehenes, matamos a todos los secuestradores y a medio centenar de soldados ugandeses, y además destruimos una decena de cazas MIG que los soviéticos les habían regalado. —Mofaz supo que había ganado cuando vio que Bibi Netanyahu sonreía levemente ante el recuerdo de su hermano.

Era un plan que tenía el atractivo de asestar un golpe muy duro a las ambiciones de Irán y a la amenaza que representaba su asentamiento en Siria. Tras la decisión de Donald Trump de trasladar la embajada norteamericana a Jerusalén, en una ceremonia que contó con la presencia de su hija Ivanka, y de la denuncia unilateral del acuerdo nuclear con Irán, las relaciones entre Israel y Estados Unidos habían alcanzado el momento de mayor colaboración después de la mala sintonía que había presidido los años de Obama. Aunque Bibi no lo podía confesar, el objetivo final de Israel en Siria era arrastrar a los Estados Unidos a una confrontación directa con Irán, una pelea que idealmente se hiciera «hasta la última gota de sangre americana», y eso aunque sabían que no era probable que los americanos se metieran en líos en un país donde sus intereses eran reducidos y donde arriesgaban un conflicto con Rusia. Aun así, Tel Aviv quería aprovechar esa «ventana de oportunidad» que le daba su buena relación con Trump antes de que Irán se afianzase en Siria y antes de que Moscú cediera a los constantes ruegos de Damasco para que le vendiera su sofisticado sistema SS-300 de defensa antimisiles, porque cuando llegaran a Siria —y estaba seguro de que acabarían haciéndolo porque Moscú necesitaba dinero y quería prestigio—, cualquier intromisión aérea se haría mucho más complicada. El factor tiempo era esencial.

Por otra parte, Netanyahu estaba completamente seguro de que los Estados Unidos le respaldarían en caso necesario si emprendía una «operación quirúrgica» sobre Al-Kiswah y sobre todo una que asestara una humillación tan fuerte al archienemigo iraní, y por eso decidió ir adelante con un proyecto que solo se le comunicaría a Washington en el último momento, pues no había que hacer nada que pudiera ponerlo en peligro, y un axioma fundamental en estos asuntos es el de que cuanta menos gente los sepa, tanto mejor. Bibi pensaba que podían aguantar las quejas de Estados Unidos en este caso, se cabrearían, pero ya les calmaría. En cuanto a Putin, sus frecuentes visitas a Moscú durante los dos últimos años, nada menos que ocho, le habían convencido de que también Rusia veía con mucho recelo el aumento de influencia de su aliado iraní, y eso le llevaba a pensar que Moscú protestaría para la galería por la violación de la soberanía siria, pero que luego no haría nada. Netanyahu concluyó que lo que le proponía el Mossad era un riesgo asumible y, en consecuencia, dio luz verde para avanzar en la preparación del proyecto con la reserva de autorizar personalmente su puesta en ejecución cuando llegara el momento. Como es natural, Bibi se reservaba la última palabra.

18. Comienzan los preparativos

El Sayeret Matkal es la fuerza de comandos de élite del ejército de Israel, comparable por su preparación y eficacia con los Navy Seals norteamericanos con los que en ocasiones comparten preparación y entrenamientos, y con el equipo Alfa ruso, a distancia de otras fuerzas similares que hay en el mundo, desde las Cigüeñas Negras de Pakistán hasta los recientemente creados Halcones iraquíes. El Sayeret Matkal fue el encargado de la operación para liberar a los rehenes de Entebbe y el hecho de haber formado en sus filas el propio Bibi Netanyahu en su juventud solo le añadía prestigio a los ojos del primer ministro. Por eso decidió confiar a su filial Shaldag o Unidad 5010, como también era conocida, la ejecución de la operación. Shaldag era el comando de élite de la fuerza aérea y parecía el mejor indicado para llevar a cabo una operación detrás de las líneas enemigas que implicaría el uso de helicópteros Apache.

Ariel —Ari para los amigos— Tov era su jefe. Capitán de treinta y cinco años, de buena presencia y espléndida forma física, Ariel llevaba años de experiencia en operaciones especiales y había participado en misiones encubiertas en Siria, Irak, Afganistán y Yemen contra fuerzas del Estado Islámico y de los talibanes. Su prestigio era grande en el ejército a pesar de su juventud, pues fue su equipo el que descabezó la resistencia del Estado Islámico en Deir ez-Zor, en otra operación diseñada por el Mossad, y que en este caso contó con el previo visto bueno norteamericano. Yassir al-Iraqui, uno de los líderes islamistas más brutales, cayó muerto sin siquiera darse casi cuenta de que era atacado y con él desapareció un individuo del que se dudaba si era más sanguinario que fanático o al revés, pues es bien sabido que entre el fanatismo y la barbarie hay solo un paso y no es grande. Ariel Tov había hecho todos los cursos posibles en la base que los Navy Seals tienen en Little Creek, en Virginia, y en 2014 había participado con ellos en la toma en aguas chipriotas del *MV Morning Glory*, un buque tanque cargado de petróleo libio de contrabando con el que el Estado Islámico pretendía financiar compras de armas. No había en Israel otro oficial joven con mayores méritos y más experiencia.

Ahora le encargaban una operación en Siria contra el enemigo iraní que había lanzado recientemente hasta ochenta misiles sobre territorio de Israel. Pero, en este caso, no se trataba de bombardear una base y regresar a casa, esta vez era diferente, era una misión muy importante y por eso era un honor muy especial haber sido designado por el Gobierno para llevarla a cabo desde su base operativa de Palmachim, al sur de Tel Aviv y cerca de Ashod, sobre la costa mediterránea. Palmachim había comenzado como un lugar de pruebas de misiles que se lanzaban sobre el mar para evitar que información vital pudiera caer en manos enemigas dado lo exiguo del territorio nacional israelí una vez que devolvió a Egipto la península de Sinaí que había ocupado en la guerra de 1973. Hoy es la principal base aérea de Israel y en ella recibió el capitán Tov a la jefa de la división de operaciones del Mossad.

Luna le dio cuanta información poseía sobre la base de Al-Kiswah, que Ari Tov ya conocía, pues los israelíes la habían bombardeado en dos ocasiones con misiles Delilah. Más interesante le resultó la descripción física y apoyada en fotografías aéreas y terrestres del personal que actualmente la ocupaba y de los edificios que se habían reconstruido, la finalidad de cada uno y,

en particular, de un búnker que suponían ya casi finalizado y sobre el que, sin embargo, sabían mucho menos. Simplemente se tenía el dato vital de que se estaba construyendo gracias a información proporcionada por agentes sobre el terreno, se sospechaba su ubicación precisa —que se trataba de confirmar— en el edificio principal de la base, pero se desconocían datos esenciales como su fortaleza, su acceso, su sistema de ventilación y su distribución interna que el Mossad trataba esforzadamente de obtener como una alta prioridad del momento.

Sobre la base de los planos y fotos suministrados, Ariel Tov se puso a trabajar con su segundo, el teniente Yaakov Yalon, un gigante con cara de bruto que escondía una naturaleza sensible y que era capaz de pensar por sí mismo. De familia originaria de Marruecos, aunque ya nacido en Israel, su hoja de servicios no era ni de lejos tan brillante como la de su capitán, con el que se compenetraba muy bien por su valor, su capacidad crítica y el cuidado con los detalles, cualidad esta última que Tov valoraba especialmente por completar su propio carácter. Primero hicieron una maqueta con cuanta información conocían de la base de Al-Kiswah y alrededores, puro secarral plano sin ninguna edificación cerca, y luego construyeron una réplica a tamaño real con los datos disponibles del edificio que pensaban que albergaba el comando y el búnker subterráneo. Pero la operación sería un ataque ciego si no contaban con más información detallada sobre su ubicación y acceso. Yaakov, en particular, desaconsejaba intentar nada mientras no se tuvieran datos más concretos del objetivo, y Ari no tuvo más remedio que estar de acuerdo y transmitir sus dudas a la superioridad. No se podían arriesgar vidas humanas sin un mayor esfuerzo de inteligencia.

19. El búnker

La consecuencia fue que Luna y Miguel se encontraron en un piso seguro del Mossad en Lárnaca, Chipre, y que fue Miguel el que poco después se trasladó a Siria y citó a Asís en el jardín del Museo Nacional de Damasco. Allí se encontraron ambos en medio de una frondosa vegetación y cerca de su maravillosa fachada procedente de una fortaleza del siglo VI traída piedra a piedra desde el desierto de Palmira.

—Supongo que se te habrá pasado el cabreo… —aventuró Miguel.

—Vaya embarque, Miguel. Esto no se le hace ni a un legionario podrido de aburrimiento en Mali. Tú eres un cabrón y esa tía, Luna o como se llame, está mal de la cabeza y además me pone de mala leche con su prepotencia y su arrogancia. Y lo que pretende es una locura que no saldrá bien.

—Mira, Asís, los del Mossad son gente seria, y si deciden ir adelante es porque piensan que pueden conseguir… lo que sea que estén tramando. Y en Madrid, por lo que allí saben, que es lo que los israelíes y nosotros les contamos, lo ven como una operación arriesgada, pero a la que los israelíes dan una gran importancia, que si les sale bien será la bomba y por la que siempre nos estarán agradecidos. Pero aquí lo que importa es que estamos metidos en esto de hoz y coz. Tú y yo. Yo porque me lo mandan mis superiores y en la Casa se lo piensan mucho antes de meterse en una cosa como esta, y tú… pues porque la vida es así, y como ya te dije en cierta ocasión, no hay comida gratis. También creo que no te dejarían con vida si les abandonas ahora, estos del Mossad no son como nosotros, estos matan y se quedan luego tan tranquilos. Para ellos el fin es la seguridad de su pequeño país y eso, a sus ojos, valida cualquier cosa que hagan. Ese fin lo justifica todo. En su opinión, el Holocausto, lo mucho que ya han sufrido, los millones de muertos que les ha costado tener un país justifican cualquier cosa que tengan que hacer para asegurar su supervivencia. No les tiembla el pulso ni se plantean cuestiones morales y también hay que comprenderles si se pone uno en su pellejo. Tú eres un peón y si les sirves bien te lo agradecerán, de eso también estoy seguro, pero si les traicionas acabarán contigo. Sin mover una pestaña.

—A la misma conclusión había llegado yo, que sé de esto bastante menos que tú. No tengo otra salida que seguir adelante y lo sé, pero déjame que te diga que estoy cabreado, muy cabreado, porque me temo que vamos a enfrentarnos a muchos problemas a partir de ahora.

—Yo también lo creo —admitió Miguel—, y el primero es que nuestros amigos necesitan más información interna de la base y muy en particular del jodido búnker donde, al parecer, podría tener lugar esa reunión de la que hablan y que quieren evitar, o se quieren invitar, de una forma que aún ignoramos. Quieren saber con certeza, como mínimo, dónde está ubicado, cómo se ventila, y por dónde se entra, dónde está la puta puerta… así que a ver qué hacemos para averiguarlo.

—Pero ¿se han vuelto locos? ¿Cómo quieren que entremos en Al-Kiswah? ¿Llamando a la puerta fingiendo ser un repartidor de Amazon… que ni siquiera opera en Siria? Aquí tienen, señores iraníes, su ejemplar dedicado del *Kamasutra* iluminado con cien dibujos de colores y un

condón de regalo, tal y como habían pedido… De verdad, como te dije antes, yo me quiero bajar en la próxima.

—Eso es lo que tenemos que pensar —respondió Miguel—, y no hay mucho tiempo para hacerlo. Quizás se podría interrogar a alguno de los soldados sirios que visiten Sauna Suomi y que haya comentado algo sobre las obras en curso en la base. Retenerlo e interrogarlo hasta que nos diga lo que queremos saber. Pero, claro, eso habría que planearlo antes muy bien pues tiene sus inconvenientes…

—Como que le echarían de menos e irían a buscarlo adonde lo vieron por última vez… Y eso les traería directamente a la puerta misma de Sauna Suomi. Y me harían preguntas… Además de que para hacer lo que sugieres hacen falta por lo menos dos lugares que no tenemos, uno desde el que no se oigan sus gritos y otro donde enterrarle luego con discreción y, eso sí, mirando a La Meca. Y necesitaríamos también gente que supiera «interrogar» profesionalmente… Lo veo demasiado complicado, y te lo repito, yo no quiero meterme en esto, no soy un asesino, esta no es mi guerra y este asunto cada vez se pone peor.

—Ya. A mí tampoco me gusta improvisar porque es una receta que lleva al fracaso. Esto es muy delicado, y por mucha prisa que tengan no nos podemos arriesgar a dar un paso en falso. Pero necesitamos esa información. Pediré ayuda al Centro, a ver si se les ocurre algo que sea viable y tenga sentido con los medios que tenemos, porque no es lo mismo planear la guerra sobre un mapa con un whisky en la mano, que hacerla dentro de una trinchera con barro y bombas cayendo en derredor, que es como estamos o estaremos tú y yo. Mientras, aguza el oído, a ver si alguno de tus clientes suelta prenda porque, si no, no sé cómo vamos a obtener esa jodida información.

Al final fue todo mucho más sencillo de lo que habían imaginado. Y es que no hay nada como tener un poco de suerte cuando hace falta. Con algo de alcohol, al que no estaban acostumbrados, aquellos muchachos soltaban pronto la lengua y una de las chicas de Ilsegad pronto detectó a un iraní jactancioso que parecía querer impresionarla. Y le sonsacó lo que pudo. Que fue bastante. No solo le dio el emplazamiento del zulo en construcción ya muy avanzada, sino que le explicó la orientación de la entrada, situada en la fachada que miraba al este. Estaba efectivamente en el edificio que habían identificado previamente como el del puesto de mando y el soldado incluso comentó que dentro había una escalera estrecha de acceso, una habitación grande, dos baños y un mecanismo, del que estaba particularmente orgulloso porque había trabajado en él personalmente, para asegurar la circulación del aire en el sótano. Poca tecnología, pero muy práctico todo. Gracias a su locuacidad no solo salvó la vida, sino que tuvo derecho ¡gratis! al que luego recordaría como el mejor polvo de su vida. Como decía Asís: «¡Para que luego digan que el alcohol es malo!».

Con esa información, los israelíes modificaron y mejoraron sus modelos de edificación tanto a escala como a tamaño real, con una distribución que consideraban bastante aproximada de su interior. Y el capitán Ariel Tov y su segundo Yaakov Yalon pudieron comenzar los entrenamientos con el grupo de treinta hombres que habían seleccionado para la operación sobre Al-Kiswah.

20. Dos amigos

Asís estaba en su pequeño despacho de la empresa de mensajería cuando sonaron unos ligeros golpes de cortesía dados con los nudillos en la puerta, que se abrió a continuación sin esperar respuesta para dar paso al renqueante Rachid. Le sorprendió porque últimamente le veía menos, prácticamente había abandonado la mensajería y se pasaba el día en Sauna Suomi, cuya dirección efectiva parecía disfrutar. Tras entrar cerró la puerta con cuidado, asegurándose de que quedaba bien cerrada, y sin más formalismos se sentó en una de las dos sillas situadas junto a la mesa de despacho dejando con cuidado en el suelo la inseparable muleta.

—Algo raro sucede en Sauna Suomi. —Rachid no se iba por las ramas, su estilo era siempre directo y esta vez no hizo una excepción—. Esto no es lo que pretende representar, las chicas hacen preguntas a los clientes e Ilsegad, esa especie de cardo nórdico, no para de viajar desde Beirut cuando yo puedo hacer, y de hecho estoy haciendo, su trabajo de dirigir el establecimiento y de organizar a las chicas, que me han cogido cariño y me respetan. Pero a mí no me engañas, lo que tú has montado es una tapadera para algo. —Asís quiso intervenir, pero Rachid le frenó levantando la mano—. Déjame continuar. Yo te estaré siempre agradecido por el trabajo que me has dado cuando regresaste a Damasco tras tantos años fuera. No solo me has proporcionado una independencia financiera que muchos envidiarían, sino que, mucho más importante, me devolviste la confianza en mí mismo, la dignidad y las ganas de vivir que creía perdidas después de que aquellos islamistas hijos de puta dejaran la puta mina que me arrancó de cuajo esta puta pierna. —Y al decirlo se golpeó la rodilla donde acababa su pierna derecha—. Si ya antes odiaba a esos salafistas de mierda que quieren convertir mi país en un gigantesco convento, ahora les perseguiré hasta que no quede ningún barbudo con chilaba en toda Siria.

El tono de Rachid, suave al comenzar su discurso, había ido subiendo de intensidad mientras su rostro enrojecía. Apoyó sus últimas palabras con un puñetazo sobre la mesa.

Asís vio el momento de meter baza y tratar de ganar tiempo mientras pensaba qué decir:

—Escucha, Rachid, somos amigos desde la infancia y todavía recuerdo la de trampas de hacías para ganarme en las carreras de chapas.

Rachid sonrió abiertamente pues eran muchos los recuerdos que les unían desde pequeños, como los juegos de indios y cowboys en los que él siempre quería ser un piel roja y se fabricaba arcos y unas flechas a las que ponía alambre retorcido en la punta para darles peso y dirección. O el equipo de fútbol de la clase, en el que ambos jugaban, aunque Asís era mucho mejor y metía más goles. O aquellas tardes en el cine de la parroquia donde veían películas americanas del Oeste y películas egipcias de faraones… Muchos recuerdos y todos buenos, hasta que apareció Leila, una preciosa morenita con trenzas y calcetines cortos que le sorbió el seso a Asís y despertó los primeros celos en Rachid, que se sintió arrinconado y abandonado por su amigo del alma, algo que hasta entonces hubiera considerado imposible que ocurriera. Leila era algo mayor que ellos y nunca se dignó a devolverle a Asís las miradas de arrobamiento que este le dirigía y que tanto indignaban a Rachid. Pero era igual porque detrás de Leila vinieron Mariam, Noor y otras muchas cuyos nombres ya no recordaba, y Asís cada vez estaba más pendiente de ellas

hasta que… bueno, hasta que tuvo que irse a estudiar a España para escapar de la ira de los hermanos de su último romance.

—Si te ofrecí trabajar conmigo —continuó Asís— no fue por conmiseración sino porque regresaba a Siria después de muchos años en el extranjero, estaba desubicado, no conocía a mucha gente, la guerra lo había cambiado todo y necesitaba alguien a mi lado de confianza, con contactos —tú sabes bien que sin ellos aquí no se va a ningún lado—, y que no me dejara meter la pata. Y no me equivoqué porque me has sido de gran ayuda desde el primer día. No imaginas la seguridad que me da tenerte al lado. —No había ningún fingimiento en las palabras de Asís.

—Todo eso está muy bien y seguramente es muy cierto, pero no es de eso de lo que he venido a hablarte hoy. Escúchame. Me has demostrado ser mi amigo y con los amigos se debe hablar claro sin miedo a ser malinterpretado. Déjame que piense en voz alta contigo y así oyes lo que pienso. Cuando abriste esta empresa de mensajería pensé que tenías buen ojo para detectar lo que necesitaba una ciudad como Damasco, con mucha gente, grandes distancias y unas comunicaciones desmanteladas por la guerra. Tipo listo, pensé, esto puede funcionar muy bien. Y no me equivoqué. Pero cuando me contaste que ibas a abrir una sauna, en realidad un puticlub, en una zona de la periferia, deshabitada y cercana a una base militar… aquello me olió muy raro. Y creo que tampoco en esto me he equivocado, porque cuanto más tiempo pasa, más pienso que hay gato encerrado. —Rachid detuvo su perorata a la espera de ver el efecto que causaban sus palabras, y quedó decepcionado al comprobar que los ojos de Asís habían adoptado un tono frío y duro mientras le miraban fijamente sin que se le moviera un músculo de la cara. No había afecto ni calor en aquella mirada. Ni siquiera había curiosidad—. Bien, si tú no deseas hablar lo haré yo —prosiguió—. No me contestes si no quieres, pero creo que te has metido en algo que no va para nada con tu carácter y que además te ha alejado de Amal, que es lo mejor que te había ocurrido en la vida de gitano errante que siempre has tenido. Ella está destrozada, y como te conozco bien, sé que también tú lo estás.

—¿La has visto? —Hubiera preferido permanecer en silencio, pero cuando se quiso dar cuenta la pregunta ya había salido de sus labios. Su armadura se había desmoronado a la sola mención del nombre de ella mientras su cuerpo se tensaba y erguía como si los oídos se hubieran trasladado a la punta de sus pies. Y es que cuando quieres a una persona y la pierdes, algo se te rompe dentro y no hay máscara que logre ocultarlo.

—Ella me ha buscado un par de veces y no ha sido para hablar de mí —prosiguió Rachid, consciente del interés mostrado por su amigo—. Te pone a parir, está indignada contigo, está rota, y no es para menos. Pero quiere hablar de ti y por eso me busca. Sigue enamorada y le duele sentirse traicionada. Está deshecha y se ha refugiado en esa especie de orfanato en el que trabaja, solo que antes le dedicaba ratos y ahora está allí metida todo el día, supongo que para estar distraída y no pensar… o para olvidar. No lo sé. El refrán dice que, si amas, perdona y si no amas, olvida, y ella no puede hacer ninguna de las dos cosas… ni perdonarte porque no lo mereces, ni olvidarte porque no lo consigue. No entiende que te hayas metido a dirigir una casa de putas. Y la verdad es que yo tampoco. —Asís bajó los ojos y se limitó a mirar fijamente el tablero de la mesa que tenía delante, mientras trataba de evitar que se le notara la oleada de alegría que le subía por todo el cuerpo y Rachid continuaba—: Quiero serte franco, porque para eso somos viejos amigos y nos conocemos desde siempre. No sé cómo coño te has metido en esto, pero imagino que debe haber una buena razón para que lo hagas. Y me parece obvio que el puticlub está relacionado con la base que los iraníes están reconstruyendo por tercera vez en un sorprendente ejercicio de perseverancia. No me digas nada si no quieres, que ya veo que no

quieres o no puedes, pero yo sí quiero decirte algo ahora. —Esta vez la pausa de Rachid resultó algo teatral, pero nuevamente quedó desengañado si esperaba que Asís dijera algo. Ahora le miraba nuevamente sin pestañear ni traslucir emoción alguna—. Hace tiempo te comenté mis simpatías por las Fuerzas Democráticas Sirias. —Lo dijo sin afectación, como quien comenta que esta tarde ha ido al cine.

Asís las conocía y sus componentes le parecían un atajo de ilusos. Las Fuerzas Democráticas Sirias, FDS, se formaron al comienzo de la guerra, allá por 2011, como una fuerza de oposición al régimen dictatorial de Bachar al-Assad y al amparo de las revueltas conocidas en Occidente como la Primavera Árabe, convertida pronto en un mustio otoño de desilusión por las esperanzas frustradas de países que en lugar de alcanzar libertad y democracia se desangraban en guerras, o caían en manos de dictadores y de islamistas radicales. Los incendios crecen con rapidez, pero luego se extinguen cuando les falta combustible o aire, y en este caso se habían acabado los que alumbraron aquella ilusión, reemplazada por un desengaño frustrante. Un sueño más que se desvanecía, pensó Asís, pues los países árabes parecen condenados a fracasar en sus intentos de alcanzar una modernidad que a veces se les escapa en manos de tiranos, y que otras veces es simplemente rechazada por quienes desean regresar a las tinieblas medievales del oscurantismo religioso. Y es que como decía Nietzsche: «Contra la estupidez, hasta los mismos dioses luchan en vano».

Las FDS querían echar a la dinastía alauíta de los Assad del poder para instaurar una democracia laica y progresista. Pero, en opinión de Asís, había demasiada ingenuidad en querer hacer una democracia sin demócratas, algo así como pretender hacer una tortilla sin huevos. Pronto la realidad se impuso y los sirios demostraron que sin un dictador que les controlase, lo que les pedía el cuerpo era afiliarse a las varias milicias islamistas que surgieron como hongos con financiación de Catar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos y que eran cualquier cosa menos demócratas. Lo suyo era Alá y la *sharía*, la ley islámica. Los norteamericanos ayudaron al principio a las FDS, pero pronto se dieron cuenta de que ese invento no volaba y transfirieron sus armas y su dinero a las milicias kurdas, aunque eso les supusiera disgustos con los turcos que ven un terrorista en cada kurdo que encuentran. Las Fuerzas Democráticas Sirias languidecían desde entonces, pese a que aún tuvieran partidarios románticos que soñaban con una Siria democrática y que sin apenas medios mantenían la lucha contra la dictadura de Damasco, por un lado, y contra los islamistas fanáticos, por el otro. Unos románticos impenitentes, concluyó Asís.

—En realidad —prosiguió Rachid—, lo mío es más que simpatía. Formo parte del Consejo Democrático Sirio.

Esto era muy diferente. Las FDS y el Gobierno de Bachar al-Assad estaban en campos opuestos, pero, ante la magnitud de los otros retos que enfrentaban, procuraban evitarse en el campo de batalla y de hecho alguna vez incluso habían coordinado sus esfuerzos contra el enemigo común que representaban los salafistas del Estado Islámico. Pero pertenecer al CDS, que era su órgano político, era otra cosa. Lo que Rachid hacía le costaría sin ninguna duda la vida en cualquiera de las siniestras prisiones que los *mujabarats* tenían por todo el país y que completaban la misión del ejército. Mientras este mataba a los enemigos del régimen en el frente de batalla, los *mujabarats* torturaban y asesinaban a los disidentes o simples disconformes en las cárceles de la retaguardia. Entre ambos habían hecho «desaparecer» a millares de ciudadanos sin dejar ninguna huella para consternación de sus familiares a los que ni siquiera se permitía el consuelo de conocer su paradero o de darles un entierro digno.

Esta vez Asís no disimuló su sorpresa y admiración mientras recogía el guante con una sonrisa.

—Caramba, no te suponía tan importante… ni tan comprometido. Te agradezco la confianza. Supongo que yo también me habría acercado a las FDS si el levantamiento me hubiera pillado aquí, porque representáis la única opción atractiva en un país de locos. Pero sois unos ilusos porque la disyuntiva no es dictadura-democracia sino dictadura-emirato teocrático. Y no hay más. Y encima tenemos a los turcos que solo pretenden evitar a los kurdos cerca de sus fronteras, a los rusos que quieren bases, a los iraníes que quieren convertirnos en un estado vasallo y a los americanos, que ni ellos mismos saben lo que quieren. Y de las monarquías feudales del Golfo, mejor no hablar. Estamos solos, Rachid. O, peor aún, no lo estamos porque todos esos que acabo de mencionar nos complican la salida. De habernos dejado solos, esta guerra habría terminado por agotamiento hace ya años y tú deberías saberlo mejor que nadie si estás en ese órgano político que dices.

Asís se había ido acalorando a su vez a medida que hablaba. Ese era un tema que le sacaba de quicio. ¿Cuántos muertos más, todos sirios, hacían falta para poder pacificar el país? Parecía que un nuevo Baal sanguinario seguía exigiendo el sacrificio de los mejores hijos de Siria. Como en época de los caldeos.

—No me entiendes, Asís, cualquier día tenemos esa discusión política si lo deseas, pero si ahora te lo cuento es porque te estoy ofreciendo ayuda y porque, sea lo que sea que hagas contra los iraníes, estoy contigo. Y quiero que sepas que también Amal simpatiza con las FDS, porque, por utópicos que nos veas, somos la única fuerza que apoya una salida democrática y laica de la situación actual. No hay otra. Constituimos una especie de quinta columna que puede ser bastante eficaz dentro de Damasco. He sabido por las chicas que buscas información interna sobre la base de Al-Kiswah y, si me lo hubieras dicho, yo habría podido ayudarte a obtenerla porque tenemos simpatizantes entre los militares sirios de la base. Solo tienes que pedirlo.

Poco después de esta conversación, Asís le hacía llegar a Miguel unos planos detallados de las obras en curso y, en especial, del búnker que tanto interesaba a los israelíes. El CNI se apuntó un buen tanto cuando se los hizo llegar al Mossad. La maqueta en tamaño real en la que a partir de ahora se entrenaban a diario los chicos de Ariel Tov y de Yaakov Yalon era una copia exacta de lo que se iban a encontrar cuando llegaran a Al-Kiswah.

21. El primer cumpleaños

Yaakov y Sara habían sido padres y celebraban el primer cumpleaños de David, su único hijo, con un grupo de amigos ruidosos como corresponde a buenos mediterráneos. Ambos eran de origen sefardita aunque nacidos ya en Israel, lo que allí llaman *sabras*. Sus padres habían inmigrado desde Marruecos a principios de los años sesenta aprovechando generosas ofertas hechas por Israel en la época, que prácticamente vaciaron de judíos el norte de África. Se calcula que unos seiscientos mil arribaron solo desde Marruecos. Pero su llegada no fue el camino de rosas que les habían prometido y no lo fue por dos razones: en primer lugar, porque se buscaba asentarles en kibutzs más próximos a la mentalidad socialista de los judíos centroeuropeos, inspirados en los ideales del sionismo de Theodor Herzl, que al anarquismo vital heredero de dos mil años de convivencia en sociedades árabes. La segunda razón era que los ashkenazis, los judíos procedentes de Rusia, Polonia, Lituania… los sobrevivientes del Holocausto que eran los que, en definitiva, habían creado Israel, miraban con desconfianza a estos parientes orientales pobres que habían adoptado inevitablemente muchas de las costumbres de sus tierras mediterráneas de acogida. Y que, para rematar la diferencia, en lugar de yidis hablaban ladino o judezmo, un idioma heredero de la lengua castellana propia de Sefarad de donde habían sido expulsados en 1492. En realidad, los judíos fueron expulsados de casi toda Europa en el siglo XV, pero ninguna otra expulsión dejó en ellos el mismo trauma, fue un desgarramiento brutal que empobreció a España y los condenó a ellos a un exilio injusto. Se habían ido con las llaves de la casa y con el idioma que hablaban porque esperaban poder regresar un día a los pueblos en que habían nacido y a la cultura en la que crecieron. Sefarad es para los judíos lo mismo que Al-Ándalus para los árabes, el sueño idealizado de un pasado que se quiere perfecto y donde ambos pueblos alcanzaron altas cotas de creación artística e intelectual.

Sara y Yaakov habían preparado para la ocasión una comida típicamente libanesa con humus, falafel, tabulé, cordero kofta… lo habitual, y habían invitado a algunos amigos entre los compañeros de la base en la que vivían. Y a Yaakov no le gustaba nada vivir dentro de Palmachim porque había pasado largos periodos de entrenamiento en los Estados Unidos dentro de bases militares que son prácticamente autosuficientes con colegios, cines, boleras, supermercados y hasta campos de golf. Y esto, en su opinión, acababa produciendo una casta militar con elevados niveles de endogamia y separada de la vida civil, como demostraba, sin ir más lejos, el abrumador voto recibido por Donald Trump en los cuarteles en las elecciones de 2016, muy por encima de la media nacional. Pero elegir dónde vivir no era una opción para un miembro de los comandos de la Unidad 5010, las exigencias de seguridad se imponían y a Yaakov le habían asignado una modesta vivienda dentro del perímetro de la base. Se consolaba pensando que al ser Israel una tribu en permanente pie de guerra desde su propia creación, un lugar de largo servicio militar obligatorio y de periodos anuales de entrenamiento para toda la población, posiblemente no se produciría una separación tan fuerte entre civiles y militares como la que se daba en los Estados Unidos. Porque no creía que eso fuera bueno.

Yaakov se acercó, cerveza en ristre, a un grupo que conversaba animadamente sobre la

superioridad militar de Israel sobre todos sus vecinos, incluidos países tan poderosos como Turquía, Egipto, Arabia Saudita y el mismo Irán, el enemigo por excelencia. El hecho de ser una inconfesada potencia nuclear así lo avalaba, al igual que el generoso acuerdo de cooperación militar concluido en época de Obama y que garantiza a Israel ayuda en forma de material militar por valor de treinta mil millones de dólares durante los próximos años. El ambiente era de euforia y de una cierta arrogancia, pues no solo había fracasado el último ataque iraní con misiles sobre los Altos del Golán, sino que la represalia había sido un éxito total y los pilotos recordaban con gestos y carcajadas su propia participación en la destrucción de los objetivos que les habían sido asignados sobre territorio sirio.

Yaakov no quería ser aguafiestas. También él estaba contento y participaba de la alegría colectiva, pero temía al mismo tiempo que esa superioridad aplastante, ese muro de hierro militar estaba llevando al país hacia posturas intransigentes que podían acabar costándole caro.

—Todo eso es muy cierto y podemos celebrarlo —se animó a intervenir en la conversación —, pero no hay que olvidar que Napoleón ya advirtió hace muchos años que con las bayonetas se puede hacer de todo… menos sentarse sobre ellas —dijo sonriendo.

—Pues llevamos sentados encima nada menos que setenta años —rio un teniente con el pelo rapado al cero y mirada risueña—. Y tengo el culo como un bebé —dijo con una risotada mientras se giraba y se palmeaba con fuerza las nalgas. Una carcajada generalizada acogió sus palabras.

—Exactamente —cortó Yaakov con mirada seria—, y por este camino seguiremos igual dentro de otros setenta años. Es esa seguridad, nuestra fortaleza y el respaldo sin matices de los Estados Unidos los que nos hacen ser intransigentes en nuestra relación con los palestinos y los árabes en general.

—Ya empezamos —intervino Simon Adler, un teniente ya con años y ascendido desde suboficial por méritos, porque todos conocían las ideas de su anfitrión con el que ya habían discutido en muchas ocasiones—. Yaakov quiere que negociemos con quienes nos tiran cohetes desde Gaza y cometen atentados terroristas en pizzerías de Jerusalén. No pierdas el tiempo, amigo, ese es un camino sin salida. Mientras nos ataquen y no reconozcan nuestro derecho nacional a existir y a vivir en paz seremos implacables con esos desarrapados. —Sus palabras fueron acogidas con gestos de asentimiento por el grupo, poco dispuesto a admitir ideas que relacionaban con pacifistas de izquierdas.

—No digo eso y tú lo sabes, no quieras caricaturizarme —contestó Yaakov—. No me refiero a que haya que negociar con terroristas o con Hamás porque sus acciones nunca son justificables, solo digo que sería bueno intentar saber por qué los palestinos nos odian y nos atacan. Habéis visto, igual que yo, los sesenta palestinos muertos en Gaza cuando hemos respondido a sus pedradas y neumáticos incendiados mientras nosotros celebrábamos nuestros setenta años de existencia nacional. Debemos preguntarnos por qué estos vecinos nos odian tanto cuando los noruegos no atacan a los suecos y los portugueses no matan a españoles.

—Hemos hecho un Estado moderno entre regímenes dictatoriales y medievales y podemos estar orgullosos de lo logrado durante estos setenta años —habló un mocetón rubio que no llevaba uniforme—, y si hemos anexionado el Golán u ocupado Cisjordania, ha sido para defendernos garantizando un perímetro mínimo de seguridad que haga posible esa defensa. Y ya les hemos devuelto la península del Sinaí y la Franja de Gaza, que también nos debiéramos haber quedado porque una se ha convertido en un nido de los Hermanos Musulmanes y desde la otra nos tiran cohetes esos hijos de puta de Hamás.

Estas afirmaciones tajantes fueron acogidas con murmullos generalizados de asentimiento. Los israelíes sufren frecuentes atentados terroristas en los que mueren ciudadanos inocentes y la sensación de cerco y acoso que sienten es muy real, como testimonian las aldeas sobre las que con frecuencia caen los cohetes que lanza Hamás con muy poca precisión. Se sabían muy fuertes, pero temían perder una batalla porque podía ser la última. No era en aquella audiencia donde Yaakov iba a encontrar simpatía para sus tesis.

—Perdóname si vuelvo a Napoleón —dijo Yaakov—, no me preocupa el presente sino el futuro, porque creo que nuestra seguridad a largo plazo no la garantizan los misiles, sino la buena relación con nuestros vecinos, y por eso pienso que nuestro gran fracaso político y diplomático de todos estos años es no haber sido capaces de ser aceptados con naturalidad en nuestro entorno geográfico, en seguir siendo rechazados por nuestros vecinos árabes. Y voy más allá porque también pienso que la ocupación de Cisjordania, con las mayores tasas de natalidad de los palestinos, nos conducirá en un día no lejano a tener que decidir si queremos ser un país democrático o un país judío porque será imposible ser ambas cosas a la vez…

—Por eso me alegro de que los norteamericanos le hayan retirado la ayuda al fondo que la UNRWA tiene para los refugiados palestinos —volvió a tomar la palabra Simon Adler—. Se rumorea que ha sido cosa de Jared Kushner, el yerno del presidente Trump. Trescientos sesenta millones de dólares que dicen que son para escuelas y que solo Dios sabe el destino que les darán… Y, además, así se enteran de que ni son refugiados ni tienen derecho al retorno, como afirman. ¡A ver si se van a creer que nos van a echar de nuestras casas! Y si no tienen dinero para escuelas y hospitales, que se lo den los saudíes o cataríes, que están forrados y no se rascan el bolsillo por los palestinos. Igual que tampoco acogen a refugiados de Siria. ¿Por qué tenemos nosotros que ocuparnos de los palestinos cuando sus putos hermanos árabes no lo hacen?

El ambiente se había enfriado notablemente, y Yaakov se dio cuenta de que no era el día ni el momento adecuado para este tipo de discusiones en las que decía cosas que sabía muy bien que a sus compañeros, al igual que a muchos israelíes, no les gustaba oír. ¡Y eso que esta vez ni siquiera había citado a su admirado Amos Oz en apoyo de sus tesis! Pensó que una vez más había ido demasiado lejos, que sus amigos habían venido para celebrar el cumpleaños de su hijo David, y salió del paso con la broma de Jean Cocteau cuando dijo: «Lo que ocurre es que nos exigen demasiados milagros. ¡Yo me considero bastante dichoso cuando consigo hacer oír a un ciego!». Con esa salida, recibida con risas, sosegó el ambiente, que se estaba poniendo incómodo, y luego desvió la conversación hacia las ambiciones hegemónicas de Irán y la necesidad de frenarle los pies en Siria, cosa que solo Israel estaba haciendo por el momento con el aplauso lejano de los americanos, que no se acababan de mojar, y mientras los rusos miraban hacia otro lado. Ese no era un tema conflictivo, pues todos estaban de acuerdo en que había que parar los pies a Teherán.

Fue el momento elegido por Sara para aparecer y presentar al pequeño David:

—¿Qué son estas caras tan serias? ¡No me digáis que estáis otra vez hablando de política! Pues no lo voy a consentir porque hoy es el primer cumpleaños de mi hijo y hay que ayudarle a soplar la primera vela de su vida en esta tarta que me ha salido más grande que él.

Y diciendo esto aparecieron otras dos mujeres portando un enorme pastel sobre el que flameaba temblorosa una solitaria vela que las corrientes de aire amenazaban con apagar. David palmoteó a la vista del chocolate y entre una cosa y otra rápidamente se recuperó la alegría de la fiesta: «Guapo y con la mirada inteligente de su madre»… decía una, «Pero con las narices del padre…», añadía otro mientras Yaakov sonreía orgulloso de su mujer y de su hijo y dejaba de

lado la perplejidad que siempre le invadía cuando constataba cómo sus compañeros se negaban a reflexionar sobre el futuro de Israel y el presente miserable de los palestinos, que mientras su país había celebrado su septuagésimo aniversario, estos también conmemoraban —pero esta vez entre lágrimas— el setenta cumpleaños de la Nakba, la tragedia que les expulsó de sus hogares en aquella misma fecha lejana ya en el tiempo, pero que seguía haciendo sangrar sus corazones. Yaakov se pasó la mano por delante del rostro como queriendo alejar de su mente estos pensamientos, y con su vozarrón y una gran sonrisa entonó el cumpleaños feliz que todos los presentes corearon con mejor o peor entonación, pero con una innegable buena voluntad compartida.

22. Operación Garra de Acero

Cuando Alan Turing logró romper la complicada maquinaria de la cifra Enigma usada por la Wehrmacht, los nazis comenzaron a perder la guerra porque la información es poder como bien sabía Sun Tzu, que ya lo advirtió hace dos mil seiscientos años. Y los israelíes son alumnos aventajados que han aprendido la lección y que dedican mucho tiempo y mucho esfuerzo en tratar de romper las comunicaciones cifradas de sus enemigos. Por eso, cuando el Mossad descifró el telegrama con la mención «Muy secreto» en su encabezamiento enviado desde la base Imam Alí, a veinte kilómetros al sur de Teherán, convocando una reunión en la base de Al-Kiswah entre el general Alí Jamaní, comandante supremo de Los Guardianes de la Revolución, con el jefe de la Fuerza Al-Quds en Siria, el general Qassem Soleimani, y con otros altos jefes militares iraníes y sirios, incluido el propio ministro de Defensa del régimen Fahd al-Bustan, se dispararon todas las alarmas en Israel.

El primer ministro Netanyahu emplazó nuevamente al Gabinete Restringido para discutir la Operación Garra de Acero, e hizo partícipes a sus integrantes de la información disponible, que suscitó un vivo debate entre sus miembros, pero que siguió el guion previsto cuando el resultado está predeterminado. Lo primero que planteó el primer ministro fue la fiabilidad de la información recibida, pues ya Confucio advertía de que los cautos rara vez se equivocan, y Avi Mofaz, director del Mossad, la confirmó poniendo sobre la mesa varios telegramas de los *pasdaranes*, algunos más antiguos autorizando obras en la base de Al-Kiswah tanto para su reconstrucción como ordenando la construcción de un búnker subterráneo, y otros ya más recientes que hablaban de una «futura reunión» sin especificar fecha ni lugar, hasta llegar al del día anterior que ya no ofrecía dudas y confirmaba la presencia de los altos jefes militares del CGRI. La única incógnita era la fecha concreta que, sin duda los iraníes, extremando las precauciones, habían difundido por otra vía a los interesados, lo que contribuía a reforzar la verosimilitud de la información.

—Señor primer ministro, los datos obtenidos ahora confirman otros anteriores y nos permiten afirmar con un cien por cien de fiabilidad que la información es correcta. La reunión es inminente y confío poder averiguar la fecha en cualquier momento. Por eso, porque, cuando la tengamos, previsiblemente tendremos que actuar con mucha rapidez, sería conveniente que en esta reunión se diera la autorización para la operación y para acelerar los preparativos.

El ministro de Defensa, Saúl Patinkin, tras mirar significativamente al director del Shin Bet, el servicio de inteligencia interior también conocido como Shabak, que había sido añadido al grupo restringido con conocimiento de lo que se preparaba, quiso asegurarse de que no se trataba de una información falsa difundida con-quién-sabe-qué-intención por los iraníes, maestros en decepción y a los que su propia experiencia personal había enseñado que nunca convenía subestimar. Moshe Cohen, jefe de Shabak, visiblemente incómodo, se vio obligado a reconocer en público que nada podía aportar su servicio al respecto, pues «la información sobre la reunión procede del Mossad, que es el que ha roto la cifra iraní». Las tensiones y los piques entre ambos servicios de inteligencia eran de todos conocidos y el primer ministro no pudo evitar una sonrisa

ante el cabreo de los «maderos» por ir detrás del Mossad en esta ocasión, «solo viéndoles el cogote». «Lo único que puedo añadir —continuó tras un breve silencio— es que la reconstrucción de Al-Kiswah nos preocupa y mucho por su proximidad a nuestra frontera. Una base operativa allí con misiles de corto alcance representaría una amenaza sobre el Golán y Tiberíades que no podemos tolerar. Por eso, haya o no allí la reunión a que se refiere Avi Mofaz, esa base debe ser destruida».

Como la cartera de Asuntos Exteriores la desempeñaba el propio primer ministro, asistía a la reunión el viceministro de Exteriores Yitzak Absalón, que dio por buena la información del Mossad y planteó el asunto en términos más amplios que tenían que ver con el complejo escenario sirio y el de Oriente Medio:

—Creo que mi obligación es hacer un llamamiento a la prudencia. La guerra de Siria no es la nuestra. Al principio nos vino bien que Assad no fuera tan fuerte, pero ahora nos debe preocupar su debilidad. Es cierto que el crecimiento de la influencia iraní en Siria es algo inaceptable, pero podemos lograr evitarlo con más efectividad a través de los americanos y también de los rusos, aprovechando que las relaciones con Donald Trump no pueden ser mejores y que con Rusia han mejorado tanto que el primer ministro se ha entrevistado hasta en ocho ocasiones con el presidente Putin en los tres últimos años. No nos interesa vernos arrastrados a un conflicto con Irán en tierra siria, pues un ataque sobre Al-Kiswah como el propuesto provocará necesariamente una respuesta por su parte y estas cosas sabemos cómo empiezan, pero no cómo terminan, baste recordar los problemas en los que nos metimos cuando invadimos el Líbano en el ochenta y dos…

Bibi Netanyahu le cortó con la mano —como pensando que los diplomáticos siempre se la cogían con papel de fumar— mientras le decía:

—Pero no olvides tampoco que desde Maquiavelo se sabe que son los profetas armados los que sobreviven mientras han perecido todos los que estaban desarmados. Y nosotros somos tierra de profetas y hemos aprendido la lección.

En su cabeza seguía muy presente el rescate de Entebbe, donde había muerto como un héroe su hermano mayor, y su decisión sobre Al-Kiswah estaba tomada desde la reunión anterior por la simple razón de que todo hombre acaba creyendo con facilidad lo que desea y los primeros ministros no son ninguna excepción. Pero no deseaba imponerse y por eso dejó seguir la discusión unos minutos más hasta que al cabo de un rato se llegó adonde él quería, porque la oportunidad de descabezar a la odiada Guardia Revolucionaria deteniendo a sus jefes máximos se demostró demasiado tentadora para todos los presentes como para dejarla escapar. La pública humillación de un viejo imperio por un pequeño país que también remontaba su propia historia muchos milenios atrás tenía resonancias bíblicas que caían bien en la opinión pública de Israel, pues recordaban la epopeya de David frente a Goliat, y, al mismo tiempo, enviaría al mundo una nueva señal del poderío militar israelí, del arrojo de sus soldados y de sus capacidades tecnológicas que, con seguridad, no pasarían inadvertidos ni para los amigos ni para los enemigos. Y ya pedirían luego ayuda al Tío Sam si la respuesta iraní era demasiado fuerte.

En consecuencia, Bibi decidió dar la luz verde que le solicitaba el Mossad para acelerar los preparativos de la Operación Garra de Acero con objeto de tenerlo todo dispuesto cuando por fin se conociera la fecha exacta de la reunión en Al-Kiswah, asunto sobre el que exigió ser mantenido permanentemente al corriente, y solo avisar a los norteamericanos y a los rusos en el mismo momento en el que la operación comenzara. No se querían interferencias ni filtraciones, pero tampoco enajenar las voluntades de los dos grandes países que podían complicarla o

apoyarla. Avi Mofaz confirmó entonces que tenía autorización para ir adelante, pues no podían quedar ambigüedades al respecto, y pidió finalmente permiso para informar al CNI al mismo tiempo que lo hiciera con los rusos y americanos, «pues su ayuda ha sido esencial para obtener información vital para esta operación y agradecerán ser tenidos en cuenta». Nadie esperaba complicaciones desde ese lado y, en consecuencia, no hubo objeciones.

Eso significó que Ariel Tov y Yaakov Yalon intensificaron los ejercicios con sus comandos aprovechando el perfecto conocimiento del objetivo gracias a la inteligencia que les había proporcionado el Mossad, aunque ignorasen completamente no solo el papel jugado por Sauna Suomi en todo el asunto, sino la misma existencia del burdel. Ni falta que les hacía porque hay cosas que van mejor cuanto menos gente las sepa. En sus ejercicios se reproducían a escala real diferentes escenarios en los que podían tener que llevar a cabo la operación, utilizando fuego auténtico y alternando los ejercicios entre el día y la noche, con diferentes condiciones de visibilidad, hasta poder llevarlo a cabo con los ojos cerrados y prácticamente de memoria. Así contemplaban todas las posibilidades. Si algo no salía bien, no iba a ser ciertamente por su culpa.

23. El chiringuito

A Miguel no le fueron comunicadas por Madrid las averi guaciones obtenidas por los israelíes sobre la próxima celebración de una reunión importante en la base de Al-Kiswah por la simple razón de que el Mossad no compartió en aquel momento con el CNI esta información tan sensible, aunque algo se olieron en la Cuesta de las Perdices cuando desde Jerusalén insistieron en que era el momento de enviar un par de *jacuzzis* a Sauna Suomi como se había previsto en los planes iniciales de la obra. Y había que hacerlo ya. Entonces mandaron instrucciones a Miguel para convocar nuevamente a Asís a Beirut, pues en toda Siria era imposible encontrar un baño con masaje. A Asís no se le escapaba la ironía: primero saunas y ahora *jacuzzis* en un país en guerra y en el que los cortes de electricidad eran el pan nuestro de cada día. Pero no dijo nada. Solo le comentó a Rachid:

—Tengo que volver a Líbano. Quieren que compre un par de *jacuzzis*. Esto es una locura cada día mayor.

—Mira la parte buena. Si se va la luz, sé de más de uno que pasará una noche calurosa de verano, bajo las estrellas, a remojo… y feliz con la compañía. —Rachid tenía la envidiable virtud de ver siempre el aspecto positivo de las cosas, y Asís suponía que esa era una gran ventaja para un tullido, pues, como había dicho Churchill, «La imaginación consuela al hombre de lo que no es, y el humor de lo que es». Pero se guardó mucho de decírselo.

Al llegar a Beirut tras nuevamente «engrasar» bien los bolsillos de los agentes fronterizos del puesto de Jeidé y de hacer risas sobre futuras invitaciones a los *jacuzzis* que pensaba instalar en Sauna Suomi, Asís se encontró con que Miguel ya le había hecho casi todo el trabajo.

—Tienes que ir a Bab el Kebir, junto al antiguo zoco —le explicó Miguel—, donde, en el lado de la mezquita, verás una tienda grande y demasiado pretenciosa para el entorno. No tiene pérdida. Es una franquicia local de Porcelanosa, ya sabes, Isabel Preysler y todo eso… Allí encontrarás todo lo que busques en revestimientos y cuartos de baño, como dice su publicidad. También hay *jacuzzis*. He pensado que, ya que eres empresario de éxito, nada mejor que apoyar a la industria nacional. —La ironía era evidente en su tono de voz—. Compra los dos equipos, asegúrate de que te los sirven cuanto antes y con eso quiero decir ayer mismo, luego encarga a un transportista que te los lleve, aquí tienes un par de direcciones, y no te preocupes por el montaje porque yo te proporcionaré a los instaladores.

Cuando a uno le facilitan las cosas de esta manera, todo suele salir bien, pensaba Asís. Pero no todo o no siempre. Resulta que, según el vendedor, el modelo estándar, o sea el barato, no estaba disponible en Beirut y habría que esperar tres meses (que ya serían seis o más) para que llegara de España. El modelo que estaban en disposición de servir con carácter inmediato era bastante más caro y estaba lleno de dorados tipo Donald Trump, que Asís no sabía bien si eran del gusto del fabricante o si se habían hecho así pensando en la clientela árabe del Líbano y, sobre todo, del Golfo Pérsico, pues los saudíes y emiratíes constituían el 80 por ciento de los turistas que llegaban anualmente a Beirut. Gentes reprimidas que buscaban sexo y compras. Mucho sexo y muchas compras, que para eso tenían gas y petróleo para dar y regalar.

Asís no quiso parecer dispuesto a pagar lo que hiciera falta por un capricho como hacían otros clientes, sino que se despidió con cara contrariada diciendo que era más dinero del que había presupuestado y que tendría que pensarlo mejor. Por lo que pudiera pasar, no quería dejar el recuerdo de un sirio con la cartera llena y dispuesto a pagar cualquier cantidad de dinero porque eso llamaría la atención, que era precisamente lo contrario de lo que quería. Y cuando uno llama la atención pueden empezar a pasar cosas que no están previstas y eso había que evitarlo a toda costa. Entonces, muy en consonancia con Oriente Medio donde esto ocurría, el vendedor le ofreció sobre la marcha una rebaja del 20 por ciento si compraba dos equipos del modelo disponible. Como si se tratara de alfombras. No le sorprendió porque ese era el lenguaje de zoco y de vaso de té con menta que el propio Asís había mamado desde niño en Damasco. Lo agradeció, dijo que aun así lo tenía que pensar porque seguía siendo mucho dinero, y prometió que quizás regresaría a la mañana siguiente después de asegurarse de que si pagaba al contado la entrega sería inmediata.

Antes de volver para cenar con Miguel se dio una vuelta por la dirección de uno de los transportistas. Le causó buena impresión, se mostró dispuesto a llevar la mercancía a Damasco de forma inmediata y por un precio razonable si el comitente le añadía el dinero que necesitaría para untar a los aduaneros de uno y otro lado de la frontera, «pues así son por aquí las cosas, y supongo que usted lo sabe mejor que nadie». El acento damasceno de Asís no hacía dudar a sus interlocutores de su origen sirio y en consecuencia algo rústico para los que se sentían ciudadanos del «París de Oriente Medio». Esto era algo que siempre le había irritado, pues los sirios tienden a considerar al Líbano como una simple provincia desgajada de la madre patria y solo faltaba que ahora los libaneses le miraran por encima del hombro dándose aires cosmopolitas. También había oído decir alguna vez que Buenos Aires presumía de ser el «París del Nuevo Mundo», y eso le parecía pretencioso y estúpido a la vez porque le recordaba un comentario que le había oído decir a un diplomático de la embajada: «Mire usted, París solo hay uno, está en Francia y, entre otras cosas, allí funciona el teléfono».

La cena con Miguel fue a solas en un chiringuito discreto del puerto. Mientras miraba la carta y pensaba si pedir unos salmonetes asados a la griega, empanados y curruscantes, como los de un vecino de mesa, los dibujos que ilustraban el menú dispararon su imaginación hacia los navegantes fenicios que habían salido de este mismo lugar hacía dos mil quinientos años en frágiles embarcaciones para negociar por todo el Mediterráneo y llevar cultura a los pueblos bárbaros del oeste. Musitaba algo al respecto como hablando para sí mismo cuando la voz de Miguel, que también miraba el menú, le volvió a la realidad.

—¿Sabías que los fenicios fueron de los primeros en elaborar vino? Llenaban barcos con sus ánforas y lo llevaban hasta Tartessos, en la actual Cádiz, en la otra punta del Mediterráneo. De hecho, el vino se conocía antiguamente como «fenicia». Hay restos de ánforas que lo atestiguan y he oído decir que cerca de El Puerto de Santa María se han encontrado los restos de una enorme bodega de la época púnica junto a un asentamiento fenicio del siglo VIII antes de Cristo. Lo que no sé es cómo hacían para que llegara en buen estado, pues es sabido que no navega bien… O al menos no navega bien ahora, que cualquiera sabe cómo sería aquel vino antiguo. —Se detuvo un momento y tras dar un último vistazo a la lista dijo—: Si te parece voy a pedir para esta noche un *blanc de blancs* de Château Fakra. Es del valle de la Bekaa y un poco afrutado. Espero que te parezca y bien y que te guste aunque despiste un poco su color demasiado claro.

Miguel era un hombre culto y de gustos refinados, que no nadaba en dinero ni mucho menos y que sabía que no es necesario gastar mucho para darle color a la vida. Y que le gustaba

disfrutarla con la comida, la bebida o la ropa que se ponía. Lo que Asís llamaba «un disfrutón», vaya. Sobre esas cuestiones era transparente y en cambio era impenetrable con cuanto se relacionaba con su vida privada, hasta el punto de que fueron infructuosos cuantos intentos hizo Asís para indagar en ella, a medida que crecía su relación y aumentaba la confianza con la que hablaban. Ignoraba dónde había nacido o estudiado, si estaba casado o era soltero, divorciado o gay, si tenía hijos… Con él, cuando no se hablaba de temas profesionales la conversación derivaba hacia cuestiones triviales que trataba con elegante maestría y una cierta displicencia. Asís decidió seguirle en el mismo tono desenfadado.

—Me parece estupendo. Yo soy de los que antes pensaba que el mejor blanco es un buen tinto, pero confieso estar cambiando de opinión. En Damasco se bebía bastante vino libanés, tinto, sobre todo, y recuerdo a mi padre comprando una botella de Château Musar cuando quería celebrar algo en casa. Ahora, con la guerra, la falta de divisas y tanto islamista suelto por ahí hasta los cristianos a veces disimulamos, al menos en público, y bebemos en casa… casi a escondidas. Es irritante cómo estos fanáticos están cambiando nuestra vida. —Asís sabía que esta *petite conversation* simplemente retrasaba lo que iba a ser el objetivo de su cena con Miguel. Pero no tenía prisa y trató de continuar en el mismo tono distendido, no fuera Miguel a pensar que no sabía hacerlo—. Y cuando la celebración era más importante, mi padre compraba un vino extraordinario, Bargylus, que hacía un conocido suyo, el señor Saadé, miembro importante de la comunidad cristiana de Damasco. Mi padre decía que era muy caro pero que valía la pena, y la verdad es que no sé si se sigue haciendo… Una vez oí decir que sus hijos continúan con el negocio, aunque me extrañaría que hoy se pueda cultivar algo en Siria y la vid aún menos… En realidad, lo ignoro. Pero si ya no se hace el Bargylus me apenaría, porque aquella Siria donde se podía hacer, vender y beber vino de esa categoría… esa Siria me temo que ha desaparecido para siempre.

Miguel le miró un momento con simpatía y cambiando bruscamente el tono y el tema de la conversación le dijo:

—Paga mañana en efectivo lo que te han pedido y que te lleven cuanto antes los dos *jacuzzis* con los jodidos dorados a Sauna Suomi. Corre prisa. Mucha. Te llegarán cuatro jóvenes para montarlos. Son israelíes originarios de Argentina, donde, como sabes, hay una gran colonia judía. Hablan español con acento, pero eso los sirios no lo notarán, y se presentarán con documentación que les acreditará como enviados de la casa Porcelanosa. Dales alojamiento en la sauna, déjales hacer su trabajo y no les preguntes nada más.

—De acuerdo, los alojaré en el sótano, que es discreto y además es el único lugar disponible.

—No hará falta. Cuando lleguen los dos *jacuzzis* cierra el local, da una semana de vacaciones a las chicas para que no estorben cuando pase lo que tenga que pasar y para que los martillazos tampoco molesten a los clientes. Ellas agradecerán volver unos días a la «civilización» de Beirut. Ilsegad las irá a buscar con un monovolumen.

Un ruidoso grupo de hombres del Golfo Pérsico, solo hombres, vestidos con sus típicos *throbes* blancos y *disdashas* a cuadros blancos y rojos o rojos y negros, la indumentaria típica, se sentó, afortunadamente en el otro extremo del restaurante, y empezó a gritar casi enseguida. Gritos, risotadas y golpes en la mesa. A Asís, ciudadano de un antiguo califato, le molestaban mucho estos camelleros convertidos de la noche a la mañana en ricachones sin educación.

Levantando ligeramente, solo ligeramente, la voz al tiempo que se inclinaba hacia adelante, dijo:

—Tú sabes mucho más que lo que me cuentas, Miguel. ¿Qué coño se está montando aquí?

¿Cuál es mi papel en todo esto?

—No sé mucho más que tú, créeme Asís. Obviamente los «montadores de *jacuzzis*» son gentes del Mossad, eso esta claro. Solo sé que a los israelíes les interesa muchísimo todo lo que tiene que ver con la base de Al-Kiswah, las obras, el jodido zulo, y si hay movimiento de gente o de material, el armamento de que dispone… en especial, todo aquello que ellos no pueden detectar con sus drones o sus satélites. O los de los norteamericanos, aunque de esos no me fiaría un pelo. ¿Recuerdas el papelón que le hizo hacer la CIA al secretario de Estado Colin Powell en el Consejo de Seguridad, cuando enseñó al mundo fotos de satélite que mostraban unas armas de destrucción masiva en Irak que luego nunca aparecieron? Y mientras, George Tenet, su director, estaba con cara de póker y sentado en primera fila. ¡Vaya papelón! En realidad, nunca he pensado que los profesionales de la CIA estuvieran convencidos de que había armas químicas o bacteriológicas, sospechaban que podía haberlas o, mejor, no rechazaban que pudiera haberlas, porque también Saddam jugaba a la ambigüedad para meter miedo a sus súbditos y a sus vecinos, pero lo que yo opino es que querían creer que las había porque eso les convenía y, sobre todo, querían que el mundo lo creyera. El propio CNI manifestó públicamente sus dudas más de una vez, como muestran las hemerotecas, y eso que nuestros medios eran más limitados, aunque también muy dignos. Pero Aznar nos ignoró. Los políticos, todos, en eso no hago diferencias, tienen tendencia a escuchar solo lo que desean y por eso no tienen en cuenta a los que les dicen verdades que no les gustan o que no les convienen porque interfieren con sus planes. Y se estrellan porque al final la verdad se impone. —Tras esta parrafada, Miguel se quedó un momento como pensativo antes de continuar—: En todo caso, ya sabes, compras los *jacuzzis* mañana, que te los envíen cuanto antes y luego, cuando vayan a llegar, das vacaciones a las chicas y alojas a los chicos. Y todo eso mientras me sigues contando al minuto todo lo que observes que pasa en la base. A partir de este momento, abre aún más los ojos y los oídos porque para un simple bombardeo, uno más, no montarían este belén. Sea lo que sea que estos tipos del Mossad traman, que debe ser algo muy gordo y cada vez nos falta menos para saberlo.

Asís pidió finalmente los salmonetes. El resto de la cena transcurrió con una grata conversación y una segunda botella de Château Fakra. Parecían dos hombres de negocios ultimando un trato, lo más normal en Beirut. En el fondo del salón el alcohol dejaba notar sus efectos y los saudíes gritaban cada vez más fuerte junto a una mesa llena de langostas. Les faltaba tanta educación como dinero les sobraba.

24. La revelación

Había creído encontrar en Asís al hombre independiente y leal con el que compartir un proyecto de vida, algo que no es fácil y que exige una rigurosa selección previa porque el camino es duro y lleno de imprevistos por encima y más allá de la euforia inicial. Sus conversaciones reposadas, los paseos vespertinos, los tés y cafés juntos en medio de una ciudad en casi estado de sitio, las tardes de cine interrumpidas por los cortes de luz, los viajes a Beirut que permitían escapar por un par de días de la realidad diaria de la guerra, las noches de amor y de sexo en el apartamento de uno u otro… con todo eso se había hecho ilusiones sobre la posibilidad de que sí, que a lo mejor era él ese hombre inteligente, fuerte y cariñoso con el que podría intentar hacer el largo camino de la vida.

Y por eso había reaccionado con violencia cuando se enteró de la existencia de Sauna Suomi, y se había presentado aquella mañana en la empresa de mensajería y le había gritado su decepción a la cara sin importarle que hubiera testigos de su desahogo. En realidad, no le importaba nada de nada porque, aunque no conociera la sabia advertencia de Ramón Llull de que «Amar es un mar alborotado de olas y vientos sin puerto ni ribera», ella lo experimentaba en directo. El joven atractivo y seguro de sí mismo que había regresado a Siria tras largos años en el extranjero no era más que un vulgar putero que se beneficiaba con el tráfico de mujeres que probablemente necesitaban hacer lo que hacían o que simplemente no sabían hacer otra cosa o… ¡como si les gustaba ser putas! nada podía importarle menos a ella. Su decepción no era con ellas, pobres mujeres explotadas, se mire como se mire, sino con el que las exprimía. Que era «su» Asís. Y también con ella misma por haberse fijado en un hombre que a todas luces no lo merecía… y que la había engañado bien, a conciencia, durante los últimos meses sin que ella se diera cuenta. ¿Eran mentira las noches del hotel Mediterranée de Beirut? Eso la molestaba especialmente. No lo podía creer y, sin embargo…¿Cómo había podido estar tan ciega? Hasta que las miradas, primero, y luego los comentarios francos de compañeros arquitectos le quitaron la venda que le tapaba los ojos y que al caer se los abrió a una realidad que destrozó sus sueños. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Amal se encerró entonces en sí misma, en su escaso trabajo como arquitecta en una ciudad sin ladrillos ni cemento, en su decepción y en su amargura. Solo salía de casa para ir a la ONG donde el drama de aquellos niños inocentes maltratados por la guerra le abstraía de sus problemas. No deseaba ver a nadie ni estar con familiares o amigas y menos aún con hombres, a esos no quería verlos ni de cerca ni de lejos. Se acercó, eso sí, a la resistencia contra el régimen tiránico de Bachar al-Assad tanto por convencimiento como porque la vida no le importaba, y también para pensar en otras cosas y escapar de una tensión interior que no conseguía liberar. Se trataba de un movimiento minoritario que quería alumbrar un régimen democrático, progresista y laico que reemplazara a la dictadura, solo para ver con impotencia cómo los islamistas se apoderaban de la protesta contra el tirano con el dinero de las monarquías hipócritas del Golfo, porque probablemente en Siria no había demócratas sino que cuando rascabas un poco lo que salía era un musulmán. Luego llegó el Estado Islámico, el miedo de Occidente a meterse en otra

guerra en ese Oriente Medio imposible e incomprensible, y los escrúpulos menores de Rusia, Irán o Turquía… Amal lo sabía y no se hacía ilusiones sobre la capacidad de las Fuerzas Democráticas Sirias para modificar ese estado de cosas, pero a ella en ese momento le servían como válvula de escape frente a su desengaño con Asís y su desilusión con una vida que puede hacerle a una putadas de este calibre.

Y allí, en aquellas reuniones clandestinas, se reencontró con Rachid, uno de los líderes del grupo que, observador e inteligente como era, no tardó en darse cuenta de la situación y de que ambos, Amal y Asís, sufrían innecesariamente porque se necesitaban el uno al otro. Hasta que una tarde, al salir de una reunión clandestina celebrada en un sótano discreto de la periferia damascena, decidió acercarse y hablar con ella.

—Amal, ¿sabes que veo con regularidad a Asís?

—Es algo que no me interesa —respondió ella con voz baja pero firme.

—Te lo digo porque creo que hay algo que debes saber.

—Te agradezco la intención, pero no insistas, te he dicho que no me interesa nada que tenga que ver con ese hombre. De verdad, no insistas. —Amal no podía perdonar la decepción por más que se repitiera eso tan manido de que amar es perdonar. Ella pensaba que amar es en primer lugar no engañar a la persona amada.

—Es que no es lo que parece. Me refiero a Sauna Suomi. —Al oír el nombre, Amal dio un respingo y aceleró el paso para alejarse mientras con la mano hacía un gesto como tratando de ahuyentar un recuerdo. O un fantasma. Pero Rachid la agarró con firmeza del brazo diciendo—: Solo te pido que me escuches treinta segundos, no más, porque sé que ambos lo estáis pasando mal sin necesidad.

—¿Sin necesidad, dices, sin necesidad? ¿Tú sabes a qué se dedica eses canalla? Sí, claro que lo sabes porque trabajas con él. Déjame en paz y que Dios os confunda a ambos.

—Escúchame, Amal, solo un momento, pero escúchame, por favor te lo pido.

Amal cedió entonces a la presión de su brazo y se detuvo un momento en plena calle, mal alumbrada por faroles mortecinos y alejados entre sí, mientras le miraba con el ceño fruncido y expresión dura. La penumbra ambiental no lograba ocultar la impaciencia en su gesto, se notaba que deseaba acabar aquella conversación, aquel mal trago, cuanto antes.

Rachid se cercioró de que no había nadie cerca y de que nadie podía oír lo que iba a decir:

—Asís no sabe que estoy hablando contigo y creo que no lo aprobaría, pero yo pienso que debes saber lo que te voy a decir y luego tú haces lo que te parezca más oportuno. —Se detuvo un instante como para darse fuerza y continuó—: Asís hace lo que hace como tapadera. —Aquí pareció dudar un momento—. Sauna Suomi es una tapadera de una operación que no sé muy bien en qué consiste, pero que tiene que ver con una operación contra los invasores iraníes. —Pues así es como muchos sirios consideran la creciente influencia persa en su país—. Es una tapadera para vigilar y obtener información sobre la base de Al-Kiswah, muy próxima a nuestro «establecimiento» y donde pronto va a pasar algo importante que desconozco.

Los ojos de Amal se abrieron como platos mientras se tapaba la boca con la mano. Su sorpresa era evidente y también lo era su alegría contenida. De modo que Asís no era lo que ella había creído que era… ¿Sería posible? Deseaba creerlo.

—¿Por qué no me lo dijo cuando fui a la mensajería y le monté aquella escandalera? —preguntó.

—Probablemente por dos razones —respondió Rachid—, porque no te podía contar lo que hacía y menos en público, delante de otras personas, y porque no quería hacerlo. Para protegerte,

porque es una operación delicada, algo puede salir mal; es más, me da la impresión de que es mucho lo que puede salir mal, y pensó que era mejor para ti cuanto menos supieras. De hecho, me ha comentado alguna vez que fue bueno que le montaras aquel pollo en público, porque llegado el caso tendrías testigos de tu ignorancia y esos testigos podrían protegerte.

Amal se quedó un momento pensativa mientras un fulgor entre salvaje y alegre iluminaba su mirada, hasta ese momento triste y apagada.

—Solo que soy yo y no él quien escojo los riesgos que yo asumo —dijo al fin—. Me conoce y ya debería haberlo comprendido. Y ahora quiero verle. Y tú, Rachid, quiero que sepas que te agradezco lo que me has contado, sé que sois amigos desde la infancia y ahora se lo has demostrado a él y me lo has demostrado también a mí.

Y dicho esto se alejó con paso resuelto, mirada firme y una sonrisa que no le cabía en la cara, porque quería gritar al mundo su alegría y quería saltar y bailar… pero no lo hizo. En su lugar se limitó a escuchar sus pasos resonando rítmicamente sobre la acera mientras el corazón parecía querer saltarle del pecho. Y es que cuando hay ilusión hasta los tonos grises se visten de color esperanza.

25. Reencuentro

—Lo que no entiendo todavía es cómo o, mejor, por qué te has metido tú en esto. —Rachid lo comentó con toda naturalidad. Él y Asís estaban sentados en el pequeño despacho que compartían en Sauna Suomi las pocas veces que Asís se acercaba—. Quiero decir, no estás implicado en esta guerra que con frecuencia dices que no es la tuya, y dices bien porque te fuiste muy joven y, aunque naciste aquí, tu familia y la educación que has recibido en casa no son árabes. Nunca has dejado de ser español…

—La vida te lleva por donde menos esperas. Llámale azar, o destino, o providencia… que cada uno escoja. ¡Quién iba a decirme a mí que cuando mi padre me envió a estudiar en España, aquello iba a terminar en un barracón de Bamako embutido en un uniforme de la Legión Extranjera! Aquella situación no era menos extraña que esta. Y yo tampoco la escogí, fue la vida la que me llevó hasta allí… —Asís se quedó pensativo un momento—… O quizás no fue la vida sino la vida que yo llevaba y que no tenía dirección la que me hizo acabar en Mali.

—No te quepa duda de que la vida desbarata los planes mejor urdidos. Basta mirarme a mí con mi pata de palo —sonrió tristemente Rachid.

—Y quizás fuera cierto, si yo los hiciera… Mira, amigo, en mi caso tengo claro que es la vida la que me ha llevado a mí, al menos hasta ahora mismo. O a lo mejor he dejado que me llevara, que es parecido. Tuve que salir de aquí por el lío de faldas que sabes y que no fue nada, y luego fueron los españoles los que me sacaron de Mali y me devolvieron a Damasco. Yo no lo pedí. Ni primero quise irme ni luego deseé volver, aunque confieso que estaba un poco harto de los franceses y que tampoco le veía mucho futuro a mi trabajo. Pero siempre que una puerta se cierra, y tienes cuidado para que no te pille los dedos —sonrió—, otra se abre si sabes aprovechar el momento. Así que cuando me ofrecieron volver a la que había sido la casa de mi infancia… pues no lo pensé mucho. Por no pensar, ni siquiera pensé en la contrapartida que me pedirían, estaba harto de comer arena en el Sahara y esto me pareció un cambio apetecible. ¡Y con un trabajo garantizado!

—Solo que no es un juego, aquí hay una guerra, si es que no te has enterado aún —Rachid señaló de nuevo el muñón en que terminaba su pierna bajo la rodilla—, la gente lo está pasando muy mal y llega un momento en que tienes que tomar partido… como he hecho yo. Al principio luché con el régimen contra los jodidos islamistas y defendiendo a Bachar perdí la pierna, hasta que más tarde vi cómo se enfeudaba con los rusos y los iraníes y cómo recurría a cualquier cosa con tal de mantener su poder y extenderlo. Y luego llegaron los bombardeos de civiles, ¡de nuestra propia gente!, con barriles llenos de gas cloro y de gas sarín en Douma y luego en Ghuta, un año después de la tragedia de Shayrat que provocó la masiva represalia de los Estados Unidos con misiles de crucero. Aquella insistencia en el horror no pude soportarla y fue entonces cuando me acerqué a las Fuerzas Democráticas Sirias con el objetivo de luchar contra la dictadura. Somos más de los que la gente piensa, pero nos faltan armas porque no tenemos padrinos que nos ayuden. Los americanos han optado por los kurdos y los reyezuelos del Golfo financian a islamistas de todo pelaje. Nosotros somos los únicos que queremos una Siria laica y

democrática… algo que parece que nadie en el mundo quiere y a nadie en el mundo le importa.

—No me interpretes mal, Rachid, admiro tu sacrificio y tu opción, que respeto porque me parece muy digna, pero tienes mucha razón cuando dices que yo no acabo de ver este conflicto como propio. Y, además, Bachar me parece un tirano sanguinario, sobre eso no tengo dudas, pero, por ahora, no le veo alternativa porque me molestan más los iraníes jactanciosos que tratan de dominar nuestro país como ya han hecho en Líbano e Irak, y porque no soporto a los fanáticos del Estado Islámico. Y también me molesta la prepotencia de los israelíes que nos atacan con el respaldo disimulado de los norteamericanos. Por no hablar de los designios rusos y turcos sobre Siria. Aquí cada uno va a lo suyo y los muertos los ponemos nosotros. Es como si todas las opciones fueran malas. En este caos que es Siria hay opciones peores que Bachar y lamento pensar así.

—Por eso has de reconocer que la mía puede ser idealista, pero acaba siendo la menos mala. Y ahora tú te has metido en una operación con los israelíes… a la que no veo sentido tras lo que acabas de confesarme.

—Es el precio… Y no te equivoques, porque yo no me he metido, sino que me han metido y lo único que yo he hecho es no salirme. No es lo mismo. Pero no es una operación contra los sirios ni con los israelíes, yo la veo como una operación contra los iraníes que nos colonizan.

—Y por eso la apoyo yo también. No me gustan ni los unos ni los otros, pero los iraníes ya están aquí y los israelíes… todavía no porque —aparte del Golán— vienen, bombardean y se van… Al menos por ahora. —Se quedó pensativo unos instantes—. O a lo peor tampoco se van porque lo que yo veo venir es un enfrentamiento entre Irán e Israel sobre nuestro suelo, algo que, por el momento, los judíos parecen más interesados en provocar que los iraníes.

—Es natural, porque la presencia iraní en Siria es percibida en Tel Aviv como una amenaza intolerable a su seguridad, e Israel sabe que con Estados Unidos tiene las espaldas bien cubiertas y quiere actuar antes de que Irán se arme y cruce el umbral nuclear, como ya han hecho los norcoreanos que se han convertido en intocables…

Mientras los dos amigos estaban enfrascados en su conversación, un coche polvoriento se detuvo junto a la entrada. Ambos hombres lo miraron distraídamente y Asís no pudo evitar un gesto de sorpresa cuando vio que de él bajó Amal, que miró brevemente en derredor antes de dirigirse hacia la entrada con paso decidido.

Rachid respondió a la mirada de interrogación de su amigo con un gesto de complicidad algo avergonzada.

—Sí, confieso que sabía que iba a venir y mi tarea hoy era retenerte hasta que llegara. Ya te he dicho que hablamos a veces y sabe algo de lo que estás haciendo porque yo se lo he dicho.

La cara de Asís revelaba el choque de emociones que sentía: sorpresa y desconcierto ante la visita inesperada, expectación, alegría y temor, perplejidad… y adoración por la mujer que amaba y que, en aquel momento, le pareció más guapa que nunca.

El encuentro, el primero desde su tormentosa despedida cuando Amal descubrió lo de la sauna, fue embarazoso al principio. Ella se detuvo en la entrada del local dudando hacia dónde dirigir sus pasos, hasta que Rachid abrió la puerta del despacho y la invitó a pasar. Asís se levantó y apoyó la mano sobre la mesa, como queriendo afirmarse, mientras musitaba un saludo con evidente azoramiento. Amal le saludó con una breve inclinación de cabeza mientras entraba y Rachid cerraba la puerta detrás de ella.

Se detuvo en mitad de la habitación.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Amal no era de las que se iba por las ramas—: ¿Por qué no

me hablaste de unas obras que eran la comidilla de todos los arquitectos de Damasco? ¿Por qué me dejaste creer que eras un chulo de putas? ¿Por qué has estado todos estos meses sin decirme nada hasta que ha tenido que venir este a contármelo? ¿Es que no te importo nada? —Rachid se levantó e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero Amal le detuvo con un gesto—: Tú me has hecho venir y ahora te quedas. Lo que he venido a decir lo sabéis los dos y lo oiréis ambos.

Asís avanzó un paso, pero ella le detuvo con un gesto firme de la mano.

—Amal, te quiero y te respeto demasiado como para meterte en el lío en el que estoy implicado. Parece que los espías —y yo ahora debo de serlo— no podemos hablar mucho de lo que hacemos, supongo que va en el contrato. Pero ni siquiera era eso, una cosa llevó a la otra, y cuando me di cuenta estaba metido hasta el cuello y era tarde, y pensé que no sabía cómo iba a salir todo esto ni cómo decírtelo… Y también quería protegerte y para eso era mejor alejarte de mí y que cuanto menos supieras, mejor. Que, si todo salía bien, ya tendría tiempo, con suerte, de darte todas las explicaciones necesarias. Y si salía mal… bueno, si salía mal, tú sufrirías menos si pensabas que era un canalla… y, además, nadie podría vincularte con mis andanzas. Por eso incluso me alegré de la escena que me hiciste en público y que un día podría servirte de coartada. —Asís había hablado de un tirón, y cuando se detuvo sintió una extraña sensación de ligereza, como si se hubiera librado de un peso que no estaba seguro de que fuera solo suyo. Y ya lanzado, prosiguió—: Pero, a diferencia de Rachid y de ti misma, que estáis en la resistencia, yo no soy un idealista, no soy un patriota con altura de miras, no tengo ningún mérito, yo estoy aquí por casualidad como podía estar en cualquier otro sitio. Ahora me mandan hacer esto para los israelíes y lo hago…

—Lo sé muy bien —le interrumpió Amal—, esta guerra no es la tuya como bien dices y lo comprendo, lo comprendemos. —Miró significativamente a Rachid—. Pero no es menos cierto que los israelíes han construido la única democracia de la zona… algo especial, pues es solo para ellos, pero es democracia, al fin y al cabo. Y no hay ninguna otra a la vista en toda la región, para vergüenza del mundo árabe. Han construido en su tierra lo que nosotros querríamos hacer aquí y ni sabemos ni podemos. ¡Y, además, Rachid me ha dicho que esta operación es contra los iraníes! No me gustan ninguno de los dos, ni Israel ni Irán, pero si tengo que elegir tampoco tengo dudas. —Se detuvo un momento y su mirada se dulcificó—. Como tampoco tengo dudas cuando te miro. No entendía que hubiera podido engañarme de esa manera contigo y mi indignación era doble, contigo por engañarme y conmigo por haberme dejado engañar de esa manera. Hasta que Rachid me hizo comprender, y fue como si me quitaran de encima un peso que no me dejaba respirar, una carga que me ha hecho pasar los peores meses de mi vida. —Y es que no hay como querer a alguien para perder el sosiego en el vano y eterno esfuerzo por conciliar razón y pasión. Amal, ya lanzada, continuó—: Te lo he dicho muchas veces, querer es saber querer, no basta con decirlo, hay que ponerlo en práctica en el día a día. Lo que cuenta no son las palabras sino los hechos. Y tú sabes que no soy una *barbie*, soy adulta y soy inteligente y por eso soy yo quien toma las decisiones sobre las cuestiones que me afectan… y tú ya deberías haberlo entendido hace mucho tiempo. Sé que has intentado protegerme y te agradezco la intención, pero, a partir de ahora, deja que sea yo misma quién decida qué riesgos asumo a tu lado. Porque, hagas lo que hagas, es a tu lado donde yo quiero estar… hasta que deje de quererlo si un día me decepcionas.

Asís la miró con adoración.

—Algo que nunca haré o que haré cuanto esté en mi mano por evitar… No sabes cómo me alegro de que ya no pienses que he hecho un puticlub como modo de vida… —le dijo con una

triste sonrisa—. Pero, digas lo que digas y por mucho que también a mí me cueste, creo que prefiero no volver a verte hasta que esto termine. No deberías haber venido aquí nunca. —Miró severamente a Rachid… hasta que no pudo más y estalló en una carcajada liberadora de la tensión sentida, avanzó hacia Amal con los brazos abiertos y ambos cuerpos se buscaron en un abrazo sin resquicios en el que se besaban y reían al mismo tiempo.

Fue solo entonces cuando Rachid recogió del suelo su muleta, salió despacio sin hacer ruido y cerró la puerta con cuidado detrás de él.

26. La Casa de Cristal

Situada en el mismo aeropuerto de Damasco, la Casa de Cristal —como se la conoce popularmente— es un edificio que alberga el cuartel general de la Guardia Revolucionaria iraní en Siria. Desde allí, el general Qassem Soleimani dirige las operaciones y las coordina con su punta de lanza, la Fuerza Al-Quds. El 9 de septiembre, recibió un telegrama muy secreto del Cuartel Supremo Nacional en Ahvaz ordenándole convocar una reunión a las diecinueve horas del siguiente día 13 en la base de Al-Kiswah. A ella asistirían «altos jefes militares» y también se debía invitar al ministro sirio de Defensa y a los jefes militares de las zonas de Deraa y Quneitra, ambas próximas a la meseta del Golán, con objeto —así se decía expresamente— de «evaluar la situación en el frente sur y eliminar los últimos bastiones de resistencia del Estado Islámico en la zona».

27. Jerusalén

Cuando el telegrama fue interceptado por la inteligencia israelí, el primer ministro Netanyahu convocó una nueva reunión urgente del Gabinete Restringido en cuyo seno se tomaban todas las decisiones importantes de Israel. No había habido tiempo de hacer un orden del día y la preocupación era visible en las caras de los asistentes.

Bibi abrió la reunión dando la palabra al director del Mossad, que se limitó a decir que la interceptación de un telegrama el día anterior había confirmado previas informaciones sobre una importante reunión de los más altos oficiales iraníes y sirios en la base de Al-Kiswah el día 13 de septiembre a las diecinueve horas para tratar (y esto sí era novedad) de «evaluar la situación en el frente sur y eliminar los últimos bastiones de resistencia del Estado Islámico en la zona», algo que aumentaba considerablemente los riesgos para Israel porque implicaba acercar el escenario bélico sirio a su frontera norte. Avi Mofaz terminó solicitando «autorización para llevar a cabo la Operación Garra de Acero (como se la había bautizado) para secuestrar a los allí reunidos tal y como se había acordado en la última reunión que este Gabinete Restringido celebró sobre el asunto». Fue una intervención sobria, concisa y al grano.

A continuación, tomó la palabra el ministro de Defensa, Saúl Patinkin, para referirse a la gravedad de la comunicación interceptada y a lo que en ella se decía respecto a los planes militares iraníes. Por dos razones, según explicó:

—En primer lugar, porque una operación militar de la envergadura que pretenden los iraníes en Deraa y Quneitra, donde es cierto que permanecen algunos pequeños restos inocuos del Estado Islámico, es un peligro para nuestra frontera. Actualmente la zona la ocupan unos trescientos mil drusos tradicionalmente hostiles a la dinastía Assad con los que, para evitar flujos de refugiados, hemos establecido un *modus vivendi* a base de darles alimentos y ofrecerles tratamiento médico, incluso dentro de Israel, algo que agradecen mucho. Una alteración unilateral de este pacto no escrito que nos crea un colchón fronterizo de seguridad no nos interesa, y no lo debemos consentir una vez que hemos descartado armarlos con morteros, artillería ligera y misiles antiaéreos como nos piden. No lo queremos hacer porque es algo que ya en Líbano nos salió mal con aquel malhadado ejército del sur del Líbano y hay que distinguir entre lo que uno sabe hacer y lo que no sabe, y esto nosotros no lo hacemos bien, a diferencia del éxito que tienen los iraníes en lugares tan diversos como Irak, Yemen, Líbano y la propia Siria… Y eso a pesar de lo tentador que resultaría garantizarnos una zona tapón entre las fuerzas sirias y nuestra propia frontera. Quizás algún día… pero, de momento, es mejor limitarnos a mantener allí una zona de influencia a la espera de tiempos mejores. Eso sí, que no nos la toquen.

Patinkin tomó aire antes de proseguir, tanto para respirar tras esta larga perorata como para confirmar gestos de asentimiento en torno a la mesa y, en particular, ver la reacción del primer ministro que le escuchaba con los ojos entrecerrados y las manos cruzadas sobre la mesa. Sabía que lo que decía interesaba a los asistentes, pero todo político busca aquiescencias, gestos o miradas de complicidad, y esta vez no lo consiguió porque ante la gravedad de las decisiones que se iban a tomar solo veía caras preocupadas en derredor. De manera que respiró hondo y

continuó:

—Y, en segundo lugar, porque permitir establecerse en esa zona a efectivos militares iraníes, tan cerca de nuestra frontera, les otorga una enorme ventaja en caso de un ataque con sus cohetes de corto alcance Katyusha y Fateh-110, porque disminuye mucho el tiempo del que dispondríamos para responder con eficacia y bloquearlos. La conclusión es que no podemos consentir que los iraníes se nos acerquen tanto y que, desde un punto de vista militar, es imperativo que esas montañas sigan bajo nuestra influencia directa. El que los iraníes controlen esta zona es un *casus belli* y hay que hacérselo saber cuanto antes. Que no haya dudas porque nos ahorraremos muchos problemas.

Todos los allí presentes sabían que desde 2012 Irán había montado un puente aéreo que permitió sobrevivir a Bachar llevándole armas y municiones, desplegando unidades de su milicia aliada Hezbolá y luego otras reclutadas con urgencia entre chiítas de Afganistán, Irak y Pakistán, hasta desembarcar con sus propias unidades de la Guardia Revolucionaria y de Al-Quds que llegaron a poner cuatro mil combatientes en la batalla de Alepo. Desde entonces, y eran seis años ya, la influencia de Irán en los procesos sirios de toma de decisiones al más alto nivel no había dejado de crecer, pues no en balde Bachar había recuperado hasta el 60 por ciento del territorio nacional gracias a los iraníes… y gracias también a los rusos, presentes desde 2015, cuando aprovecharon las reticencias de Obama a verse arrastrado a otra crisis sin haber logrado salir antes de Afganistán y de Irak. Pero en presencia de Bibi era mejor no mencionar el nombre del odiado Obama con quien Netanyahu había mantenido una relación muy tensa, hasta el punto de haber aceptado una invitación del Partido Republicano para ir al Congreso norteamericano y pronunciar un duro discurso en contra de la política presidencial respecto de Irán, algo nunca visto en los anales diplomáticos.

Y así, mientras la relación entre Israel y los Estados Unidos se deterioraba durante la presidencia de Obama a pesar de que se mantenían los suministros de armas, Teherán no había parado de aumentar su presencia en Siria donde ahora disponía de una amplia red de bases, de depósitos militares e, incluso, de instalaciones de drones y de baterías de misiles que habían obligado a Tel Aviv a hacer decenas de «ataques preventivos» para protegerse. La relación entre Israel y los Estados Unidos había cambiado radicalmente con la llegada de Donald Trump y consecuentemente Teherán, leyendo bien los astros, había adoptado una política de perfil más bajo sin dejar de tratar de consolidar lo conseguido. Pero últimamente se estaban confiando demasiado, los iraníes se habían envalentonado y estaban cruzando demasiadas líneas rojas que abocaban a una inevitable confrontación final con Israel. Netanyahu no se hacía ninguna ilusión al respecto. Todos en aquella sala lo sabían y por eso preferían golpear primero. Porque era inevitable, por darse el gusto, porque sabían que tendrían el respaldo norteamericano y por aquello de que el que da primero, da dos veces.

En la sala no se oía una mosca. Patinkin sabía que, ahora sí, tenía la atención general, y prosiguió:

—No podemos aceptar esta provocación, pues de eso se trata, y no lo haremos porque estoy convencido de que el primer ministro piensa en esto como yo. Pero la iniciativa iraní me plantea un aspecto preocupante porque Teherán no se atrevería a algo que saben que no podemos dejar pasar sin tener el visto bueno de los rusos. Hasta ahora el teléfono rojo instalado entre Palmachim y la base rusa de Hmeimim ha funcionado bien para evitar incidentes entre nuestros pilotos y los suyos, hasta el punto de que sus sistemas de radares no se han enfocado sobre nuestros aviones ni siquiera cuando hemos atacado depósitos iraníes de armas y municiones

cerca de sus propias unidades militares. Por eso recomiendo hablar de nuevo con los rusos y asegurarnos de que tampoco esta vez interferirán con nuestros aviones.

—Antes hemos de decidir lo que nosotros vamos a hacer y ya hablaremos luego con los rusos si es necesario. —Bibi Netanyahu quería recuperar el control del debate que estaba monopolizando el ministro de Defensa y dejar claro quién era el que mandaba y quién tomaba allí las decisiones. Cuidaba su relación con Putin casi tanto como la que tenía con Donald Trump y en los dos últimos años se había entrevistado con él en varias ocasiones, incluyendo paradas militares en Moscú en las que el macho alfa que es el líder ruso sacaba pecho al mostrar los últimos adelantos de su industria de armamentos, esos que trataba desesperadamente de vender por todo Oriente Medio en busca de las divisas que le negaba el sistema internacional de sanciones impuestas por su anexión de Crimea e interferencias en la frontera oriental de Ucrania —. Putin no nos creará problemas en este caso porque es el primero que no quiere que Siria se convierta en un protectorado iraní, pues así me lo dijo. Pero estoy de acuerdo con la línea de razonamiento del ministro de Defensa en que hay que parar los pies a Irán y eso es lo que el Mossad nos ofrece en este momento. Y no pararlos de cualquier manera, sino de una forma que tardarán mucho tiempo en olvidar.

Yitzak Absalón, viceministro de Exteriores, pidió entonces la palabra:

—El señor primer ministro tiene mucha razón en lo que dice y la tensión entre Moscú y Teherán crece últimamente precisamente por esa razón. —Yitzak Absalón era el funcionario de menor rango, no estaba cómodo en la reunión, trataba de hacer perdonar su presencia entre tantos peces gordos como allí había y nada mejor que darle un poco de jabón al jefe para empezar—. Pero, al mismo tiempo —prosiguió—, cualquier ofensiva iraní hacia el sur exige luz verde de Moscú, ligado como está a la Declaración de Amán de 2017, suscrita con los Estados Unidos, que crea una «zona de desescalada» cerca de nuestras fronteras. Justo para evitar malentendidos. No creo que los iraníes se atrevan a acercarse a nuestra frontera sin luz verde rusa y por eso es también acertado el argumento del señor ministro de Defensa. —Yitzak Absalón era un pelotillero descarado pero el suyo era un argumento a considerar. Tras un momento de duda y al ver que se le escuchaba, se animó a continuar—: Yo me atrevo a recomendar que no se haga nada sin decírselo antes a Moscú y también a Washington porque de esa forma evitaremos malentendidos o piques de dos potencias cuyo apoyo o al menos benevolencia necesitamos en el escenario sirio y…

Yitzak Absalón tenía tendencia a irse por las ramas y el primer ministro cortó por lo sano.

—Anotado —dijo Netanyahu—. Pero, por ahora, no vamos a hablar con nadie. Mi intención es adelantarme y atacar yo primero. Y no en Deraa o en Quneitra sino el Al-Kiswah, donde se van a reunir esos desgraciados. No les vamos a dar tiempo a preparar nada… porque nos vamos a presentar sin invitación y cuando menos se lo esperan, para estropear sus planes. Por algo llevamos ya un tiempo con informaciones de que algo así podía ocurrir y hemos tomado nuestras propias disposiciones. Señores, gracias por su presencia. La decisión está tomada y ahora debemos confiar en nuestros heroicos soldados para llevar la operación a buen término.

28. Se prohíben las salidas

La primera indicación que tuvo Rachid de que algo se movía fue un inusual aumento del tráfico de coches y camiones militares procedentes de Damasco por la carretera número 7 con destino a Al-Kiswah. La segunda fue el brusco cese de las visitas de soldados de la base en busca de diversión. Se habían prohibido las salidas, Sauna Suomi había perdido su bullicio habitual y ya se sabe que no hay nada más triste y desolador que una casa de putas vacía, sin parroquianos. Las chicas se aburrían y ni siquiera ponían música o se arreglaban porque, como decía Zola, «la belleza es un estado de ánimo», y allí el ánimo no es que estuviera por los suelos, es que no estaba.

La segunda indicación de que se preparaba algo la tuvo Rachid cuando intentó acercarse a la base para echar un vistazo, y toparse con una barrera militar un kilómetro antes de la entrada que impedía seguir adelante a los vehículos no específicamente dirigidos a ella y debidamente autorizados. Unos soldados le indicaron un desvío por una pista de tierra que volvía a encontrarse con la carretera principal unos kilómetros más adelante, cuando ya se habían sobrepasado sus instalaciones. De todo ello Asís informó a Miguel, que seguía los acontecimientos desde Beirut.

La tercera indicación la recibió Asís de Miguel por vía del buzón seguro instruyéndole para que diera una paga extra a las chicas y las enviara una semana de vacaciones a Beirut. Este tiempo debería aprovecharse para instalar los dos grandes *jacuzzis* que acababa de comprar. La noticia preocupó a Asís porque le confirmó que lo que fuera a pasar sucedería ya muy pronto, mientras que la paga y las vacaciones inesperadas devolvieron la alegría a las chicas de la sauna… cuyo revuelo duró muy poco porque al día siguiente llegó Ilsegad en un monovolumen y se las llevó entre cánticos a Beirut, un mundo que todas sin excepción echaban de menos. Y Sauna Suomi echó el cierre mientras pedía disculpas por «unas obras de carácter temporal destinadas a mejorar la atención al cliente», como anunciaba una lona sobre la entrada.

Los *jacuzzis* llegaron puntualmente en un camión con grúa incorporada, dos descomunales barreños llenos de grifos y de dorados con cabida para cuatro y seis personas, respectivamente. Y con ellos llegaron también a Sauna Suomi cuatro jóvenes fornidos que se presentaron como «montadores», se expresaban con la suave cadencia del español del Río de la Plata y con el pelo casi rapado tenían una pinta marcial que no engañó a Rachid ni por un momento. Se alojaron en el sótano del edificio y se pusieron a trabajar de inmediato con minuciosa dedicación profesional, mientras desde la terraza no perdían nada de cuanto pasaba por la carretera que discurría a sus pies y cuyo tráfico, sobre todo de camiones, aumentaba con cada día que pasaba.

Hasta que llegó el día 13 de septiembre.

29. El día D

El día 13 de septiembre amaneció soleado y agradable, con una temperatura propia de la estación y una ligera neblina matinal. A partir del mediodía, el número de vehículos hacia la base aumentó de forma notable y los observadores de la terraza pudieron constatar que entre ellos pasaron varios con aspecto de coches oficiales, casi todos antiguos Zil rusos de color negro, alguno con un banderín ondeando al viento en el guardabarros delantero derecho. Y entre ellos y con escolta motorizada, mediada ya la tarde, pasó por delante de Sauna Suomi y en dirección a la base un espectacular Aurus Senat blindado y con cristales ahumados como el que usa el mismo Putin en Moscú, como queriendo confirmar los rumores que corrían de que había regalado otro al general Jamaní. De todo ello tomaban nota los instaladores situados en la terraza mientras se afanaban con el montaje de los dos *jacuzzis*. Si de lo que veían informaban a alguien o de, en su caso, cómo lo hacían, Asís no pudo enterarse, aunque estaba convencido de que lo hacían. Todo lo que ocurría parecía confirmar los informes interceptados que hablaban de una reunión de alto nivel en Al-Kiswah esa misma tarde.

Y lo mismo pensaron en el Ministerio de Defensa israelí cuando sus satélites de observación geoestacionaria confirmaron un grado inusual de actividad y de vehículos en la base. Las fotografías de primera hora de la tarde mostraban una docena de vehículos negros perfectamente aparcados en dos líneas junto al edificio principal. Y, al mismo tiempo, las fuentes humanas que trabajaban para el Mossad en Siria y en Irán confirmaron que los altos jefes militares habían cancelado sus agendas oficiales y estaban «desaparecidos», desde los generales Jamaní y Soleimani hasta el ministro de Defensa sirio. Saúl Patinkin y Avi Mofaz comunicaron estas noticias al primer ministro y este, a la vista de toda la información disponible, le dio orden de proceder con la Operación Garra de Acero. El propio Patinkin se trasladó a Palmachim para presenciar la salida del comando y desear suerte a sus muchachos. Viejo zorro de la política quería estar lo más cerca posible del gran éxito que se avecinaba. Luego regresó al Ministerio de Defensa donde se habían instalado unas pantallas para que el primer ministro y los demás miembros del Gabinete Restringido pudieran seguir el desarrollo de la operación.

A las siete cuarenta y cinco de la tarde, minutos antes de la puesta de sol con objeto de aprovechar sus últimos rayos y llegar a Al-Kiswah con las primeras sombras de la noche, despegaron cinco drones seguidos por tres helicópteros Blackhawk en los que se acomodaron Ariel Tov, Yaakov Yalon y sus treinta hombres acompañados por una perra, Sheela, especializada en detectar zulos ocultos y personas escondidas. Algunos miembros del comando iban armados con rifles de asalto HK416, otros con ametralladoras Mark-48 y como armas de defensa personal todos portaban MP7 y pistolas SIG P226 o HK45C. Granadas de mano colgando del cinto completaban su arsenal. Todos iban equipados, además, con máscaras antigás y con gafas de visión nocturna GPNVG-18, las más modernas del mercado, que habían sido probadas con éxito por los Seagulls americanos en la operación de Abbottabad que acabó con la vida de Osama Bin Laden.

Se había decidido utilizar helicópteros Blackhawk en lugar de los Apache por ser aparatos

muy veloces preparados para vuelo sin ruido y a muy baja cota con objeto de no ser detectados por los radares enemigos. La cubierta Stealth que se les había dado para hacerlos invisibles al radar añadía un peso extra que no tenía importancia dada la corta distancia a cubrir, cuarenta kilómetros en línea recta desde la frontera, apenas diez minutos de vuelo. Tras de ellos salieron dos pesados Chinook de mayor envergadura, con armamento más potente como ametralladoras de 50 mm que llevaban a bordo dos equipos de reserva de quince comandos cada uno con el mismo armamento que sus compañeros y que debían aterrizar a dos kilómetros al sur de la base para una maniobra de distracción y esperar allí acontecimientos. A mayor altura sobrevolaba el conjunto un dron Sentinel con objeto de filmar la operación y enviar las imágenes al Ministerio de Defensa, desde donde el primer ministro Netanyahu seguiría atentamente su desarrollo. Finalmente, una escuadrilla de F-35, los cazas más modernos de la fuerza aérea de Israel, estaba preparada para despegar de Palmachim en caso de necesidad, lo que no se esperaba que fuera a suceder.

A la misma hora, los representantes oficiales del Mossad en Washington, Moscú y Madrid cumplían con el encargo de informar a la CIA, al FSB y al CNI de los grandes rasgos de la Operación Garra de Acero ya iniciada. Bibi Netanyahu había decidido no hacerlo antes para evitar filtraciones o cualquier tipo de presión americana o rusa destinada a tratar de impedirla. En Langley, el hombre del Mossad tenía acceso casi inmediato al director de la CIA, que se congratuló de una iniciativa que suponía un duro golpe para la República Islámica de Irán, mientras ponía en estado de alerta a todo su poderoso despliegue regional y ordenaba concentrar sobre Al-Kiswah los focos de sus satélites geoestacionarios. En Moscú, Igor Kalinin expresó su vehemente protesta, que al hombre del Mossad le dio la impresión de ser algo para la galería, por una «nueva y flagrante violación del derecho internacional… que parece hecho para que ustedes se lo pasen por el forro una y otra vez», mientras íntimamente trataba de ocultar su satisfacción por esta humillación pública de Teherán en un escenario donde su excesivo poder le resultaba molesto. Y en la madrileña Cuesta de las Perdices, el delegado del Mossad no pudo entrevistarse con el director del CNI, que se encontraba de viaje fuera de España, y lo hizo con la directora de la división de inteligencia. Soledad Vila le dijo: «Agradezco la información», mientras añadía socarronamente: «Es lo menos que podían hacer tras la valiosa ayuda que les hemos dado». Y acto seguido le reprochó vivamente que solo se les informara cuando la operación ya estaba en marcha y no tenían tiempo material de asegurar la salida de su agente en Sauna Suomi. El israelí contestó que no debía preocuparse porque estaba contemplado ofrecerle viajar a Israel con el comando allí alojado una vez completada la misión sobre la base.

Los pequeños drones fueron los primeros en llegar sin problemas a Al-Kiswah, donde fueron recibidos con el sonido de sirenas de alarma y con disparos de los centinelas, y de acuerdo con el plan preconcebido dejaron caer sobre la base bombas de humo y de gases lacrimógenos del tipo que se usan en algunos países para disolver manifestaciones. Y como estaba previsto, la confusión se adueñó de algunos soldados, pocos, que corrían de un lado para otro casi ciegos y buscando protegerse. Ni se veía ni se podía respirar. Hasta el momento todo iba como se había establecido por los planificadores de la operación.

Y lo que estaba previsto era que los tres Blackhawk se posaran muy cerca, junto al muro exterior de la base, para que los comandos que descendieron de ellos provistos de máscaras de gas y de gafas de visión nocturna se desplazaran con rapidez hasta el edificio principal deshaciendo sobre la marcha cuanta resistencia encontraran, que esperaban débil como consecuencia de la sorpresa y del desorden sembrados, con objeto de detener a punta de fusil a

los reunidos en el búnker y regresar con ellos a Israel en los helicópteros. Mientras, los grandes Chinook sobrevolaban el perímetro sur de la base disparando inicialmente hacia su interior para aumentar la confusión e ir luego a posarse, como estaba previsto, a un par de kilómetros de distancia por si su intervención fuera necesaria y para asegurar la retirada.

Netanyahu no quería destruir otra base iraní en Siria, lo que quería era infligir a Teherán una humillación sin precedentes apresando a los máximos dirigentes de los Guardianes de la Revolución y de la Fuerza Al-Quds. Una humillación que avergonzaría a un pueblo tan orgulloso y lleno de historia como el iraní y del que esperaba que el régimen de los ayatolás tardara en reponerse. Porque, cuando lo hiciera, el nuevo paquete de sanciones decidido por Donald Trump ya estaría produciendo sus devastadores efectos sobre la economía iraní. Lo que Trump (y Netanyahu) querían es un cambio de régimen en Irán, que el pueblo se hartara y reemplazara la teocracia por la democracia, como si esta fuera un dispositivo que se compra online y luego se acopla. Eso era más o menos lo que había dicho el flamante nuevo secretario de Estado Mike Pompeo en el primer discurso que pronunció tras su nombramiento. Y este golpe en Al-Kiswah sin duda facilitaría ese objetivo porque aumentaría el descontento y el desprestigio del régimen ante sus propios ciudadanos.

Tras el aterrizaje, un perímetro de protección se desplegó con precisión matemática en torno a los Blackhawks y de ellos descendió el capitán Tov con su gente para entrar en la base y lanzarse a la carrera hacia el edificio donde se situaba el búnker, a unos quinientos metros de distancia, mientras Yaakov Yalon se dirigía con los suyos hacia un edificio anejo donde se habían refugiado una escasa docena de soldados con los ojos enrojecidos, inflamados y llenos de lágrimas que apenas les permitían ver y que aun así trataban de disparar, pero que ofrecieron débil resistencia, cegados y desconcertados como además estaban con los gritos en árabe y farsí que les daban los invasores. Todos fueron rápidamente reducidos, desarmados y encerrados en un cuarto con amenaza de muerte al que se atreviera a cruzar la puerta. Era un grupo lastimoso de jóvenes imberbes que no daba ninguna sensación de peligro. A Yaakov le extrañó que todos fueran sirios y no hubiera ningún iraní entre ellos, pero no tuvo tiempo de pensar mucho sobre ello. Tras comprobar que allí no había nadie más, se desplazó con sus hombres hacia el edificio anejo donde había entrado antes el capitán Tov, para prácticamente toparse con él de bruces cuando salía anunciando con cara de perplejidad que estaba vacío. «Aquí no hay nadie —gritaba fuera de sí junto a la puerta del edificio—. Hijos de puta, nos han engañado, esto está vacío». Fue en ese momento cuando un enorme estruendo les informó de que un Blackhawk había sido alcanzado por un bazooka y estaba ardiendo. Y pronto fueron dos. Aparentemente desde ningún sitio habían surgido como por ensalmo varios Toyota Hilux sobre los que se habían montado lanzagranadas RPG-7 y ametralladoras pesadas NSU, todo armamento de fabricación rusa, que concentraron su fuego sobre los helicópteros convirtiéndolos en pocos segundos en un infierno de llamas, confusión, hierro calcinado y carne quemada. Los soldados desplegados a su alrededor se vieron sorprendidos, abrumados e impotentes ante la poderosa concentración de fuego que se abatió de repente sobre ellos.

La base que parecía desierta o con muy poca gente no solo lo parecía, sino que lo estaba. Los soldados no estaban dentro sino fuera de ella, escondidos junto a su perímetro exterior, camuflados en la arena y entre los arbustos y ahora se acercaban aullando y disparando. Los cazadores se convertían en cazados mientras el piloto del tercer Blackhwak recogía a los hombres en tierra y trataba de levantar el vuelo para escapar de la trampa mortal donde se encontraba. Lo consiguió y parecía que podría salir del círculo infernal de fuego que le rodeaba,

pero acabó cayendo al suelo tras elevarse solo unos metros con el fuselaje literalmente acribillado a balazos. Con la mala suerte de que al caer golpeó la cola de otro que ya estaba en llamas y estalló el depósito de combustible. Una enorme bola de fuego los envolvió a ambos. En cuestión de minutos los flamantes Blackhawks se convirtieron en un amasijo de hierros calcinados en medio de un infierno llameante.

El comando de Ariel Tov se había quedado aislado y tomó la decisión de retroceder hacia el interior de un edificio, donde fueron inmediatamente rodeados por grupos vociferantes de soldados que llegaban aprovechando que el viento comenzaba a dispersar el humo y los gases y podían acercarse sin peligro. Y que les disparaban con todo tipo de munición. Un disparo de un lanzagranadas RPG-7 impactó contra la pared exterior junto a la puerta, y otro entró por una ventana y estalló dentro con un ruido ensordecedor en medio de una lluvia de cascotes y cristales, por fortuna sin causar víctimas. Su situación se complicaba no por minutos sino por segundos, estaba claro que habían caído en una trampa mortal, el tiempo corría en su contra y ellos no estaban acostumbrados a perderlo. Y allí dentro los iban a cazar como conejos. Con sangre fría, Ariel Tov ordenó una salida en tromba con objeto de acercarse a otro edificio situado a su derecha, más próximo al muro meridional de la base, con la esperanza de que desde allí fuera más fácil la evacuación hasta los dos helicópteros Chinook, que eran ya su única esperanza de salvación y que parecían haber logrado afirmar un sólido perímetro defensivo en su torno.

Tov ordenó a su técnico en comunicaciones que confirmara a los compañeros de los Chinook que habían caído en una trampa y que iban a hacer una salida desesperada para tratar de llegar hasta ellos antes de ser literalmente aplastados por la multitud de enemigos que ya les rodeaban. Como ayuda pidió una maniobra de distracción en forma de columna que se acercara con el doble fin de dividir a la fuerza enemiga y de encontrarse con él a mitad de camino. La esperanza era poder luego alcanzar todos juntos los helicópteros, a apenas dos kilómetros de su ubicación actual y que quizás también podrían intentar aproximarse un poco.

Pero no fue posible. La trampa había sido muy bien dispuesta y todo ocurrió demasiado deprisa. Al principio pareció que la idea podía tener éxito porque Tov y sus hombres salieron del edificio disparando a diestro y siniestro sin encontrar apenas oposición, pero cuando apenas habían avanzado cien metros, lo suficiente para no poder regresar, fueron deslumbrados por potentes reflectores y segados por el fuego cruzado de varias ametralladoras rusas estratégicamente emplazadas para impedir su fuga. Los iraníes habían dispuesto dos potentes NSU de 12,70 mm a derecha e izquierda, montadas sobre trípodes, mientras que otra más ligera, una PKM de 7,62 mm se había situado al frente sobre un Toyota Hilux que le daba mucha movilidad. Allí todo estaba muy pensado. Ariel Tov cayó allí mismo, uno de los primeros, al frente de sus hombres, y detrás de él, los demás fueron segados por una implacable guadaña, en medio de un griterío ensordecedor. Las balas, con incesante cadencia, se empotraban con un ruido sordo contra los cuerpos de los soldados de la fuerza expedicionaria cuando no los cortaban literalmente por la mitad, y así los caídos dificultaban el avance de los que venían detrás mientras las ametralladoras proseguían su obra destructora, insensibles a los gritos de angustia de los sacrificados en aquella orgía de sangre. Al final, no quedó en pie ni uno solo, y todos fueron posteriormente rematados a conciencia, pues la orden era no tomar prisioneros porque «esos solo causan luego problemas», como había dicho el comandante de la base. Y como no se les podía dar un tiro en la nuca para que aquello no pareciera el asesinato a sangre fría que en realidad era, se disparaba a los caídos con fusil ametrallador desde diez metros hasta que todos los cuerpos dejaron de moverse en el suelo empapado de su sangre. Fue una escabechina, una auténtica

masacre. Los soldados sirios e iraníes celebraban juntos y ruidosamente el éxito de la emboscada… como si la hubieran planificado ellos mismos, mientras pateaban a los caídos. No había rastro de piedad en aquellos hombres ebrios de sangre que habían perdido su individualidad para convertirse en una masa amorfa, manipulable e implacable por el odio sembrado en sus mentes tras muchos años de adoctrinamiento y que en aquel momento les parecía impune. Aquellos muchachos jóvenes en vez de vivir, amar y trabajar como sería su destino normal, glorificaban a la muerte (ajena) como valor supremo.

Solo el teniente Yalon, que cubría la retaguardia de la maniobra de retirada y el oficial de comunicaciones, Uri Savir, que se había retrasado ligeramente mientras enviaba dramáticas peticiones de ayuda, lograron regresar al edificio del que apenas habían salido un momento antes y, viendo que por delante no había escape posible, retrocedieron hasta su parte trasera donde Uri abandonó el pesado equipo de comunicación que le impedía moverse con agilidad, no sin antes enviar un último y desesperado mensaje en el que informaba de la matanza y de la desesperada situación personal en la que se encontraban el teniente Yalon y él mismo. Luego ambos saltaron por la ventana hacia una zona aparentemente tranquila y solitaria de la base y se refugiaron detrás de unos bidones de gasolina, que no era la mejor opción en aquel momento en el que volaban balas, pero que fue el único escondite que encontraron para recuperar el resuello y evaluar la complicada situación en la que se hallaban. En el fragor y la embriaguez de lo que más que un combate era ya una carnicería, nadie parecía darse cuenta de su escapada.

—Como a ratas, nos han cazado como a ratas. Esos cabrones nos estaban esperando y nos han tendido la emboscada perfecta. —Yaakov hablaba en voz baja, como consigo mismo, mientras jadeaba y la rabia y la desesperación le asomaban por los ojos.

—Han muerto todos, mi teniente, todos, los he visto caer a todos. —Uri Savir estaba conmocionado—. Todos muertos, solo quedamos usted y yo. Y ahora vendrán a por nosotros.

—Y si vienen les recibiremos como merecen. Pero no adelantemos acontecimientos porque yo creo que no se han dado cuenta de que estamos vivos. Si nos hubieran visto ya estarían aquí. Y no están. Están demasiado ocupados matando y celebrando su victoria.

Desde donde ambos estaban se oían gritos de júbilo en árabe y en farsí mientras continuaban disparos aislados. «Están rematando a los heridos», pensó Yaakov. Pero no lo dijo para no alarmar más a su compañero de fuga. Se habían quedado solos en mitad de una base iraní en territorio sirio. Una situación muy poco envidiable. Pero eso tampoco lo dijo.

—Usted y yo deberíamos estar muertos. Como ellos. ¿Por qué están ellos muertos y nosotros vivos? ¿Por qué ellos y no nosotros? ¿Por qué no estoy yo muerto como ellos?

—No tengo respuesta para eso, Uri. Ni creo que la haya. Aquí la razón no tiene nada que ver. Estamos vivos por casualidad. Porque yo mandaba la retaguardia y esperé a que enviaras tu último mensaje. Por eso. Porque cuando salimos, la emboscada había comenzado, la vimos y, rezagados como estábamos, tuvimos tiempo de regresar a la casa. Pura casualidad. Y luego la suerte de que con el jaleo nadie nos viera. Por eso estamos aquí. Por una puta casualidad y por suerte. No creo ni en la providencia ni en el destino. —Y levantándose ligeramente para mirar por encima de los bidones que les ocultaban, comprobó que la parte de la base en la que se encontraban estaba desierta. El bullicio estaba del otro lado.

El teniente Yalon y el soldado Savir permanecieron unos minutos escondidos tras los depósitos de combustible, como tratando de entender lo ocurrido y paralizados bajo el *shock* de haber visto, no morir, sino ser asesinados a sangre fría a compañeros con los que habían preparado hasta el detalle esa operación. Todos colegas y muchos de ellos amigos, algunos

incluso habían estado en el primer cumpleaños de su hijo David unas semanas antes. Una operación bien preparada, pero que había fracasado por un fallo garrafal de inteligencia, debido a una trampa tendida con mucha astucia y con un cebo tan apetitoso que había nublado la visión de sus superiores. Siempre ocurre igual, pensó Yaakov, los poderosos deciden las guerras y somos los pobres los que ponemos los muertos. Pero no era momento de filosofar sino de correr y de ocultarse para tratar de salir vivos de aquel infierno.

—Vamos a aprovechar que esos hijos de puta están ocupados y vamos a tratar de salir de aquí llegando hasta el perímetro exterior de la base. Ese será ahora nuestro objetivo. Cada cosa a su tiempo y luego ya veremos. Lo primero es salir de aquí y con suerte la noche nos ayudará. —El teniente era hombre práctico. No podían quedarse allí parados y entonces, más reposados, aunque no más tranquilos, los dos hombres se alejaron cautelosamente en dirección opuesta de donde había tenido lugar la emboscada para dirigirse hacia el perímetro exterior.

Fue una progresión lenta porque, aunque Yaakov conocía de memoria la geografía de la base y llevaban gafas de visión nocturna, extremaban las precauciones para evitar ser vistos o darse de bruces con una patrulla que los achicharrara a tiros o, ¿peor aún? que los hiciera prisioneros. Ninguna de las dos opciones resultaba atractiva. De manera que no abandonaban un escondite hasta visualizar el siguiente y asegurarse de que no había sirios en la costa, mientras escuchaban cada vez más lejos los gritos de alborozo de los vencedores en torno a los cadáveres de sus compañeros y de los restos carbonizados que habían sido sus helicópteros. Todavía oyeron en la lejanía, con el corazón encogido y ánimo sombrío, levantar el vuelo a los pesados Chinook que regresaban a Palmachim.

Yaakov se orientó en la oscuridad y marcó el camino por el que él y Uri se adentraron en silencio y aprovechando las sombras, cuando un leve ruido les hizo volverse con las armas prontas para disparar. Pero no era ningún enemigo sino Sheela, la perra que al parecer también había sobrevivido a la carnicería y que, consciente sin duda del poco afecto que los musulmanes sienten por los perros desde que Mahoma fue mordido por uno, había decidido juntar su suerte a la de los dos supervivientes que se adentraban en la noche siria sin saber hacia dónde ir, más allá de salir de aquella jodida base y de poner cuanta tierra fuera posible entre Al-Kiswah y ellos mismos.

Mientras, las imágenes captadas a baja cota por el dron Sentinel habían llegado hasta la sala de mando y control del Ministerio de Defensa, desde donde el primer ministro seguía el desarrollo de la operación con los demás miembros del Gabinete Restringido. El estupor inicial se tiñó de cólera al comprender la trampa que se les había tendido y en la que inocentemente habían caído. El director del Mossad, consciente de su responsabilidad, se había hundido literalmente en su sillón sin poder apartar la vista de la pantalla. Pero no era el momento de complicar más las cosas, nada podían ya hacer los Chinook salvo ponerse a salvo antes de que el ataque se dirigiera también contra ellos y el daño fuera aún mayor. Y tampoco se podía enviar a los F-35 mientras no se recuperaran los cuerpos de los soldados fallecidos que regaban el suelo de la base enemiga, pues también ignoraban si había prisioneros. Al estupor y la cólera se añadieron entonces una insoportable sensación de dolor por los hombres sacrificados y una impotencia frustrante, que eran dos sentimientos aún más difíciles de sobrellevar. Con la cabeza hundida entre las manos, los codos sobre la mesa y mesándose los cabellos, Bibi Netanyahu era la estampa misma de la desesperación mientras asumía la magnitud del desastre que él personalmente había autorizado. Ninguno de los allí reunidos se atrevía a hablar. Aturdidos por lo que acababan de ver, no acertaban a pensar con claridad, que es lo que siempre deben poder

hacer los gobernantes.

Los iraníes les habían tendido una trampa y ellos habían caído en ella. El cazador había sido cazado. No había excusas. Y todo había ocurrido muy deprisa, en breves minutos un grupo de jóvenes israelíes en la plenitud de la vida yacían muertos en suelo enemigo convertidos en un amasijo de carne sanguinolenta. Porque no hay belleza en la muerte. Y ellos, los que estaban reunidos en aquella sala del Ministerio de Defensa, eran los únicos responsables.

30. La negra noche

Se detuvieron contra la pared de un edificio envuelto en sombras para recuperar el resuello y evaluar su situación.

—¿Ha visto la carnicería? Nos estaban esperando. —Tras un breve silencio, Uri repitió—: Mi teniente, ¿por qué ellos y no yo, por qué ellos están muertos y yo estoy vivo? ¿Por qué?

Era la misma pregunta que se hacía un todavía aturdido Yalon que acertó a responder entre susurros:

—Los árabes lo llaman *maktub*, el destino, pero yo no creo en eso. Ya te lo he dicho. Tu pregunta no tiene respuesta y no estoy seguro de que hayamos tenido suerte porque si nos cogen vivos… estoy convencido de que preferiríamos estar ahora tumbados en el suelo como nuestros compañeros. No pienses en ello, Uri, cada cosa a su tiempo, lo importante ahora es salir de aquí y luego ya veremos. —Mientras hablaba, Yaakov trataba de ubicarse y de localizar la salida más cercana reproduciendo mentalmente el plano de la base con el que se habían entrenado a diario durante más de un mes. Tras tomar su decisión se limitó a añadir—: Sígueme y no hagas ruido.

Yaakov no se había equivocado y pronto llegaron ambos con la perra, que iba tras ellos mansamente, al muro que delimitaba el perímetro exterior de la base por su lado occidental. No se tropezaron con nadie por el camino. Un simple muro de adobe de un par de metros de altura que no parecía vigilado en aquella zona. Estaba oscuro y por si acaso escogieron un lugar junto al cual había algunos árboles descuidados cuyas ramas les podían ofrecer protección adicional. En silencio, Yaakov empujó a Sheela por encima de la tapia y después le hizo el estribo con las manos a Uri para ayudarle a salvarla. «Ánimo —le dijo—, yo te sigo». Cuando este estaba a horcajadas sobre el muro y tendía la mano al teniente para ayudarle a franquearlo sonó un disparo seco y Uri, alcanzado en plena frente, se desplomó hacia dentro de la base sin exhalar un quejido. Su cuerpo chocó contra el suelo con un ruido sordo y apagado.

Yaakov se agachó instintivamente y se quedó inmóvil, agazapado y con la pistola en la mano bajo la sombra de los árboles. Desde donde estaba oyó voces de dos hombres que se acercaban hablando con excitación y sin tomar precauciones. «Esta vez lo has cazado —decía uno—, ese ya no robará más gasolina». Al parecer, pensó Yaakov, debía haber gente que saltaba de noche esa tapia para robar en la base y los soldados creían que se enfrentaban a un vulgar ratero. Eran dos chicos muy jóvenes, casi niños, que vestían uniforme sirio. Al llegar se inclinaron sobre el cuerpo inanimado de Uri y uno dijo: «Buen disparo. Te lo dije, está muerto… pero… ¡es un soldado!». Su grito de alarma fue lo último que uno dijo y que el otro escuchó. Porque no tuvieron tiempo de oír los dos tiros que Yaakov les plantó en la cabeza y casi a quemarropa con su Glock 17, esperando que nadie los oyera en aquella zona de la base alejada del lugar donde en aquellos momentos se concentraba todo el bullicio.

Luego confirmó que Uri estaba muerto y se dio cuenta de que con él se iba el único amigo y apoyo que tenía en aquel mundo hostil. Era un buen chico, algo tímido pero muy cumplidor, le había tratado mucho durante los duros entrenamientos que ambos habían hecho juntos durante las últimas semanas… para acabar así, uno con un disparo en la cabeza y el otro… más valía no

pensarlo porque podía muy bien acabar igual. Eso si tenía suerte. Yaakov cambió casi mecánicamente la pistola de Uri por la suya propia, la que acababa de disparar, para que los que descubrieran los cuerpos pensaran —al menos en un primer momento— que podía estar solo y que había sido él quien había matado a los soldados. Ya entonces intuía que cualquier minuto que ganara podía ser decisivo. Luego recogió la cartera del muerto, recitó una breve oración, y tras despedirse de él con una mirada muda que le decía: «Te preguntabas por qué ellos estaban muertos y tú no… pues ahora ya lo sabes. Tú también… Y yo seré el próximo si no me largo de aquí cagando leches», se alejó un centenar de metros del lugar de los hechos y saltó a su vez la tapia, casi dándose de bruces con la perra, que le esperaba al otro lado. Anduvo por aquel pedregal arenoso y sembrado de arbustos unos centenares de metros y cuando pensó que se había alejado lo suficiente se detuvo para hacer un hoyo con las manos en el que depositó la chaqueta que le acreditaba como militar israelí. Aún llevaba encima la documentación, camisa, pantalones y botas que le señalaban como lo que era, pero eso no lo pensó en aquel momento y la verdad es que la chaqueta era lo más llamativo y tampoco hubiera podido continuar desnudo o sin botas. También se guardó la pistola porque sabía que en ningún caso podía caer prisionero. Luego recubrió el hoyo con arena y le colocó varias piedras encima, tras lo cual echó a andar en dirección norte orientándose con la poca luna que había aquella noche aciaga y dándose ánimos con el recuerdo de su mujer Sara y de su pequeño David, mientras la perra Sheela le seguía pocos pasos detrás. No sabía cómo saldría de su predicamento, pero si el destino o lo que fuera le había preservado hasta ese momento, estaba dispuesto a facilitarle la tarea y a no llevarle la contraria.

Llevaba andando unos veinte minutos cuando se topó con una carretera comarcal que acertadamente identificó como la número 7, que le podría llevar hasta Damasco donde quizás pudiera esconderse o donde también pudieran descubrirle con más facilidad. No lo sabía. Pero no tenía otra opción porque tratar de alcanzar la frontera con Israel, a tan solo cincuenta y tres kilómetros de allí por carretera, hubiera sido empresa suicida pues sería la zona más vigilada de toda Siria en las próximas horas y más aún si se descubría su fuga. Pensó sin grandes esperanzas que en una gran urbe quizás le sería más fácil ocultarse o, más probablemente refugiarse en alguna embajada europea. Si se identificaba como oficial israelí le ayudarían con toda seguridad… y más cuando se conociera lo ocurrido. Ya verían luego cómo lo sacaban de Siria. Ese pensamiento le animó. Tenía que llegar a Damasco y luego a una embajada. Si la base distaba menos de veinte kilómetros de la capital, esa no era una distancia imposible para quien disponía de toda la noche por delante y ya se le ocurriría cómo hacer cuando allí llegara. Cada cosa a su tiempo, como él decía, que ya tenía bastante con sobrevivir en el presente como para encima preocuparse por el futuro. A poca distancia de la base vio con sus gafas de visión nocturna un control del ejército hecho con bidones de gasolina y barreras móviles, a cargo de media docena de soldados que hablaban excitadamente. Se alejó y lo rodeó a distancia prudencial para no ser visto y para retomar de nuevo más adelante una ruta paralela a la carretera, que estaba oscura y solitaria salvo en los escasos momentos en que vio circular a algún vehículo que iba a toda velocidad y que parecía proceder de la base. Entonces se tumbaba en el suelo y solo continuaba su marcha cuando regresaba la tranquilidad a la carretera, dando gracias a los cielos por la oscuridad de la noche.

En la mente de Yaakov se mezclaban en terrible confusión imágenes de sus compañeros muertos, de su amigo Ariel dirigiendo la salida suicida hacia los helicópteros, de los aparatos ardiendo, de la perplejidad de un Uri que le preguntaba «¿Por qué ellos sí y yo, no?», antes de

caer él mismo con una bala entre los ojos, de los soldados sirios disparando enloquecidos, de su mujer Sara y de su pequeño David a los que no estaba seguro de poder volver a ver… Eran pensamientos tristes, los primeros, mientras que los segundos daban fuerza a sus piernas y alas a sus pies. Tenía que regresar, tenía que regresar por su mujer y por su hijo, no hacerlo, simplemente, no era una opción.

Hasta que en un cruce de caminos se topó con un caserón rodeado por una tapia, con un gran portón de entrada cerrado y con un letrero luminoso apagado, pero aún visible a pesar de lo oscuro de la noche: Sauna Suomi. También una lona que ondeaba con el aire se refería a unas obras en curso. Un nombre que le pareció extraño pero que no le decía nada, pues cuando Luna les había informado a Ariel Tov y a él mismo de los pormenores de la base que iban a atacar se había guardado mucho de explicar de dónde procedía esa información. Y es que los servicios de inteligencia nada protegen más que a sus propios informadores.

En Sauna Suomi, Asís, Rachid y los cuatro «montadores de *jacuzzis*» habían oído el fragor de batalla procedente de la zona donde se ubicaba la base de Al-Kiswah, pero ignoraban qué había pasado. Ellos habían cumplido con su trabajo informando al CNI en Beirut de cuanto habían podido averiguar sobre las obras en curso en la base, llegando a proporcionar planos detallados de las instalaciones y del propio búnker, y luego habían informado también del inusual aumento de tráfico de vehículos hacia la base el mismo día 13. Pero ignoraban qué había pasado luego y a qué se debían las explosiones que se escucharon con bastante claridad a pesar de los cuatro kilómetros de distancia que les separaban. Suponían que los israelíes la habían bombardeado nuevamente y sería la tercera vez. Pero acercarse esa noche para ver lo que había pasado hubiera sido muy peligroso.

Asís y Rachid, con el corazón en un puño, decidieron esperar y así se lo dijeron a los «instaladores» de los *jacuzzis* que para entonces habían terminado el sencillo trabajo de conectarlos a las fuentes de electricidad, de agua y de desagüe, no sin antes advertir sobre sus serias dudas de que la potencia del flujo de agua que recibía Sauna Suomi fuera capaz de hacerlos funcionar adecuadamente. Pensaban que no, pero las pruebas quedaron para el día siguiente. Y esas pruebas nunca se hicieron porque esa misma noche recibieron instrucciones urgentes por una pequeña radio que llevaban, para regresar al Líbano sin perder ni un minuto y sin mayores explicaciones sobre los motivos de este cambio de planes. Se les decía que podrían llevar con ellos a Asís si así lo solicitaba, pero él, sin instrucciones de Miguel, no veía la necesidad de huir pues, en principio, nadie debería vincularle con la base bombardeada. Y tampoco quería dejar atrás a Rachid, cuya evacuación nadie había mencionado. Pero Asís no se engañaba, lo de Miguel y Rachid, siendo cierto, era una excusa para no marcharse. La razón de fondo por la que ni se lo planteaba se llamaba Amal y estaba en Damasco, a solo unos pocos kilómetros de distancia. De ninguna forma Asís iba a dejarla atrás, ahora que la había recuperado. Disciplinados como eran, los cuatro «instaladores» no hicieron más preguntas, recogieron rápidamente las herramientas, se despidieron y con su camión, el recibo del trabajo realizado y un fajo de billetes para los gendarmes, lograron atravesar la frontera con el Líbano sin problemas muy poco después de la medianoche.

Desde su escondite en las sombras, Yaakov vio abrirse el portón de Sauna Suomi para dejar salir a un camión con grúa, que tomó el camino de Damasco, dejando atrás un caserón donde no se veían luces encendidas. Pensando que la casa estaría vacía, que en ella podría encontrar ropa y quizás incluso un vehículo, o al menos esconderse y descansar un rato mientras ponía en orden sus confusas ideas, dejó pasar treinta minutos que se le hicieron eternos y luego encaminó sus

pasos hacia el edificio oscuro y silencioso. Cerca del muro se detuvo unos instantes y como no oyó ruido alguno se animó a saltarlo en silencio. Ya dentro y con la pistola en la mano, no había dado cuatro pasos cuando sintió algo duro, muy duro y muy frío apoyarse en su nuca mientras una voz le ordenaba tirarse al suelo con las manos extendidas hacia delante. «No, a mí no me cogen vivo, pensó». Trató de revolverse y ya no pensó más porque un golpe fuerte y seco en la cabeza le hizo perder el sentido. Rachid no quería sorpresas de ningún tipo y menos aquella entrada furtiva, que pudo observar desde la ventana de su despacho mientras pensaba qué rayos podía haber pasado en la base para explicar el cambio en los planes de los «instaladores», un cambio que no le había dado buena espina. Cuando Yaakov despertó con ayuda de un cubo de agua fría sobre el rostro, estaba extendido en el suelo y atado como una longaniza, con un dolor terrible en el lado derecho de la cabeza y con dos hombres que le miraban expectantes y en silencio.

31. Un aullido de pena

La imaginación es la madre del miedo y Yaakov lo sintió en aquel momento, envidiando a los animales que carecen de ella pues es tan solo atributo humano. Lo iban a matar y lo peor era que iba a morir en aquel cuartucho que apenas podía ver, y que nadie lo sabría. A diferencia de sus camaradas que habían caído frente al enemigo y con las armas en la mano, como se supone que deben hacer los soldados, a él le iban a degollar como a un cordero en la fiesta del Aid y no volvería a ver nunca a Sara y al pequeño David, no le vería crecer y hacerse un hombre, y eso le parecía lo más insoportable. Tampoco ellos sabrían nunca qué le había pasado y eso tampoco era fácil de aceptar. La cabeza le retumbaba y tenía dificultades para concentrar la mirada en los dos individuos que le miraban en silencio en un ambiente con poca luz. Y como también es cierto que hay que tener miedo para tener esperanza se animó a decir: «¿Quiénes sois?». Utilizó con naturalidad el árabe clásico que sabía y que pronunciaba con acento extranjero, pues lo había aprendido de niño con sus padres junto al habitual dialecto coloquial marroquí, el dariya, que era la lengua que aún habitualmente usaban en familia junto con el ladino.

Los dos hombres intercambiaron una rápida mirada y el más bajo, que se apoyaba en la muleta con la que probablemente le habían golpeado, dijo con sequedad:

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros. ¿Quién eres tú y qué haces aquí?

Yaakov sabía que esa noche acabaría hablando y que era cuestión de tiempo y de violencia que lo hiciera más pronto o más tarde. Pero siguió callado, como esperando ganar algo de tiempo sin saber muy bien para qué porque la partida estaba ya perdida.

Se encontró con la mirada dura de Rachid que con voz seca le espetó:

—Mira, no nos hagas perder tiempo, tus pantalones y tus botas te delatan. —Se detuvo un momento antes de proseguir con una sonrisa irónica—: Por no hablar de la documentación que llevabas en el bolsillo. O la pistola, que de bien poco te ha servido.

Yaakov decidió entonces decir lo que podía como soldado: su nombre y su rango.

—Yaakov Yalon. Teniente de las Fuerzas de Defensa de Israel.

Eso ya lo sabían sus interlocutores, que le seguían mirando desde arriba:

—Eso solo responde a la mitad de mi pregunta. Te falta por responder la otra mitad, ¿qué haces aquí? —dijo Rachid.

Yaakov sabía que esa era una información que toda Siria tendría el día siguiente y pensó que adelantarla unas horas tampoco iba a cambiar nada. Tenía que librarse del temor que sentía para poder pensar con frialdad.

—He participado en una operación sobre la base de Al-Kiswah que no ha salido bien —respondió lacónicamente.

—¿Qué significa que no ha salido bien? ¿No habéis bombardeado Al-Kiswah? ¿Te han derribado?

Eran muchas las preguntas que se agolpaban en la mente de Asís, que comenzaba a darse cuenta de que las cosas no habían salido como los israelíes habían planeado y que ellos se podían haber metido en un buen lío.

El teniente israelí no contestó directamente:

—Os he dado mi nombre y mi graduación. Las leyes de la guerra no me obligan a más.

—No seas gilipollas. Yo no estoy en guerra ni soy soldado y mi amigo tampoco —cortó Rachid—, así que no me obliga ninguna puta ley y si no nos dices lo que ha pasado te entregamos a los *mujabarats* para que se lo cuentes todo a ellos. Te garantizo que te harán cantar más que en una ópera. Y aquí paz y después gloria. Nosotros quedaremos como Dios, pero no me parece que sea una buena opción para ti.

—No era un bombardeo —dijo el teniente israelí—, sino un intento de tomar como rehenes a toda la plana mayor iraní y cuando hemos aterrizado junto a la base nos han tendido una emboscada. Una masacre.

Ambos hombres se miraron un momento y a una indicación de Asís salieron de la habitación.

Fue él el primero en hablar:

—¡Rehenes! ¡Qué cabrones! Y encima la cagan y nos dejan aquí con este embolado… —Él esperaba un bombardeo como otras veces, quizás con más precisión y aprovechando la reunión sobre la que ellos habían informado—. Pero ¡tomar de rehenes a los generales iraníes! ¡Como si se fueran a dejar, buenos son!

Rachid bajó la conversación a tierra con su sentido práctico:

—Este tipo nos va a traer problemas, es mejor hacerlo desaparecer cuanto antes, que nunca haya estado aquí.

—He hecho de todo en mi vida, pero nunca he matado a nadie a sangre fría y no lo voy a hacer ahora, porque yo seré lo que soy, pero también lo que libremente decido hacerme en mi día a día. Y yo no me quiero convertir en un asesino. Eso no entra en mis planes. Escucha, Rachid, nos guste o no, estamos metidos en esto hasta las cachas porque nos ha metido el CNI, que sabe Dios los arreglos que tendrá con el Mossad. Hemos hecho nuestro trabajo, hemos proporcionado la información que nos pedían sobre la actividad e incluso la arquitectura de la base para que luego esos mantas la hayan cagado, y solo es cuestión de tiempo que los *mujabarats* sumen dos y dos y lleguen a sus propias conclusiones, que no serán agradables para nosotros… Además, Sauna Suomi está muerta. Quemada. Carbonizada. *Finita*. La operación sobre Al-Kiswah, fuera cual fuera, ha fracasado. Nos lo acaba de decir ese muchacho y es solo cuestión de tiempo que los israelíes se venguen borrándola del mapa… lo de Cartago y Escipión se quedará chico para lo que harán aquí, pues si algo son los israelíes en cuestiones de seguridad es desproporcionados en sus reacciones… supongo que su pequeño tamaño les exige inspirar miedo en sus enemigos… Las chicas no están y no van a volver después de lo que ha pasado… —Asís vio una sombra de melancolía cruzar los ojos de Rachid. Le gustaba el trabajo a este cabrón, pensó, antes de proseguir—: No volverán porque Ilsegad trabaja para el Mossad y tampoco ella volverá ni las devolverá… Con seguridad, ni siquiera se llama Ilsegad y sabe Dios por dónde andará ahora… quizás en uno de esos hoteles de hielo que dicen que hay en Laponia… Y más vale así, porque sin la base cerca y sin sus soldados, este local en mitad de ningún sitio carece de sentido, cumplió con la función que se le encomendó y ya está. De modo que nada nos queda por hacer aquí y es mejor que nos marchemos antes de que lleguen los *mujabarats*, lo averigüen por sus propios medios y nos compliquen la vida a ti y a mí. Y ya sabes que son muy buenos en eso de complicar vidas ajenas… y también en terminar con ellas.

—Tenemos tres posibilidades con el teniente israelí —dijo Rachid con frialdad cuando Asís le dejó abrir la boca tras su larga perorata—. O le matamos y enterramos su cuerpo para que nadie lo encuentre, que es lo que me parece más seguro; o le dejamos en libertad para que se las

arregle, lo capturen y acabe denunciándonos por las buenas o por las malas y nos meta en un lío porque le hemos dejado ir en lugar de entregarle; o le llevamos con nosotros, procuramos ocultarlo hasta que las cosas se calmen e intentamos luego sacarle de Siria, que es lo más complicado. Entregarle a los *mujabarats*, que sería la cuarta opción, no la considero porque solo un gran hijo de puta haría una cosa así. Y tú y yo no lo somos. Sé que no te gusta, pero la primera opción me parece la que ofrece menos riesgos para nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero es un muchacho que obedece órdenes de gentes que le han metido en este lío desde la seguridad de sus despachos lejanos, y dejarle libre en estas condiciones es peor que matarlo porque no quiero pensar qué le harán cuando le cojan. Y es seguro que le acabarían cogiendo. Así que las opciones son solo dos: o le matamos nosotros de un tiro en la nuca y luego hacemos desaparecer el cuerpo, o le llevamos con nosotros. Solo dos. Y ya te he dicho que yo no soy un asesino, así que le llevaremos con nosotros y ya trataremos de sacarle del país cuando sea posible. Aquí no hay opciones buenas, sino opciones malas y opciones peores, los náufragos no pueden darse el lujo de elegir puerto. Si la operación ha salido mal es porque otros se han equivocado, pero nadie podrá decir nunca que nosotros no hicimos cuanto estuvo en nuestra mano. Hasta el final.

Había dignidad y orgullo en su mirada.

Una sonrisa irónica cruzó el rostro de Rachid.

—¡No me digas que a estas alturas te has convertido en un caballero andante! Asís, eso no es lo tuyo, no lo ha sido nunca, no te quieras engañar. Más bien creo que después del puticlub tratas de recuperar algo de crédito a los ojos de Amal… Pero tú eres el jefe y yo solo espero que no nos arrepintamos de esta decisión.

—Pues rápido —terminó Asís—, porque hay que salir de aquí cuanto antes. —Y mientras pensaba: «Sí, coño, este tío me ha calado, porque estoy convencido de que Amal hubiera decidido lo mismo».

Regresaron a la habitación donde Yaakov seguía atado y tumbado en el suelo. Sin ningún comentario, Rachid cortó sus ligaduras. Con el cuerpo entumecido y la cabeza estallándole aún, Yaakov se levantó con torpeza. «Ya está —pensó—, ya lo saben y ahora me llevarán a algún lugar para interrogarme a fondo. O para pegarme un tiro. Pero yo no voy a decir más, que lo averigüen por sus medios si es que pueden».

Pero, para su sorpresa, el hombre más alto extendió la mano hacia él y le dijo:

—Soy Asís García y estás entre amigos. —La cara del israelí traicionó la enorme sorpresa que sentía, ¿no le iban a matar como a un cordero?—. Ya te lo explicaremos luego, ahora no hay tiempo —prosiguió Asís—. Él es Rachid y lamenta el golpe que te ha dado. Ahora quítate cuanto antes esos pantalones y esas botas y las enterráis en el patio. Rachid, coloca encima los haces de leña para borrar las huellas. Yo te buscaré otra ropa. Y daos prisa porque hay que salir de aquí cagando leches.

Todavía sin entender bien lo que ocurría, Yaakov Yalon acertó a decir que una perra del ejercito de Israel le había seguido hasta el portón y debía estar esperándole fuera. No dio las gracias ni se planteó los riesgos del futuro que ahora comenzaba, solo se acordó de Sheela mientras se enfundaba la ropa que le tendía Asís. Juntos salieron a buscarla.

—A ti no te podemos llevar —dijo Rachid, mirando con pena a la perra—, pero tampoco podemos dejar este rastro. —Y sacó la pistola.

Iba a dispararle en la cabeza cuando intervino Asís:

—No creo que sea necesario. Quítale el collar para no dejar pistas y déjala en libertad, sabrá

buscarse la vida.

Cerraron el portón de Sauna Suomi detrás de ellos dejando a la perra fuera y emprendieron en dos coches el camino oscuro hacia Damasco por una carretera desierta antes de la madrugada. Puede que los perros no tengan imaginación, pero saben cuándo los abandonan, a veces mejor que los humanos, y un aullido de tristeza fue lo último que oyeron mientras se alejaban entre una nube de polvo.

32. La madrugada

Eran pasadas las tres de la mañana cuando dos vehículos bastante baqueteados, como todos los que circulaban por malas carreteras en un país que hacía años que no los importaba, entraban en Damasco por la comarcal número 7. En uno iba Asís al volante y el de detrás lo conducía Rachid, ayudándose de una prótesis, con Yaakov a su lado. Asís detuvo su coche cerca de su domicilio, lo aparcó correctamente en un lugar autorizado, lo cerró y se dirigió despreocupadamente hacia la entrada del edificio donde estaba su apartamento. Su intención era aparentar un regreso tardío a casa tras una noche de copas, algo no demasiado inhabitual, por si algún vecino insomne le veía. Rachid también se detuvo a unos doscientos metros de distancia y apagó las luces sin que nadie descendiera del vehículo.

Tan pronto como cruzó la puerta, su aire despreocupado se tornó en tenso y de forma apresurada subió a su piso y recogió la documentación, algunas libras sirias y un fajo de veinte mil dólares en billetes que escondía en un bote de la cocina porque los bancos no eran de fiar, y una bolsa de deporte en la que metió algo de ropa. Luego sacó a la ventana la maceta con geranios blancos para enviar un mensaje a Miguel (o, con más precisión, a su hombre en Damasco) de que le esperaría un correo en el lugar escondido habitual y bajó. Ya en la acera, se dirigió sin prisa hacia el final de la calle donde a la vuelta de la esquina le esperaba el coche de Rachid, que arrancó a continuación.

Desde allí se acercaron a casa de Amal. Fue nuevamente Asís quien descendió del vehículo y se encaminó al piso que ella habitaba. Si algún vecino cotilla le veía pensaría que, bueno, vaya sorpresa, quién lo diría, el viejo novio regresa tras un tiempo sin verle por aquí. Se habrán peleado y reconciliado o al menos vuelve para hacer las paces… O así lo suponía Asís mientras subía de dos en dos los escalones a un piso donde nadie le esperaba esa noche y menos a esas horas.

Llamó al timbre y tuvo que repetir la llamada, con riesgo de despertar a algún vecino si ella tenía el sueño muy pesado, cuando oyó el ruido que hacía la mirilla al levantarse, un contenido «Oh» de sorpresa y la puerta que por fin se abrió. Y allí estaba ella, con el pelo enmarañado, cara de sueño y un pijama de pantalón corto rosa con encajes que la hacía aún más sexy y deseable.

Asís le tapó la boca con la mano izquierda y la enlazó con la derecha para atraerla hacia sí. Su proximidad y su olor le hicieron desear besarla en aquel momento y estuvieron a punto de hacerle olvidar la razón de su visita. Pero se contuvo mientras le daba el mensaje conciso que había ensayado mientras subía las escaleras:

—Amor, nos han descubierto o nos van a descubrir en cualquier momento y tu relación conmigo y tu última visita a Sauna Suomi te comprometen muy directamente. Luego te lo cuento todo, pero no estás segura y no puedo dejarte aquí. Coge rápidamente lo que más necesites, documentos, dinero, y vámonos cuanto antes. Piensa que puede que nunca regreses. Rachid nos espera abajo con su coche. —Y a continuación no pudo más y abandonó su boca en el calor de sus labios carnosos y acogedores.

Cuando ella se deshizo del abrazo no hizo ningún comentario. Era una mujer inteligente y

había aceptado el riesgo cuando reanudó su relación y se enteró de lo que él y Rachid hacían en Sauna Suomi. Lo que ahora sucedía era una consecuencia de una decisión libremente asumida y no se arrepentía. Se dirigió al dormitorio y recogió sus cosas ante la mirada atenta y enamorada de Asís, que no le dio permiso ni para una ducha rápida. Se vistió y no tardaron mucho en bajar juntos la escalera con él cargando una bolsa de mano mientras procuraban hacer el menor ruido posible.

La tercera parada, y ya eran casi las cinco de la madrugada, fue en casa de los padres de Asís —a los que no había visto en un par de semanas—, para advertirles de que escaparan porque sabía que los *mujabarats* les culparían también a ellos de lo ocurrido, aunque no hubieran tenido nada que ver. Al llegar, Rachid detuvo el coche junto a la puerta de una modesta casita de dos plantas rodeada de un pequeño y cuidado jardín y Asís descendió y tuvo que llamar a la puerta varias veces sonando una campana porque tardaron en abrir. No estaban en casa.

—A tu padre le llamaron del ministerio en Madrid para una reunión de algo y tu madre decidió irse con él y aprovechar para darse una vuelta por Málaga, y pasar unos días con su hermana a la que decía que no ha visto desde hacía años. Le hacía mucha ilusión el viaje. —Todo eso se lo dijo junto a la puerta, somnolienta y sorprendida, su vieja niñera, Latifa—. Pero pasa, hijo, no te quedes ahí con el relente de la noche.

Y entonces Asís recordó que su padre le había comentado algo sobre una reunión en la Dirección General de Asuntos Consulares del Ministerio de Asuntos Exteriores para hablar de los problemas que planteaba la concesión de nacionalidad española a los judíos sefarditas. O algo parecido, porque no le prestó mucha atención cuando se lo contó semanas antes.

—No tengo tiempo para entrar ni para explicarte nada, Latifa. Solo quiero que te vayas de aquí cuanto antes. Los *mujabarats* vendrán a buscarme y no será bueno que te encuentren. Vete a la embajada y refúgiate allí o vete al pueblo para darles tiempo a que se calmen un poco.

—No pienso ir a ningún lado. En el pueblo, que no he visitado en años, ya no me queda nadie, y en la embajada… ¿quién me va a recibir a mí? Y, además, yo no he hecho nada. —Latifa estaba mayor y achacosa, cansada, tenía la conciencia limpia y no tenía ganas de esconderse en ningún sitio. Ni edad para ir por ahí dando tumbos. Y además sabía que uno no se oculta de los *mujabarats*, o que no se oculta durante mucho tiempo.

—Sabes cómo son, Latifa. Si no me encuentran, descargarán su furia con cualquiera y no quiero que ese cualquiera seas tú.

—Tranquilo, hijo. No te preocupes por mí, que ya estoy vieja y no me harán nada. Solo quiero que me digas que tú no has hecho nada malo, algo de lo que tengas que avergonzarte, y así me quedaré también yo tranquila.

—Eso te lo juro, querida Latifa.

Sin decir nada, Amal se había acercado. Asís adoraba a su vieja niñera, y le había hablado de ella con frecuencia… con mucha más frecuencia que de su propia madre.

Latifa se volvió para mirarla y una sonrisa de satisfacción iluminó su cara llena de esas arrugas que certifican una vida vivida:

—Y ahora dime quién es esta belleza que te acompaña… —Y quitándose una cadena con una medallita de la mano de Fátima, hija del Profeta, se la colocó a Asís en el cuello—. Te protegerá, mi niño. Y a ti también, si eres buena con él. —A Amal le quedó claro que la relación entre Latifa y Asís era más de madre e hijo que otra cosa.

El tiempo corría y no podían detenerse allí más tiempo. Asís, con los ojos llenos de lágrimas, dio un apretado abrazo a su vieja niñera mientras ella elevaba los ojos al cielo pidiendo la

protección de Alá y del Profeta para su niño, y se metió con Amal en el coche que Rachid condujo ahora hacia su propia casa.

Aparcó cerca de la puerta y mientras él subía a su domicilio a recoger algunos enseres para luego ir a «ver a unos amigos que nos ayudarán a escapar», eso les dijo, los demás se quedaron en un parque cercano donde pasar desapercibidos para los primeros madrugadores. Allí, fingiendo dormir y sentados en bancos separados unos de otros procurarían no llamar la atención de las primeras mujeres que se dirigían a los hornos para cocer las hogazas de pan preparadas en casa y marcadas con una señal que permitía identificarlas luego. Y allí Asís aprovechó el tiempo para escribir a Miguel una nota explicando todo lo ocurrido y anunciando su marcha con Yaakov y con la ayuda de las Fuerzas Democráticas Sirias, como le había indicado Rachid que harían, con el objetivo inicial de poner tierra de por medio antes de que fuera demasiado tarde, pues preveía que antes o después —y más bien antes— se iba a organizar una persecución en toda regla. Al escribirlo se le vino a la cabeza una película que había visto de unos ingleses a caballo y rodeados de perros que perseguían a un zorro… y él era ese zorro. E inmediatamente la desechó porque a él no le cazarían. Dio como referencia en Alepo al superior del convento católico, un tal padre Matteo, como también le había dicho Rachid. Este había tomado el mando de la fuga, pues tenía los contactos que podían ayudar a que fuera un éxito. Después, mientras no lograba sacarse la idea del zorro de la cabeza, guardó la carta en el bolsillo a la espera de poder depositarla en el «buzón seguro» que utilizaba para sus comunicaciones con Miguel.

Luego esperaron todos a que Rachid regresara a buscarlos. Todo había sido decidido y preparado sobre la marcha, que es algo que los profesionales odian hacer porque solo eliminando el azar puede garantizarse el éxito y aquí había muchas cosas que podían salir mal. Y así se lo había repetido Miguel una y otra vez. «No te precipites nunca, piensa lo que vas a hacer, examina sus ventajas e inconvenientes, y deja siempre un camino de fuga expedito. No improvises porque te pillarán». Pero una cosa es la teoría y otra la práctica, y en este caso no había habido otra solución, salvo la descartada de huir Asís con los argentinos de los *jacuzzis* y dejar a los demás en la estacada, lo que no se le pasó en ningún momento por la cabeza. A partir de este momento, habría que jugar el balón como llegara, por alto o por bajo, con el pie derecho o con el izquierdo, y encima con el campo embarrado y sin poder preparar el disparo. Pero no había otra.

Fue un tiempo que Asís aprovechó también para explicar a Amal lo ocurrido y decirle que el mocetón silencioso que los acompañaba, como una especie de armario semoviente, era nada menos que un oficial israelí que había sobrevivido a la masacre y que había buscado refugio en Sauna Suomi. A pesar de las explicaciones recibidas, a Amal no le gustaba oír hablar del puticlub, ni mucho ni poco. Nada. Y como buena siria, sentía poca simpatía por los israelíes, y no lo ocultó en un primer momento, aparte de que su situación ya difícil se complicaba muchísimo más en esa compañía. Después de haber espiado desde Sauna Suomi, ayudar a huir a un enemigo israelí era la guinda del pastel que les colocaba a todos frente a un pelotón de ejecución si tenían mucha suerte, y ante refinadas torturas antes, si no la tenían. Y esto último era lo más probable, conociendo la forma de actuar de los *mujabarats*. Pero su reacción fue puramente instintiva y no duró nada, pues inmediatamente estuvo de acuerdo con el modo de actuar de Asís. Y no solo eso, sino que se mostró orgullosa de la decisión de su compañero.

—La vida hace extraños compañeros de cama —le dijo Amal a Yaakov, mientras extendía hacia él una mano franca y abierta—. Asís no pierde ocasión de sorprenderme y esta vez aplaudo sin reservas su decisión. Nunca pensé en participar en nada con un israelí y aquí estamos los dos.

—Y le miró con una sonrisa—: Le deseo suerte, teniente. Porque, a partir de ahora, nuestros destinos están unidos y vamos a tener que luchar juntos por la vida. —Amal sabía que, si el destino baraja las cartas, al final somos nosotros quienes las jugamos y estaba dispuesta a hacerlo con la mayor habilidad y hasta de farol y con órdagos si era necesario.

33. El rastreo

Él no durmió esa noche, en realidad nadie lo hizo en Al-Kiswah, pero mientras unos celebraban el éxito de una emboscada que solo había dejado tres víctimas mortales entre las propias filas, él vigilaba para que no se produjera ninguna sorpresa que pudiera aguar la fiesta. Y cuando a las cuatro de la mañana le avisaron de que en el relevo de la guardia no se habían presentado dos centinelas del perímetro de la base, supo que no se había equivocado.

El capitán del ejército sirio Ibrahim Kadiri era jefe de seguridad de Al-Kiswah. De estatura mediana, bien parecido, daba la impresión de ser más alto de lo que en realidad era por su costumbre de caminar siempre muy erguido, algo que había heredado de su padre, también militar y hombre con un sentido muy rígido de la disciplina. Su infancia no había sido feliz pues creció en un hogar desdichado por borracheras e infidelidades que con frecuencia hacían llorar a su madre y que habían logrado que él odiara al padre, cuya profesión, sin embargo, había seguido. Ibrahim era hombre de inteligencia aguda, solo empañada por su devoción por la familia gobernante de los Al-Assad con los que compartía religión alauita al igual que un 12 por ciento de la población siria y la mayoría de los cuadros del ejército. Los alauitas funcionaban como una secta de lealtades casi fanáticas, tan solo matizadas en el caso del capitán Kadiri por el convencimiento de que sus méritos y habilidades no obtenían el reconocimiento que merecían pues, al igual que el gallo que cree que el sol sale para oírle cantar, él pensaba que hacía ya tiempo que hubiera debido ascender a comandante y recibir un mando de tropa en lugar de estar destinado en una posición subalterna como era la de jefe de seguridad en una base dirigida por los aliados iraníes, siempre soberbios y desdeñosos como buenos persas, aun cuando intentaban ser amables. Esa frustración le daba un aire de resentimiento que no contribuía ni a la felicidad de su hogar, adonde llegaba siempre malhumorado, ni al aprecio de sus superiores que le consideraban un trepa insatisfecho, ni tampoco al respeto de sus inferiores que le temían por su severidad pero no le querían. Y eso solo aumentaba su frustración. Kadiri era un hombre solitario y amargado, de esos que no ven lo mucho que tienen sino lo poco que les falta y que no toman en cuenta los favores recibidos de la vida, sino que estaba convencido de que había una conspiración en su contra que impedía que el mundo reconociera su valía. Era a la vez un hombre insatisfecho, irascible y, en consecuencia, desgraciado.

En cuanto tuvo noticia de la falta de dos centinelas, Ibrahim Kadiri se dirigió personalmente hacia el perímetro oeste de la base, el que ellos vigilaban, y ya antes de llegar recibió la noticia del hallazgo de los dos cadáveres junto con el de un soldado israelí que nadie acertaba a explicar cómo había llegado hasta allí. Una rápida inspección ocular le convenció de hallarse ante un montaje —«Qué hijos de puta», pensó—, pues el israelí había muerto de un disparo de rifle hecho desde lejos que le había volado la cabeza, mientras los dos soldados sirios mostraban sendos disparos en la sien, uno, y en la frente, el otro, hechos con pistola y a muy corta distancia y aún se apreciaban restos de pólvora junto a las heridas. «¡Como si con esta puesta en escena me fueran a engañar!». No le fue difícil imaginar lo ocurrido y la conclusión obvia era que un segundo israelí, probablemente oculto entre los árboles cercanos al muro, había matado a los dos

sirios cuando estos se habían aproximado a ver a su presa. Y si eso era así, significaba que otro israelí, por lo menos, había logrado escapar de la trampa urdida por los iraníes. Si es que no eran más. Buscarlos y encontrarlos iba a ser el éxito que necesitaba para atraer la atención de sus superiores, conseguir el ascenso que merecía y obtener un destino de guerra con mando de tropas en lugar de estar pudriéndose en retaguardia a las órdenes de extranjeros. Era su oportunidad, la que llevaba tiempo esperando, los israelíes se la proporcionaban y no la iba a desperdiciar.

Lo primero que hizo fue ordenar una revisión exhaustiva del muro en el perímetro próximo al lugar de los hechos, tanto por dentro como por fuera, por suponer que el o los demás fugitivos lo habrían salvado por ahí, al ser una zona libre de vigilancia. Pero ese examen no ofreció ninguna información adicional que pudiera ayudarle en su pesquisa, por lo que apenas amanecía cuando al frente de una compañía de hombres insomnes comenzó a rastrear la zona que se extendía más allá del muro. Primero, en un radio de cincuenta metros y, luego, de cien. De forma sistemática, buscando huellas en la arena o cualquier objeto dejado o perdido por los fugitivos en su huida.

Y su búsqueda rindió el fruto deseado cuando a primera hora de la mañana los gritos de un soldado encaminaron sus pasos hacia la chaqueta de un oficial israelí con distintivos de teniente, oculta en una oquedad junto a unas matas y que unas piedras mal colocadas en la oscuridad de la noche no habían logrado tapar por completo. Kadiri había encontrado una pista y la iba a seguir con la tenacidad de un sabueso, consciente de que la impaciencia era la debilidad de muchos poderosos y no daba buenos resultados.

Y fue un perro adiestrado el que, con el olor de la chaqueta impregnado en el hocico, dirigió sus pasos de forma segura hacia la carretera, primero, y luego hacia Sauna Suomi, que era un lugar que él conocía bien por haberlo visitado en varias ocasiones en los últimos meses. Encontró el local cerrado y con la sola vecindad de una perra sin collar que deambulaba por el exterior como alma en pena, y que tuvo la virtud de prestar un último servicio a los huidos al distraer al perro que de forma tan decidida había guiado sus pasos hasta ese mismo momento.

Ibrahim Kadiri ordenó a sus hombres un registro minucioso del local, pero se dio cuenta de que estaban derrengados tras los preparativos para la emboscada, su éxito y la posterior búsqueda del superviviente. Llevaban cuarenta y ocho horas sin dormir y contra su voluntad se vio forzado a darles un par de horas de descanso para reponer fuerzas y dormir un poco. De ser por él habría seguido, aun cansado como también estaba, pero no tuvo más remedio que darles un corto reposo si quería que el registro se hiciera con un mínimo de rigurosidad y de eficacia. Él mismo se impuso dormir un rato para tener la cabeza clara y en sus sueños se mezclaron recuerdos placenteros de sus anteriores visitas a Sauna Suomi y de la serbia voluptuosa que le atendía habitualmente, se llamaba Senka y era rubia y alta, junto con la expectativa de deslumbrar a sus jefes con la detención del oficial israelí escapado de la matanza —sabía que por lo menos había uno y que era teniente— y cuya chaqueta ya obraba en su poder. «Joder, voy a agarrar a este hijo de puta y esto va a cambiar mi vida, que ya era hora. Ninguno de esos generales de despacho podrá negarme ahora el ascenso que merezco». Y mientras dormitaba, esos sueños alimentaban una media sonrisa que iluminaba su rostro habitualmente adusto, haciéndolo más cruel.

34. Luna

El desastre se había seguido en directo no solo desde el Ministerio de Defensa, donde estaba el primer ministro con los miembros del Gabinete Restringido, sino también desde el centro de control establecido en la base de Palmachim, desde donde se había lanzado la operación, con audios que llegaban desde los Chinook y con visuales enviados por el Sentinel. Y con el último y desesperado mensaje emitido desde la radio portátil de Uri Savir. A la incredulidad inicial, reforzada por un silencio largo, espeso y abatido, siguió el aullido de dolor por los compañeros muertos y el deseo de revancha inmediata. Los allí presentes habían envidiado a los escogidos para la Operación Garra de Acero porque hubieran querido ir ellos, y ahora lloraban sus muertes y querían vengarlos arrasando Al-Kiswah, borrando esa maldita base de la faz de la tierra.

Luna se sentía culpable directa del desastre. El éxito habría sido muy disputado y habría tenido que compartirlo con muchos ansiosos de colgarse medallas, pero ella sabía que el fracaso era solo suyo porque suya había sido la idea y la planificación de la operación, y suyo el error de no haber visto la trampa que los iraníes tendían y en la que había caído ella y también los soldados que ella había enviado a la muerte en una encerrona sin escapatoria posible. Y sabía muy bien que desde los tiempos de la antigua Roma el destino era implacable con los vencidos. «*Vae victis*» y todo aquello. Era la ley y lo sabía. Su iniciativa había conducido al Mossad al peor fracaso de su historia y a Israel a un ridículo internacional, lo suyo había sido un fiasco sin excusa y se sentía sola y abandonada por todos los que solo una hora antes la felicitaban por la operación que ella había imaginado. Lo veía en las caras de los que con ella habían seguido en Palmachim su desarrollo y su fracaso, lo veía en sus miradas incómodas y furtivas y lo oía en sus silencios atronadores. Era como si su epidermis pudiera captar las ondas y flujos que emitían los cuerpos de quienes la rodeaban y evitaban hablar con ella. No querían verla.

Se sentía apestada. ¿Dónde había fallado? ¿Cómo no había visto que la estaban engañando? Como directora de operaciones, le había llegado la información sobre el previsto encuentro del alto mando iraní y ella había planeado e insistido para que sus superiores, incluido Avi Mofaz y el propio primer ministro, aprobaran la Operación Garra de Acero, que ella misma había supervisado en todos sus detalles, sin ser capaz de detectar la trampa que le habían tendido los odiados *pasdaranes* y en la que los suyos habían caído ingenuamente. ¿O era su propia obsesión la que le había impedido ver algunos indicios que quizás podrían haber apuntado a una encerrona? ¿Le había cegado su sed de venganza, el odio que sentía hacia quienes habían matado a su padre, a su marido y a su hijo y habían convertido su vida en un infierno? Si así fuera, su equivocación la habían pagado cara, muy cara, nada menos que con su vida, una treintena de chicos jóvenes con todo un futuro por delante, familias destrozadas, material perdido valorado en millones de shékels, un fracaso reputacional para el ejército de Israel y un ridículo internacional sonoro para su país. Y, por si fuera poco, un triunfo para sus enemigos, que no dejarían de airearlo por todo el mundo. La operación sobre Al-Kiswah había sido idea suya y su criatura y ahora también era suyo el fracaso.

Myriam no se escondía ni buscaba engañarse. Había tenido la oportunidad que había soñado

durante años y la había desperdiciado. El motor de su vida había sido el odio hacia quienes habían truncado su existencia en plena juventud y ahora solo le quedaba la vergüenza de la derrota, la amargura del ridículo y la soledad del fracaso y sabía que así no podría vivir porque su vida no había tenido otra motivación que la venganza desde aquel día ya lejano en el que supo que su padre había muerto en una prisión de la VEVAK, y aquellos asesinos la habían obligado a cooperar con la promesa de velar por su bienestar cuando ya estaba muerto. La habían engañado desde el primer día. Y todavía les odió más cuando se negó a seguir cooperando con ellos y la propia VEVAK le puso bajo el coche la bomba lapa que acabó a la vez con la vida de su marido, con la del hijo que esperaba y con sus ganas de vivir. Y que también le destrozó la cara, ganándole el apodo de Luna —por los cráteres— que se había convertido luego en su nombre de guerra cuando ingresó en el Mossad.

Y el Mossad había visto un potencial útil en aquella muchacha iraní de religión judía que le fue presentada por el FBI y que estaba sola en el mundo, sin más compañeros que el odio y el deseo de venganza que la consumían por dentro sin dejar espacio para nada más. De carácter hosco y temperamental, solitaria y taciturna, sin amigos ni ganas de hacerlos, su vida tenía más días nublados que soleados. Por eso ella se concentró en cuerpo y alma en un trabajo al que dedicaba todo su tiempo sin conocer ni querer vacaciones o días de fiesta. Se vetó el amor porque se le había secado la fuente del querer y ni siquiera amigos se permitía. Solo vivía para vengarse. Y como el presente se gesta en el pasado y lo que ahora pasa tiene causas anteriores, en el Mossad comenzó como analista de inteligencia especializada en Irán, y por su dedicación y competencia poco a poco fue escalando posiciones hasta llegar, al cabo de los años y de mucho trabajo, a hacerse cargo de la poderosa dirección de operaciones en la que se ganó el respeto de sus superiores y eso le permitió un día planear la operación sobre la base de Al-Kiswah y «vendérsela» a su director. Y la habían engañado de arriba abajo, los iraníes la habían vuelto a engañar, como ya la engañaron en su juventud con la vida de su padre. Se había equivocado, su criatura había resultado un engendro y el coste le resultaba insoportable.

Cuando uno vive para el odio y para la venganza, el fracaso de la segunda no extingue el primero que, por el contrario, crece aún más, dominado por la rabia, y se convierte en un odio sin esperanza al despojarse de la posibilidad de verse satisfecho. Es entonces un odio frío que ya no sirve para alimentar la vida sino solo para aumentar la propia desesperación de vivir. Luna no había tenido un momento de felicidad en todos estos años, incluso se lo había prohibido como algo obsceno, había dedicado su vida a trabajar al límite de sus fuerzas, noche y día, y lo había soportado todo con la esperanza de ver un día al enemigo arrodillado a sus pies. Y en lugar de eso, era ella y no otro quien le había proporcionado a ese odiado enemigo la posibilidad de anotarse un triunfo y de bailar ellos, los enemigos, sobre los cadáveres de unos muchachos a los que ella había enviado a la muerte. No se lo podría perdonar nunca.

Por eso cuando regresó a su apartamento de Jerusalén, ya la madrugada avanzada, se sentó en la cama y abrió el cajón de la mesilla de noche para sacar la pistola, envuelta en una gamuza. Junto a ella había un viejo estuche que distrajo un momento su atención pues en él guardaba el collar que había sido de su madre y que su padre había conseguido hacerle llegar antes de ser asesinado, el collar que había lucido, feliz, el día ya tan lejano de su boda. Abrió el estuche, lo sacó y lo miró largo rato mientras con los dedos pasaba sus cuentas de oro, coral y aguamarinas y una lágrima, una sola, resbalaba por su mejilla rugosa y llena de cicatrices. Luego lo guardó de nuevo, cerró el estuche, lo dejó en el cajón de donde lo había sacado minutos antes y despacio, sin prisa, pero sin dudas, se metió en la boca el frío cañón de su Glock y se pegó un tiro en la

cabeza. Porque pensaba que la vida ya no tenía sentido, que la esperanza de la muerte era más dulce que la desesperanza que impregnaba su vida, y que, a fin de cuentas, la muerte paga todas las deudas y le daría la paz que desesperadamente buscaba desde hacía muchos años.

No es seguro que conociera la frase de Séneca de que «Es morir bien, morir voluntariamente», pero al final ambos la predicaron con el ejemplo. Sin dejar ninguna explicación, ninguna nota, ninguna carta porque a nadie tenía y lo que menos le importaba era lo que pensaran los demás, eso era algo que hacía ya años que le traía completamente sin cuidado. Por eso no le tembló el pulso al apretar el gatillo. Poco importaba ya un cráter más en aquella cara destrozada y que había aprendido a acabar queriendo porque cada día, al mirarse en el espejo, le recordaba la razón de su existencia y le confirmaba en su convicción de que, en realidad, ella ya estaba muerta desde hacía muchos años. No era ninguna novedad, pensó con tristeza. Era la muerte de la esperanza, esa esperanza en la venganza, la que ahora desaparecía definitivamente y por eso le parecía normal que también ella desapareciera al mismo tiempo. Porque era esa esperanza la única razón por la que había vivido todos estos años. No sentía morir, pues era la vida la que ya le resultaba insoportable, pero le irritaba, y mucho, haber fracasado. De ahí que le pareciera una paradoja que le resultara desagradable el sabor del frío acero que la iba a liberar de la pesadilla en que se había convertido su vida. Y ese sabor frío fue lo último que sintió.

35. Las reacciones

Al día siguiente no se hablaba en toda Siria de otra cosa que de la «derrota» que las tropas del régimen de Bachar al-Assad habían infligido a los israelíes. El ministro de Defensa Fahd al-Bustan fue felicitado por el presidente y condecorado en una ceremonia que recogieron los telediarios locales. Sobraban ditirambos y aplausos y no se mencionaba en ningún momento a los iraníes de la Fuerza Al-Quds que habían urdido la trampa. Exactamente lo contrario de lo que se decía en Irán, donde se reclamaba el éxito de la operación urdida por los Guardianes de la Revolución Islámica contra «el enemigo sionista». En Teherán nadie mencionaba a los sirios.

En el cuartel general de los *pasdararnes* en Ahvaz, un coronel que asistía a la reunión del Estado Mayor se atrevió a comentar: «Si el Profeta, la paz le acompañe, no lo hubiera prohibido, hoy sería el día para descorchar una botella de champán». En un ambiente de fanatismo poco propicio a las bromas, como son todas las religiones en distinto grado, un comentario de este tipo le podría haber costado caro. Pero este día pasó por alto, todo parecía estar permitido pues por vez primera los iraníes habían engañado y derrotado a los israelíes, les habían hecho caer en una trampa y eso había que celebrarlo. Teherán no había recibido imágenes aéreas como Israel porque no tenía drones sobrevolando su propia base, pero las películas y fotografías de los helicópteros destrozados y de las hileras de cadáveres enemigos cuidadosamente alineados delante de restos de hierro calcinado eran una formidable baza de propaganda tanto en el interior como en el exterior. En el interior, porque lo ocurrido favorecía al ala más radical, la de los *pasdaranes*, que salían muy reforzados frente a sus críticos del mismo Gobierno de Rohaní que ahora entenderían que la fuerza y no la sumisión es lo que hace ganarse el respeto internacional, particularmente cuando Donald Trump no ocultaba su designio de impulsar un cambio de régimen ampliando las sanciones económicas y comerciales a Irán. El éxito de Al-Kiswah también les reforzaba en el frente internacional donde unos árabes derrotados una y otra vez por los israelíes no dejarían de sentirse impresionados por su humillación pública, por más que les molestara que lo hubieran logrado los líderes del mundo chiíta… que ni siquiera eran árabes sino persas. Y por eso la maquinaria propagandística de la República Islámica se puso a funcionar a toda potencia para dar a conocer al mundo entero la derrota de las «fuerzas agresoras» de Israel. Porque esa era otra ironía, en este caso ellos habían sido los atacados, ellos eran los «inocentes agredidos».

También en la sede de la Fuerza Al-Quds, situada en un ala de la que había sido embajada norteamericana en Teherán, había una alegría contenida pero no menos real. Ellos habían ideado la trampa y ellos la habían cerrado con éxito sobre el odiado enemigo israelí. Pero aquí la alegría se exteriorizaba menos porque sabían que Israel no iba a dejar pasar esta derrota sin una dura, muy dura, respuesta… que con certeza caería sobre sus efectivos en Siria pues, a pesar de todas las bravatas de Tel Aviv, estaban convencidos de que, al margen de dificultades logísticas evidentes, los norteamericanos no les dejarían atacar instalaciones sensibles en territorio iraní como podrían ser aeropuertos o terminales petrolíferas. Por eso se dieron instrucciones inmediatas (por una cifra nueva que esperaban que Israel tardara todavía un tiempo en romper)

para adoptar todas las precauciones necesarias de ocultamiento y dispersión de efectivos hasta nueva orden, aun siendo muy conscientes de la imposibilidad de mover depósitos de armas y municiones y de que sus instalaciones en Siria eran «patos sentados» (como dicen los americanos), objetivos casi totalmente indefensos ante los ataques que sin duda recibirían.

Por eso, mientras las televisiones recogían las escalofriantes imágenes de la cuarentena de cuerpos de soldados israelíes (entre comandos y dotaciones) extendidos en el suelo delante de los restos de los helicópteros en un cruel despliegue de propaganda obscena e inhumana, el ministro de Asuntos Exteriores iraní Mohamed Javad Zarif se trasladó con el mayor secreto a Moscú para explicarle lo ocurrido a su colega Serguéi Lavrov y pedir la ayuda rusa ante la previsible reacción de Israel, que se esperaba muy fuerte de acuerdo con las costumbres del Estado hebreo. Putin recibió con agrado esta petición para tratar de rebajar la tensión y no elevar el nivel de la confrontación, pues nada le podía gustar más que se reconociera su capacidad de influencia en Oriente Medio, ya que, a fin de cuentas, Rusia era el único país que mantenía comunicaciones fluidas con todas y cada una de las demás potencias que intervenían en el conflicto sirio, desde los norteamericanos e israelíes a turcos, kurdos, libaneses e iraníes, además de las petro-monarquías del Golfo. Con todos. Zarif sabía que Lavrov se implicaría porque hacerlo le convenía también a Moscú, pero no era tan ingenuo como para pensar que su gestión con americanos e israelíes iba a ser fácil o iba a dar resultados fiables.

En el lado israelí, el Gabinete Restringido se reunió por vez primera en el Centro Nacional de Gestión de Crisis, excavado debajo de un amplio complejo ministerial en Jerusalén. Se trata de un enorme búnker subterráneo a prueba de misiles y de bombas químicas o bacteriológicas y, quizás, también a prueba de ataques nucleares, aunque esto estaba menos claro para algunos de sus huéspedes. El refugio es conocido en medios gubernamentales con un nombre de resonancias bíblicas, «el búnker del Juicio Final» y dispone de habitaciones, baños, comedores… y también de despensa, por si se produjera una situación que exigiera su aislamiento durante algún tiempo. Otra ventaja es que los móviles no funcionan en aquellas profundidades entre tanto hormigón y eso era importante en aquellas circunstancias porque Israel es conocido como el país en el que es más difícil guardar un secreto… entre otras razones, porque son los propios ministros, frecuentemente enfrentados entre sí, los que lo acaban contando todo. Es una consecuencia indeseada de un Parlamento atomizado y de gobiernos de coalición abigarrados e integrados por partidos con intereses y agendas muy diferentes. Y eso era algo que no lo solucionaba ni el hormigón.

El ambiente no podía ser más deprimente y los reproches no tardaron en hacerse sentir, particularmente entre el ministro de Defensa y las agencias de inteligencia. Saúl Patinkin estaba fuera de sí:

—Mis hombres, sí, mis hombres han caído no por falta de bravura o de preparación. Yo mismo supervisé sus ejercicios y les despedí en Palmachim. Su preparación era excelente, si han caído es porque les han tendido una trampa y si eso ha sido posible es por un fallo grave de inteligencia y de eso, señores, de eso son ustedes los responsables.

Y señalaba con la mano temblorosa por la rabia a los dirigentes del Mossad y del Shin Bet o Shabak, que estaban visiblemente incómodos. Porque lo que decía Patinkin era la verdad pura y dura, esa verdad que duele mucho tener que escuchar.

Patinkin, un halcón en un gobierno de halcones, quería cabezas, exigía explicaciones y también le pedía al primer ministro autorización para «una acción de represalia» a tono con la afrenta recibida «y que les quite de una vez para siempre a esos hijos de puta las ganas de

vérselas con nosotros». Estaba rabioso y muy agitado y sus palabras fueron acogidas con murmullos de aprobación por los presentes, mostrando así lo caldeado que estaba el ambiente.

Netanyahu estaba furioso consigo mismo porque era consciente de que el espejismo de Entebbe le había engañado. O se había dejado engañar y eso era también culpa suya, aunque no la reconociera en público. Y no quería errar de nuevo por actuar con precipitación. Le consumía la ira, pero no perdió su proverbial capacidad para el raciocinio frío.

—Todo a su tiempo. Habrá represalias sin duda alguna, pero antes, lo más inmediato, nuestra máxima prioridad es recuperar los cadáveres de nuestros bravos soldados que no pueden seguir expuestos al sol para esos cuervos de la prensa internacional.

A Bibi le había dolido especialmente la «pérdida de cara», la humillación pública orquestada por los iraníes. Al fin y al cabo, un líder ultraconservador y apoyado por partidos nacionalistas y religiosos puede parecer muchas cosas, pero la imagen de debilidad es la que le hace más daño. Bibi lo sabía, la debilidad nunca se había contado entre sus defectos y tampoco ahora sería débil.

La dura mirada del primer ministro se posó entonces sobre Avi Mofaz, director del Mossad, como invitándole a dar explicaciones. Tras un ligero carraspeo que revelaba su incomodidad, Mofaz informó con una voz que no podía evitar un cierto temblor del mensaje recibido desde dentro de la base que daba a entender que había dos supervivientes en fuga, el teniente Yaakov Yalon y el soldado Uri Savir. Pero esa información no coincidía con el número de cadáveres mostrados por la televisión, lo que hacía pensar que al menos uno de los fugados habría muerto. También informó del suicidio esa misma madrugada de la directora de operaciones que había planeado el raid y que no suscitó ningún comentario, como si los presentes pensaran que lo merecía y que era una lástima que no hubiera tomado antes esa decisión. El fracaso es muy duro y muy solitario. E inhumano.

Bibi retomó la palabra con tono autoritario:

—Quiero un análisis exhaustivo de las fotos que han distribuido los iraníes y una identificación de los fallecidos en la medida que el estado de los cuerpos lo permita. Porque nos falta uno, no coincide el número de desaparecidos con los cadáveres mostrados a la prensa. Falta uno. ¿Está detenido? ¿Está muerto? ¿Ha logrado escapar? Es necesario saberlo. Y si aún está vivo tenemos que traerlo a casa. Esa es ahora nuestra prioridad. Estamos ante un desastre sin paliativos. Cuando tengamos toda la información y, sobre todo, cuando los tengamos a todos —y recalcó ese todos— en casa y hayamos honrado el sacrificio de los fallecidos, pensaremos en la respuesta adecuada y les aseguro que será muy dura. —Su tono era gélido—. El ministro de Defensa puede comenzar a pensar en opciones. Pero para eso habrá tiempo. Mientras tanto, señores, quiero un informe detallado de los errores que se han cometido y que nos han llevado a esta tragedia y lo quiero para ayer. —Su puño derecho golpeó con fuerza la mesa en medio de un gélido silencio, allí nadie osaba ni pestañear.

Los directores del Mossad y del Shabak bajaron los ojos avergonzados porque sabían que al final allí iban a rodar cabezas y había muchísimas posibilidades de que esas cabezas fueran las suyas porque Patinkin, el otro candidato a la destitución, estaba protegido por su condición de líder de un partido integrado en la coalición de Gobierno. Avi Mofaz asumió entonces su responsabilidad, «Mejor irme a que me echen», y puso sobre la mesa del primer ministro su dimisión, que no le fue aceptada. «Ahora no, ahora la prioridad es terminar esto en los términos que les he dicho. Y luego ya hablaremos». Bibi no quería un escándalo que diera alas a sus rivales en política interna junto al ridículo internacional.

Tras la reunión, el ministro israelí de Asuntos Exteriores hizo una llamada pública y genérica

a la devolución inmediata «por razones humanitarias» de los cuerpos de sus soldados abatidos en Siria, mientras discretamente convocaba a los embajadores de Rusia y de los Estados Unidos para que procuraran acelerar esa repatriación intercediendo con firmeza ante sirios e iraníes, pues la opinión pública israelí, muy afectada por el fracaso, reaccionaba con creciente indignación a la impúdica exhibición pública de los cadáveres de sus muchachos ante turbas que les insultaban y que mostraban las televisiones de todo el mundo. Era imperativo poner fin a aquello cuanto antes.

36. La huida

Ya hacía un rato que había amanecido cuando Rachid apareció por el parque donde esperaban con impaciencia sus compañeros de fuga. Junto a él caminaba un hombre joven que los miró sin decir una palabra. Con una leve indicación de cabeza, Rachid le presentó como «Ahmed, un compañero que nos ayudará en la fuga», y a continuación dio instrucciones de seguirle por separado, sin formar grupo, y manteniendo una distancia entre ellos no inferior a treinta metros hasta llegar a un coche Samand de color beige, un modelo iraní muy popular que se fabrica en Siria y que estaba aparcado en una calle próxima. Amal y Yaakov subieron con Ahmed y el coche arrancó entre nubes de espeso humo negro, mientras Rachid continuaba con Asís calle abajo como si aquello no les concerniera. De nuevo, un par de calles más lejos, Rachid indicó una moto Guzzi destartalada y con ella marcharon ambos sin casco, que en Siria no es obligatorio, y con más petardeo que potencia.

Asís tenía que pasar por el último buzón seguro que le había señalado Miguel para casos de suma urgencia, un escondrijo situado entre un par de adoquines sueltos y ocultos tras una bajante de un edificio en una calle poco frecuentada, en el que dejó el mensaje que había escrito en el mismo parque y que alguien haría llegar a Beirut por un procedimiento que él desconocía porque Miguel le había dicho que no era asunto de su incumbencia. Y él no había insistido porque empezaba a comprender que en el oficio de espía puede ser tan útil no saber ciertas cosas como saber otras. En cierta ocasión Miguel le había dicho: «Mira, chico, yo hay cosas que sé que sé, cosas que sé que no sé, y cosas que ni siquiera sé que no sé. Y tan importante como saber algunas es ignorar otras porque saberlas solo te puede traer problemas». Y él había tomado nota.

En el mensaje, que no había cifrado por falta material de tiempo, le daba cuenta de todo lo que había ocurrido hasta el momento: de la trampa iraní de Al-Kiswah con la matanza de soldados israelíes, del rescate del oficial israelí que había escapado, al parecer el único que lo había logrado, de su propio rechazo a escapar al Líbano con «los argentinos», del abandono de Sauna Suomi y de su propia huida con Amal, Rachid y el israelí con el apoyo de las FDS. A continuación, cortaba el contacto hasta encontrar otra forma segura de hacerlo, si había ocasión, rogando, en todo caso, que cada cierto tiempo se controlara ese buzón por si un día pudiera volver a comunicar ya que nunca podría regresar a su domicilio a poner geranios en la ventana. Finalmente, solicitaba que cualquier mensaje que Miguel quisiera dirigirle se le enviara con la mayor discreción posible al convento que los padres franciscanos tenían en Alepo, dando como referencia el nombre del padre Matteo, tal como le había indicado Rachid que hiciera. No había garantías y eso exigía extremar las precauciones, pero era la única forma que a Asís se le ocurría para no perder contacto en las circunstancias actuales. Rachid confiaba en poder viajar desde Alepo hasta Turquía a través del enclave de Ifrin, dominado por los turcos, pero le pedía a Miguel que no dejara de ayudarles si se le ocurría algo mejor. Sabía que tenían que escapar del país de una forma o de otra y lo antes posible, porque, de no hacerlo, era seguro que acabarían todos en las garras de los *mujabarats*.

Porque Rachid, que había tomado la organización de la fuga sobre sus espaldas, había

decidido que Damasco no era un lugar seguro, pues demasiada gente los conocía y era mejor ir hasta Alepo, donde tenía buenos contactos y desde donde sería más fácil llegar hasta Turquía o hasta algún enclave dominado por los kurdos o las propias FDS. El problema de Alepo era que estaba en el norte, en la otra punta de Siria, a engañosos trescientos setenta y nueve kilómetros por la autopista M-5, repleta de controles, atascos, desviaciones y baches que parecían socavones y que la hacían interminable.

Una vez dejado el mensaje con todas las precauciones del caso, Rachid y Asís se dirigieron en su ruidosa motocicleta al barrio periférico de Al Tal y una vez allí buscaron una nave industrial de aspecto anodino, como tantas otras, cuyo portón de entrada estaba presidido por un cartel que anunciaba Estructuras Metálicas Baguz y tras el cual ya se encontraba el Samand beige que conducía Ahmed. Todos entonces, menos Amal, cuya identidad pensaban que todavía no era conocida y podía viajar con la cara descubierta y con su documentación en regla, fueron invitados por el joven Ahmed a entrar en la parte trasera de un monovolumen polvoriento después de darles unos plátanos y unas barritas de chocolate para mantenerse durante el trayecto. También les dieron a cada uno una botella de agua llena y otra vacía que era para orinar cuando lo necesitaran porque allí dentro iban a pasar no menos de siete u ocho horas. Una vez todos dentro, el vehículo se llenó de sacos de patatas hasta cubrirles por completo para cualquiera que abriera la portezuela trasera, y solo entonces comenzó el viaje.

De acuerdo con Rachid, Ahmed decidió evitar coger la autopista M-5 de seis carriles que va desde Damasco hasta la frontera turca, en el norte, pues en ella los controles de salida de la capital eran más estrictos, y en su lugar comenzó el viaje por carreteras secundarias donde el tráfico era más intenso, a pesar de que los sirios procuran meterse en carretera lo menos posible y solo en caso de necesidad por la inseguridad que reina en un país con líneas de combate muy fluctuantes. Pero la carretera estaba tan llena de camiones, bicicletas y carros con unas normas de conducción tan peculiares, tan peligrosas y que entorpecían tanto la marcha, que tras algunos kilómetros y ya más lejos de Damasco cambiaron de opinión para tomar la autopista M-5 hacia Homs, adonde llegaron sin incidentes al cabo de tres largas horas y donde Ahmed aprovechó para repostar en la única estación de servicio que encontraron desde que habían salido. Tras rellenar el depósito, volvieron al tedio de una carretera cuya monotonía solo alteraban los baches y los puestos de control, unos a cargo de la policía y otros del ejército, que eran más frecuentes en esta zona del país por la inseguridad que daba la proximidad del frente, pues el Estado Islámico había intentado adueñarse de este eje vital de comunicaciones y sus milicias no andaban nunca lejos. Los constantes controles retrasaban mucho el viaje porque obligaban a formar largas colas a los vehículos civiles mientras los militares y los oficiales, para los que se reservan pasillos especiales, los superaban sin dificultad. En todos ellos Ahmed y Amal enseñaban su documentación sin despertar sospechas y solo en la entrada de Homs sufrieron una inspección rutinaria a cargo de unos milicianos afganos de etnia hazara, llevados allí por los iraníes, que se mostraron más estrictos y les obligaron a abrir las puertas traseras del vehículo aunque luego se limitaron a echar una ojeada displicente sobre los sacos de patatas que lo llenaban.

El tedio se imponía en la cabina. Amal, más por educación que por otra cosa, intentó entablar una conversación con Ahmed interesándose por su vida, pero sin lograr más que algunas respuestas desganadas. Trabajaba como repartidor en la empresa de estructuras metálicas y no había ido al frente a pesar de su edad porque allí ya estaban sus dos hermanos mayores y él había quedado al cuidado de su madre, viuda y una hermana más pequeña. Y poco más. No le interesaba la política, aunque reconoció una cierta simpatía difusa por las Fuerzas Democráticas

Sirias. Lo que le interesaba de verdad era el fútbol, y Amal reconoció que de eso no sabía nada. De manera que la conversación decayó rápidamente para alivio de ambos, y Ahmed decidió entonces rellenar el silencio con una música estridente que repetía una y otra vez los últimos éxitos del palestino Yakoub Shaheen, ganador del popular concurso *La Voz Árabe* de 2017, hasta que Amal le pidió con firmeza que apagara la radio alegando un dolor de cabeza que era real y que se añadía al cansancio propio del viaje. No hablaron apenas durante el resto del trayecto, pues ella iba sumida en sus propios pensamientos tratando de poner en orden sus ideas. Todo había ocurrido de manera tan repentina aquella mañana en la que su vida había dado un vuelco radical y totalmente inesperado, que no lograba hacerse una composición de lugar… Solo sabía que él la acompañaba, aunque fuera entre sacos de patatas —el pensamiento le hizo sonreír—, y que estaría con ella muy pronto y eso la tranquilizaba, al menos momentáneamente… porque tenía muy claro que deseaba con toda su alma abrazarle —y al pensarlo sentía una especie de cosquilleo anticipatorio— y que era con él con quien deseaba pasar el resto de su vida, una vida que no tenía la menor idea de cómo iba a ser o dónde se iba a desarrollar, salvo que en ningún caso podría ser en Siria aunque fuese su país. No después de lo que acababa de ocurrir y de lo que estaba ocurriendo. Y se preguntaba cuál era en el fondo, de verdad, el país de Asís, que parecía haber sentado cabeza tras una vida errante y que ahora volvía a las andadas. Su sensación era de vacío en el estómago, de ese vértigo que imaginaba que debe sentir el que cruza sobre un abismo por un enclenque puente de fibras entrelazadas que el viento hace oscilar, confiando en llegar a la otra orilla, pero sin tener la certeza de lograrlo mientras siente la inexplicable llamada del vacío bajo los pies.

Por su parte, Asís y Rachid aprovecharon el tiempo para conocer mejor a aquel israelí por el cual se estaban jugando la vida. Yaakov, consciente del riesgo en el que se habían metido por su causa y agradecido, les habló de la dura vida de su familia en un aduar del Atlas marroquí, del sueño de liberación que para sus padres supuso el nacimiento del Estado de Israel en 1949, de su emigración y de su difícil aclimatación a un país dominado por judíos askenazis de Europa Central que habían sufrido la barbarie nazi, y que lo habían fundado sobre la base de ideas socialistas muy alejadas de las propias de los judíos sefardíes mediterráneos. También les relató que había nacido en un kibutz, lo mucho que lucharon sus padres para darle una educación que ellos no habían podido tener, y el orgullo de toda la familia cuando luego se integró en el «mejor ejército del mundo». También les habló de Sara y del pequeño David, de apenas un año, a los que echaba de menos más que a nada y de cómo solo pensaba en ellos al huir de Al-Kiswah.

Asís le interrumpió en ese punto.

—Tu historia es emocionante —le dijo—, y muestra cómo con gentes de diversas procedencias, pero en su mayoría de escasa educación, habéis logrado hacer un vergel en los secarrales de Palestina y una democracia en mitad de una región que la desconoce.

—Es que Israel es como el Vaticano, ha chupado dinero de medio mundo, y así cualquiera —se mostró en desacuerdo Rachid—. Los que han emigrado a Israel son el lumpen de la judería mundial y los judíos ricos, que viven muy bien en Europa y América y que no quieren mancharse las manos arando en un kibutz, tranquilizan sus remordimientos enviando dinero, mucho dinero. E igual hacen los europeos para lavar su mala conciencia después del Holocausto. Y los *lobbies* judíos americanos y sus amigos evangelistas, que creen a pies juntillas que Dios les dio Judea y Samaria… como si Dios trabajara en el negocio inmobiliario… Así cualquiera, ¿no te jode?

Rachid era muy vehemente en sus juicios, y aunque Asís reconocía que tenía parte de razón se atrevió a disentir:

—El dinero solo no explica la cantidad de premios nobel que han reunido en pocos años, más que ningún otro país del mundo en relación con su población. Y eso no es dinero, o no es solo dinero el que lo consigue, es una actitud y el resultado de dar primacía al estudio y a la educación.

Poco a poco, porque les sobraba tiempo y porque fue ganando confianza, Yaakov se animó a expresar su desacuerdo con aspectos como la marginación de los judíos mediterráneos, los sefardíes, por parte de los de origen europeo, los askenazis, que se reservaban los mejores cargos en el Estado; su indignación con la enorme influencia política que en su país tenían los grupos ultranacionalistas y ultraconservadores; su convencimiento de la necesidad de encontrar una solución justa para los palestinos desposeídos, y una fórmula de convivencia con sus vecinos árabes como la mejor manera de garantizar el futuro de Israel «no basado en la fuerza, sino en la convivencia». Y añadió, convencido, que «aunque supongo que no lo sabéis, muchos israelíes comparten estas ideas, particularmente en la que los ultras religiosos de Jerusalén llaman con desdén la República Laica de Tel Aviv».

Asís y Rachid escucharon esta larga perorata en un silencio que se prolongó unos minutos hasta que Rachid dijo:

—Me gusta oírte, aunque supongo que estas ideas no te deben hacer muy popular en un cuartel, porque lo que dices me rompe un poco los esquemas y no tiene nada que ver con todo lo que aquí me han enseñado desde que he nacido. Tus palabras demuestran que al menos no todos los israelíes sois unos monstruos sedientos de sangre árabe, como me han inculcado, sino gente normal, gente como nosotros que busca trabajo, seguridad y futuro para los suyos, en tu caso para Sara y David. Ni el odio ni la guerra son consustanciales con la naturaleza humana, eso es algo que nos meten en la cabeza los que hacen con ellos su negocio de muerte, porque son siempre los más pobres y los más débiles los que sufren con las guerras mientras otros se enriquecen. ¿Alguien cree que Bachar pasa hambre en esta Siria destrozada, donde el PIB ha caído más de 30 puntos desde que empezó esta jodida guerra, o que una jodida mina le puede volar una pierna como me ha pasado a mí…? ¿O que Netanyahu puede acabar en una emboscada iraní como ha estado a punto de ocurrirte a ti? ¡Vamos, hombre! Todas las guerras son malas porque siempre hacen prepotente al vencedor y siembran el despecho en el corazón de los vencidos… y luego nos hacen creer que la solución está en otra guerra que dé la vuelta a la situación… y nos lo creemos, unos por arrogancia y otros por el deseo de revancha. Y así indefinidamente. Como un rebaño de borregos.

Hacía mucho calor en aquel habitáculo cerrado entre sacos de patatas y poco a poco la conversación fue decayendo a medida que el cansancio se adueñaba de ellos y se sumergían en sus propios pensamientos, hasta que el mismo traqueteo del vehículo les indujo un sopor pesado que tuvo la virtud de acortar un viaje que de otro modo se habría hecho eterno. Tras más controles rutinarios y miles de baches más adelante llegaron a Hama, llamada la ciudad de las norias, a orillas del río Orontes, que está aproximadamente a medio camino entre Damasco y Alepo. Llevaban cuatro horas de viaje y podían tardar aún otras tantas. De vez en cuando, Amal daba golpes en la mampara detrás de su asiento para confirmar que los viajeros escondidos tras los sacos seguían bien y también les avisaba cada vez que se acercaban a un control para que se mantuvieran en silencio, cosa que, con el paso del tiempo, era cada vez menos necesaria. Hama es una ciudad muy conservadora y extraña en Siria en el sentido de que la guerra no ha llegado a ella, porque las tropas gubernamentales lograron impedir que la tomaran los combatientes del Estado Islámico cuando detuvieron su ofensiva a muy pocos kilómetros de sus puertas. A

cambio, Hama había sufrido años antes, en 1982, una durísima represión cuando Hafed Al-Assad, padre de Bachar, ahogó en sangre una revuelta y acabó con la vida de no menos de veinte mil Hermanos Musulmanes, algo que dejó muy profundas cicatrices de miedo entre sus habitantes y que probablemente ha contribuido posteriormente a que tampoco prendiera allí la revuelta islamista contra el régimen que está en el origen de la carnicería que sufría el país.

Poco después de Hama, la carretera hacia Alepo estaba cortada sin previo aviso por el expeditivo método de colocar grandes piedras y barriles de alquitrán en mitad de la vía. Había que tomar un largo desvío. La razón, según explicaron unos milicianos, era la imposibilidad de entrar en la región de Idlib porque estaba en posesión de las milicias islamistas de Al-Nusra, la rama siria de Al Qaeda que se beneficia de una generosa financiación por parte de algunos países del Golfo Pérsico. Allí se habían reunido treinta mil milicianos expulsados de otras regiones por la derrota del Estado Islámico y por los avances de las tropas gubernamentales con apoyo ruso e iraní. La mayoría de estos islamistas radicales se agrupan bajo las banderas de Hayat Tahrir al-Sham, una rama de Al-Nusra que dirige el carismático Abu Mohamed al-Julani, un fanático de unos cuarenta años que se ha impuesto a otras facciones islamistas y que maneja su territorio con la *sharía* en una mano y con puño de hierro en la otra. Los Estados Unidos ofrecen diez millones de dólares por su cabeza y le describen como peligroso «terrorista» sin que eso parezca importarle. Le ayuda el hecho de que en Idlib hay también tres millones de civiles que los islamistas retienen con la intención de utilizarlos como escudos humanos cuando se produzcan ataques gubernamentales. Y esa es una baza importante porque el mundo teme otra oleada de refugiados hacia Turquía, donde ya hay tres millones de sirios, con el desastre humanitario que ello implicaría sin contar con que luego muchos de ellos querrían encontrar asilo en Europa, donde la mera posibilidad de que eso pueda ocurrir pone los pelos de punta, pues nadie olvida el problema que supuso en 2016 la llegada de un millón de sirios que dejó al descubierto las vergüenzas del continente y que Erdogan utilizó para chantajear a la Unión Europea y sacarle mucho dinero… a cambio de retener a los demás. Para evitarlo, tanto los Estados Unidos como la Unión Europea presionan a Damasco y a sus aliados rusos e iraníes para retrasar una ofensiva que para ellos tiene por objeto acabar con «un nido de terroristas» que impide la reunificación nacional.

De forma que la tensa situación existente les impidió continuar viaje como se proponían cruzando Idlib, y les forzó a un largo rodeo hacia el este, nuevamente por rutas secundarias y aún más llenas de baches. Atardecía cuando la polvorienta furgoneta entraba por fin en Alepo por el barrio de Ramusa, donde los militares a cargo del puesto de control se mostraron nuevamente algo más minuciosos, aunque sin que afortunadamente su celo les llevase a mirar detrás de los sacos de patatas. Habían pasado algo más de nueve horas en la carretera y estaban todos baqueteados hasta decir basta y con los huesos molidos.

37. Tirando del hilo

Su salida de Damasco coincidió en el tiempo con la llegada del capitán Ibrahim Kadiri a la capital tras el rastro del propietario y del encargado de Sauna Suomi, cuyos nombres había encontrado en el registro y le habían sido confirmados por dos desorientados vigilantes que habían encontrado el local vacío y vacío cuando se habían acercado por la mañana para comenzar un trabajo que solo era diurno desde que el local había cerrado temporalmente para la instalación de los *jacuzzis*. Kadiri les preguntó si sabían algo de un israelí fugitivo que al parecer se había acercado a su establecimiento la noche anterior. Nada sabían de eso, pues se habían incorporado al trabajo por la mañana, aunque le dijeron que cuatro «españoles» que trabajaban en una empresa establecida en Beirut habían venido y habían pasado un par de días montando los *jacuzzis*. Pero que, por lo que veían, debían de haber concluido su trabajo la noche anterior, cuando ellos ya habían terminado su jornada, porque los *jacuzzis* estaban instalados y no había rastro ni de ellos ni del camión que habían traído.

Ibrahim Kadiri no tardó nada en confirmar que los cuatro hombres habían regresado al Líbano con su camión por la frontera de Jeidé poco después de la medianoche. Esos, fueran lo que fueran, se le habían escapado. Y al parecer los demás también. En todo caso, pudo confirmar que los que habían salido hacia Líbano eran los mismos que habían entrado unos días antes como demostraba la documentación que habían presentado, y eso quería decir que ni el fugitivo israelí ni los gestores de Sauna Suomi habían escapado con ellos… a menos que lo hubieran hecho escondidos en algún lugar del camión y tras sobornar a los aduaneros. Unas preguntas con «métodos de presión aumentada», un eufemismo al uso para designar la utilización de la fuerza en los interrogatorios, le dejó satisfecho en el sentido de que el camión había sido revisado a conciencia en la aduana, que las «coimas» recibidas por los gendarmes habían sido las habituales y que, en consecuencia, los fugitivos no habían escapado al Líbano pues, en ese caso, los aduaneros habrían exigido más dinero. Kadiri, militar austero, se indignaba con estas corruptelas y ordenó abrirles un expediente que sin duda les acarrearía la expulsión del servicio. Todo el mundo sabía que los aduaneros eran corruptos y todo el mundo hacía la vista gorda… hasta que un día algo salía mal y les pillaban… y a estos les habían pillado, se habían dejado coger con las manos en la masa y tenían que pagar por su descuido.

Como ya no tenía mucho más que hacer en Sauna Suomi, Kadiri dejó allí a algunos hombres con instrucciones de revolverlo todo de arriba abajo e informarle de cualquier hallazgo que les pareciera interesante y que pudiera ayudar a encontrar al oficial israelí huido y a los desaparecidos Asís y Rachid, mientras él marchaba hacia Damasco tras sus huellas. Suponía que tenían que haber huido hacia Damasco, porque en sentido contrario la carretera bordeaba peligrosamente la base atacada, y ningún vehículo se había acercado a los controles que el ejército tenía montados en sus inmediaciones. Iniciaba así una persecución que iba a ser sin cuartel porque en su éxito cifraba el aprecio de sus superiores y su futuro profesional. Si hay gentes a las que les mueve el amor, el odio, el deseo de venganza o el afán de superación, a Ibrahim Kadiri le movían el despecho y la ambición, que también son motores poderosos del

comportamiento humano. Y aunque quería apurar los tiempos para que no se le escaparan, era también consciente de que la impaciencia es mala consejera y hace cometer errores que él estaba dispuesto a evitar a toda costa. Sin haber oído hablar nunca de Santa Teresa de Ávila, coincidía con ella en que «la paciencia todo lo alcanza».

Una vez en Damasco, el capitán se dirigió al domicilio de uno y de otro, no porque pensara que les iba a encontrar en casa. No era ningún ingenuo y suponía que eso no ocurriría. Pero era hombre metódico y lo que quería de momento y a la espera de ulteriores indicios era conocerlos mejor, ver los lugares donde vivían, sus gustos, el ambiente que les rodeaba, sus libros si los tenían, sus amigos y cualquier otro detalle como fotos o libretas de direcciones, notas, etc. que le permitieran, por una parte, adivinar el tipo de personas con las que se las iba a tener que ver a partir de ese momento y, por otra parte, encontrar datos que le ayudaran en su búsqueda.

Y como ocurre con las cerezas, de una cosa surge otra. Los coches de ambos fueron muy pronto localizados cerca de sus respectivos domicilios, así que nada que investigar por ese lado al margen de un registro superficial que no reveló nada de interés. Pero en casa de Asís encontró algunas facturas de una empresa de mensajería, y la foto de una guapa mujer en una playa —que no aportaba datos para su ubicación— junto a otras fotos suyas en una de las cuales aparecía con uniforme legionario, algo que le interesó porque le garantizaba una formación militar y eso era algo a tener en cuenta. Si ese individuo sabía disparar, ese era un dato importante.

En la casa de Rachid halló una lista con algunos números junto a un teléfono que no funcionaba, como casi todos en Damasco, y una condecoración al lado de un diploma por heridas sufridas en combate contra los rebeldes en Palmira. Kadiri había visto alguna vez de lejos a Rachid durante sus visitas a Sauna Suomi y recordaba vagamente su cojera. Sintió no haberle prestado más atención entonces, aunque sonrió al recordar el motivo por el que no lo había hecho. Ahora averiguaba su origen y, militar como era, no pudo dejar de sentir respeto por un compañero de armas que había perdido una pierna en combate. Le sorprendió también encontrar en ambos domicilios indicios de ser ambos de religión cristiana, cosa no habitual en un entorno mayoritariamente sunnita y que podía contribuir a explicar su relación. Pero sentimentalismos aparte, sus hallazgos le hicieron mirar con cierto respeto a los fugados a la vez que le daban algunas pistas para seguir adelante con su investigación.

Empezó por la empresa de mensajería. Mientras su equipo registraba el local y revisaba sus cuentas, Kadiri mostró la foto de la mujer hallada en casa de Asís al único empleado con mesa en el local, y este no tuvo ninguna duda al reconocerla como la joven que un día se había peleado en público con su jefe a costa de «una casa de putas que ella dijo que él tenía». Su sonrisa pícara, a pesar del miedo que le inspiraba el uniforme, revelaba que él también conocía la existencia del puticlub, pero lo que le interesó al capitán fue la indicación de que la mujer no estaba al corriente de esas actividades. El empleado no pudo darle su nombre y menos aún su dirección, solo añadió que ella «debía de ser su novia o algo así y estaba muy, pero muy enfadada y gritaba, mientras él apenas respondía, permanecía con la cabeza baja y parecía avergonzado. Hasta que ella le dió un sonoro bofetón y luego dio media vuelta y se fue procurando que no se le notara que estaba llorando». El empleado añadió que creía que ya no se veían y que «desde entonces él estaba triste».

«Interesante —pensó Kadiri—, esa es una buena pista, pues siempre es más fácil que hable una mujer despechada. Habrá que encontrarla».

En eso estaba cuando recibió un aviso desde Sauna Suomi para que regresara en cuanto le fuera posible porque habían encontrado algo. Al llegar, los vigilantes, todavía muy asustados, le

contaron que la perra hallada aquella mañana merodeando por el edificio se acercaba continuamente a un montón de leña que había sido movido desde su lugar habitual. Cuando lo repusieron en su sitio vieron que la tierra de debajo de donde estaba antes había sido removida y que era eso lo que llamaba la atención de la perra, que lo husmeaba una y otra vez. Debajo de aquella breve capa de tierra habían aparecido unos pantalones y unas botas que querían enseñarle y que Kadiri reconoció enseguida como parte del uniforme de un soldado israelí, pues eran idénticas que las que llevaban todos los muertos de Al-Kiswah y que le decían que se trataba de un individuo alto y con pies grandes. «No es mucho —pensó—, pero mejor que nada». Estaba sobre la buena pista porque también uno de los guardianes reconoció la foto de la mujer como «una señora que una tarde había venido a ver al señor Asís».

De regreso en Damasco y a falta de otras pistas, Kadiri se dirigió a la iglesia de San Francisco, en el barrio cristiano de Bab Tuma, con fotografías de los tres sospechosos que tenía hasta el momento. El padre Antonio, un franciscano de la Tercera Orden y de avanzada edad que dirigía la congregación, le atendió con amabilidad y confirmó conocer a Asís como un viejo alumno de su colegio, hablándole de su familia vinculada con el consulado de España. Añadió que le parecía que había dejado la ciudad para continuar estudios en España, «porque pasó algo que no consigo recordar ahora, discúlpeme, estoy ya muy mayor y de esto hace algunos años, pero creo que se fue repentinamente…».Y poco más pudo decirle ya que hacía tiempo que no le veía y desde luego desconocía si había regresado a Siria o no:

—Al hijo hace mucho que no le veo por aquí. La familia es buena gente, vienen a misa los domingos y suelen participar activamente en la vida de la comunidad… Les gusta mucho la vida social, ¿sabe? Más a ella que a él… aunque tampoco es que él la evite, porque es un hombre conocido y con una posición respetada tanto entre los pocos españoles de la ciudad como entre la comunidad cristiana de este barrio… Pero… ahora que lo dice, les eché de menos el domingo pasado, he oído decir que han ido a España porque a él le han llamado por algo relacionado con su trabajo… la señora no paraba de presumir sobre este viaje y contaba que desde Madrid iría a Málaga o a Sevilla… no sé, a un lugar donde al parecer tiene familia… la verdad es que no presté mucha atención. Pero… ¿por qué me hace estas preguntas? ¿Ha pasado algo? —Y luego dio una respuesta muy parecida sobre Rachid—: También fue alumno nuestro, pero de ese sé menos, era tímido y muy reservado. Sus padres forman parte de esa gran masa de cristianos que han emigrado, se fueron al oír las cosas que habían pasado en Qariatén, en Maaloula, en el monasterio de San Elías… donde quemaron la iglesia y profanaron las tumbas para borrar las huellas cristianas. Y eso que es una joya del siglo V… Se asustaron, ¿sabe? Y no es para menos con esos bárbaros del Estado Islámico que ven la tolerancia religiosa como infidelidad y predican la muerte contra el no creyente en el islam. Yo soy ya muy viejo y me moriré aquí, pero les comprendo, ¿sabe? Les comprendo y les respeto porque el miedo es libre… y es respetable también… como tantas otras cosas… Hace años hasta un 30 por ciento de la población siria, ¿se imagina? ¡30 por ciento! estaba constituida por cristianos y ahora… ahora apenas somos el 7 por ciento y la gente se sigue yendo… Y no solo pasa en Siria, todo Oriente Medio se está vaciando de cristianos y…

El capitán Kadiri le cortó porque aquel monólogo no llevaba trazas de concluir nunca, mientras trataba de tranquilizarle:

—No se preocupe, padre, no es nada serio, pero si los ve, a cualquiera de los dos, o sabe dónde les puedo encontrar, avíseme —le dejó una tarjeta sobre la mesa—, porque soy amigo suyo y tengo algo importante que decirles.

Su sonrisa pretendía ser amistosa, pero no lograba ocultar su decepción. El sacerdote no había podido decirle nada de la mujer, nunca la había visto, y eso le hizo pensar que ella quizás no fuera cristiana. Habría que buscar por otro lado.

38. Latifa

Y Kadiri comenzó por la casa de los padres de Asís. Una casita modesta pero pretenciosa, de esas con fuente y enanitos de piedra en un jardín pequeño, pero bien cuidado, en un barrio de clase media tirando a alta. Tras tocar a una campanilla dorada le abrió la puerta una mujer mayor que reconoció haber trabajado muchos años en la casa como sirvienta y que, a preguntas suyas, le confirmó lo que ya le había adelantado el padre Antonio de que «los señores» estaban «fuera del país». «Lo sabían —pensó el capitán— sabían lo que se tramaba, les han avisado para que escaparan». Y entonces se encaró con ella, no porque pensara que podía sacarle alguna información de provecho, sino porque tenía que ventilar su frustración y dar un ejemplo que atemorizara al vecindario, «si no, esta gente nos va a perder el respeto y no hay nada para mantenerlo como un buen escarmiento».

Kadiri empujó violentamente hacia dentro de la casa a la vieja sirvienta, teniendo buen cuidado de dejar abierta la puerta de la vivienda mientras levantaba la voz de forma que le oyeran los vecinos, algunos de los cuales se habían acercado tímidamente a la cancela del jardín. Otros, asustados al ver la matrícula del coche que aseguraba su pertenencia a los temidos *mujabarat*, no osaban aproximarse, aunque se morían de curiosidad y aguzaban el oído tras persianas y visillos corridos. Tras los gritos comenzaron los golpes. Latifa no confesó que Asís la había visitado aquella misma madrugada, confiando en que dado lo temprano de la hora ningún vecino le hubiera visto acercarse a la vivienda. También reconoció no saber nada de la sauna, lo cual era cierto, y aseguró no mentir cuando afirmó sin rastro de duda no haber visto a Asís desde hacía un par de meses, pues visitaba a sus padres muy de tarde en tarde. Reconoció la foto de Rachid como la de un amigo y antiguo compañero de colegio «de mi niño». Y el interrogatorio no dio para más porque no podía dar. Latifa no sabía nada y lo que sabía no lo diría nunca, aunque le arrancarán la piel a tiras. Todo lo daría por salvar al que llamaba «su niño».

El capitán Kadiri se dio cuenta de que allí no iba a sacar nada más, pero decidió dar un escarmiento para que corriera la voz y a ningún vecino se le ocurriera ayudar a Asís o a su familia en el futuro. Por lo demás, a nadie le extrañaría lo que iba a hacer ya que era la forma habitual de operar de los *mujabarat* y todos la conocían: cuando acusaban a alguien de algo, en la acusación entraban también por el mismo precio los familiares y amigos del acusado a los que se castigaba con la misma pena prevista para su «delito». Y como aquí no había familiares a mano con los que dar un escarmiento, tendría que servir la vieja Latifa.

Mientras Kadiri se retiraba hacia su automóvil, unos sayones sacaron a la mujer al balcón del primer piso y la arrojaron al vacío con una soga atada al cuello ante la mirada horrorizada de los pocos vecinos que venciendo el miedo se habían ido acercando a la casa para tratar de saber lo que ocurría. La violencia del empujón y el peso de la mujer, tan entrada en años como en kilos, hizo que la cuerda le rompiera el cuello matándola en el acto y evitándole el «baile» que quizás esperaban sus verdugos.

Luego los asesinos cogieron con la mayor parsimonia cuanto desearon de la casa y cuando ellos se fueron empezó el saqueo generalizado a cargo de los vecinos. Por la tarde ya no quedaba

nada en el interior de la vivienda e incluso había un rufián que se esforzaba por desmontar las puertas. Entonces llegó un camión que se detuvo debajo del balcón. Un individuo entró en la casa vacía, subió al primer piso y ya en el balcón cortó la soga de manera que el cuerpo de Latifa cayera dentro de la caja del camión, y luego, con la mayor tranquilidad le prendió fuego a la casa tras rociarla generosamente con gasolina mientras los vecinos, aterrorizados, contemplaban en silencio la macabra escena. El procedimiento habitual con los familiares de los acusados de graves delitos contra el régimen. Se les hace desaparecer y se borra su memoria.

39. El retorno

Serguéi Lavrov, ministro ruso de Asuntos Exteriores y viejo zorro, no cabía en sí de satisfacción pues tenía una mano llena de ases con todos bailando a su son, que es exactamente como los quería tener: americanos e israelíes pidiéndole que intercediera con Teherán para una inmediata entrega de los cadáveres de los comandos de Shaldag caídos en la trampa de Al-Kiswah, e Irán conminándole a interceder con Washington y Tel Aviv para moderar su previsible reacción, que preveían demoledora. Gracias a Putin y a él mismo, el prestigio ruso crecía de nuevo en Oriente Medio. Y esta petición era una prueba más.

La presión social se había disparado con las fotos de la masacre que circulaban por las televisiones de todo el mundo, y al estupor inicial había seguido una indignación muy justificada cuando desde Al-Kiswah los iraníes habían hecho un montaje de pésimo gusto colocando sobre los cadáveres israelíes, alineados en un patio, la macabra leyenda *«Arbeit macht frei»* («El trabajo hace libre»), la misma que presidía la entrada del campo de exterminio nazi de Auschwitz, donde fueron asesinados millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Unas imágenes obscenas que las cadenas de televisión occidentales se habían negado a reproducir en sus emisiones con mucha razón, pero que circulaban en las del mundo árabe acompañadas de comentarios sobre el fin que esperaba al Estado judío.

Lo que Teherán quería ahora lograr es que la inevitable reacción de Israel se circunscribiera a Siria y no diera lugar a una incursión armada sobre su propio territorio o sus pozos de petróleo, es decir, que desembocara en una confrontación mayor que pudiera ser aprovechada por los Estados Unidos e Israel para avanzar sus intereses en la región. Por eso el Gobierno de Rohaní en Teherán no compartía la emboscada de Al-Kiswah, de la que no había sido informado previamente, y pensaba que era un grave error de los Guardianes de la Revolución. Pero no podía decirlo porque los *pasdaranes* habían actuado con el beneplácito del líder supremo Alí Jamenei y porque el éxito había provocado una explosión de entusiasmo en las calles de Teherán como no se había visto en años. Era patético constatar cómo Rohaní y su Gobierno en realidad no controlaban nada, aunque no le faltara razón cuando criticaba lo ocurrido justo en el momento en que Washington había denunciado unilateralmente el acuerdo nuclear y buscaba excusas para proceder a derribar al régimen islámico, algo que muchos iraníes estaban convencidos que era el verdadero objetivo de Donald Trump. Así lo había dicho sin ambages el consejero de seguridad nacional John Bolton cuando afirmó que «la política de los Estados Unidos debe ser el derrocamiento del régimen de los mulas en Teherán». Y por eso el ministro de Asuntos Exteriores Mohamed Javad Zarif trataba de utilizar a Moscú para contener la irritación de norteamericanos e israelíes dentro de límites «razonables» con el fin de evitar males mayores para la República Islámica.

Putin podía permitirse sonreír porque la verdad era que Irán no había atacado a nadie, sino que se había limitado a defenderse de un ataque israelí. Lo que ocurría era que las consecuencias de su defensa y, sobre todo, el uso indecente e indignante que los *pasdaranes* estaban haciendo de los cadáveres, provocaba universal rechazo y hacía inevitable una reacción de Israel todavía

más dura con la bendición norteamericana —y también de muchos otros países—, que se traduciría inevitablemente en una pérdida de posiciones de Irán en suelo sirio. Y eso era algo que le convenía a Moscú, igual que le convenía hacer un favor a Israel que ya se cobraría cuando le hiciera falta. El mismo hecho de que los poderosos (y erráticos) Estados Unidos tuvieran que recurrir a su ayuda en este asunto realzaba el papel de Rusia en la región y le devolvía el estatus de gran potencia internacional que había perdido con la desintegración de la Unión Soviética, algo que Putin consideraba «una tragedia» y que se proponía subsanar durante su cuarto mandato presidencial a lomos de un creciente nacionalismo que le ayudaba a «boxear por encima de su peso real». No era mal resultado para un país con un PIB solo ligeramente superior al de España, aunque tuviera bombas atómicas y derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU.

De forma que Moscú llamó al orden al Gobierno de Teherán y Rohaní utilizó esa llamada para exigir a los *pasdaranes* la inmediata entrega de los cadáveres de los soldados fallecidos, que un enorme Antonov de la fuerza aérea rusa depositó en la base de Palmachim, donde sus compañeros de armas los recibieron con honores militares en presencia del primer ministro Netanyahu y de todo el Gobierno en un día que se declaró de duelo nacional en Israel. La imagen de la sobria ceremonia militar de recepción de los cuarenta y tantos ataúdes cubiertos con la bandera nacional azul y blanca recorrió el mundo entero. Todos sabían que Israel honraba a sus soldados muertos y preparaba su venganza.

En Palmachim se había recibido en su momento la llamada desesperada de Uri Savir anunciando que él y el teniente Yaakov Yalon habían sobrevivido a la emboscada y trataban de huir. Pero el cadáver de Savir estaba entre los repatriados y no se sabía nada de Yalon, se ignoraba si seguía fugado o si había sido detenido y estaba siendo interrogado por sirios o iraníes, o por ambos a la vez. O si había muerto en combate o en los interrogatorios y los iraníes habían decidido no devolver el cadáver para no mostrar la violencia de sus «procedimientos». O si lo guardaban para hacer chantaje o para utilizarlo en su momento como moneda de cambio por alguien que interesara a Teherán… Todas eran opciones plausibles. Por prudencia y para darle una oportunidad en caso de que estuviera huido, se decidió no hablar del asunto en público hasta no tener la certeza de su paradero.

Igual que tampoco se dijo nada cuando el mismo día el CNI comunicó al Mossad que Yalon estaba vivo y en fuga dentro de Siria y que un operativo del propio Centro con ayuda de las Fuerzas Democráticas Sirias trataría de sacarle del país, añadiendo que ya se les informaría a medida que fuera posible y que también se recabaría su asistencia si en algún momento se considerase oportuna. Sara Yalon, su mujer, estaba desconsolada, pues nada resulta más turbador que la incertidumbre, pero ni siquiera ella fue advertida por el Mossad de que Yaakov estaba vivo. Todas las precauciones era pocas para no perjudicar sus posibilidades de huida con filtraciones involuntarias.

El día siguiente del solemne funeral, una escuadrilla de F-35 de la fuerza aérea de Israel, los aviones más modernos existentes en el mercado, despegó de la misma base de Palmachim y redujo a escombros la base de Al-Kiswah, que había sido previamente abandonada por iraníes y sirios en prevención de esta eventualidad. Borrada del mapa como en su día lo fue Cartago y esta vez para siempre, pues no quedó nada de ella en pie. De esta manera, nada recordaría en el futuro la afrenta sufrida. Ese mismo día, otras incursiones aéreas redujeron a cenizas humeantes otras tres bases iraníes en Siria dotadas de rampas de lanzamiento de misiles. Ni siquiera tuvieron tiempo de dispararlos y todos los aviones participantes en el operativo regresaron sin novedad a Israel. Era una primera reacción, pero Teherán sabía que habría más porque Israel, humillado, era

un oso herido, furioso y muy peligroso.

40. Alepo

Entraron en Alepo por el barrio de Ramusa y se dirigieron al centro histórico de la ciudad donde se encuentran la iglesia católica y el convento franciscano. El conductor evitó la entrada principal por la populosa avenida de Pennsylvania y giró a la izquierda por la calle Fares al-Khoury para facilitar la entrada en el templo por una puerta trasera, mucho más discreta porque daba a un estrecho callejón apenas transitado y que en aquel momento estaba vacío. Allí descendieron todos del vehículo tratando de estirar los miembros entumecidos, especialmente los que habían hecho el largo viaje entre sacos de patatas. La despedida del muchacho que había conducido desde Damasco fue rápida y sin ceremonias para permanecer en la calle el mínimo de tiempo posible. Nadie los conocía, pero tampoco les interesaba que se pudiera comentar que un grupo de gente había llegado al convento. Nunca se sabe y es mejor prevenir que curar. Al despedirse, Ahmed comentó que «iba a cenar algo antes de emprender el camino de regreso», porque no hay como ser joven para no estar cansado tras nueve horas de coche y sentirse inmortal. Asís le dio entonces unos billetes «como muestra de agradecimiento, para que olvides este viaje y para que hoy cenes un poco mejor».

La puerta trasera del convento estaba cerrada y nadie abrió a pesar de que llamaron un par de veces, lo que no les extrañó porque tampoco nadie les esperaba. Se dividieron en dos grupos para llamar menos la atención y dando la vuelta a la esquina entraron por la puerta principal de la iglesia. Era la primera vez que Amal y Yaakov, musulmana una y judío el otro, entraban en una iglesia católica y no pudieron evitar una sensación de incomodidad en un ambiente desconocido que no contribuía a hacer más amable la iconografía que decoraba las capillas, donde aparecían personajes con ropajes antiguos rodeados de todo tipo de calamidades como cabezas cortadas, corazones atravesados por cuchillos, pechos sobre bandejas y otros imaginativos instrumentos de tortura. No era un entorno muy tranquilizador. Inseguros y guiados por Asís, se sentaron, separados, en los bancos traseros de la iglesia, a la izquierda ellos y ella a la derecha, con las mujeres, como vieron que se repartían los otros pocos fieles que allí había. Y se dispusieron a esperar hasta que regresara Rachid, que se había internado con paso seguro en las sombras de la sacristía donde le perdieron de vista. Tardó un cuarto de hora en volver, quince minutos que se le hicieron interminables a un tenso Yaakov, mientras Amal y Asís habían abandonado sus ubicaciones iniciales y no paraban de cuchichear en pie junto a la pila bautismal, en el fondo de la nave, hasta el punto de suscitar miradas de desagrado por parte de alguna de las viejas beatas que deambulaban por el templo.

Cuando por fin apareció, Rachid venía acompañado de un sacerdote alto, delgado, de ojos inteligentes, pelo liso y escaso y barba blanca, que sin dirigirles la palabra les hizo ademán de que le siguieran al interior de la sacristía donde había un par de religiosos de bastante edad atareados en meter o sacar ropajes, que parecían recién planchados, del cajón de una cómoda enorme y que no les prestaron la menor atención. Sin decir palabra, cruzaron la habitación y se metieron —siempre siguiendo al cura— por una pequeña puerta en el otro extremo que daba acceso a un hermoso claustro con dos pisos de arcos, dos espléndidos magnolios de gran tamaño

y parterres con arbustos y algunas flores. En su centro había un pozo de bonito brocal esculpido con motivos florales. Se respiraba paz y sosiego. En medio del bullicio que habían sentido al entrar en Alepo, parecía mentira que aquel remanso de tranquilidad estuviera en mitad de una ciudad de tráfico caótico y escapes libres. En una esquina nacía una amplia escalera hacia la que se dirigió su anfitrión para llegar al piso superior del claustro, una ancha galería cubierta por la que marcharon en silencio hasta que el fraile abrió un portalón al fondo que daba acceso a la parte más privada del convento, donde nacía otro largo corredor de edificación más moderna con muchas puertas pequeñas. Por fin se detuvo y abrió una que daba paso a una estancia de buen tamaño y con amplios ventanales que debía ser su despacho. Y una vez allí y tras cerrar la puerta con cuidado, se fundió en un fuerte abrazo con Rachid.

—Qué gusto volver a verte, tunante, ¿qué te trae por aquí? Hace tres años que no has dado señales de vida y ahora apareces de repente y sin avisar con esta compañía… —Se detuvo un instante antes de continuar con un guiño—: Seguro que necesitas algo, ¿me equivoco?

Y dicho esto sirvió a los recién llegados y a sí mismo unas copitas con un licor dulzón que afirmó que era de fabricación propia del monasterio.

—De otros tiempos, pero todavía nos quedan algunas botellas y nada mejor que compartirlas con los amigos de mis amigos. —Su tono era jovial y acogedor.

Rachid sonrió como con timidez e hizo las presentaciones:

—El padre Matteo es el párroco y a la vez rector del seminario y superior del convento…

Una carcajada del propio cura no le dejó continuar.

—Como la criada que sirve para todo, un día cocina, otro hace la colada y otro plancha. —Su risa era contagiosa—. Pero quita lo de rector de seminario porque ya no queda un solo seminarista. —Su mirada era traviesa y risueña—. Bien veo que tus compañeros son un grupo muy variado, me los tienes que presentar y me tenéis que contar también qué hacéis aquí. Pero antes, estoy seguro de que Rachid aún no os ha explicado cómo nos conocimos.

Rachid hizo entonces una presentación rápida de sus acompañantes y a continuación recordó cómo durante el combate por Palmira contra las fuerzas islamistas de Al-Nusra, él había sido herido por una mina que le dejó una pierna muy maltrecha.

—Eso ya lo sabéis —dijo, y añadió—: Lo que ignoráis es que me llevaron a un hospital de campaña donde los médicos militares, unos hijos de puta expeditivos, me la cortaron antes de que recuperara la conciencia y pudieran explicarme lo que iban a hacer. O sea, sin mi consentimiento, que es lo que más me cabrea. Y luego me evacuaron a un hospital en Alepo donde conocí al padre Matteo durante el posoperatorio. O, mejor dicho, me conoció él a mí.

Rachid sonrió mirando al franciscano, que tomó entonces la palabra:

—Yo dirigía a un grupo de religiosos que echábamos una mano todas las tardes atendiendo a los heridos y paliando así la falta de enfermeros. Me llamó la atención que llevara una cruz colgando del cuello —al decirlo una amplia sonrisa iluminó su cara—, y reconozco que me interesé por él, que tenía fuertes dolores tras la amputación y que parecía muy solo y triste. O muy enfadado con el mundo para ser más preciso, eso es, desanimado y cabreado. Confieso que lo de ser del club cristiano y su soledad me hicieron prestarle más atención que a otros, y procuraba llevarle raciones más generosas de cigarrillos y frutas que los curas repartíamos entre los internados. Y cuando ya se encontró mejor, le propuse continuar la curación en el convento donde ahora estamos, que cuenta con enormes espacios vacíos por la disminución de las vocaciones y donde pensé que estaría más cómodo y comería mejor.

—Y yo, que odiaba el olor a cloroformo, no lo dudé ni un minuto. Deseaba salir de aquel

hospital y no tenía adónde ir porque estos cabrones del ejército te dejan tirado cuando tú dejas de servirles. Y ese fue el comienzo de una buena amistad punteada de muchas animadas e interesantes conversaciones junto a la chimenea en las frías noches de invierno, mientras durante el día aprendía por estos gélidos corredores a caminar con esta jodida muleta. ¡La de leches que me habré pegado sobre estas baldosas!

Mientras Rachid hablaba, el cura le miraba con expresión entre risueña y traviesa.

—¿No se te olvida algo? —Rachid quiso interrumpirle con un gesto imperioso de la mano pero el padre Matteo no le hizo caso—. En realidad, tuvo que escapar y yo le di refugio cuando un capitán que ocupaba una cama próxima en el hospital comenzó a prestarle «atenciones» que ponían muy nervioso a nuestro amigo…

Rachid se puso rojo de vergüenza mientras los demás reían de buena gana ante su evidente incomodidad. Y por encima de todas resonaban las carcajadas del padre Matteo. Al final, el propio Rachid se unió al regocijo general con una sonrisa que quería ser inocente:

—Es verdad, nunca agradeceré bastante la vía de escape que me proporcionó entonces. Y ahora estamos aquí porque necesitamos otra.

—Sí, quizás sería buena idea que me contarais qué hacéis aquí y de qué escapáis. Hablad sin miedo, que soy de toda confianza.

Rachid intervino entonces para ratificar las últimas palabras del sacerdote añadiendo el dato significativo de que «el padre Matteo, aquí donde le veis, es el líder de las Fuerzas Democráticas Sirias en la región de Alepo. Podemos confiar plenamente en él y nos ayudará en lo que pueda». El que un cura estuviera metido en un movimiento político de oposición al régimen no le extrañó nada a Asís, que conocía de las veleidades político-separatistas de buena parte de la Iglesia de Cataluña y del País Vasco, donde primero «comprendieron» y luego protegieron abiertamente a etarras o a los fanáticos de Terra Lliure.

Fue entonces Asís el que tomó la palabra para explicar su papel desde Sauna Suomi en la fallida operación israelí sobre la base de Al-Kiswah, que provocó la hilaridad del padre Matteo: «¡Vaya imaginación que gastáis los españoles al mezclar lo agradable con lo útil!». Y soltó una sonora carcajada que desconcertó momentáneamente a Asís, que tardó unos segundos en reponerse para continuar luego refiriendo la decisión de ayudar al teniente Yalon, único sobreviviente del comando expedicionario. Al hacerlo, habían quemado Rachid y él su cobertura y, a estas alturas, debían de tener detrás a todos los *mujabarats* del país. La presencia de Amal se explicaba por ser «mi novia», lo que esta vez la hizo enrojecer de placer a ella, «y estar, en consecuencia, en peligro por esa relación». La pertenencia de Amal a las Fuerzas Democráticas Sirias también fue evocada en la breve y concisa descripción de Asís, que acabó diciéndole al padre Matteo que por indicación de Rachid se había permitido dar su nombre y dirección para el caso de que el CNI pudiera enviarle un mensaje, pues con seguridad en la Cuesta de las Perdices estarían estudiando la manera de sacarles de Siria.

—Bien, de eso hablaremos luego. Podéis quedaros unos días, pocos, pues más no conviene porque acabarán encontrando vuestra pista y no sería bueno para nadie que os detuvieran aquí. Este caserón es enorme y con la falta de vocaciones tendréis espacio más que suficiente para disponer de un cuarto para cada uno —dijo, mirando significativamente a Amal—. Mientras planeamos la siguiente etapa, lo primero que os voy a buscar es una documentación que no levante sospechas porque vuestras identidades están quemadas, como bien decís. Es nuestra prioridad y lo haremos mañana mismo. Y otra cosa, hay una salida del convento a un callejón trasero que nadie frecuenta, por donde hoy habéis intentado entrar. Lo podréis utilizar con la

llave que os daré. Os recomiendo que alternéis esa ruta con la propia de la iglesia, que cuando hay ceremonias religiosas y mucho público puede ser incluso más discreta. Pero también os pido que salgáis lo menos posible y que, si no tenéis más remedio que hacerlo, no os mováis en grupo, sino que vayáis solos o como mucho en parejas para no llamar la atención. Este es un estado policial y nada pasa desapercibido a los *pasdaranes* y a sus muchos informadores.

El padre Matteo era hombre práctico y acostumbrado a dar órdenes, se veía que las había dado durante mucho tiempo y que le salían de forma natural. Rachid sabía que era italiano de origen, napolitano por más señas, y que su vocación había sido tardía porque una noche lo comentó de pasada junto a la chimenea encendida, pero ignoraba a qué se había dedicado en su vida como seglar. De eso no hablaba, era como si ese pasado quedara muy lejos, envuelto en una nube, y no deseara evocarlo más. Y Rachid nunca se atrevió a preguntarle.

Era tarde ya, estaban todos agotados tras el largo viaje, el traqueteo de los baches, la tensión de los controles y el paisaje de sacos de patatas, y tras una cena ligera de sopa de verdura, pan, queso, uvas y vino, se trasladaron todos a las habitaciones que se les habían señalado. El seminario era un edificio austero, pero no exento de comodidades. Su ala septentrional había sufrido la caída de una bomba que había causado bastantes destrozos durante la batalla para la liberación de Alepo y estaba a la espera de una reparación que tardaría aún en llegar. «No tengo dinero —decía el padre Matteo—, y el que tengo lo uso para ayudar a la gente que lo ha perdido todo en esta maldita guerra. Y son muchos los necesitados. Lo que menos urge es arreglar un convento donde solo quedamos cuatro vejestorios». Y por culpa de la bomba, por razones de seguridad, el ala norte era zona fuera de límites para los pocos habitantes del vetusto caserón que se apiñaban en su lado orientado hacia el mediodía, bañado por el sol y más caliente en invierno, pues ya se sabe que los viejos tienen los huesos fríos y allí no había jóvenes.

Tras las despedidas y cerrar cada uno la puerta de su cuarto, Asís abrió con cuidado la suya y sin hacer ruido se acercó al que ocupaba Amal. Arañó la madera con la punta de las uñas y al instante se abrió una rendija por la que una sombra se coló con rapidez. No lo habían concertado, pero ella sabía que él vendría y él no le dio tiempo a que le echara de menos. No es que lo quisieran ocultar, pero tampoco pregonarlo y poner en una situación que podría resultarle incómoda al padre Matteo, que con tanta generosidad les había recibido.

Era la primera vez que estaban a solas desde la ruptura con la excepción de breves momentos —tan breves que no contaban— en el apartamento de ella mientras recogía apresuradamente cuatro cosas, y tenían mucho, muchísimo que decirse. Sin embargo y sin hablarlo, ambos decidieron que ya habría mañana tiempo de palabras y que esta noche era mejor dejar hablar a sus cuerpos hambrientos de cariño y de sexo. Fue otra noche de pasión que les hizo recordar la del hotel Mediterranée de Beirut, solo que esta vez no les arrullaba el ruido de las olas, sino los bocinazos del tráfico lejano de una ciudad que también se adormecía, y las llamadas regulares a la oración de los muecines. Pero todo eso a ellos les tuvo sin cuidado.

41. El convento

Y efectivamente la mañana siguiente apareció en el convento un fotógrafo que les tomó fotos de carné para los documentos que necesitaban y aquella misma noche tenían todos nueva documentación como ciudadanos sirios sin tacha. Amal aparecía como mujer de Asís para evitar preguntas en otro caso inevitables en los controles, y a Yaakov le habían hecho un pasaporte sirio a nombre de Mohamed Berkane, nacido en Kenitra, Marruecos, un apellido marroquí para explicar su acento de emigrante. No cabía duda de que el padre Matteo tenía contactos muy eficaces.

Con el fin de reducir riesgos y no levantar sospechas, solo Asís salió a la calle al día siguiente de llegar por pensar que su presencia pasaría más desapercibida que la cojera de Rachid. Su objetivo no era pasear por una ciudad en vías de reconstrucción tras la dura batalla que había vivido para expulsar de ella a los islamistas, sino visitar el bar del legendario hotel Baron, propiedad de la familia Mazlumian, donde el padre Matteo le había organizado una cita con un prominente miembro de la comunidad armenia que no había juzgado conveniente visitar personalmente el convento. El hotel Baron de Alepo, en la calle del mismo nombre del barrio de Aziziye, pertenece a esa categoría única de hoteles del mundo llenos de historia y frecuentados por huéspedes ilustres, como el Colonial de Bangkok, el Polana de Maputo o el Raffles de Singapur. Fue desde una ventana del hotel Baron que el rey Faisal proclamó en 1918 la independencia de Siria y fue allí donde años más tarde Nasser proclamó a su vez la efímera República Árabe Unida entre Egipto y Siria. Se dice que por él pasó Lawrence de Arabia y que en una de sus habitaciones escribió Agatha Christie su famoso *Asesinato en el Orient Express*, aunque estas historias podrían formar parte de la leyenda del edificio. Aún tocado por algunos impactos de obuses en sus plantas superiores, el hotel seguía funcionando con una cierta pretensión aristocrática de aparentar indiferencia frente a un mundo que rápidamente desaparecía a su alrededor. No ya el suyo, sino el de la misma ciudad que lo albergaba.

Pero la visita de Asís no era para hablar de literatura, ni de glorias pasadas, ni del tiempo efímero, cosas que a él, por lo demás, le dejaban bastante frío. Su objetivo era recabar información de una de las personas mejor informadas de Alepo sobre cuál era la situación de seguridad en torno a la ciudad y las posibilidades de llegar a Turquía o al menos al enclave de Afrin, un trozo de Siria arrebatado recientemente por los turcos a los kurdos.

El señor Karabián, prominente abdomen, traje de rayas oscuras con chaleco, pelo negro engominado y frondoso bigote, pidió dos cafés cargados de cardamomo sin interesarse antes por los gustos o deseos de Asís, y mientras dibujaba líneas en una servilleta de papel se lanzó a una larga exposición sobre la terrible destrucción que la liberación de Alepo había producido en los barrios orientales de la ciudad, en los que se había luchado casa por casa, donde los islamistas habían usado sin reparo a la población local como escudos humanos, y donde los edificios que aún quedaban en pie «están desventrados, mostrando con impudicia sus interiores a las miradas de extraños, interiores que un día acogieron escenas de intimidad doméstica, habitaciones pintadas de color rosa o azul, cuadros torcidos pendientes de un humilde clavo que no se sabe

cómo aún se sustentan y a punto de caer de las paredes desconchadas, armarios abiertos y que parece que van a despeñarse en cualquier momento hacia la calle con las ropas aún colgadas en su interior… Cosas que a un tiempo uno no quiere mirar y no puede evitar hacerlo, como si a su pesar llevara dentro un *voyeur* de la intimidad ajena». El señor Karabián se detuvo un momento, como turbado o sorprendido por sus propias confesiones, antes de continuar en voz baja:

—Es una zona que no se puede ni visitar pues quedan minas por doquier y el olor a muerto persiste después de meses. Porque los cadáveres se descomponen y acaban desapareciendo, ¿sabe?, pero su olor pegajoso y caliente se adhiere a las piedras y a los muros y no hay forma de quitarlo. Esta ciudad huele a muerto, pero no está muerta, como algunos quisieran… —Detuvo de nuevo su apasionado monólogo que Asís no se atrevía a interrumpir, y volvió a iniciarlo al cabo de pocos segundos—: Pero eso a usted le sería indiferente de no ser porque los islamistas derrotados y expulsados de Alepo se han convertido en bandas organizadas de delincuentes que, al estilo de los antiguos bandidos, se han adueñado de toda una amplia zona al norte y al noreste de la ciudad y se dedican a robar, secuestrar y matar. Dicen que lo hacen por política o religión o lo que sea y no es verdad, lo hacen para vivir porque ellos también tienen hambre… Pero a lo que vamos y a lo que el padre Matteo me ha dicho que le trae a usted hoy a verme: es un territorio sin ley y no lo podrían atravesar de ninguna de las maneras. Desaconsejo vivamente intentar alcanzar tanto las líneas turcas al norte, en Afrin, que está a escasos sesenta kilómetros, como las kurdas al este, más allá de las cuales volverían a toparse con los islamistas asentados en Manbij. —Y no mejor era la situación al oeste, con la provincia de Idlib en manos de Al-Nusra, como ya sabía bien Asís, pues eso les había forzado a un amplio desvío en su camino desde Damasco.

Fue una conversación muy esclarecedora, muy útil y bastante deprimente. El señor Karabián era un comerciante que no se andaba por las ramas, no le gustaba perder el tiempo y, en consecuencia, tampoco se lo hacía perder a los demás. La conclusión para Asís era que desde Alepo no había camino posible hacia Turquía y que Rachid se había equivocado al traerles a una ratonera sin escape posible.

—Entonces, ¿no hay salida? —balbució un abrumado Asís.

—Claro que la hay —contestó el armenio—, hay salida hacia Damasco, por donde usted ha llegado, o intentar escapar hacia Latakia, que está a tan solo ciento ochenta kilómetros en línea recta, sobre la costa mediterránea… pero para llegar tendría usted que dar nuevamente un amplio rodeo en torno a Idlib, que, como le he dicho, ocupan las milicias de Al-Nusra.

Un Asís muy decaído por la información recibida, agradeció al señor Karabián sus consejos, ciertamente muy útiles porque le revelaban la realidad de la situación en la que se encontraba, y aprovechó para preguntarle si sabía dónde podría comprar un vehículo pagando al contado, sin que le hicieran preguntas y sin tener que dar demasiadas explicaciones, y él le remitió sin dudar a un taller que conocía —«Pero no mencione mi nombre»—, en el barrio armenio de la ciudad. Asís decidió visitarlo aquella misma mañana antes de regresar al convento.

Su destino fue un garaje bastante grande y destartalado cuyo propietario era un individuo corpulento con el inevitable bigote negro y frondoso, vestido con un mono sucio y una camiseta grasienta que algún día debió de ser blanca, que dejaba asomar una mata de vello oscuro sobre el pecho, y que inicialmente desconfió de la petición de Asís.

—¿Tiene papeles? ¿Tiene dinero? —La respuesta y la perspectiva de cobrar en efectivo y, más aún, en dólares le tranquilizaron, aunque ese sosiego no se trasladara para Asís en la posibilidad de elegir nada porque el único coche disponible para venta inmediata era un viejo

BMW 2002, de cuatro puertas «cuyo propietario falleció en los combates», de color azul y bastante baqueteado pues mostraba más de cien mil kilómetros «oficiales», y Asís estaba seguro de que le debían de haber quitado otros tantos para venderlo mejor. Tras un regateo más por costumbre que por otra cosa, y ante las prisas y la sospecha de que no iba a encontrar nada mejor, Asís se resignó a una muy ligera rebaja en el precio y quedó en volver a recogerlo al día siguiente una vez que lo limpiara, lo pusiera a punto, revisara los niveles de agua y aceite y la presión de las ruedas, y estuvieran puestos a su nuevo nombre los papeles del vehículo.

Al regresar al convento, Asís informó de la poco esperanzadora respuesta recibida del señor Karabián que no le extrañó nada al padre Matteo, y todos juntos frente a un mapa decidieron probar fortuna en Latakia, no tanto por voluntad como por falta de otras opciones realistas. Asís argumentaba que al CNI le sería más fácil montar una operación de rescate en una ciudad costera que se había librado de la guerra que en mitad de un país repartido entre bandas de locos que se llevaban a matar entre sí. Lo que Asís no contaba, porque no lo sabía, era cómo contactar con el CNI para decirles dónde estaban. Su esperanza era recibir alguna señal durante su estancia en el convento, pues ese dato figuraba en la última carta dirigida a Miguel y depositada en el buzón seguro antes de dejar Damasco. ¿La habría recibido? ¿Habría un grupo planeando ya su rescate? Pero ¿cómo podrían planear nada si no sabían dónde estaban? Y, por seguridad, no podían prolongar su estancia en el convento, que era por el momento la única pista que había dejado.

Además, no tenían coche hasta el día siguiente y había que esperar. Los menos de dos días que el grupo pasó en Alepo fueron un remanso de paz tras la mucha tensión acumulada desde la noche de Al-Kiswah. El padre Matteo se reveló como un anfitrión discreto y bien informado de la situación política del país, algo no fácil dada su fluidez y la cantidad de actores participantes. Fueron largas horas de grata reclusión en torno a botellas de vino tinto local, oscuro y fuerte, siempre acompañadas de queso y aceitunas y de un vivo debate sobre la coyuntura. Así, el sacerdote informó al grupo de un acuerdo en gestación entre Rusia e Israel para alejar de la frontera de este último país a las milicias chiítas de obediencia iraní.

—La realidad es que todo el mundo piensa que la influencia de Irán es ya demasiado grande y a nadie gustan ni su arrogancia ni sus ambiciones. Y lo ocurrido en Al-Kiswah ha sido la gota que ha hecho saltar todas las alarmas.

—La presencia de fuerzas iraníes en Siria es percibida en Israel como una amenaza existencial —intervino Yaakov, animándose a entrar en la conversación— y puede ser el preludio de una guerra abierta entre ambos países si no se ataja a tiempo.

—Por eso —dijo el padre Matteo—, para no llegar a esa situación que podría complicarse mucho, rusos e israelíes se entienden con el aplauso discreto de los Estados Unidos. Igual que los rusos hacen la vista gorda cuando los americanos dejan que los turcos ocupen una franja de veinte kilómetros de anchura a lo largo de su frontera con Siria para impedir —dicen ellos— ataques de los terroristas kurdos del PKK. Aunque eso signifique para Washington sacrificar a sus aliados kurdos.

—Está claro que entre turcos y kurdos, tanto los americanos como los rusos prefieren a los primeros, mientras nuestro querido presidente se lleva mal con ambos —observó Amal con un deje de ironía.

—Sí —comentó Asís como hablando consigo mismo—, pero los americanos solo han descubierto sus cartas después de haber aprovechado bien a las fuerzas kurdas para derrotar al Estado Islámico. Y ahora que ya no existe… Washington las deja caer sin remordimiento alguno. Supongo que eso es lo que llaman *real-politik*.

—Los americanos también tienen su parte de culpa en lo que ocurre —comentó el padre Matteo—, porque una vez derrotado el Estado Islámico se han desentendido de Siria. Y ahora los que se reúnen para decidir nuestro futuro son los rusos, los iraníes y los turcos, que tienen sus propias agendas y que ni siquiera invitan a los americanos, que están desaparecidos. No los queremos cuando vienen y les echamos de menos cuando no están, toda una paradoja.

—Son todos unos cerdos, unos cerdos que van a lo suyo y prolongan esta guerra en la que los muertos, los huérfanos, las viudas, los refugiados y los lisiados los ponemos nosotros… —dijo Amal, mirando significativamente la pierna de Rachid.

—Así es. —El padre Matteo negaba con la cabeza y aire apesadumbrado—. Se ponen de acuerdo en lo que les interesa a cada uno de ellos, pero no buscan la forma de parar esta insania, de imponer un embargo de armas, de promover una reconciliación interna, de reconstruir las ciudades y el tejido social destrozado por siete años de guerra. Y no será porque no han tenido tiempo…

—¿Y los cristianos? ¿Qué piensan ellos? —quiso saber Yaakov.

Fue el padre Matteo el que respondió:

—Los cristianos al principio de la revuelta apoyábamos a Bachar al-Assad porque nos sentíamos más seguros con un régimen que siempre había protegido a las minorías que con el Emirato Islámico con el que nos amenazaban los fundamentalistas. Pero luego las barbaridades que ha cometido, el bombardeo de civiles con barriles lanzados desde helicópteros, el uso de armas químicas sobre poblaciones indefensas… nos han hecho cambiar de opinión. Y el resultado es que nos debatimos entre dos males a cual peor: una tiranía sanguinaria o la perspectiva de un régimen medieval que aplique la ley islámica. Por eso Siria… no, no solo Siria, todo el Oriente Medio se está vaciando de cristianos… nosotros, que estábamos aquí siglos antes de que Mahoma predicara el islam, somos expulsados de nuestras tierras por esos «recién llegados» que son los musulmanes. Y los pocos que quedamos trabajamos sin mucha esperanza por un régimen que sea democrático y que nos deje vivir a todos en paz, unos junto a otros, al margen de lo que cada uno crea y en quien cada uno crea, como hemos hecho mejor que peor durante siglos. Pero no podemos pensar que esa sea una opción realista hoy por hoy. —Su rostro reflejaba esa tristeza que solo produce la falta de esperanza.

—Igual que los israelíes habéis hecho con los palestinos, echarlos de sus casas y de sus olivares y enviarlos al exilio o encerrarles en tristes campos de refugiados. —Rachid lo dijo mirando provocadoramente a Yaakov, que decidió no responder.

Había un fondo de amargura en una conversación que reflejaba la situación desesperanzada que vivía el país. No es fácil elegir cuando todas las opciones son malas.

Por su parte, Amal y Asís aprovecharon cada minuto de intimidad para acercar sus cuerpos deseosos de sexo, de compañía, de ternura, de cariño y de seguridad en un mundo que se derrumbaba en derredor y que no les ofrecía ninguna de esas cosas sino todo lo contrario. Asís se sentía culpable de haberla arrastrado a ella a su actual situación de incertidumbre y de convertirla en una perseguida por los servicios secretos del régimen, mientras ella le confortaba asegurándole que estaba por su propia voluntad, que cuando volvió a buscarle a la sauna sabía que todo esto podía pasar y que no concebía una vida lejos de él. Fueron dos noches de pasión y de ternura en una habitación destartalada de un lugar tan improbable como un viejo convento católico de una ciudad destruida por la guerra en el corazón de un país musulmán. Fueron dos noches de amor y de sexo desatado como no sabían si tendrían oportunidad de vivir de nuevo, aunque lo desearan con todo su ser. Por eso las disfrutaron hasta más no poder, porque intuían

que es necesario tener miedo para tener esperanza. Y ellos lo tenían.

42. La Cuesta de las Perdices

Cuando se recibió en la Casa la noticia de que el teniente Yaakov Yalon había sobrevivido a la emboscada de Al-Kiswah y del apoyo que su huida había recibido por parte de Asís García, colaborador del Centro en Damasco, el secretario de Estado-director ordenó a la directora de Inteligencia, Soledad Vila, estudiar con carácter inmediato y con la máxima reserva la puesta en práctica de una operación para sacarles cuanto antes de Siria. «Exfiltrarles», decía. Y tenía que ser para ayer.

El director estaba muy enfadado y no lo disimulaba: «Esos cabrones son tan arrogantes que ni siquiera habían considerado la posibilidad de un fracaso. No te preocupes, cuando todo termine sacaremos a tu hombre de allí, me dijeron. Y luego todo les salió mal, la cagaron bien cagada y allí nos lo han dejado, en pelota viva, con su cobertura destrozada y para que se las arregle como pueda, teniendo que improvisar una vía de escape… y encima con un oficial israelí en brazos. Cabrones… Pero no vamos a abandonarle. Abandonar a uno de los nuestros no entra en nuestro código de conducta. Le vamos a sacar y ya de paso sacaremos al israelí también. Así que quiero un plan de exfiltración, ¡y lo quiero ya!».

El director era habitualmente un hombre tranquilo que contaba con el respeto de sus subordinados, pero cuando se enfadaba era temible y sus colaboradores lo sabían. Y ahora lo estaba y mucho. Y que, aunque pedía rapidez, tampoco quería precipitaciones de ningún tipo porque sabía mejor que nadie que lo que pretendía era una operación en un país lejano y desconocido y eso es algo que siempre resulta complicado. En definitiva, una operación de esas en la sombra a la que tan acostumbrado estaba el Centro y que cuando salen bien nadie se entera, pero que cuando salen mal se convierten en un escándalo. El director decidió en ese mismo momento que no podía dar cuenta de ella al presidente del Gobierno ni al rey precisamente por eso, para protegerles, y que, si algo se complicaba y estallaba un escándalo internacional, ambos pudieran decir que lo ignoraban todo de forma que toda la responsabilidad recayera sobre su cabeza que actuaría como un fusible evitando daños más arriba. Así son las cosas en este oficio y él lo sabía muy bien.

Soledad, una veterana del Centro, convocó entonces una reunión de la célula de crisis con miembros de los departamentos de inteligencia, operaciones, inteligencia de señales y de análisis para ver cómo podían hacerlo. No quería demasiada gente para evitar debates interminables porque disponían de muy poco tiempo. En un país lejano y que encima estaba en guerra, la operación se antojaba de entrada muy difícil. Además, la información disponible era muy escasa, pues solo sabían que los fugados eran cuatro y que se dirigían a la iglesia católica de Alepo, pero ni siquiera sabían si habían llegado. No había habido comunicación desde que Asís dejó su mensaje en el buzón seguro de Damasco aquella misma mañana, y tampoco cabía esperar otro en las circunstancias actuales. También debían suponer que la persecución de Asís, privado ya de su cobertura, habría comenzado ya y que, por lo tanto, no había un momento que perder. El equipo se puso a trabajar inmediatamente.

Por la noche, la directora de inteligencia había puesto sobre la mesa del secretario de Estado-

director tres propuestas, que él quiso discutir personalmente con los miembros de la célula y en particular con el director de Operaciones, un militar con sobrada experiencia en acciones encubiertas en terceros países, para desmenuzar todos los detalles de las diferentes propuestas. Se iban a arriesgar vidas humanas y eso en el Centro nunca se hace a la ligera. Así, se analizó, en primer lugar, la posibilidad de pedir ayuda a países que estuvieran sobre el terreno y en condiciones de ofrecerla, para llegar a la conclusión de que no era una opción viable porque ninguno de los tres países considerados ofrecía garantías suficientes. El primero era Turquía, que había conquistado hacía unos meses el enclave de Afrin, dentro de Siria, tras expulsar a las milicias kurdas YPG. Afrin estaba a una distancia razonable de Alepo y cabía esperar que las fuerzas turcas acogieran a los fugitivos. En el caso de Asís y los otros dos miembros de las FDS no parecía que fuera a haber problemas por la aceptable relación con España, y por la oposición de Ankara al régimen de Bachar al-Assad. Pero la cosa cambiaba con el teniente Yalon por el reciente deterioro de la relación entre Ankara y Tel Aviv tras el traslado de la embajada norteamericana a Jerusalén. El presidente Erdogan, con una deriva islamizante y nacionalista cada vez más descarada, había sido una de los críticos más feroces de esa decisión y no se le suponía bien dispuesto hacia los israelíes en la presente coyuntura. Y a ello cabía añadir también razones de política interna, pues la opinión pública podría no entender que se ayudara a un «agresor» israelí en estas circunstancias. La segunda objeción era que, para llegar hasta las zonas dominadas por Turquía, los fugitivos deberían cruzar territorio controlado por las milicias islamistas de Al-Nusra o, aún peor, restos descontrolados de esas milicias y eso, simplemente, no era posible.

La segunda opción era pedir ayuda a Rusia, pero tenía el serio inconveniente de que Moscú era el principal aliado tanto del régimen sirio como de Teherán. Rusia «controlaba» —es un decir — junto con Irán la zona de distensión de Manbij, también relativamente cerca de Alepo, pero allí las dificultades podrían agravarse mucho para los fugitivos por la presencia de diversas facciones de combatientes islamistas que con frecuencia luchaban entre ellas, con lo que ni rusos ni iraníes podían garantizar la seguridad de los huidos. Además de que los iraníes no iban nunca a dejar escapar a uno de los atacantes de Al-Kiswah. Eso era impensable. Por si fuera poco, tampoco los rusos eran de fiar porque tras la operación israelí sobre la base de Al-Kiswah, Rusia había obligado a las milicias iraníes a retirarse del sur de Siria hasta una distancia prudente de la frontera con Israel, unos sesenta kilómetros, y por ello Moscú podía tener la tentación de «compensar» de alguna manera a sirios e iraníes y «soplarles» la presencia del comando, aunque luego lo negaran. La célula concluía que el riesgo era demasiado alto como para ser aceptable.

La tercera alternativa que se había considerado era recurrir a los Estados Unidos, que hubieran ayudado sin ningún género de duda a sacar a los huidos, pero que tendrían dificultades para hacerlo por constituir una fuerza relativamente pequeña en Siria, tan solo unos dos mil efectivos acantonados en el otro extremo del país, en la cuenca del Éufrates, y muy ocupados en acabar con los focos de resistencia del Estado Islámico que aún quedaban por la zona. No era fácil para los norteamericanos poder operar con seguridad a distancia tan grande de sus bases sin advertir antes a los rusos para evitar la posibilidad de sorpresas desagradables, o de enfrentamientos por error que ninguno de ellos deseaba. Y si los rusos se enteraban, entrábamos en los riesgos inaceptables de la segunda opción.

Por estas razones, la célula respaldaba la solución, arriesgada pero viable, propuesta por el director de Operaciones, consistente en sacar al comando por mar desde el puerto de Latakia, precisamente el lugar donde los rusos querían obtener permiso de Bachar para construir otra

base. Se trataba del mayor puerto del país, con muelles grandes y donde sería posible disimular la presencia de los fugitivos hasta que fueran recogidos por una embarcación amiga. Y para ello la célula proponía el barco *Le Grand Bleu* con base en Beirut y propiedad de un francés llamado Bertrand Dejammet, que era conocido en el mismo puerto de Latakia donde hacía contrabando de vinos, licores, tabaco… con la connivencia de las propias autoridades y en especial con la de la policía de vigilancia del recinto portuario. Este Dejammet venía avalado por la terminal del CNI en Beirut, que ya había utilizado sus servicios en el pasado y tenía la ventaja añadida de ser también un viejo conocido del Mossad. Haría el trabajo que se le pidiera y sin hacer preguntas incómodas… siempre que se le pagara bien. En cuanto a su barco, se trataba de un antiguo arrastrero holandés reformado, un Privateer 60 construido en 2011 y de sesenta pies de eslora con dos motores potentes y conocido tanto en Líbano como en Siria, donde su presencia no causaría extrañeza a los gendarmes de ambos países que siempre acababan sacándole beneficios a su paso. La propuesta era que el «equipo de exfiltración» adoptara la cobertura de traficantes de droga disfrazados de vendedores de electrocomésticos dispuestos a sobornar a cuantos aduaneros se les cruzaran por el camino. «Ya le pasaremos luego la cuenta al Mossad», comentó socarronamente el director

A continuación, se entró en una discusión sobre todos los detalles de la operación propuesta que se prolongó hasta bien entrada la madrugada, y al final de la cual se tomó en firme la decisión de sacar a los fugitivos por el puerto de Latakia tres días más tarde y prevenirles de forma inmediata de esta decisión. Tendrían que ser ellos los que se las arreglasen para llegar hasta allí, lo que no parecía imposible, porque simplemente no estaba al alcance del Centro intentar operar en Alepo, tan lejos de la costa, sin un tiempo mínimo que permitiera una preparación adecuada. Y no tenían tiempo. Todo dependía ahora de, por un lado, meter en Latakia al «equipo de exfiltración» sin despertar sospechas y, por otro, de lograr advertir del plan a los fugitivos antes de que abandonaran Alepo y el Centro perdiera su pista. Y todo ello había que hacerlo «para ayer mismo», como les dijo el director.

La tarea de avisarles se encomendó a la terminal del Centro en Damasco, cuyo titular, acreditado como agregado de información de la embajada, fue expresamente instruido para no ir personalmente a Alepo por si era objeto de seguimiento, de forma que encargó de la tarea a un joven informante local de su absoluta confianza. Sería esta persona la que se ocuparía de advertir al padre Matteo, según había solicitado el mismo Asís. Las instrucciones eran claras: Asís debía arreglarse para estar con su grupo de fugitivos en la pensión La Perla de Latakia, junto al viejo puerto, tres días más tarde. Allí le estarían esperando. Era todo un récord, el mínimo absoluto de tiempo que se estimaba necesario para disponer el operativo sobre el terreno y para que los fugitivos pudieran llegar a la cita, y el máximo del que, por otra parte, se consideraba que se podía disponer con ciertas garantías, teniendo en cuenta la persecución de que ya debían ser objeto por parte tanto de los servicios sirios como de los iraníes.

El director, viejo zorro, ordenó que el operativo se disfrazara para que el CNI no apareciera por ningún lado. Sus muletillas preferidas eran la prudencia, citando a Confucio cuando decía que los cautos rara vez se equivocan, y también la discreción que le hacía rehuir la publicidad porque afirmaba, con mucha razón, que «combina mal con nuestro oficio». Es más, exigió que todo se hiciera de forma que pareciera que era el Mossad el responsable de la «exfiltración», como él repetía. Le había cogido gusto a la palabreja. Por eso le gustaba la idea de involucrar al francés del barco, pero no le parecía suficiente. Él no quería que como consecuencia de la operación que se iba a poner en marcha sufrieran las relaciones del Centro con los sirios o los

iraníes, que hasta el momento ignoraban su implicación en Sauna Suomi. Y no debían saberlo nunca. Como él decía: «Amigos hasta en el infierno, porque nunca se sabe». Finalmente, se decidió pedir al Mossad que una patrullera de la Marina israelí esperara a *Le Grand Bleu* en el límite exacto de las aguas territoriales sirias y en un lugar que se les diría más adelante «con la excusa de protegerles, si es preciso, y para eso también… pero, en realidad, para que a los sirios y los iraníes no les quede ninguna duda de que todo esto es un montaje de los israelíes y nos dejen en paz a nosotros».

43. Al-Mezzeh

Hay lugares cuya mera existencia es una afrenta para la Humanidad con mayúscula. O debería serlo. Al-Mezzeh es uno de ellos, como también lo fue la trágicamente famosa ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) que la Marina argentina tenía en Buenos Aires durante la dictadura del general Videla. Y, sin embargo, esos lugares no solo no desaparecen, sino que, para nuestra vergüenza, han existido siempre, lo siguen haciendo y solo cambian para incorporar nuevos y más sofisticados sistemas de tortura, o para hacer en terceros países con mucha hipocresía lo que las leyes impiden hacer en el propio, como sucedió tras la guerra de Irak. Con el agravante de que además de la base Al-Mezzeh, hay en Damasco otros dos centros de tortura en Tishreen y en Harasta.

Ibrahim Kadiri tenía pistas que no le estaban llevando a ninguna parte y su irritabilidad aumentaba porque era consciente de que el tiempo jugaba en su contra, y de que cada día que pasaba aumentaban las posibilidades de que su presa se le escurriera entre los dedos. Por eso echó mano de la lista con algunos números de teléfono que había encontrado en casa de Rachid y comenzó por detener e interrogar sin piedad a cada uno de los que en ella aparecían. Las «sesiones», como le gustaba llamarlas, tenían lugar en unas dependencias del aeropuerto de Al-Mezzeh, que está bajo control de la fuerza aérea y que es el lugar donde se recluye a los que el régimen de Bachar al-Assad considera enemigos o simples «desafectos» por haber cometido «crímenes» que pueden ser tan leves como participar en manifestaciones o hacer pintadas en las paredes.

Allí, los infortunados eran hacinados como animales en recintos sin ventilación en los que era imposible tumbarse por falta de espacio, y donde una hilera de cubos junto a una de las paredes, a la que costaba llegar por el hacinamiento de los cuerpos, no tenía capacidad para recoger la orina y excrementos de los detenidos. La suciedad y la peste eran intolerables aunque no fueran el principal problema de los allí encerrados, porque cuando se salía de aquel enclaustramiento era para ir a interrogatorios a cargo de individuos que no solo parecían indiferentes al dolor ajeno, sino que lo disfrutaban. Todos ellos habían sido formados en la escuela de Assef Shawkat, cuñado del propio Bachar y jefe de los *mujabarats* hasta que fue asesinado en Damasco junto a la misma sede de la Seguridad Nacional. Ocurrió en 2012, al comienzo de la insurrección, cuando la Primavera Árabe aún suscitaba alguna esperanza, y desde Alepo se extendió la protesta ciudadana contra el régimen después de la detención y tortura de quince muchachos que pintaban grafitis en las paredes. Los torturadores eran individuos crueles que refinaban sus métodos de interrogatorio con el paso del tiempo. Y que se reunían en la base de Al-Mezzeh.

Sin que mediara ninguna pregunta, el detenido que entraba en la enorme sala de interrogatorios era conminado a gritos a desnudarse para ser luego suspendido por los brazos de unas tuberías que recorrían longitudinalmente el techo, y donde ya había otros compañeros de infortunio colgando y recibiendo golpes, descargas eléctricas o quemaduras con cigarrillos a cargo de sádicos que conversaban despreocupadamente entre ellos mientras lo hacían. Y que se

reían. La imaginación de los detenidos al ver lo que le sucedía a sus compañeros de infortunio aumentaba el terror y multiplicaba el efecto de las torturas. En ocasiones, se simulaba una ejecución introduciendo una pistola en la boca del reo mientras se le conminaba a rezar la *shahada* o profesión de fe islámica, y en otras se le violaba directamente introduciéndole por el recto el cañón de un kaláshnikov AK-47. Y alguna vez incluso lo dispararon cuando ya no podían obtener más información, para entretenimiento de torturadores y terror de los demás detenidos. Muy dolorosas también eran las tundas sobre la planta de los pies con trozos de tuberías, que se propinaban con la víctima tumbada en el suelo. Para devolver al detenido a la galería donde se amontonaban los demás reos había que arrastrarle y luego sus compañeros procuraban hacerle un pequeño hueco para que se pudiera tumbar, pues el dolor era tal que mantenerse de pie resultaba imposible. Por eso solía ser cuestión de tiempo que el reo dijera todo lo que sabía, e incluso que con mayor frecuencia confesara lo que pensaba que sus torturadores querían oír, aunque tuviera que inventarlo, porque peor aún que la muerte es la espera de la muerte. Y aquí la imaginación —que es patrimonio del ser humano frente a los demás mamíferos — es aliada de los verdugos y por eso no se cumplía entre aquellas sucias paredes la afirmación cervantina de que «El que está para morir siempre suele hablar verdades». Allí no, allí se acababa diciendo más pronto que tarde lo que los sayones querían escuchar. O, peor aún, lo que los pobres reos creían que los torturadores deseaban oír.

Y una vez que habían hablado, lo más frecuente era matarlos para que no pudieran contar lo que habían visto allí dentro. O para que no los vieran a ellos, que eran muestra viva de las torturas recibidas. Por eso, cada madrugada, una furgoneta, decorada con un retrato grande de Bachar al-Assad para cruzar sin problemas los puntos de control, salía de Al-Mezzeh con siete sepultureros y un agente de seguridad dentro. La furgoneta abría paso a un camión frigorífico y ambos vehículos hacían un siniestro recorrido para pasar por los otros dos centros de interrogatorio y recoger los cadáveres acumulados en ellos durante la noche. El camión podía llevar hasta setecientos cuerpos, aunque con frecuencia no cargaba más de treinta o cuarenta. Unas veces los llevaba al cementerio de Al-Qutayafah, en el norte de Damasco, y otras veces al de Najha, situado al sur. En ellos los sepultureros «de confianza» abrían zanjas en las que arrojaban los cuerpos. Muchos llegaban con las manos atadas a la espalda, o sin uñas o con el rostro desfigurado por los golpes. No faltaban los cadáveres que llevaban grabada a fuego en la frente la marca de al-Khatib, la unidad militar de espionaje. Tampoco era infrecuente que de algunos cuerpos, cuyo entierro se había retrasado por algún motivo, comenzaran a salir los gusanos. El hedor era insoportable y los sepultureros, acostumbrados como estaban a la tarea, se tapaban la nariz con un pañuelo. Luego, finalizada su tarea, un volquete militar tapaba la fosa con escombros. Y así un día y otro.

Al principio, Kadiri no obtuvo resultados con los primeros nombres de la lista y ya comenzaba a desesperar cuando uno de los nombres de la libreta de Rachid afirmó no saber nada de lo que le preguntaban, aunque había oído decir que un tal Ahmed Bassem había llevado en una furgoneta a «Rachid y a unos amigos suyos» hasta Alepo. Era la pista que buscaba y que desencadenó la búsqueda implacable del tal Ahmed, un muchacho con el que no fue difícil dar con el dato de que trabajaba en un taller de estructuras metálicas y que, trasladado al centro de detención de Al-Mezzeh, a las primeras de cambio y con el susto en el cuerpo, confesó haber dejado a una mujer y a tres hombres, «incluido Rachid y uno que hablaba muy raro» junto a la iglesia católica de Alepo y que luego había regresado a Damasco.

En cuanto se le informó de esta declaración, el propio Kadiri se personó en Al-Mezzeh donde

le llevaron ante un joven desnudo y sin sentido que colgaba del techo del hangar. Junto a él se hallaba un individuo menudo y atildado, con corbata negra y en mangas de camisa, pues había dejado la chaqueta doblada cuidadosamente sobre una silla, y que parecía enfrascado en ajustar los mandos de una enorme batería eléctrica montada sobre una plataforma con ruedas. El hangar no tenía ventanas, había otros detenidos siendo interrogados entre aullidos de dolor y el suelo era de cemento con charcos de sangre y de orina. Apestaba a excrementos y a miedo, que también huele. De la batería salían unos cables largos que se adherían con ventosas a las tetillas y a los testículos del muchacho. Todo indicaba que ese tratamiento era el causante de su desmayo. Con voz seca y autoritaria Kadiri ordenó silencio en la nave, lo que hizo cesar las sesiones de tortura, pero no logró acallar los gemidos, y luego pidió que despertasen al muchacho que le interesaba, a lo que el hombrecillo atildado fue con desgana a buscar un cubo de agua que le arrojó a la cara, procurando sin éxito no mojarse él también. El horror regresó a la cara de Ahmed con la recuperación de la conciencia, pero el capitán le tranquilizó con una sonrisa: «Dime la verdad a cuanto te pregunte y no habrá más de eso», dijo señalando con la cabeza a la batería. No hizo falta nada más para que Ahmed respondiera entre jadeos que el vehículo no era suyo sino del taller en el que trabajaba como mecánico; que no conocía a ninguno de los pasajeros; que fue su jefe quien le encomendó el servicio y que nadie se lo había pagado; que no, que no había parado más de lo normal durante el camino, solo a poner gasolina; que los hombres iban en la trasera del vehículo cubiertos con sacos de patatas, y que él y la mujer habían enseñado la documentación con normalidad en todos los controles del camino; que no sabía cómo se llamaban, ni siquiera la mujer que iba sentada a su lado; que no, que no se había fijado en ellos y tampoco sabía si los viajeros entraron o no en la iglesia porque apenas se detuvo un momento para que bajaran del vehículo, él estaba cansado y tenía hambre, y además quería regresar esa noche a Damasco; que nadie les recibió en la puerta del convento; y que no, que tampoco recordaba que hablaran de adónde iban, porque la mujer apenas abrió la boca en todo el camino que él amenizó con un viejo disco de Oum Khaltoum que encontró en el coche y que alternaba con otro de Yakoub Shaheen y que puso varias veces porque era el que a él más le gustaba.

Era obvio que el chico aquel era un mandado que había sido utilizado por otros, pero también lo era que hubiera debido negarse a llevar a nadie escondido entre sacos de patatas y eso era por lo menos una actitud desleal con el régimen. Merecía un castigo. Cuando vio que ya no obtendría de él ninguna otra información de valor, Kadiri dio órdenes al hombrecillo atildado para que el tal Ahmed no saliera vivo de allí, así como para que fueran también a buscar al dueño del taller donde trabajaba porque había prestado el vehículo para la fuga y probablemente tendría contactos con grupos opositores y sería una fuente de información. «En este trabajo hay que tener siempre mucha paciencia y luego es como las cerezas, que cuando coges una tiras de otra y así sucesivamente», le dijo. Y él, Kadiri, por fin había encontrado su primera cereza que le ponía camino de Alepo.

44. Yaakov

La mañana siguiente en el convento, mientras los cuatro desayunaban en la habitación de Rachid para evitar el refectorio y no llamar la atención de los otros sacerdotes, e ignorantes de que sus seguidores estaban ya sobre la pista de Alepo, Yaakov tomó la palabra, rara vez lo hacía, para decir con solemnidad:

—Hasta aquí hemos llegado. Un proverbio hebreo dice que «El que da no debe volver a acordarse, pero el que recibe nunca debe olvidar». Y yo me lo aplico y por eso os agradezco lo que habéis hecho por mí que, en definitiva, no soy sino un soldado de Israel, el país contra el que habéis combatido en 1967 y en 1973 y que todavía hoy ocupa los Altos del Golán, el archienemigo de los cuentos infantiles, el vecino poderoso y odiado… Y os lo agradezco aún más porque no me conocíais, porque he entrado en vuestro país como agresor y porque al ayudarme habéis puesto en riesgo vuestras propias vidas. Pero esto se acaba aquí.

Y dicho esto, se calló. Yaakov no era hombre de muchas palabras y el discurso lo había estado pensando y madurando durante la noche.

—¿Qué quiere decir que hasta aquí hemos llegado? Aún no hemos llegado a ningún sitio y me temo que todavía nos falta bastante para considerarnos a salvo —intervino Rachid mientras cortaba en rodajas otro tomate. Lo hacía con parsimonia. A Rachid, como buen mediterráneo, le gustaba desayunar pan tostado con aceite, sal y tomate. No frotado sino cortado en trozos pequeños.

—Significa que tendréis más posibilidades de escapar si continuáis sin mí que si lo hacéis conmigo. Perdonad mi falta de modestia —una sonrisa triste relampagueó en su rostro—, pero el que interesa a nuestros perseguidores soy yo y no vosotros, yo los atraigo como la miel a las moscas y, en consecuencia, os hago más vulnerables.

—Mira, amigo —intervino Asís—, cuando te sacamos de Sauna Suomi sabíamos muy bien lo que hacíamos. No te quisimos matar ni dejar atrás, que eran dos posibilidades claras que se nos ofrecían y que no te oculto que consideramos, sino que ya entonces optamos por unir tu suerte a la nuestra. Y te repito que sabíamos lo que hacíamos, como lo sabemos ahora. Tú solo y con ese acento que tienes no darías dos pasos sin que te identificaran y acabaras en manos de los *mujabarats*. Y en menos de media hora de «tratamiento» habrías cantado *La Traviata* y habrías delatado hasta a Moisés y Abraham, por no hablar del padre Matteo y de todos nosotros.

—Eso es, por desgracia, verdad —dijo Amal—, pero no es ese el tema. El tema es que hemos empezado esto juntos y lo vamos a acabar juntos. Tienes una mujer y un hijo que te esperan y nosotros te vamos a llevar hasta ellos porque tú solo nunca lo lograrías, y yo no podría vivir sabiendo que al dejarte destrozaba a una familia. Y porque te he estado observando este tiempo, creo que eres una buena persona y estoy segura de que tú no nos dejarías a nosotros si la situación fuera la inversa. Y por favor no me digas que me equivoco.

—El Talmud dice que no hay que arrojar piedras en la fuente donde has bebido —replicó Yaakov—, y yo me temo que haría precisamente eso si os pusiera en peligro después de la ayuda que me habéis dado hasta ahora. Por eso, permitidme que insista, creo que es mejor que nos

separemos aquí y que yo tente mi suerte tratando de llegar hasta Turquía.

—Pues ya que hablas de piedras, te diré que, como dicen en mi tierra, es igual que el cántaro dé en la piedra que que sea la piedra la que golpee el cántaro. El resultado es siempre malo para el cántaro —sonrió Asís, que luego añadió—: Y aquí resulta que el cántaro somos nosotros.

—Pero ¿de verdad crees lo que dices? —preguntó Amal, indignada—. ¿De verdad crees que tendrías una sola oportunidad entre mil de escapar? ¡Vamos, hombre! No seas ingenuo. Nos necesitas y te vamos a ayudar.

—Mira, judío —Rachid nunca se andaba con rodeos—, si creyeras lo que dices no estarías aquí, desayunando con nosotros, sino que te habrías escabullido del convento en lo más profundo de la noche aprovechando el mucho vino que trasegué ayer. Y nadie se hubiera dado cuenta de tu marcha. Pero no lo hiciste y te diré por qué no lo hiciste: porque nos estás agradecido, nos has cogido afecto y no querías irte sin despedirte, y porque, en el fondo, sabes que no puedes hacer lo que desearías. Porque no eres imbécil y sabes que a nosotros nos puedes comprometer y complicarnos la fuga, es verdad, pero es que si te quedas solo te cogerán y entonces es seguro que acabarías delatándonos, como ya te ha dicho Asís, y también sabes —porque no eres tonto— que la segunda opción es mucho peor para nosotros y también para ti. De modo que déjate de bobadas, que aún nos queda mucho camino por delante y pon todas tus habilidades al servicio de la causa común de salir de aquí cuanto antes. Y cuando digo aquí no es de este convento, sino de Siria.

—Yaakov, te agradecemos tu intención, pero ya ves que no la aceptamos. El azar unió nuestras suertes y ahora debemos jugar la partida hasta el final, y para ganar nos necesitaremos los unos a los otros —dijo Asís—, porque lo que nos falta es lo más complicado.

—Y deja ya de pensar en deudas y agradecimientos —finalizó Amal—, porque nosotros ni te sentimos en deuda con nadie ni tú lo estás. Aquí ninguno es más que otro, aunque todos lo esperamos todo de los demás. Y es solo así, remando juntos, como saldremos de esta. Como aquellos mosqueteros franceses que ahora no sé si eran tres o cuatro. —Y al decirlo soltó una carcajada.

En esas estaban cuando entró en la habitación el padre Matteo, que escuchó un instante e interrumpió su conversación.

—¡Parece que se os han pegado las sábanas! Buena señal, pero dejaros de bizantinismos porque es hora de salir y no conviene abusar de la diosa Fortuna. Y eso os lo dice un cura —dijo con una sonrisa—. Hay noticias de Madrid —añadió mientras agitaba con la mano un papelito—, que me ha dejado un chico en el confesionario esta mañana. Os esperan a partir de mañana en Latakia. En la pensión La Perla de Latakia… ¡Vaya nombre cursi! También conocida como pensión Abdul, ¡menos mal! Aquí tenéis la dirección, junto al muelle viejo. Cuando lleguéis tenéis que esperar instrucciones y hacer contacto usando la clave «¿Conoce usted a George Smiley?». —Y esbozó una gran sonrisa mientras continuaba—: Esperad, que aún no he terminado porque la respuesta es: «Le sigo desde hace años». —Al llegar a este punto, el padre Matteo estalló en una carcajada que todos compartieron, tanto por aliviar la tensión del momento como por la alegría que les daba saber que no les habían abandonado y que tenían amigos en Madrid que les iban a ayudar—. Hala, pues, a jugar a los espías… —Otra carcajada—. Parece que a los del CNI les gusta Le Carré. Y ahora iros cuanto antes porque no es prudente que os quedéis más tiempo. Estáis reposados, tenéis coche, documentación nueva y amigos que os vienen a buscar… ¡No hay quien dé más! ¡Con todo eso si no escapáis es que sois una panda de mantas! Ahora recoged vuestras cosas rápido y salid por la puerta trasera, pues hay misa en el

altar mayor y hoy ha venido bastante gente. Mejor que nadie os vea. Que tengáis mucha suerte y que Dios os bendiga.

Y con un fuerte abrazo a cada uno desapareció por donde había venido porque tampoco hay que alargar las despedidas. Así supieron que el Centro no los dejaba a su suerte y que el análisis de Madrid coincidía con la evaluación del señor Karabián en la propia Alepo: la única vía factible de fuga era por el puerto de Latakia.

45. El padre Matteo

El destino no está predeterminado, pues somos nosotros los que lo hacemos combinando herencias de todo tipo y añadiendo luego lo que aportamos a lo largo de la existencia, con mejor o peor aprovechamiento según los casos. Lo de uno y su circunstancia. Shakespeare lo expresó muy bien cuando escribió que la vida baraja las cartas, pero nosotros decidimos cómo las jugamos. O algo muy parecido. Y luego algunos se dejan dominar por el odio mientras otros son guiados por el amor, o el deseo de venganza, o la codicia… Las posibilidades son muchas. En el caso del capitán Kadiri la ambición era la fuerza que dominaba toda su existencia, una vez que buscaba rellenar en la vida profesional el vacío que las infidelidades de su mujer, que él se había ganado a pulso, habían dejado en la vida familiar. Ella se había casado enamorada, pero su carácter agrio y permanentemente insatisfecho había apagado poco a poco la llama del amor sin que él se diera cuenta, y llegó el día en que ella empezó a sentir por otro oficial lo que había sentido antes por el Ibrahim de su juventud. Con hijos aún pequeños en un hogar de conveniencia, frío y carente de afectos, el capitán pidió el divorcio para no perjudicar sus expectativas de carrera militar en un ambiente que aceptaba la hipocresía, pero abominaba del escándalo. La soledad deseada tiene sus ventajas pero puede ser terrible si es impuesta, ya que los recuerdos contribuyen a hacerla más profunda y a desatar un rencor que muchos solitarios conocen bien, pues acaban poblando sus mentes de fantasmas que, en el caso del capitán, no se compadecían con la necesidad de reconocimiento y estima que le exigía su orgullo narcisista.

En consecuencia, Kadiri se había volcado en su carrera militar y a ella le dedicaba su vida entera, veinticuatro horas al día, siete días a la semana y trescientos sesenta y cinco días al año, y por eso era tan frustrante la falta de progresos tangibles en forma de ascensos y de aprecio por parte de sus superiores, sin llegar a percibir que su propio carácter tenía mucha culpa de lo que le ocurría porque solo estaba bien cuando se sentía mal. Su ambición cegaba su claridad de juicio y embotaba una inteligencia que, por lo demás, era viva y despierta, pues no veía culpas en sí mismo sino en el mundo que le rodeaba y muy en particular entre sus superiores incapaces de apreciar su valía y sus méritos, mientras la envidia le impedía reconocer los ajenos en otros oficiales de brillante ejecutoria. En la mujer y los hijos ni siquiera pensaba ya. Era, a fin de cuentas, un hombre frustrado, amargado y solitario, que ahora, con esta persecución del oficial israelí y de sus encubridores, había encontrado una vía para medrar, la posibilidad de brillar y de revelar sin margen para la duda lo equivocados que estaban todos. Había llegado el momento que tanto había esperado y no lo iba a dejar pasar, su ascenso a comandante y un destino con mando de tropas acorde con sus merecimientos le esperaban a la vuelta de la esquina. Y ese pensamiento le hizo sonreír porque no repararía en nada para conseguirlo, no tenía la menor duda de que el fin justificaba cualquier medio y Kadiri no veía nada a su alrededor que pudiera ser superior a su propia conveniencia.

Hacía ya ocho horas que los prófugos habían abandonado el seminario cuando un coche seguido por un camión del ejército se detuvo frente a la iglesia católica de Alepo. Un oficial descendió del automóvil mientras los soldados rodeaban ostensiblemente el templo y el convento

aledaño e impedían que nadie entrara o saliera de ellos. El capitán Kadiri entró en la iglesia y se descubrió en señal de respeto, quitándose la gorra entre el estupor y la alarma de los pocos feligreses que allí se encontraban y que eran casi todas mujeres de edad ya avanzada. Se dirigió hacia la sacristía y preguntó por el que dirigía la plegaria, mostrando así un cierto desconocimiento de los rituales cristianos.

—Supongo que busca usted al padre Matteo, él es nuestro superior —respondió un sacerdote bastante mayor que parecía muy ocupado ordenando casullas en un cajón de gran tamaño—. Ha salido. Todas las tardes va al hospital militar, hay allí muchos heridos de guerra y como los enfermeros son insuficientes él va para echar una mano. Yo iría también, pero ya estoy viejo y soy más un estorbo…

Aquel cura hubiera seguido hablando, pero el capitán no le dio oportunidad y le cortó.

—¿Dónde está ese hospital?

—Oh, no vale la pena que vaya, el padre Matteo estará de regreso en media hora como mucho. Es muy ordenado en sus costumbres y antes de cenar le gusta recibir a los feligreses que le buscan. Ya sabe, la gente necesita hablar y…

«Aquí el único que parece necesitar hablar eres tú», pensó Kadiri. Pero contuvo su impaciencia y se limitó a decir:

—Le esperaré en su despacho, ¿me puede indicar el camino? —Y mientras subían la escalera al lento ritmo del anciano, le preguntó—: Dígame, ¿hay visitantes acogidos ahora en su iglesia?

—Supongo que se refiere al convento. No, ahora no hay nadie, había un grupo de tres o cuatro personas, no me fijé bien, pero creo que ya se han ido… han pasado aquí un par de días, me parece… no se les veía apenas porque no salían mucho de sus cuartos que estaban al final del corredor y yo por allí nunca voy porque cayó una bomba, hay escombros y es muy peligroso…

No tuvo que esperar mucho. Mientras procuraba no escuchar la cháchara sin interés del viejo cura, Kadiri inspeccionaba el despacho para hacerse una idea del hombre con el que se iba a encontrar en poco tiempo. Austeridad, orden, limpieza, no había fotos, pero sí algunas estampas religiosas y un gran crucifijo que presidía una pared junto a muchos libros en árabe y en francés, pero también en otros idiomas como inglés, ese lo distinguía bien, y otros que debían de estar en español o italiano… no sabía, porque no era capaz de diferenciar las dos lenguas. Pero que, en todo caso, revelaban a un hombre cultivado y que hablaba idiomas.

Entró sin hacer ruido y casi le dio un susto.

—Soy el padre Matteo, superior de esta congregación. Disculpe si ha tenido que esperar, no esperaba su visita, vengo del hospital y a veces me retraso un poco. Este es el padre Anselmo, aunque veo que ya se han conocido. Gracias, padre Anselmo, puede retirarse ahora. Y a usted, capitán, ¿en qué puedo servirle?

—Supongo que lo imagina. —Kadiri no se molestó en devolver la cortesía del saludo—. Busco a un grupo de personas que, al parecer, han gozado de su hospitalidad durante un par de días.

—En efecto. Vinieron con un viejo amigo, un militar herido en la lucha por liberar Palmira de los islamistas de Al-Nusra. Un verdadero héroe de guerra.

El capitán no pudo evitar enrojecer ante la alusión a su carencia de experiencia de combate. ¿Cómo lo habría adivinado, o es que era solo un tiro de fortuna? Pero le dolía la alusión velada a su destino en retaguardia. Y eso le hizo odiar a aquel infiel que sonreía imperceptiblemente, solo con los ojos, al darse cuenta del efecto causado.

—No perdamos tiempo y sobre todo no me lo haga perder a mí. ¿Cuándo se han ido?

¿Adónde han ido?

—Le puedo decir que se han ido esta mañana, eso lo sé, y sobre adónde, no se lo he preguntado.

—Se lo pregunto yo ahora. ¿Qué dirección han tomado? Son criminales y usted los ha protegido.

—Y le respondo lo mismo. Ignoraba que fueran «criminales» como usted dice, con esta guerra hay mucha gente que se queda sin casa o no puede comer y viene a pedir ayuda en el convento y yo procuro dársela. Y le repito, no les he preguntado adónde han ido y tampoco los he visto salir del convento, y no le puedo decir más.

No tenía más que decir y le sobraba inteligencia para resistir la tentación de seguir hablando. Tampoco había miedo alguno en su voz, el padre Matteo no se dejaba llevar por el temor cuando sabía que nada había ya que esperar, pues esta visita le anunciaba su fin. Estaba condenado, lo sabía, y no se arrepentía. Además, su fe le evitaba la incómoda sensación de tantas otras personas que no saben en qué se van a convertir o dónde se van a encontrar cuando les llegue el momento del tránsito, las grandes preguntas que se hacen los hombres desde el comienzo de los tiempos. Y como no tenía dudas, su mente le llevó a una historia que le contó hacía años un amigo mozambiqueño mientras cenaban en Maputo y según el cual las tortugas viejas arrojadas a la playa y volteadas por las olas, sin fuerza ya para recuperar su verticalidad, mueren llorando y sus lágrimas se funden con la arena. Y al pensarlo sonrió con tristeza, porque le pareció bonito recordar ese cuento en ese momento y porque sintió que de alguna manera él era como una de esa viejas tortugas, aunque ya no tuviera lágrimas que verter y no le acompañara en su final un bonito crepúsculo junto al mar sino un individuo hosco y sin educación. «Es una pena», pensó.

Kadiri oyó el silencio prolongado y se dio cuenta de que de allí no obtendría ninguna otra información porque como aquel hombre que estaba de pie frente a él no temía a la muerte, tampoco le afectaban las amenazas. Pero no podía permitir su insolencia y el apoyo que había dado a los fugitivos que él perseguía y que eran enemigos del régimen. Le hubiera gustado darle su merecido y verle pedir clemencia a sus pies. Pero tenía prisa y también sabía que no podía enviarle a Al-Mezzeh o llevarse detenido al superior del convento católico de Alepo sin provocar problemas con la colonia cristiana aún numerosa en la ciudad, porque hacerlo le retrasaría y además le traería complicaciones con sus superiores, que podrían acabar poniéndole en libertad, y no el éxito que necesitaba para que de una vez se fijaran en él y retribuyeran sus capacidades. No, no podía detenerle delante de sus feligreses, pero tampoco le iba a dejar reírse de él…

El silenciador hizo que el disparo apenas se oyera en aquel caserón enorme. La bala entró entre aquellos ojos azules que ya no se volverían a burlar de nadie y que le miraban fíjamente y sin rastro de temor cuando disparó. Puede que incluso hubiera en ellos desprecio, ese que nace de la falta de miedo a lo que en el fondo se considera una liberación. El padre Matteo era un hombre culto y conocía la frase de Marco Aurelio de que «Morir es cambiar de residencia» y él, como cristiano, no solo lo creía firmemente, sino que sabía cuál era la que le esperaba porque a ello había consagrado su vida desde que, ya adulto, renunció al éxito en el mundo empresarial para dedicarse a los demás en una ciudad olvidada de un país en guerra permanente. No solo sabía lo que le esperaba al final del camino, sino que además lo deseaba. Y como no tiene sentido ser presa del temor cuando ya nada cabe esperar, ni a uno le temblaron los ojos cuando vio acercarse el cañón a su frente ni al otro le tembló el pulso en lo que consideraba otro peldaño en la cuesta de su ambición. Cada uno cumplió con su papel en aquella representación de la muerte anunciada. Luego el capitán Kadiri salió sin prisas de la iglesia, se ajustó el gorro y se metió

nuevamente en su coche tras dar órdenes de registrar a fondo el convento y de levantar luego el cerco.

A continuación, envió a sus hombres a mostrar las fotos que tenía de Amal, Asís y Rachid en los controles militares establecidos en todas las carreteras de salida de Alepo. No pudo mostrar la de Yaakov pues no la tenía e ignoraba el nombre del israelí, cuya falta Tel Aviv seguía ocultando cuidadosamente. Los resultados no fueron los esperados porque los soldados de guardia apenas dieron a las fotos una mirada distraída, la misma que echaban a los vehículos que entraban y salían en aquel momento de la ciudad. Nadie parecía haber visto nada, y desde luego nadie recordaba a ningún cojo, ¡cómo iban a verlo dentro de un coche! Hasta que en el control de la carretera vieja de Damasco uno de los vigilantes dijo que creía recordar un coche con tres hombres y una mujer «morena, con el pelo largo y sentada detrás del conductor» que le había llamado la atención por su belleza. Lo que no pudo ya recordar fue cómo era el vehículo que les llevaba ni si dentro había un cojo. Kadiri, sorprendido por la aparente decisión de los fugitivos de regresar a la capital y desconfiando de la débil información obtenida, dio órdenes a sus hombres de tomar el camino de Damasco buscando el rastro de los fugados mientras él continuaba sus pesquisas en Alepo.

46. Una puta casualidad

Al volante del traqueteado BMW, Asís tomó la dirección de Damasco por la carretera antigua, pues la presencia de las milicias de Al-Nusra en la provincia de Idlib les impedía tomar la ruta directa desde Alepo a Latakia, a tan solo ciento ochenta kilómetros, y les obligó a dar un rodeo bastante grande al igual que les había ocurrido dos días antes cuando llegaron desde la capital. Su intención era retroceder unos cincuenta kilómetros hacia el sur, por la misma carretera que habían usado entonces, hasta llegar a Hama, para luego desde allí girar al oeste en dirección a Latakia bordeando así la zona ocupada por los islamistas. El inconveniente era que habría que viajar por carreteras secundarias en mal estado que alargarían el viaje… pero en las que los controles policiales también serían menos frecuentes.

El ambiente entre los huidos era festivo, pues pensaban que lo peor había pasado y que con la documentación provista por el padre Matteo y el apoyo que el CNI les daría en Latakia lograrían escapar de Siria. Asís manejaba el volante sin prisas con una mano mientras con la otra acariciaba las de Amal, sentada a su lado.

—Vine a Latakia una vez hace años con el colegio. Nunca más he regresado. También tú venías en aquella excursión, ¿no? —se dirigió a Rachid, que asintió con la cabeza desde el asiento de detrás—. Debíamos de tener trece o catorce años y nos quedamos en un colegio que los curas tenían en las afueras de la ciudad… No recuerdo mucho, pero íbamos a la playa y jugábamos al fútbol, ¿te acuerdas?

—Lo que yo recuerdo es que una noche nos hiciste saltar la tapia a Othman y a mí para que te acompañáramos a ver a una chica que te había gustado y cuyo padre tenía un puesto de helados junto a la playa.

La mirada divertida y pretendidamente ofendida de Amal fue interrumpida por Asís con tono plañidero.

—¡Es verdad! Othman se cayó del muro, se hizo daño en la rodilla y allí se acabó la aventura… con los tres castigados sin playa el día siguiente…

La carcajada fue compartida y en ese ambiente festivo seguían cuando unos kilómetros antes de llegar a Hama y pasado el control del pueblo de Saraqib, donde todavía les advirtieron por última vez que tuvieran cuidado y no entraran en la vecina provincia de Idlib, «ocupada por esos hijos de puta de Al-Nusra», giraron a la derecha por una carretera comarcal que les acercaba al Mediterráneo. De esa forma, pensaba Asís, desconcertarían más a eventuales perseguidores que imaginarían que habían continuado camino hacia Hama. A medida que se desplazaban hacia el oeste, la proximidad del mar se dejaba notar en los cultivos de regadíos con cítricos, naranjas y limones, mientras se iba haciendo más cantarino el acento de los escasos ocupantes de diversos puestos de control que, muy de tarde en tarde, les hacían detenerse para mostrar la documentación. Y con el cambio hacia un paisaje más mediterráneo y amable se aligeraba también el humor de los viajeros, que veían más próximo el final de su escapada

Latakia, otra ciudad siria no tocada por la guerra, es cuna de los alauitas que, a pesar de representar solo el 10 por ciento de la población, dominan un país mayoritariamente sunnita y

ocupan los puestos de mayor responsabilidad en el ejército y en la Seguridad Nacional. El descontento que eso provoca contribuye a explicar la rapidez con la que el Estado Islámico y otros grupos islamistas se han propagado entre correligionarios sunnitas insatisfechos por lo que consideran una marginación injusta de todos los resortes del poder. Era exactamente el mismo fenómeno que se había dado en Irak y que había llevado a la minoría sunnita a apoyar al Estado Islámico para protestar contra los chiítas que se habían adueñado del poder tras la caída de Saddam Hussein y lo utilizaban de manera muy sectaria. Asís se preguntaba cuánto de religión y cuánto de oportunismo, ambición y lucha descarnada por el poder había en estas lealtades.

El puesto de control de Yisr al-Shugur era el más cercano a las milicias de Al-Nusra, que campaban al norte y también la última barrera montañosa que había que cruzar antes de llegar a las planicies costeras. Su aspecto no difería de los demás, aunque quizás estuviera algo más descuidado, si es que alguno no lo estaba. Un par de bidones rellenos de alquitrán con una banderola entre ambos de color verde, cuatro milicianos conversando de pie entre ellos mientras otro estaba indolentemente repantingado en un sofá desvencijado al borde del camino, con aire indiferente y aburrido, con un fusil sobre las rodillas y delante de un sucio monovolumen aparcado algo más lejos. Un aspecto en nada diferente de los muchos otros controles que ya habían franqueado. Los milicianos dejaron pasar casi sin mirar a una camioneta que les precedía y a la que Asís, al volante, había dado una ventaja de sus buenos cien metros para evitar el polvo que levantaba. Y al acercarse ellos, les dieron el alto.

—Documentación —dijo escuetamente un tipo sucio, barbudo y mal encarado sin retirarse el cigarrillo de los labios. Del cuello le colgaba un kaláshnikov AK-47 que chocó metálicamente contra la portezuela del coche al inclinarse hacia la ventanilla para inspeccionar de cerca al pasaje. Cogió los papeles y, sin mirarlos, les indicó que apartasen el coche a un lado de la carretera. Ya comenzaba Asís a protestar y a asomar unas libras de «propina» por la ventanilla, cuando las portezuelas del coche se abrieron todas de golpe, casi al unísono, y los fugitivos fueron sacados en volandas y aterrizaron en el suelo, mientras el que estaba en el sofá les apuntaba con su rifle y les exigía poner las manos sobre la cabeza. Rachid protestó con vehemencia y solo consiguió un fuerte golpe en la espalda. A su lado, el muy escaso tráfico continuaba como si nada, se veía que los conductores estaban acostumbrados a este tipo de situaciones y sabían muy bien que en estos casos lo mejor es pasar de largo, mirar con disimulo y desaparecer cuanto antes para evitar que les ocurriera a ellos lo mismo.

Acto seguido los metieron a empujones en el monovolumen mientras uno de los milicianos se ponía al volante del que hasta hace un momento era su coche, y ambos vehículos se internaban por un camino de tierra y piedras que se alejaba de la carretera en ángulo casi recto en dirección norte, dejando desatendido el puesto de control. No sabían ni quién les había detenido, ni por qué, ni adónde los llevaban. Sus preguntas no obtenían respuestas de los cuatro milicianos que les vigilaban con sus armas desde el asiento trasero y el de junto al conductor.

—Por si no os habéis enterado todavía, esto es un secuestro —les dijo por fin uno de ellos tras un par de kilómetros de baches, al bajar del vehículo en lo que parecía una casa de campo abandonada y rodeada de maleza y malas hierbas en mitad de ningún sitio. ¡Era lo que menos esperaban que pudiera ocurrirles! Habían caído como pajarillos en una trampa sin que les consolara la excusa de que, en el fondo, uno no espera ser secuestrado, no está preparado y no sabe muy bien cómo reaccionar cuando se produce. Y, sin embargo, debían haberlo estado, pues lo que les ocurría era moneda corriente en la Siria destrozada por la guerra, donde el bandidaje había aumentado exponencialmente entre soldados y milicianos desmovilizados, simples

desertores con armas, o restos de grupos derrotados como lo había sido la misma Al-Nusra en la cercana Alepo. Y estos individuos no tuvieron empacho alguno en confesar que habían combatido en el barrio este de Alepo contra el ejército regular y que, en lugar de replegarse con sus conmilitones hacia el norte, en dirección de Manbij y Raqqa, habían escapado y decidido probar fortuna por un tiempo en la carretera de Latakia, pasando así de ser una milicia disciplinada y fanática a una mera banda de delincuentes. Lo decían con toda naturalidad, como algo que ocurre en la guerra y que hace aflorar lo peor que hay en cada uno. Y al parecer no les iba nada mal.

—No os pasará nada si os portáis bien y obedecéis nuestras instrucciones. —El que hablaba parecía ser el jefe, que volviéndose bruscamente hacia Amal le ordenó—: Y tú, cúbrete la cabeza.

Desde el primer momento Asís tuvo la sensación de que habían constituido eso que se llama «un blanco de oportunidad» y de que tenían la suerte de que los secuestradores no sospecharan quiénes eran, y era imprescindible que no lo supieran nunca o no saldrían vivos de allí. En especial, tenían que evitar que descubrieran la identidad de Yaakov, pues ir acompañados por un israelí aseguraba su entrega a un grupo más grande y una fuerte subida del precio de su rescate, si es que no significaba la muerte. Y tendrían suerte si era rápida. Asís no pudo evitar recordar con un escalofrío al pobre piloto jordano que fue derribado y luego quemado vivo en público dentro de una jaula de hierro, una de esas jaulas que ahora se veían abandonadas en poblaciones arrebatadas al Estado Islámico, y en las que los fanáticos exhibían para escarnio y ejemplo público a quienes iban a ser ejecutados. Igual que en la Edad Media, que es donde aquellos individuos estaban mentalmente. Habían caído en manos de fanáticos salvajes. Y Asís trataba de tranquilizarse repitiéndose una y otra vez que no sabían a quiénes habían capturado y que lo suyo había sido un blanco de oportunidad, una casualidad, se repetía, «una puta casualidad». Vamos, que pasaban por allí y les tocó como podía haberle tocado a cualquier otro.

Les pidieron la documentación y ellos entregaron la que les había proporcionado el padre Matteo sin que aquellos individuos parecieran poner en duda su autenticidad y sin tampoco darle demasiada importancia. Una simple ojeada aburrida a unos nombres que tampoco les decían nada. Rachid se apresuró a improvisar explicando que eran un grupo de amigos que iban a una boda en Latakia y a partir de ese momento todos se agarraron a la idea, cuyas líneas maestras se iban esbozando a medida que hablaban: una pariente de Amal originaria de la ciudad portuaria, un novio comerciante sunnita del sur, de Deraa…. Pero los secuestradores no estaban interesados en los detalles, lo único que querían era dinero lo antes posible «he oído que a esto en México lo llaman “secuestro-exprés”, y funciona muy bien», dijo el que parecía llevar la voz cantante. Y sus compañeros corearon estas palabras con sonrisas cómplices.

—Os lo voy a explicar porque es muy sencillo, lo entenderéis enseguida. Vosotros pagáis y nosotros os dejamos continuar camino de vuestra boda. Vosotros no pagáis y nosotros decidimos si os matamos o si os vendemos a otros grupos más grandes y con menos prisa que nosotros porque tienen más capacidad de aguante y de negociación, y que pueden reteneros durante meses… hasta que al final también paguéis. Creedme, os conviene pagar y acabar con esto lo antes posible para que a nosotros no se nos pase por la cabeza acabar con vosotros.

—Lo que pasa es que a nosotros nadie nos iba a querer —aventuró Asís, el más locuaz con Rachid, mientras Amal adoptaba una actitud subordinada como convenía a una mujer entre yihadistas, y Yaakov evitaba abrir la boca para no suscitar comentarios con su acento.

—Pues me lo pones más fácil. Si no pagáis y tampoco os podemos vender, entonces os

tendremos que matar —soltó con toda naturalidad y con un cierto fatalismo, como si dijera: «Pues si se ha acabado el cordero, comeremos la sémola». No había acritud en su voz sino constatación de una realidad, de que las cosas eran como eran y había que aceptarlas sin rebelarse. «*Maktub*», el destino, lo que está escrito ha de suceder y yo soy un mero instrumento que no me planteo si está bien o mal lo que hago… con tal de que resulte bien para mí. La misma actitud que Hannah Arendt había descrito como la «banalización del mal» cuando estudió el caso de Adolf Eichmann.

—Si nos dejáis ir, yo te juro que regresaré con lo que me pidas —se lanzó Rachid a la piscina.

—Claro, volverás en la alfombra mágica de Aladino…, ¡no te jode! Harum al-Rashid, el sultán depravado, vivía en Bagdad hace muchos años cuando sus concubinas le entretenían con los cuentos de *Las mil y una noches*. Pero esto es Siria, aquí no hay sultanes ni concubinas y yo no creo en hadas. Ninguno de nosotros cree en hadas. —La risotada de sus compañeros acompañó esta última afirmación—. Dadnos la dirección de la novia y ya nos ocuparemos nosotros de ir a pedirle el dinero.

—Y no os lo dará. —Era la primera vez que Amal abría la boca y el hecho provocó un desagrado evidente en los captores. ¿Cómo se atreve una mujer a intervenir en la conversación? Uno de ellos se adelantó y la abofeteó sin saña, como por obligación ante una falta imperdonable cometida por un deficiente mental—. Calla, mujer, y limítate a ocupar tu lugar. Esto es cosa de hombres.

Rachid lanzó una furibunda mirada en dirección a Amal conminándola a callarse y aventuró:

—Tiene el defecto de no saber estar callada, pero hay que reconocer que tiene razón. ¿Por qué iban a confiar en vosotros? Sería mejor que fuera yo y seguro que consigo que me presten el dinero, que ya nos arreglaremos nosotros para devolverlo más adelante.

—¿Tú? Cojo como estás ibas a tardar demasiado… —El que llevaba la voz cantante no solo parecía el jefe del grupo, sino que obviamente iba de gracioso por la vida porque sus ocurrencias eran indefectiblemente celebradas por sus compañeros—. Pero quizás no sea mala idea que vaya la chica. —La incomodidad de los yihadistas ante la presencia de una mujer era evidente y al enviarla a ella a buscar el dinero conseguían a la vez un emisario y alejar a un ser inferior y pecaminoso en cuya presencia no se sentían cómodos—: Seguro que moviendo un poco las caderas logra lo que le pidamos. —Todos rieron el comentario machista, unos porque pensaban igual y otros porque les convenía alejar de allí a Amal y ponerla a salvo al menos a ella.

Amal no quería separarse de Asís, pero una mirada de este la detuvo:

—Calla y haz lo que te dicen, aunque sea por una vez en tu vida, mujer. —Le convenía afirmar sus credenciales de «marido» dominante ante los captores y Amal captó el mensaje.

—Tienes veinticuatro horas para regresar con veinte mil dólares. Cinco mil por cada uno, no os quejaréis, porque es una cantidad razonable. Mañana saldrás a primera hora.

Tras una cena de pan, aceite, queso y aceitunas, Amal y Asís fueron recluidos en una habitación mientras se asignaba otra cercana a Rachid y Yaakov, ambas en el piso superior del caserón desvencijado y sin apenas muebles. Un vigilante se sentó en el suelo del pasillo, frente a las puertas, y se les advirtió que habría otro bajo sus ventanas por lo que «la idea de intentar escapar no sería buena porque no lo lograríais», y, en todo caso, se les dejó claro que un simple intento se saldaría con la ejecución de todos, «por vuestra incomprensible falta de cooperación». Nuevas risas.

La noche fue triste. ¡Cómo no iba a serla! Su sueño de libertad se desvanecía cuando ya

creían tocarla con la mano y, además, para más inri, no como consecuencia de lo pasado durante los últimos días, sino por pura mala suerte. No les buscaban, no les perseguían, no tenían nada contra ellos… y, sin embargo, habían elegido su coche entre los pocos que pasaban por allí a diario. *¡Maktub!*

Cuando Amal emprendió sola el camino de Latakia en el BMW azul comprado en Alepo, llevaba en su mente las instrucciones que Asís le había dado la víspera.

—Ponte velo, sé modesta, no discutas, procura no llamar la atención en ningún momento y cuando llegues a la ciudad dirígete al barrio portuario. No a la zona de playas, buenos hoteles y restaurantes, no, tú ve al puerto viejo. Y allí busca la pensión La Perla de Latakia, también conocida como pensión Abdul por el nombre de su propietario. Al parecer, lleva allí muchos años, en el barrio todos la deben conocer y no te costará dar con ella. Allí encontrarás a unos «hombres de negocios españoles» cuyo barco hace una escala en Latakia. Contacta con ellos y explícales la situación. Recuerda que la contraseña es «¿Conoce usted a George Smiley?» Y la respuesta será «Le sigo desde hace años». —Amal no ocultó un gesto de sorpresa, pero Asís no la dejó hablar—. Sí, ya sé, a mí también me parece ridículo, es como jugar a los espías, pero supongo que una contraseña da seguridad y Le Carré debe de tener muchos admiradores en la Casa… Tú limítate a memorizarla y ellos te ayudarán.

Luego habían hecho el amor con desesperación más que con pasión y en silencio, como queriendo aferrarse ambos a la vida del otro cuando sabían que su suerte dependía de un hilo. Amal lloraba, besaba y reía a la vez mientras su cuerpo elástico se enlazaba con el de Asís, lo rodeaba con sus brazos y piernas para encaramarse luego y voltearse acto seguido, deslizándose por debajo, en un aparente afán por poseerlo e impregnarse del olor y del calor que despedía el cuerpo del hombre que amaba y del que tendría que separarse en solo unas horas, sin saber si le volvería a ver. Miguel Hernández había escrito aquello de que «Alrededor de tu piel, ato y desato la mía» y nadie podría describir mejor el sentimiento de Amal aquella noche en la que hubiera deseado seguir atada a Asís para siempre, y solo liberarse en explosiones repetidas de cielos negros tachonados de estrellas brillantes y alegres que giraban dentro de su cabeza, y que le hacían sentirse en comunión con un cosmos inabarcable cuyo centro ellos ocupaban.

—Volveré, te lo juro, y te sacaré de aquí. Y nos iremos lejos de este maldito país y de su puta guerra y podremos sentarnos a ver una puesta de sol desde un acantilado y… ¡Prométeme que no harás ninguna tontería, están armados y vosotros no lo estáis, prométemelo!

—Claro que sí, mi cielo, no tienes que preocuparte. Nos portaremos bien y esperaremos tu regreso. Tú encuentra la pensión, habla con quienes te he dicho y ellos se ocuparán de todo. Y espéranos en Latakia, porque te quiero, y en cuanto pueda me reúno allí contigo.

47. El cautiverio

El capitán Kadiri tampoco había perdido el tiempo y había enviado a su gente a recorrer la ruta de Damasco mientras comunicaba por radio a los diversos controles que el propio ejército tenía en la carretera la presencia de un coche de marca y color no identificado donde iban tres hombres, uno de ellos cojo, y una mujer, dando las identidades que poseía y que había obtenido en los registros de sus casas de Damasco. La deficiencia en las comunicaciones le impidió escanear las fotos que habrían podido resultar de gran utilidad para la identificación de los fugados en caso de que viajaran con otros nombres, como de hecho sucedía. Y maldijo una vez a los malditos insurgentes que habían acabado con un sistema de comunicaciones que había funcionado bastante bien antes de la guerra.

Pero su vigilancia no había rendido los resultados que esperaba. ¿Se habría equivocado y no sería Damasco su destino? ¿Por qué regresar a Damasco después de tan solo tres días escasos en Alepo? ¿Sería una maniobra de distracción e iban en otra dirección? ¿Habrían encontrado cerradas las otras opciones de escape? ¿Habrían recibido ayuda que él desconocía? ¿Se habrían desviado de la ruta principal en beneficio de carreteras secundarias? ¿Se habrían separado? ¿Seguirían escondidos en Alepo? Las preguntas eran muchas y le faltaban las respuestas. Se aferraba a lo que sabía y lo que sabía era que un fugitivo israelí acompañado por dos hombres, cuya identidad conocía, uno de ellos cojo, y una mujer habían viajado de Damasco a Alepo, se habían alojado en el convento católico y luego, aparentemente, habían decidido regresar de nuevo hacia Damasco en un coche no identificado. Y ahora parecía que se los había tragado la carretera. Pero él, Ibrahim Kadiri los iba a encontrar y llevaría al militar israelí maniatado ante sus jefes.

Mientras esperaban el regreso de Amal con el dinero y para tenerlos a la vista y vigilados en todo momento, los secuestrados fueron conminados a descender a la planta baja de la vivienda y, tras un desayuno muy frugal de pan duro y agua, obligados a sentarse en el suelo con la espalda contra la pared y manos y pies atados, mientras cuatro de sus captores, que no se separaban de sus armas, conversaban y tomaban té en torno a una mesa situada junto a la gran chimenea-hogar en el otro extremo de la estancia, grande y destartalada, que debió de servir en su día como lugar de reunión familiar y que posiblemente los aldeanos compartirían también con algunos animales domésticos.

—¿Dónde perdiste esa pierna? —La pregunta ruda y directa les pilló desprevenidos. La formuló uno de los milicianos señalando con la mano a Rachid.

—Peleando contra ti y los tuyos —respondió desafiante. Y ante el silencio expectante del grupo, añadió—: Fue en Palmira. Porque con vuestro fanatismo habéis arruinado una revuelta popular que nos hubiera librado del tirano Bachar y que habría traído la democracia a Siria. Y mirad lo que habéis conseguido, un país desangrado y lleno de tropas extranjeras donde ninguno hemos logrado nuestros objetivos y todos sufrimos.

No lo pudo evitar, lo llevaba en las tripas y lo soltó como lo sentía, sin pensar en las consecuencias. Asís le quiso frenar, pero ya era tarde. Todos los secuestradores volvieron hacia

él una mirada en la que se mezclaba la sorpresa con indisimulada indignación. Intervino su jefe, que llevaba en la frente la *zabiba* o «la pasa», que es como se conoce el callo que se les forma a los hombres devotos de tanto golpear la cabeza contra el suelo durante las plegarias, y que inspira respeto:

—Pero ¿qué estupideces estás diciendo? ¿Democracia? ¿Qué es eso? No es más que otro invento de los occidentales que os empeñáis en importar, como tantas otras cosas, los que antes les habéis vendido el alma. La democracia no existe salvo, quizás, por su valor instrumental para elegir a los mejores. Pero solo para eso, porque luego la única misión de los electos es aplicar la ley de Dios… porque Dios no se somete a votación y su ley, la *sharía* no es optativa. —Lo soltó de un tirón y como dando la impresión de algo aprendido y repetido de memoria, mientras sus compañeros asentían. Aquel hombre no reflexionaba, recitaba, pero lo hacía con fanática convicción.

Rachid, consciente de su error, pero tarde ya para evitarlo, corrigió al menos el tono desabrido de su exabrupto:

—Digo que la desunión entre los que nos oponemos a la tiranía nos ha debilitado a todos. Eso es lo que digo.

—Habéis perdido el alma. Siria no existe, es un invento de los colonizadores europeos que con sus guerras y con sus fronteras artificiales nos han dividido y debilitado durante décadas. Lo verdadero es la Umma, la comunidad de los creyentes desde Indonesia hasta Marruecos, regida por un califa como líder espiritual y temporal. —Esta afirmación fue acogida con murmullos de aprobación por sus secuaces—. Es lo que han intentado esos iluminados de al-Dawla al-Islamiya, del Estado Islámico, con Abubakr al-Baghdadi, su autoproclamado califa. Pero se han precipitado y por eso han fracasado. —El odio de los islamistas de Al-Nusra, la facción siria de Al Qaeda, por el Estado Islámico era indisimulable, pues no en balde eran una cuña surgida de la misma madera y no se odia lo que se desprecia sino lo que se teme—. Deberían haber tenido paciencia y esperado a acumular fuerzas suficientes antes de lanzar el asalto final, como les aconsejaba Ayman al-Zawahiri, cuando sucedió a Bin Laden al frente de Al Qaeda. Pero ellos no han sabido esperar, tenían tanta prisa que han acabado como han acabado.

Las diferencias entre los dos grupos islamistas eran muy numerosas, doctrinales, tácticas, estratégicas y de personalismos enfrentados, y entre todas, al final acabaron rompiendo el espinazo del movimiento islamista y debilitando su lucha. No en balde una pesadilla de los servicios de inteligencia occidentales es que un día ambos grupos puedan ponerse de acuerdo y reiniciar el combate con una dirección única.

—Sois unos ingenuos —intervino Asís, conciliador—. ¿Acaso creéis que los occidentales iban a permitir el nacimiento de una estructura política tan poderosa que uniera a todos los sunnitas, el 90 por ciento de los creyentes, mil quinientos millones de musulmanes que además controlaran pozos de petróleo y yacimientos de gas? Ni los americanos, ni los chinos, ni los rusos lo permitirían nunca. Tampoco los europeos. Y los chiítas de Irán tampoco. ¿Por qué crees que los iraníes fueron los primeros en presentarse en Irak para luchar contra el Estado Islámico? Nadie quiere que los musulmanes estemos unidos y hablemos con una sola voz porque seríamos demasiado poderosos y romperíamos los equilibrios que hacen girar el planeta.

Habían decidido sin necesidad de hablarlo entre ellos que se harían pasar todos por musulmanes para mayor seguridad, pues la religión cristiana y, sobre todo judía, significaría el paredón con toda certeza. Los islamistas mataban también musulmanes, como habían probado durante los años de guerra en Siria, pero como que les costaba algo más… aunque fuera muy

poco.

—Y, sin embargo, el Profeta, que Dios le bendiga, anunció que llegará el día en que el islam dominará el mundo y ese día no está lejos, aunque nuestras divisiones y peleas lo hayan retrasado. Y luego llegará el fin de los tiempos.

Murmullos de *«Allahu Akbar»*, Dios es grande, puntuaron esta solemne afirmación. Aquellos hombres lo creían a pies juntillas, la posibilidad de estar en el error ni siquiera se la planteaban y por eso ni dudaban ni reflexionaban. Ese es su gran problema, pensaba Asís, pero no lo pueden entender. Y tampoco quieren.

El líder se animaba a medida que hablaba y observaba los gestos de aprobación y asentimiento de sus camaradas.

—Para eso hay que empezar recuperando lo que en el pasado nos hizo grandes y admirados en el mundo entero, la época en la que los musulmanes dominábamos la ciencia, la astronomía, la geometría, inventábamos el cero y teníamos los mejores médicos del mundo. —Era un salafista con una cultura superior a la media y desde luego mayor que la de sus compañeros, que le escuchaban con respeto. Su silencio y miradas de aprobación le animaron a continuar—: Los árabes perdimos nuestra alma cuando traicionamos esa herencia, cuando copiamos miméticamente los modelos occidentales importados por los colonizadores ¡que Dios les confunda! que nos robaron el alma y que solo nos han traído corrupción política e ineficacia económica. La independencia fue otra mentira, se crearon Estados artificiales que los colonizadores entregaron a dictadores corruptos. Es esa traición la que nos ha llevado a nuestra actual postración, cuando ir por el mundo con un pasaporte de un país árabe te cierra fronteras o suscita conmiseración porque no hay visados para nosotros. ¡Qué diferencia con nuestro glorioso pasado! —Sus camaradas acompañaron esta afirmación con nuevos susurros de *«Allahu Akbar»* e inclinaciones repetidas de cabeza mientras su jefe concluía—: La única solución pasa por volver a la pureza del islam original, y esa es nuestra batalla. Si el Estado Islámico ha sido derrotado ahora por fuerzas superiores quiere decir que Alá considera que el momento no ha llegado, que no somos aún dignos de instaurar su reinado en el mundo porque no somos buenos musulmanes. Pero hemos marcado el camino y ese día llegará.

—Claro, y mientras tanto matáis a los que no piensan como vosotros, sean cristianos, chiítas, yazidíes o lo que sea, u os dedicáis a secuestrar y a robar a otros hermanos musulmanes como nosotros. Estupendo ejemplo. —Rachid no pudo aguantar más.

—No nos acuses de violencia, islam quiere decir paz —respondió el que llevaba la voz cantante.

—Es verdad. Pero islam también quiere decir «sumisión», porque solo hay paz para los que se someten a sus preceptos. —Rachid hablaba con firmeza, pero sin levantar la voz—. Aquí no tenemos un problema con Occidente, como os gusta repetir, el problema es entre nosotros los árabes y, peor aún, entre musulmanes, y tendremos que resolverlo entre nosotros. No ya con los chiítas, que son herejes, sino también con nosotros, que somos muchos y que pensamos que en una democracia laica cabemos todos, incluyéndoos también a vosotros, y que aun siendo devotos musulmanes defendemos la libertad. Toda la libertad, la de conciencia, la de opinión, la de expresión, incluso la de religión.

—Y eso os lleva a la blasfemia. —El hombre comenzaba a alterarse—. La duda os debilita, el que duda en qué mezquita rezar termina no haciéndolo en ninguna. Ese es vuestro problema, no sois buenos musulmanes porque Occidente con su propaganda y con sus modas os ha lavado el cerebro. Y tenemos que limpiarlo, y al hacerlo, aunque sea con violencia, os hacemos un favor

porque os libramos del error y os ponemos en el camino de la salvación. Por eso predicamos la yihad en el doble sentido de lucha personal por ser mejores en nuestra fe y también de lucha exterior armada contra los infieles que no la comparten. Es una pelea a muerte hasta retornar a la pureza del islam original y de la simplicidad de la vida en tiempos del Profeta, que Dios bendiga su alma. —Esta vez no hubo murmullos sino gritos repetidos de *«Allahu Akbar»* por parte de sus acompañantes, excitados por la arenga de su jefe.

—¿Qué me dices? —Rachid también se estaba excitando y no lo disimulaba—. ¿Es que todos los salafistas lleváis un yihadista dentro? Es mejor dudar que persistir en el error por no plantearte la posibilidad de otras certezas. Ocúpate de tu salvación, si tanto te preocupa, que ya me ocuparé yo de la mía. Sois unos retrógados totalitarios, el mundo ha cambiado desde la época del Profeta, que Dios bendiga su nombre, ahora además de camellos, hay internet y teléfonos móviles, no somos una sociedad de pastores… —Rachid se iba calentando a medida que hablaba y no hacía caso de los gestos de Asís para que se callara—. Veis la tolerancia como infidelidad, cuando para mí las religiones, todas, son productos del miedo y de la ignorancia, necesitan misterio y oscuridad para florecer. Y mejor aún si además hay hambre. Puede que no creer no sea bueno, como decís, pero creerlo todo, comulgar con ruedas de molino, me parece ridículo… Estoy con Dios, pero rechazo las creencias organizadas que en vez de unir dividen a los hombres y les conducen a matarse unos a otros…

Rachid estaba lanzado y hubiera continuado de no ser porque un fuerte golpe en la cabeza con la culata del rifle acabó con su perorata y con su lucidez al mismo tiempo.

«Una vez más razón y fe se muestran incompatibles, estos hombres no aceptan debatir su fe con un blasfemo», pensó en silencio Asís, constatando que nada más cabía añadir a lo ya dicho por Rachid de que en el islam la paz solo se aplicaba a los creyentes. «Con los fanáticos se puede combatir, pero no es posible razonar. Por eso el islam acaba siendo incompatible con la democracia y con la laicidad. Hablamos lenguajes diferentes, el islam es más que una religión, es toda una forma de estar en el mundo y de concebir la vida, una forma que muchos interpretan de manera totalitaria y por eso nos nos entendemos».

Y aún tuvo suerte Rachid, mucha suerte, porque sus comentarios le hacían reo de muerte e igual podía haber recibido un tiro en lugar del golpe. Eran dos visiones excluyentes que explicaban en buena parte el fracaso de la llamada Primavera Árabe en todos los países en los que inicialmente había prendido, desde Libia hasta Siria, pasando por Egipto y Yemen. Tan solo el pequeño Túnez arrojaba un pequeño margen de esperanza al renunciar los propios Hermanos Musulmanes a imponer su visión maximalista en beneficio de un mayor consenso social. Pero era la excepción en un mundo musulmán que tras un rayo de esperanza volvía a sumirse en las tinieblas de la ignorancia y la superstición.

Porque sin duda no hay progreso.

48. Latakia

Una vez que Amal ubicó mentalmente con precisión el lugar al que debía regresar con el dinero a partir del puesto de Yisr al-Shugur, no tuvo dificultad en llegar a Latakia y pasó sin problema los pocos controles que iba encontrando por la carretera porque ninguno de ellos tenía instrucciones para detener a una mujer que viajaba sola, aunque no fuera tampoco algo corriente verla al volante y no acompañada por algún varón. Para no llamar la atención y evitar bromas chabacanas y de mal gusto y quién sabe si algo peor por parte de soldados y milicianos, se había cubierto la cabeza con un pañuelo que apenas dejaba ver el cabello, como le había aconsejado Asís, y mantenía los ojos bajos cuando tenía que mostrar la documentación. Explicaba a quien le preguntaba que su marido estaba en el ejército y que su madre se había caído y roto la cadera y necesitaba llegar cuanto antes para cuidarla. La documentación en orden, la cara sin pintar, el velo y el acento lastimoso abrieron una tras otra todas las barreras. Llegar a Latakia y pasar desapercibida, esas eran sus instrucciones y ese era su objetivo porque sabía que lo que se jugaba era la vida de Asís y con ella su propio proyecto de vida en común. No podía fallar y no iba a hacerlo.

Únicamente en el último control, el que estaba situado junto a la entrada misma de la ciudad y que por eso solía ser el mejor dotado de personal y el más minucioso, encontró Amal ciertas dificultades, no tanto por su documentación e historia que no despertaron sospechas, sino por el hecho de ser una mujer joven, atractiva y que viajaba sola. Las bromas y procacidades de los soldados del ejército regular a cargo del puesto subieron aquí de tono mientras la hacían bajar del coche para dirigirse a un barracón «donde comprobar tus huellas dactilares». Amal se negó a abandonar el vehículo, la discusión subió de tono y pronto las bromas de mal gusto fueron seguidas por amenazas y órdenes. Hasta que un soldado abrió la portezuela y agarrándola por el brazo la sacó a la fuerza del vehículo. Amal gritó de dolor al caer al suelo y eso motivó que un sargento se acercara a ver lo que ocurría. Examinó la documentación, escuchó la historia de la madre con la cadera rota y afeó a sus hombres el trato «incorrecto» —así dijo— que estaban dando a la esposa de un compañero de armas que ahora está «peleando en el frente contra esos hijos de puta de Al Qaeda mientras vosotros estáis aquí tocándoos los cojones y tocándomelos también a mí con vuestra actitud impropia de militares».

Amal le dirigió una mirada de agradecimiento mientras él la ayudaba a incorporarse y la acompañaba hasta el coche cuya portezuela mantuvo caballerosamente abierta mientras ella se sentaba y accionaba el motor de arranque.

Al final no había pasado nada, más allá de un rato desagradable. Pero a Amal no se le ocultaba que su deseo de pasar inadvertida se podía haber frustrado en este último control a las puertas mismas de Latakia. Nada había que ella pudiera hacer y además en lo único que podía pensar era en llegar a la pensión y en que allí la estuvieran esperando, porque ¿qué haría si nadie lo hacía? Prefería apartar esas ideas y concentrar la atención en otras cosas, pero realmente no podía. ¿Y si nadie la esperaba en la pensión de Abdul?

Ya en la ciudad, se dirigió a la zona portuaria por las amplias avenidas 14 de Ramadán y 8 de

Al-Azar, nombres que debían de referirse a hechos gloriosos que ella ni conocía ni le importaban, dejando a su izquierda la estación central, hasta por fin meterse en las callejas de un barrio de gente humilde que vivía de la pesca, de las faenas de carga y descarga, del contrabando, de los burdeles, de la droga y, en definitiva, del tránsito constante de personas y mercancías habitual en los puertos. Gentes abiertas a los amplios horizontes que proporciona la mar, habituadas a cosas extrañas, tanto a verlo todo como a no ver lo que no conviene y, sobre todo, a no sorprenderse por nada, pues no hay como el contraste con otras gentes y culturas para aprender a ser tolerante y escéptico sobre las bondades de las recetas que ofrecen unos y otros, en particular los predicadores y los políticos que se parecen en su vocación de ser mercaderes de ideas y vendedores de humo.

Había grabado en su memoria las señas de la pensión de Abdul próxima a la mezquita de la calle de Abdelkader al-Jazairi y cerca del cruce con la calle de Bagdad, y tras preguntar un par de veces para orientarse acabó por encontrar La Perla de Latakia sin mayores problemas. Un edificio insignificante por la vejez y suciedad de una fachada que en nada se diferenciaba de las casas vecinas, salvo por un cartel hecho con horrorosos neones de color verde que se encendían y apagaban con el nombre de la pensión. El hecho de estar escrito con caracteres occidentales y árabes le dejó claro a Amal que su clientela era tanto local como procedente de los muchos barcos que recalaban en el principal puerto de Siria.

No había plazas libres para aparcar junto a la acera cerca de la pensión, lo que la obligó a dar un par de vueltas por las calles vecinas mientras maldecía su mala suerte, pues era prisa por llegar lo único que tenía. Y ver si la estaban esperando. Pero procurando no llamar la atención ni cometer infracciones como le había recomendado insistentemente Asís, Amal buscó un lugar apropiado donde poder dejar el coche en un barrio que no conocía hasta que por fin encontró un hueco en la calle Ibn Sina, a varios cruces de distancia de su destino, hacia el que luego se dirigió con paso decidido. No sabía entonces la suerte que había tenido.

49. Frustración

Frustración era lo que sentía una vez más el capitán Kadiri y eso le ponía de un humor de perros. Cuando ya creía que los tenía, se le escapaban entre los dedos. Sabía que Asís y Rachid con el israelí y la mujer habían llegado a Alepo donde se habían alojado en el convento católico cuyo superior había pagado caro por ello, y creía también —aunque no le pareciera lógico— que luego el grupo había salido en coche por la carretera de Damasco en lo que le parecía un deseo absurdo de retornar a la capital y, lo que era peor, aparentemente en el camino, en aquella carretera, se los había tragado la tierra. Y la tierra no se traga a nadie. Tenían que aparecer y él los iba a encontrar, aunque ello significara volver al principio. Y el último principio del que no tenía dudas era el convento de Alepo, donde su gente se aseguró con los curas de que no faltaba ningún vehículo. Además, el aeropuerto y la estación estaban excluidos porque para volar hacían falta tantos permisos que la posibilidad de hacerlo no estaba al alcance de los fugados, y porque la estación había quedado inutilizada durante la batalla para expulsar a los islamistas de la ciudad y aunque se trabajaba activamente, el tráfico ferroviario no se había reanudado. Tampoco dieron resultado las pesquisas hechas en la estación de autobuses donde sus hombres mostraron sin éxito las fotos de los fugitivos.

De manera que o aún estaban escondidos en algún lugar de la ciudad, lo que no parecía muy lógico pues para eso tenían el convento, o tenían que haber escapado en coche, si es que lo habían hecho, y solo quedaban tres alternativas: los fugitivos tenían amigos que les habían prestado uno o lo habían alquilado o lo habían comprado. Seguir la primera podía llevarle mucho tiempo, no tenía indicios que así lo indicaran y era una línea de investigación que ofrecía resultados muy inciertos. Así que decidió visitar todos los lugares de venta y alquiler de automóviles que había en Alepo y que no eran tantos después de la destrucción que la guerra había dejado en la ciudad. No es que el negocio hubiera desaparecido, tampoco era eso, pues eran muchos los coches destruidos en la batalla que había que reponer, aunque, en sentido contrario, tampoco eran demasiados los que podían permitirse comprar un vehículo en una ciudad donde tener un salario fijo era un sueño al alcance de muy pocos, y en un país cuya moneda había perdido diez veces su valor desde el inicio del conflicto y que tenía otras prioridades en las que gastar sus divisas. Esa búsqueda en los pocos concesionarios y casas de alquiler que había en Alepo se hizo con relativa rapidez y no dio resultados, por lo que Kadiri, siempre paciente, reinició la búsqueda en talleres y garajes. El círculo era ahora bastante más amplio. Sus hombres buscaban coches de segunda mano vendidos o alquilados durante los últimos tres días, esto es, a partir de la fecha en que los fugitivos habían llegado a Alepo.

Ese era un mundo en el que encontró menos cooperación que entre los vendedores, y eso a Kadiri no le sorprendió, pues los talleres hacían, por lo general, operaciones en negro, con dinero en efectivo, muchas veces sin transferencias de documentación, en las que se exigía inmediatez y en las que no se preguntaban nombres o direcciones. Tampoco los vehículos tenían un *pedigree* sin tacha o los papeles en regla. A fin de cuentas, si uno lo iba a hacer todo por la vía legal, mejor ir a un concesionario y comprar allí un coche nuevo o de segunda mano. Pero Kadiri sabía

que para escapar necesitaban un coche, tenía indicios, aunque fueran débiles, de que habían salido por la carretera de Damasco y estaba dispuesto a encontrarlo. Y lo encontró cuando uno de sus hombres fue a buscarle a la mañana siguiente a la comisaría donde había establecido su puesto de mando para informarle de una reciente venta al contado en un garaje al otro lado de la ciudad, en el barrio armenio. En un auto proporcionado por los *mujabarats* se trasladó sin perder un minuto al garaje, cuyo aterrorizado propietario le esperaba en la puerta junto con un policía con aire un poco teatral de estar vigilándole.

Era un hombre en la cuarentena, alto, moreno y fuerte, que vestía un mono azul manchado de la misma grasa que trataba nerviosamente de eliminar de sus manos con un paño, sin acabar de conseguirlo. Cuando vio llegar el coche con el distintivo de la policía política y Kadiri se dirigió hacia él, comenzó a mascullar sin que nadie le preguntara nada:

—Me cago en la puta, yo no he hecho nada malo… tenía un coche que había salvado de un edificio en ruinas en el que los vecinos decían que no había habido supervivientes… un bombardeo… pasa todo el rato, todos lo hacemos… lo reparé porque estaba hecho una mierda con la esperanza de venderlo un día y aquí llevaba ya un par de meses cuando una mañana llegó un hombre de unos treinta y cinco años o por ahí, bien vestido, que parecía buscar lo que yo tenía. Sí, me discutió el precio, pero, si quiere que le diga la verdad, me dio la impresión de que lo hacía por las apariencias y que desde el primer momento había tomado la decisión de comprar el coche que yo le ofrecía… y después he llegado a pensar que fui un estúpido y que debía haberle pedido más dinero porque lo habría pagado igual.

A Kadiri no le interesaba lo que el mecánico pensaba, o si era o no un estúpido, o si el precio era alto o bajo. Como si hubiera sido una ganga. O un timo. Le era igual. Le cortó con la mano y sacando un par de fotos de la cartera le preguntó si el comprador era uno de esos hombres.

—Sí, era ese. —El del garaje señaló sin vacilar la foto de Asís con un dedo sucio y tembloroso—. No tengo ninguna duda. Me hizo asegurarle que el coche no le dejaría tirado porque tenía que ir con urgencia a Damasco por cuestión de negocios… dijo que si tenía problemas volvería a reclamar. Yo le aseguré que se llevaba una joya por un precio irrisorio… lo normal. Nos pusimos de acuerdo, le di un lavado a la carrocería y un retoque al motor… aceite y esas cosas, y a la mañana siguiente regresó a pagar y a recogerlo. Luego se metió en el coche y desapareció.

Kadiri tuvo todo lo que necesitaba saber cuando el dueño del taller le dio la marca del coche, un BMW 2002 de color azul y cuatro puertas, el número que aparecía en el bastidor y en la placa de la matrícula y que ya no le importaba si eran o no auténticos o si los habían cambiado. También obtuvo el nombre que le había dado el comprador. Allí mismo dio orden a los *mujabarats* que le acompañaban de que se llevaran al tipo del taller «y le dieran un escarmiento por vender en el mercado negro». Y sin hacer caso de sus súplicas, primero, e imprecaciones, después, le dio la espalda y por una radio plagada de interferencias —malditos de nuevo los que habían destrozado las líneas y los repetidores de teléfonos—, ordenó comunicar los datos del automóvil y de su conductor a los puestos de control que el ejército tenía desplegados en la carretera entre Alepo y Damasco.

Y, para estar más seguro, despachó también a un motorista con copias de las fotos que tenía de Asís y de Rachid, con orden de averiguar en cada puesto si ese coche había pasado y los detalles que hubieran podido recabar sobre sus ocupantes, en especial la documentación que habían presentado. Cuando salió el motorista, decidió seguirle él también, pues no había nada más que, por el momento, le retuviera en Alepo donde se le habían ido un par de días, aunque los

hubiera aprovechado bien. Los que allí estaban pudieron ver que, mientras subía al coche, una leve sonrisa alegraba de nuevo su rostro, habitualmente severo. No era la primera vez, pero en esta ocasión tenía la impresión de que podía estar próximo el fin de su persecución.

Aquella misma tarde tenía constancia de que el BMW azul había salido el día anterior de Alepo con cuatro personas a bordo, tres hombres y una mujer. El que conducía era Asís, que había mostrado documentación a nombre de un tal Nabil Osman, que coincidía con el que había dado en el garaje, y ese era el único nombre registrado en los controles. El coche había seguido la ruta hacia Damasco por la desviación exigida para bordear la provincia rebelde de Idlib, pero no había llegado a Hama porque no había huella de él en el control establecido a la entrada de esa ciudad, lo cual quería decir que se había desviado y solo cabían dos posibilidades para hacerlo: dirigirse hacia el este, en dirección a Maskana, para llegar a zona kurda era muy arriesgado porque allí estaba la frontera entre la zona que controlaba el Gobierno y las zonas insurrectas, y a partir de ese lugar había bolsas de resistencia de restos del Estado Islámico que impedían pasar a quienes quisieran llegar a los puestos avanzados donde ondeaba la bandera amarilla de las Unidades de Protección Popular kurdas, varios kilómetros más allá. En cambio, en dirección oeste, se ofrecían el puerto de Latakia y el Mediterráneo. Kadiri no tuvo ninguna duda de la decisión adoptada por los fugitivos y su razonamiento se vio confirmado cuando el puesto de control a la entrada de la ciudad portuaria le informó de que aquella misma mañana un coche con las características indicadas y conducido por una mujer, una tal Ramina Nisaam, según la documentación presentada, había entrado en la ciudad. Lo recordaban particularmente bien porque incluso había protagonizado un pequeño incidente. No, aparentemente no había nadie más a bordo… aunque no, no podían asegurarlo porque no le habían ordenado abrir el maletero.

Kadiri tenía ya dos nombres, sabía cómo era el coche que buscaba y sabía también que había entrado en Latakia solo unas horas antes que él, aunque solo con la mujer. ¡Tenían que estar ya muy cerca! Con semblante alegre, el capitán ordenó la inmediata búsqueda del BMW azul por todo Latakia. Con instrucciones a la policía de dar prioridad máxima al asunto.

50. El operativo

Tan pronto como el director tomó la decisión de ayudar al grupo de Asís García a salir de Siria, comenzaron los preparativos en la sede que el departamento de Operaciones del CNI tiene cerca de El Pardo en Madrid. Con la mayor urgencia se seleccionaron cuatro agentes entre la docena de voluntarios que se presentaron para la arriesgada operación teniendo en cuenta su historial, sus capacidades y, aspecto a no descuidar, su conocimiento de la lengua árabe. Si algo nunca faltaba en la Casa eran voluntarios para las operaciones peligrosas y el director sonrió con orgullo al pensarlo.

La gente de Operaciones se consideran una especie de grupo de élite dentro del Centro, la guinda del pastel. No podrían hacer nada sin las directrices de Inteligencia, sin los captadores de información por fuentes humanas, informáticas o radioeléctricas, o sin el paciente trabajo de los analistas y de quienes ponen a su disposición los medios materiales para llevar a cabo su misión, todo eso lo saben muy bien, lo aprecian, lo respetan y… les da igual. La crema. Chantilly puro. Con una procedencia que en muchos casos —pero no siempre— son las Fuerzas Armadas, ellos son los que entraban de madrugada en una guarida de etarras por una ventana del tercer piso y salían con una copia de sus códigos de comunicaciones en la mano, o se colaban en el hotel Ritz para fotografiar la agenda de un político inamistoso de visita en España mientras dormía plácidamente, o esperan en la puerta con chilaba al informador que se ha colado entre los grupos que atienden el sermón del viernes de ese predicador fanatizado en una mezquita radical del Maresme. No es un trabajo fácil, pues exige con carácter general una serie de cualidades como coraje, nervios de acero, mucha disciplina, capacidad para trabajar en equipo, buena forma física, sangre fría en cantidades poco comunes, soltura en el manejo de armas… y también otras habilidades más específicas como fotografía, comunicaciones, idiomas, etc., que varían en función del objetivo a cumplir en cada caso. Están orgullosos de lo que son y tienen razones sobradas para estarlo, constituyen un grupo muy preparado, cohesionado y motivado que no entiende de horarios o de vacaciones, y que no permite que domingos en familia interfieran con un trabajo que conciben 24/7, veinticuatro horas al día, siete días a la semana y doce meses al año. Cualquiera de ellos dejaría sin dudar el pellejo por salvar el de un compañero. Todos en el Centro saben todo eso y por eso también miran con benevolencia su espíritu de clan.

Juan Luis X, jefe de la división, eligió a cuatro agentes para llevar a cabo la misión, tres hombres y una mujer. Borja, Alberto, Manuel y Lola. Los dos primeros procedían de las Fuerzas Armadas, que habían dejado al ingresar en el Centro, Manuel era un ingeniero de telecomunicación aburrido de su trabajo en Tele 5 y necesitado de emociones fuertes y Lola… Lola era un caso especial. Nacida en Melilla donde su padre había pasado su vida militar y con formación jurídica, había opositado sin éxito a judicatura cuando llamó la atención de los ojeadores del Centro que la descubrieron haciendo un curso de paracaidismo en un pueblo de La Mancha para «matar el tiempo mientras pienso a qué dedico ahora mi vida». Todos en la treintena larga (menos Lola, algo más joven), el equipo se pudo montar con toda rapidez porque los cuatro ya se conocían perfectamente y habían participado juntos en algunas operaciones

clandestinas en el norte de África, lo que, en este caso en el que el tiempo era oro, les daba una ventaja clara. Era un equipo ya formado y bien compenetrado el que recibió instrucciones de viajar con carácter inmediato a Beirut para ponerse a disposición de Miguel, jefe de la terminal del Centro en el Líbano. En un tiempo récord recibieron pasajes de avión vía París y documentación falsa que les acreditaba como miembros de una misión comercial para explorar el mercado local de equipamientos de viviendas en cocinas y baños. Era una cobertura que ya habían utilizado en el pasado y que les permitía evitar el periodo de aprendizaje y de impresión del material que les acompañaba en caso de que hubiera que dar verosimilitud a su viaje ante algún funcionario particularmente inquisitivo. Si uno lo sabía todo de bidés, los hornos no tenían secretos para el otro. Y así los cuatro. El que esta vez no hubiera tiempo y tuvieran que trabajar contrarreloj no podía implicar una bajada de las condiciones de seguridad en las que operaban.

La llegada a Beirut se produjo sin incidentes apenas veinticuatro horas más tarde, más allá de una escala que les permitió constatar una vez más lo cutre que se les había quedado a los franceses el aeropuerto de Orly. Ningún problema tampoco en la aduana libanesa, donde su llegada no suscitó el más mínimo interés. Fuera, entre el abigarrado público que esperaba a amigos y familiares, estaba un muchacho con un cartel donde se leía en castellano «Baños y cocinas», que era la señal convenida. Por razones obvias, Miguel no debía aparecer en el aeropuerto, pues al estar acreditado oficialmente como miembro del CNI ante las autoridades libanesas, su presencia hubiera comprometido al grupo antes incluso de salir de la terminal. El chico los llevó a un monovolumen que fue inmediatamente engullido por el enloquecedor tráfico local mientras se dirigía a un hotel discreto, tres modestas estrellas, en la Corniche, donde pasarían desapercibidos entre los muchos extranjeros que la poblaban. Apenas se instalaron en sus habitaciones, Borja recibió la visita de Miguel, que había llegado al hotel por la entrada trasera del servicio. Tenía aspecto cansado a consecuencia de la tensión y de la preocupación de los últimos días y su chaqueta de lino blanco estaba muy arrugada. Tras los abrazos entre viejos amigos, Borja llamó a los demás a una reunión de urgencia en su cuarto y allí, sentados los cinco en la única silla que había y sobre la cama, debatieron el plan que Miguel había propuesto al Centro y que este había aprobado con algunas modificaciones.

No era muy complicado. Viajarían inmediatamente a Latakia en el barco de un contrabandista francés, un tal Bertrand Dejammet con el que Miguel ya había colaborado antes y era de confianza, aunque también había trabajado para el Mossad, aspecto a no olvidar, y que —muy importante— conocía y le conocían en Latakia, donde los aduaneros y otros funcionarios portuarios se beneficiaban de sus actividades. Bertrand se ocuparía de proporcionarles pistolas y otro armamento ligero cuando estuvieran a bordo. Una vez en Latakia debían instalarse en la pensión La Perla, de un tal Abdul, junto al mismo puerto, que, a pesar de su nombre, era un tugurio bastante reservado. Allí esperarían a que Asís lograra ponerse en contacto con ellos con la contraseña acordada. Luego debían ingeniárselas para subir discretamente a bordo a los fugados sobornando a los gendarmes del puerto con ayuda del francés, algo que este afirmaba que no sería complicado, y poner rumbo a Lárnaca, en Chipre, donde les estaría esperando el representante local del CNI. Fuera de las doce millas de las aguas territoriales sirias dispondrían si era necesario de la protección de una patrullera israelí, para lo que debían prevenir con tiempo a Miguel de su salida. Sobre el papel, todo muy fácil y sencillo. Miguel sacó un sobre de su chaqueta con un abultado fajo de dólares, que ellos no habían traído consigo para evitar eventuales problemas aduaneros, y confirmó que tenían sus pasaportes con identidades fingidas como ciudadanos españoles interesados en explorar el mercado de cocinas y baños en un país

arrasado por la confrontación bélica y por el salvajismo de unos y otros. Naturalmente, no esperaban que los policías del puerto de Latakia lo creyeran, pero era una cobertura necesaria. Si los policías preguntaban, Bertrand les diría «la verdad», que se trataba de un grupo que tenía «importantes intereses» en el Rif marroquí y que venían a Siria a tantear el mercado con vistas a importar hachís de gran calidad. Y que si los contactos que ahora iban a hacer de la mano del propio Bertrand y las perspectivas eran buenas… bueno, en ese caso habría mucho dinero para todos «y aquí va un pequeño anticipo». Bertrand, que conocía el terreno, estaba seguro —y Miguel también lo creía— de que el asunto iba a funcionar y que el grupo no tendría problemas para hacer en Latakia lo que tenía que hacer.

51. Contacto

La pensión de Abdul era tan cutre por dentro como por fuera. Tras un mostrador de formica situado a la izquierda de la entrada se revolvía, sin apenas espacio, un gordo sudoroso embutido con dificultad en una camiseta sin mangas que un día había sido blanca y que parecía luchar para contener la abundante mata de vello negro que cubría su pecho y que pugnaba por escapar en competencia con la papada. Tanto vello contrastaba con una reluciente calva bajo la cual unos ojos pequeños de mirada desconfiada, unas cejas hirsutas y pobladas y un bigote negro y lacio completaban la imagen que Amal encontró al cruzar el umbral, tan pronto como sus ojos se acostumbraron a una penumbra que contrastaba con la claridad mediterránea del exterior, pues tan solo una bombilla que colgaba del techo con no más de cuarenta vatios iluminaba, por decir algo, aquel espacio dominado por un enorme cuadro del presidente Bachar al-Assad, sonriente con traje de lino blanco y gafas de sol.

Ya dentro, Amal preguntó por «un señor español que se aloja aquí». El gordo del mostrador la miró con desconfianza. No debían de ser escasas en aquel ambiente las prostitutas que pretendían visitar a sus clientes sin pagarle nada a él, pero su porte, su acento del sur y sobre todo el velo que le cubría con modestia la cabeza le hizo pensarlo mejor y se limitó a hacer una señal con los ojos indicando una sala que se abría al fondo del *hall* de entrada. Era un salón amplio y bastante destartalado con una barra de bar a la izquierda que nadie parecía atender, un par de ventanales a la calle en el lado opuesto que le daban toda la luz que faltaba en la entrada de la pensión, dos sofás de piel falsa y desgastada en los reposabrazos, y media docena de sillas. Tres veladores redondos de hierro y mármol completaban la decoración junto con otra enorme fotografía del presidente Bachar, esta vez vistiendo uniforme militar y en actitud marcial. Todo bastante mugriento.

Sentados junto a una de las mesitas había dos hombres conversando en voz baja delante de unas tazas de café ya vacías que mostraban posos de ese brebaje fuerte y espeso al gusto del país. Un gran aparato de televisión de la marca local Syrionics proyectaba imágenes de una mujer con velo que parecía dar una clase de cocina a la que los hombres no prestaban la menor atención porque además le habían bajado el sonido. No había nadie más en aquel salón. Ambos levantaron los ojos y la miraron con curiosidad no exenta de cierta admiración, pues si esperaban a alguien no era ciertamente a ella.

—¿*Isbani*? (¿españoles?) —preguntó Amal en árabe. No hablaba español y en aquel momento no se le ocurrió hacerlo en inglés. Ambos se levantaron con mirada interrogante que no lograba ocultar una cierta sorpresa.

—*Naam*. —Sí, no había razón para negarlo, pues figuraban como tales en el registro del hotel.

—¿Conoce usted a George Smiley? —Amal recordaba bien la contraseña que serviría para identificarla.

—Sí, le sigo desde hace años —respondió uno de los hombres sin ocultar su sorpresa.

Eran ellos, a Amal se le nublaron los ojos de lágrimas, mientras el otro hombre, acercaba una

silla y la invitaba a sentarse con ellos.

—¿Un café? —le preguntó.

Amal negó con la cabeza mientras se sentaba.

—Busco a Borja —dijo ella.

—Yo soy Borja —contestó uno de ellos. Moreno, de estatura regular, atlético y con cara risueña, Borja le dedicó una sonrisa entre insinuante e interrogante. Parecía más joven de lo que en realidad era. Su árabe era muy bueno, aunque con acento extranjero—. Y este es Alberto. Esperábamos a Asís García y no a una mujer tan guapa.

Amal, acostumbrada a las miradas masculinas de aprecio, no estaba para perder el tiempo y en dos palabras y entre susurros se identificó, al tiempo que explicaba la complicada situación en la que se encontraban Asís, Rachid y Yaakov.

—¿Dónde has dejado el coche? —A Borja le tranquilizó algo, muy poco, saber que estaba correctamente aparcado a tres o cuatro calles de la pensión—. Hay que salir de aquí enseguida porque hemos recibido información de Madrid de que están sobre vuestra pista, lo que significa que han podido seguirte y ese es un riesgo que no podemos correr. Ya nos contarás luego los detalles, ahora debemos irnos sin perder un minuto más. —Se volvió a su compañero—: Avisa a los demás, recogedlo todo, borra el fichero de huéspedes y reuniros conmigo donde ya sabes. —Y levantándose, apretó el brazo de Amal y le dijo—: Y tú y yo nos vamos también ya. —Se encaminó hacia la puerta con aire despreocupado y saludó al conserje con una leve inclinación de cabeza.

Su compañero, que le había sido presentado a Amal como Alberto, subió a pie las escaleras que llevaban a las habitaciones y en muy pocos minutos bajó acompañado de otro hombre y una mujer con algunos bultos de equipaje. Se acercó al conserje gordo, le pidió la factura por las habitaciones e insistió cuando este pretendió cobrar en negro. «No jodas, que luego el interventor se pone como una pantera… aunque sean fondos reservados», dijo en castellano riendo mientras miraba a sus compañeros. Pagó lo que le pidieron y luego puso bajo el bigote de Abdul un par de billetes de cien dólares mientras le decía en árabe:

—Será mucho mejor para ti si no recuerdas que la señorita nos ha visitado. Que hemos pasado aquí una noche no lo podrás ocultar, pero te conviene olvidar los detalles y para ayudarte borraremos el registro. —Sin dejar de hablar cogió el libro que estaba sobre el mostrador, le dio la vuelta y lentamente, sin dejar de mirar fijamente a Abdul, volcó el tintero sobre la última página en la que aparecían sus nombres y los datos de la documentación presentada—. Esto —señaló los dólares aún sobre el mostrador— es por las molestias y para ayudarte a olvidar, no dejes de hacerlo para que no tengas que arrepentirte.

El gordo se limitó a sudar con más fuerza, pero no dijo una palabra, no veía con frecuencia billetes de cien dólares y tener doscientos en su bolsillo rayaba en la ciencia ficción.

Borja, ya fuera de la pensión, agarró a Amal del brazo, y con aire que pretendía ser despreocupado para no llamar la atención, la internó en la zona portuaria de casas pobres y calles descuidadas. Cuando habían recorrido unas diez manzanas y se aproximaban a la estación central, vieron un autobús que se acercaba y como estaban cerca de la parada lo tomaron. No importaba adónde iba, lo que Borja quería era alejarse del lugar sin dejar rastro. Tras un rato de deambular por una ciudad que ambos desconocían, bajaron y después de andar otro poco y estudiar con disimulo en un portal el plano turístico que Borja llevaba en el bolsillo, tomaron un taxi al que le dieron las señas de Sports City Road, en el norte de la ciudad, cerca del cual se encuentra el restaurante Manuella que le pareció a Borja que tenía un nombre simpático y con

resonancias más cercanas. Ignoraba que era uno de los más conocidos de Latakia, pero, en todo caso, pidió al taxi que les dejara a varias manzanas de distancia, pues nadie debía saber adónde iban. Se notaba en el ambiente que habían llegado a la zona acomodada de la ciudad con sus barrios residenciales, su club marítimo, sus tiendas y restaurantes que mostraban a las claras que se encontraban en el corazón del territorio alauita y que eran precisamente los alauitas los que dominaban Siria desde hacía cincuenta años. Nadie diría que Siria era un país destrozado por una cruel guerra de seis años al pasear por un paseo marítimo repleto de coches de marcas caras y de restaurantes de lujo, junto a una playa donde jóvenes más o menos atléticos y muchachas de bikinis imposibles jugaban al balonvolea en un ambiente festivo punteado por gritos y carcajadas.

Era también una zona de hoteles con vistas a un Mediterráneo que aquel día se mostraba azul otoño y que era difícil de imaginar que fuera el mismo escenario donde a diario se ahogaban hombres, mujeres y niños que trataban de huir de la guerra que se desarrollaba a escasos kilómetros de distancia, pero que desde Latakia parecía ajena y lejana. Como si tuviera lugar no en otro país, sino en otro planeta. Para Amal el contraste entre lo que ahora veía y lo que había vivido durante años en Damasco no podía resultar más obsceno.

Hacía casi dos horas que habían dejado la pensión cuando Borja y Amal hicieron un almuerzo ligero en Manuella, pagando en efectivo, y una hora más tarde se reunían con Manuel, Lola y Alberto en un ruidoso chiringuito del vecino paseo Gamal Abdel Nasser muy frecuentado por locales y extranjeros. Los cinco ocuparon una mesa en la terraza frente al mar, se hicieron las presentaciones y Amal pudo por fin darles los detalles de lo ocurrido y del plazo perentorio para entregar a los secuestradores los veinte mil dólares exigidos para el rescate. Veinticuatro horas que finalizaban la mañana siguiente. Era una situación completamente diferente de la que Borja y su equipo esperaban encontrar. Pero lo inesperado formaba parte de su entrenamiento. Incluso en las operaciones planeadas con tiempo y al milímetro era muy frecuente toparse con lo inesperado. Lo llamaban el «Factor S» y la ese era por sorpresa.

—Bien, otra vez el jodido Factor S —resumió Alberto—. Vamos a ver cómo lidiamos con él esta vez. —Sin decirlo, todos tenían claro que no iban a abortar la operación y a dejar a sus colegas en la estacada. Y, una vez más, no había tiempo para planear las cosas con tranquilidad porque la situación exigía una respuesta no hoy sino ayer. Sobre todo, cuando la Casa les había prevenido al ser informada desde la terminal en Damasco de que el padre Matteo había sido asesinado en Alepo. Amal se llevó las manos a la boca para suprimir un sollozo al recibir la noticia. Y luego lloró su tristeza sin vergüenza alguna.

—Al parecer, lo mató poco después de iros un capitán con fino bigote, un tal Kadiri, que está removiendo la ciudad de arriba abajo para dar con vuestra pista. Hay que asumir que la persecución continúa y que te han seguido hasta aquí o que llegarán en cualquier momento —resumió Manuel.

—Por eso no hay un minuto que perder —dijo Borja—. Por el norte los secuestradores y al sur el tal Kadiri, que ya me está molestando su aliento en el cogote. Solo nos falta «y allá a su frente Estambul», como en el verso que aprendíamos en el colegio. Pero nosotros no tenemos Estambul delante sino Lárnaca, en Chipre, que es adonde iremos cuando esto termine. —Borja no perdía el sentido del humor ni en los momentos más complicados y seguramente era también la forma que tenía para descargar tensión. Y allí, juntos los cinco, analizaron las posibilidades que se les ofrecían pues no había tiempo para consultar con la Casa, tenían menos de veinticuatro horas para pagar el rescate, y ya informarían a Madrid más adelante y capearían la bronca que sin

duda les caería por actuar por su cuenta. Ahora no podían perder tiempo y no querían arriesgar que Madrid decidiera abortar la operación sin un plan claro y para no poner más vidas en peligro.

Y para esbozar la estrategia a seguir sometieron a Amal a un despiadado interrogatorio, obligándola una y otra vez a repetir algunas respuestas. Había que estar seguros de todo al cien por ciento. Nada podía quedar al azar

La primera opción era darle a Amal veinte mil dólares, los tenían, y enviarla de vuelta a Yisr al-Shugur a pagar el rescate. Pero era una propuesta muy arriesgada por dos razones: nada garantizaba que aun pagando los secuestradores los fueran a liberar y, además, volver a hacer viajar a Amal sola por la carretera de Alepo era tentar demasiado a la suerte. Con seguridad, la policía ya la había identificado y la estaba buscando. De hecho, era muy posible que ya hubiera localizado el BMW azul utilizado por ella para llegar a Latakia. Ese coche estaba ya quemado.

La segunda opción era ir ellos al rescate. En juego estaban las vidas de un colaborador del Centro, de su ayudante y de un oficial israelí perseguido. Era una opción muy arriesgada también en cuanto al resultado final, pero ofrecía la ventaja de que nadie la esperaba, ni los secuestradores ni la policía. Y fue la que acordaron poner en práctica porque sabían que la vida de sus agentes era para Madrid una prioridad máxima y que pondrían pegas a cualquier plan no estudiado previamente en todos sus detalles. Demasiada burocracia, ellos eran gentes de acción a los que se había encomendado una misión, tenían a su lado una mujer que les pedía ayuda, no había tiempo que perder porque el plazo dado por los secuestradores terminaba la mañana siguiente, había riesgo de muerte para los secuestrados, uno de los cuales era un compatriota que además trabajaba para el Centro, y era sobre el terreno como mejor se podía decidir el curso a seguir.

Así que sobre la marcha idearon un plan de acción que exigía, para empezar, alquilar dos coches. Viajando por separado tendrían más probabilidades de pasar desapercibidos si ya les perseguían, como estaban obligados a suponer, procurando que uno fuera lo más parecido posible al BMW 2002 azul comprado por Asís en Alepo con objeto de aprovechar la noche para confundir con él a los secuestradores, al menos mientras fuera posible. En una servilleta de papel, Amal dibujó la carretera y el lugar donde había que dejarla para internarse por un camino de cabras hasta llegar a la casona donde estaban los secuestrados, y en otra servilleta hizo un croquis detallado de todo lo que recordaba de la casa, su distribución interior y dónde se habían ubicado la noche anterior tanto los detenidos como los secuestradores. Amal respondió lo mejor que pudo a todas las preguntas que se le hicieron —y fueron muchas— sobre detalles aparentemente nimios o no tan nimios, pero a los que tanto Borja como Alberto daban mucha importancia. Orientación de la casa, vegetación en torno, visibilidad desde el camino y desde la propia casa, si había o no otras casas cerca, si había perros cerca que pudieran ladrar, armamento de los secuestradores, cuáles estaban dentro y qué lugares ocupaban y dónde se colocaban los que vigilaban el exterior, si habría o no alguien en el cruce… Un sinfín de preguntas a las que Amal respondía esforzando al máximo su memoria. Estaba en juego la vida de tres hombres y uno era el suyo.

Durante toda la tarde, Amal repitió una y otra vez las respuestas a las muchas preguntas que se le hicieron. Hasta que Borja, que mandaba el grupo, dijo:

—Bien, creo que tenemos bastante. Basta ya de hablar y vamos a ponernos en marcha. Alberto, tú irás con Lola en un coche azul, como el que ha traído Amal, tenéis que encontrar uno lo más parecido posible con cuatro puertas, si es un BMW mejor, pero no es imprescindible. Arregláoslas como os parezca, pero hacedlo. Yo te seguiré en el otro con Manuel. Antes de

llegar al cruce te bajarás del coche y te vendrás al mío. De esta forma, Lola llegará sola al cruce con la cabeza bien tapada con un velo y no despertará sospechas cuando están esperando a Amal. Y si la hubiera, la sorpresa estará a nuestro favor y nos dará tiempo a llegar y a neutralizar a los que estén allí esperando. Tú, Amal, te quedarás con Bertrand en *Le Grand Bleu*, que debe salir de aquí inmediatamente, pues en cuanto localicen la pensión de Abdul tendrán pistas que les pondrán tras él. Nos iréis a esperar a la Cala Higueras —señaló un punto en la costa al norte de Latakia, justo detrás de la punta de Ras al-Basit—. Es un lugar que Miguel nos ha dicho que Bertrand conoce bien porque es donde descarga habitualmente sus alijos y sus contactos tienen bien «untados» a los policías que vigilan la zona. Él se asegurará de que esta madrugada miren hacia otro lado…

—Alto ahí. —La voz de Amal sonó seca y dura—. Todo eso está muy bien, con la excepción de que yo no me quedo aquí ni me voy a navegar con nadie mientras mi hombre se juega la vida. Sí, no os lo había dicho, pero lo hago ahora. Asís y yo… bueno, pues ya lo sabéis, y eso quiere decir que yo voy a acompañaros en el rescate. Y que si todo sale como deseamos, volveremos juntos y si no… entonces yo tampoco quiero volver.

Si algo teme cualquier operativo es toparse con una situación emocional que puede provocar reacciones impredecibles. Borja lo sabía muy bien e intentó ser persuasivo:

—Te comprendo, te comprendemos muy bien. Pero esto no es un juego, nos vamos a jugar la vida y tu presencia puede comprometer la operación y el mismo regreso del hombre al que quieres. Sé razonable. Te lo pido por el bien de todos.

Pero Amal fue inflexible y se encontró con el inesperado apoyo de Lola, muy callada hasta ese ese momento:

—Yo te comprendo, Amal, me pongo en tu lugar y haría lo mismo. —Y, mirando a sus compañeros, añadió—: Esta mujer lleva tiempo, por lo que nos ha contado, jugándose la vida al colaborar con las Fuerzas Democráticas Sirias, ha dejado Damasco al estar comprometida en la operación de la sauna, y ahora ha sido capaz de llegar sola hasta nosotros para advertirnos de la situación de nuestros compañeros. Con todo lo que ha demostrado hasta ahora, me parece insultante insinuar que puede comprometer la operación. Yo apuesto porque nos acompañe. Más aún, desde un punto de vista operativo, veo ventajas en que venga porque si hay alguien vigilando el cruce es mucho mejor que sea ella la que llegue porque no despertará ninguna sospecha y nos puede ayudar a neutralizar a los vigilantes con menos riesgo para todos. Creo que es mejor que nos acompañe y además eso es lo que ella también desea. —Fue una perorata apasionada, como era Lola en la vida.

—No tengo nada que objetar a tu razonamiento, Lola —replicó Borja—. Amal ha probado su valía y no quisiera que nada de lo que he dicho se pueda interpretar como que lo pongo en duda, porque nada está más lejos de mi intención. Solo quería protegerla después de todo lo que ha pasado e ignorante de su relación con Asís. Pero sigue habiendo un problema, y es que, con toda seguridad, su identidad ya es conocida, la están buscando y la detendrán en el primer control en el que nos pidan mostrar la documentación.

—Muy cierto —respondió Lola—. Y eso significa que nuestro amigo Bertrand, que conoce bien esta ciudad, nos tendrá que decir dónde encontrar documentación nueva para ella ahora mismo. Si no la consigue, no será posible llevarla con nosotros. Pero no te preocupes —añadió, al ver la desilusión reflejada en la cara de Amal—, Bertrand es un hombre de recursos por lo que nos ha dicho Miguel de él y conoce bien Latakia. Tiene contactos aquí y seguro que nos puede ayudar, de entrada, te haré una foto ahora mismo con el móvil para usarla en tu nueva

documentación. Borja, tú eres el que manda aquí, pero creo que no le puedes decir que no a una mujer que lleva una semana jugándose la vida.

Igual que los demás del grupo de rescate, Borja estaba impresionado por lo que había hecho Amal durante los últimos días y, en especial, por haber sido capaz de llegar hasta Latakia atravesando sola un país en guerra para ponerse en contacto con ellos y comunicar la situación de los secuestrados. Su admiración y su simpatía hacia ella hicieron que los apasionados argumentos de Lola cayeran en tierra fértil. Vamos, que no fue difícil convencerle.

—En ese caso, te tocará a ti, Manuel, volver al barco, dar instrucciones a Bertrand para zarpar con él de inmediato. Que te acompañe Lola para lo del pasaporte. Y cuando hayáis zarpado, ya en la mar, comunicas con Madrid y explicas a la Casa todo lo que vamos a hacer cuando ya sea tarde para que no lo puedan impedir, si es que lo pretendieran. Yo asumo la responsabilidad. —Cuando llegaba el momento de tomar decisiones a Borja se le notaba el militar que llevaba dentro. Ideas claras, precisión y tono de mando—. Y no olvides combinar con Lola frecuencias y horas para el contacto por radio para asegurar la recogida en Cala Higueras. Nosotros llegaremos, aún no sé cómo, pero llegaremos, y vosotros tenéis que estar allí cuando lo hagamos. ¿Todos de acuerdo? —concluyó. No hubo objeciones—. Decidido, entonces. Y sería oportuno que también nosotros dejáramos en el barco los pasaportes españoles, que deben estar quemados tras nuestro paso por la pensión de Abdul, y a partir de ahora usemos los libaneses que nos dio Miguel en Beirut. Recógelos, Manuel, y llévatelos. Luego, lejos ya de la costa, los tiras al mar.

Sin perder más tiempo, se disolvió la reunión. Manuel y Lola fueron a *Le Grand Bleu* donde el primero dio instrucciones a Bertrand para zarpar de inmediato diciendo a las autoridades portuarias que regresaba a Beirut, y luego se encerró a concretar los contactos radiofónicos y a preparar la comunicación con Madrid, mientras ella recogía los pasaportes libaneses y conseguía de Bertrand un contacto en Latakia donde hacerle otra documentación a Amal sobre la marcha, «aunque la tendrás que pagar bien», le advirtió. Luego bajó del barco y se dirigió al exterior de la zona portuaria. Tuvo suerte y salió sin ser controlada gracias a la confusión creada aquel mismo día por un bombardeo israelí sobre un depósito de armas que afirmaban que iba destinado por Irán a las milicias libanesas de Hezbolá. No era la primera vez que eso ocurría y el barullo era monumental con bomberos, policías y soldados actuando con espléndida descoordinación. Otra vez lo habitual. Fuera del puerto la esperaba Alberto para ir juntos a buscar los coches que necesitaban.

Mientras tanto, Borja y Amal se dirigieron a un discreto hotel de tres estrellas cercano al paseo Gamal Abdel Nasser, pero situado en una calle trasera y sin vistas a la playa, donde grupos de jóvenes de ambos sexos seguían jugando al balonvolea. Borja pidió una habitación, guiñó el ojo al conserje mientras le ponía en la mano un billete de cincuenta dólares y consiguió la llave de un cuarto en el segundo piso. Sabía, porque Bertrand se lo había dicho en el trayecto desde Beirut, que en ese hotel estaban acostumbrados a estas cosas porque era el lugar al que solían subir los chicos y chicas de la playa entre tanto y tanto. Allí no llamarían la atención de nadie y por eso lo tenían previsto como lugar de reencuentro en caso de necesidad. Y allí esperarían ambos hasta que regresaran Lola y Alberto una vez cumplidas sus tareas.

52. Persecución

Con los datos del vehículo comprado en Alepo no le fue difícil al capitán Kadiri averiguar la identidad de Amal o, al menos, el nombre que aparecía en la documentación que había presentado en los controles de carretera. Ramina Nissan. Al mismo tiempo y aunque el ambiente estaba muy alterado por la irrupción de dos F-16 israelíes que habían bombardeado unos depósitos iraníes en el puerto aquella misma mañana, la búsqueda del coche se convirtió en la prioridad de los policías que operaban en Latakia y que no tardaron en dar con el BMW 2002 azul aparcado en una calle tranquila y apartada próxima a la zona portuaria. Kadiri no perdió el tiempo en trasladarse personalmente al lugar que estaba rodeado de policías y donde ya había comenzado la operación de obtener huellas dactilares (las había muchas y variadas) y cuanta otra información pudiera conseguirse del coche.

Suspiró con resignación ante la mezcla de diligencia y torpeza por parte de sus agentes, porque hubiera preferido más moderación. Tiempo habría para hacer todo eso y quizás una discreta vigilancia hubiera permitido hacer detenciones si alguien se aproximaba al vehículo. Pero pronto desechó la idea. Cada vez era más consciente de que no tenía que habérselas con meros aficionados, sino con verdaderos profesionales que no iban a cometer errores de ese calibre, y ese pensamiento le satisfizo en la medida en que, buen jugador al fin y al cabo, admiraba a sus rivales y eso elevaba el nivel del reto al que se enfrentaba.

Asumió entonces el mando directo del operativo y ordenó un barrido en busca de hoteles, pensiones, restaurantes, cafeterías, y tugurios de todo tipo en un radio de diez calles en torno del lugar donde había aparecido el coche y a ello se dedicaron varios agentes de la policía local que estaban familiarizados con el barrio y que no tardaron en presentarse ante Abdul, un viejo conocido dueño de la pensión La Perla de Latakia, más sudoroso que nunca tras su mostrador bajo el cuadro del presidente Bachar al-Assad.

Abdul les recibió con la resignación con la que se había acostumbrado a hacerlo. No le gustaban los policías porque no le solían traer buenas noticias, pero sabía que no era nada personal sino algo causado tanto por su permanente necesidad de dinero como por el tipo de parroquianos que habitualmente atendía en su negocio. También era consciente de que no tenía más remedio que soportarlos y, más importante aún, creía saber cómo tratarlos. A estos ya los conocía y por eso, en cuanto los vio entrar, llevó con resignación la mano al cajón y sacó con esfuerzo aparente un fajo de billetes de unas cinco mil libras sirias que colocó sobre el mostrador. Era una cantidad más que respetable, unos diez dólares al cambio, mucho más que lo que habitualmente les daba, pero ese día se sentía generoso porque también a él le habían caído doscientos dólares y eso tampoco era frecuente que le sucediera. Y, sin embargo, eso era precisamente lo que le debiera haber alertado.

Y debería haberle alarmado también la tensión que, tarde ya, percibió en los agentes que mostraban una actitud muy diferente de la habitual en sus periódicas visitas en busca de unos billetes. La que le hacían no era de rutina, una más en busca de la habitual mordida que les ayudara a estirar su magro salario para llegar a fin de mes, o irse de putas o lo que fuera que

aquellos cabrones hicieran con el dinero que le sacaban a él y a otros comerciantes honrados del barrio. No, esta no era una visita de rutina. Desplazando con la mano hacia el lado el montón de billetes arrugados que Abdul le tendía, uno de los policías le pidió con gesto serio el libro de registro de huéspedes cuya última página era un enorme borrón de tinta azul-negra.

—Se me volcó el tintero esta mañana. —Abdul se encogió de hombros como excusándose. Seguía sin entender la gravedad de la visita que recibía.

Una bofetada en el rostro que le dejó colorado el lado derecho de la cara le ayudó a empezar a entender. Aquellos policías, a los que casi consideraba como de la casa después del mucho dinero que les había dado a lo largo de los años, nunca se habían comportado así con él.

Abdul, que no tenía madera de héroe y que tampoco aspiraba a serlo, comenzó a tenerlo claro: «Ha sido uno de los extranjeros. Se han ido esta mañana». Lo que no confesaría era que le habían dado dinero, eso no le importaba a nadie porque estaba seguro de que estos dos hijos de puta se lo quitarían si lo mencionaba. Y a otra pregunta directa sobre una mujer, se limitó a contestar que «sí, había una mujer morena en el grupo que se había hospedado en su pensión», sin comentar nada sobre la última que había llegado.

Podía ser lo que el capitán del bigotito andaba buscando con el par de soldados y los dos *mujabarats* que le acompañaban y que se había quedado junto al BMW azul. Él no era simpático, los soldados parecían más aburridos que otra cosa, pero el que se atreviera a tomar a broma a un *mujabarat* estaba completamente loco. Y los policías locales no lo estaban. Intercambiaron una mirada de inteligencia y mientras uno se quedaba en la pensión sin quitar el ojo de encima a Abdul, que todavía no entendía su cambio de actitud con respecto al pasado, el otro se apresuraba a regresar adonde estaban el coche y el capitán Kadiri.

No habían pasado ni diez minutos cuando su silueta escasa se perfiló en la entrada de la pensión acompañado de otras personas, policías, soldados y los inconfundibles *mujabarats*, cuya sola presencia cortó la respiración del posadero que, por vez primera, se dio cuenta de que podía estar metido en un lío serio. Muy serio.

Kadiri no le dirigió inicialmente la palabra, como dejando que la gravedad de la situación se fuera primero abriendo paso en la mente obtusa del gordinflón sudoroso que estaba delante del mostrador, acompañado de un policía local que le sujetaba innecesariamente por el brazo. Le ignoró y se dirigió directamente al salón del fondo donde se sentó displicentemente en uno de los sofás, mientras sus acompañantes permanecían respetuosamente de pie en torno suyo. Entonces hizo llamar a Abdul, que, a estas alturas, ya temblaba sin control alguno.

—Espero por tu bien que no me hagas perder tiempo y que me cuentes todo lo que aquí ha pasado en las últimas horas. Busco a una mujer. —Y al decirlo le mostró la foto que tenía de Amal—. Y quiero saber si ha venido y si ha hablado aquí con alguien. Si me contestas la verdad no te pasará nada, pero si no lo haces… bueno, si no quedo contento con tus respuestas estos dos señores aquí presentes —Kadiri señaló con una mirada a los *mujabarats*— te pedirán que los acompañes y te aseguro que no tardarás en contarles todo lo que sepas… y aún más —añadió con una sonrisa que a lo mejor quería ser siniestra, pero que no pasó de resignada y como aburrida por tener que detenerse a explicar lo obvio.

Abdul no era hombre de grandes luces, pero llevaba toda una vida sobreviviendo en un mundo duro en el que los débiles siempre salían malparados. Y él lo sabía, igual que sabía darse un pase cuando las cartas venían mal dadas. Y esta vez venían, le pareció, muy mal dadas. Así que decidió que lo más sensato sería contarlo todo, pues nada malo había hecho. Todo menos lo de los doscientos dólares, que a nadie importaban sino a él.

—Sí, excelencia, todo lo que desee saber, yo no he hecho nada malo, soy un ferviente partidario de nuestro amado presidente —dijo, mirando significativamente a la gran foto de Bachar al-Assad con aguerrido atuendo militar que presidía el salón—, y naturalmente que colaboraré con las autoridades como he hecho toda mi vida. —Habló atropelladamente mientras se secaba el sudor con un pañuelo de cuadros arrugado que sacó del bolsillo y que estaba tan sucio como su camiseta.

—Pues responde con brevedad y claridad a mis preguntas: ¿ha venido esta mañana esta mujer a tu pensión?

—Sí, señor.

—¿Venía sola o la acompañaba alguien?

—Sola.

—¿Se ha registrado?

—No, señor. —Por ahora, todo bien, pensaba Abdul.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—Ha entrado y ha preguntado si se alojaba aquí un español. Yo le he dicho que sí porque tenía cuatro en la pensión y le he indicado esta sala donde ahora nos encontramos. Dos de ellos ocupaban aquella mesa del fondo. Ella se ha acercado y se han puesto a hablar, pero desde donde yo estaba no se escuchaba lo que decían. —Abdul iba ganando confianza y soltura a medida que hablaba.

—¿Y quiénes eran esos españoles?

—No lo sé, excelencia. Eran tres hombres y una mujer. Ella pidió una habitación para ella sola —añadió con una sonrisa—, y uno de los hombres también lo hizo. Otros dos compartieron cuarto. Me enseñaron sus pasaportes e inscribí sus números y nombres en el cuaderno de registro del hotel —dijo la palabra «hotel» con orgullo, como si aquel antro cochambroso lo fuera, pensó Kadiri—, pero no me dijeron nada de su trabajo o las razones de su estancia en Latakia… Solo puedo añadir que hablan árabe con soltura, aunque con acento extranjero porque lo usaron conmigo al inscribirse, y también más tarde cuando uno bajó de la habitación para pedirme un ladrón porque quería enchufar algo a la corriente y en el cuarto solo hay un enchufe. No tenía, pero le envié a la ferretería de Abdelkader, a dos calles de aquí, y supongo que encontró lo que buscaba porque no me volvió a hablar del tema.

—¿Y qué más ha pasado?

—Bueno, después de que la mujer hablara con ellos, uno se ha levantado y ha subido a la habitación y el otro ha salido con ella a la calle.

—¿Qué dirección tomaron? ¿Te fijaste?

Abdul no se había fijado, pero a estas alturas era el centro de atención de todo el grupo de policías y personalidades que se habían agregado a las iniciales y que ahora ocupaban casi por entero el salón de su pensión. Todos de pie y todos atentos a sus respuestas. Solo el capitán del bigotito estaba sentado. Se sentía importante y no iba a dejar de responder, aunque no tuviera ni puta idea de por dónde se habían ido:

—Hacia allá —dijo sin dudar—, hacia la avenida de Al-Yazaer. —Se trataba de una calle ancha que corría paralela al viejo puerto y a escasa distancia de la pensión donde se hallaban.

—¿Y los otros?

—Cuando bajaron de sus habitaciones llevaban consigo sus equipajes, unas bolsas grises. Me pagaron el hospedaje en efectivo y se fueron. —Abdul se dio cuenta de que olvidaba algo y añadió—: Y fue entonces cuando uno de ellos dio un golpe al tintero y la tinta se desparramó

sobre mi mostrador y mi cuaderno de huéspedes. Se disculpó mucho por su torpeza y luego se fue detrás de los otros hacia allí —dijo señalando con el brazo.

Kadiri sospechaba que podría haber algo más, pero no creía que fuera importante. Ordenó a su gente que recabaran cuantos datos pudiera recordar el posadero sobre la mujer y el «grupo de españoles» con objeto de elaborar retratos robot que le ayudaran en su búsqueda, pero también se daba cuenta de que había llegado a otro punto muerto con el agravante de que ahora la mujer que viajaba sola había encontrado compañía. Y apoyos. Por muy poco, pero él había llegado tarde a la cita una vez más, como ya le había pasado en Alepo, y de nuevo los fugitivos se le habían escurrido entre los dedos. El lado positivo, siempre lo hay, se dijo, era que ahora la mujer tenía a su lado cuatro extranjeros cuya presencia no sería tan fácil de ocultar en Latakia. Lo que no veía tan claro era que se tratara de «españoles», ¿qué coño hacían españoles en Siria? En un país lleno de turcos, rusos, iraníes, libaneses, iraquíes, afganos y hasta norteamericanos, le daba la impresión de que podía tratarse de pasaportes falsos… documentación presentada con intención de despistar. Aunque el jodido Asís García, el tipo de la Sauna Suomi, también tenía nacionalidad española además de la siria… así que a lo mejor tampoco era una coincidencia. Y, por otra parte, ¿dónde estaban los tres hombres que salieron con ella de Latakia? Según le habían dicho, en la ciudad había entrado ella sola conduciendo el coche azul y aunque los soldados no hubieran revisado el maletero, en él no cabían de ninguna manera tres personas. Tenían que haberse quedado por el camino, pero ¿dónde? Seguía teniendo más preguntas que respuestas y ya era hora de que eso cambiase.

Y pensó: «Si yo fuera extranjero en esta ciudad, ¿dónde me escondería?». Y la respuesta fue clara, una aguja se esconde entre cien agujas. Su pregunta a los que de pie le rodeaban fue seca y concisa:

—¿Cuál es la zona frecuentada por los extranjeros en Latakia?

—Hay dos lugares —contestó uno de los *mujabarat*, originario de la ciudad—, este en el que nos encontramos, que frecuentan los tripulantes de barcos amarrados o fondeados en el puerto, y la zona de hoteles de lujo de la avenida Sports City, junto al Club Marítimo.

Kadiri concluyó que en esta última zona sería más fácil pasar desapercibido. E, incansable, hacia allí dirigió sus pasos sabiendo que buscaba una aguja en un pajar. Miraba irritado el mar y a los bañistas despreocupados que retozaban en la playa y pensaba que tenía cerca a su presa y que quizás incluso podría cruzarse con alguno de ellos, pero que siempre se le acababan escabullendo. Hasta que lograra estrujarla y triturarla entre sus dedos y ahora, con cuatro extranjeros más, subiría también su recompensa. Ese pensamiento le devolvió los ánimos e hizo dulcificar por un momento la expresión de su rostro. Lo que tenía entre manos podía acabar siendo más importante de lo que inicialmente imaginaba porque ¿a qué, si no, este despliegue de gente aparentemente llegada para ayudar a los fugados?

53. Misión nocturna

Borja y Amal pasaron la tarde esperando en la habitación del modesto hotel junto a la playa. Amal no paraba de hablar de Asís y de su preocupación con su estado, y de los secuestradores, y de si todo saldría bien y… Borja la dejó hacer porque sabía que necesitaba hablar, que tenía que desfogarse tras los nervios que había pasado y que hablar le hacía bien. Al entrar en la habitación y como medida de precaución, Borja había encendido el televisor, el inevitable Syrionics, que emitía una horrible película de ninjas voladores cuyos gritos distorsionados por la mala calidad del sonido la hacían todavía más insoportable, pero casi enseguida bajó el volumen y luego desconectó el aparato con objeto de prestar toda su atención a Amal porque en sus comentarios se deslizaban de vez en cuando detalles que podían ayudar en el rescate que preparaba.

Al filo de las ocho llegaron Alberto y Lola al hotel. Regresaban contentos porque habían conseguido lo que querían: una furgoneta Renault Kangoo de color oscuro y un BMW azul. Habían alquilado la primera en tanto que el segundo lo había robado Alberto cuando lo vio estacionado junto a la acera delante de un edificio de viviendas, lo que le hizo pensar que, dada la hora, el dueño estaría ya cenando en casa y no lo echaría en falta hasta la mañana siguiente. Abrir la portezuela y hacer un puente para ponerlo en marcha había sido un juego de niños. Lola traía del barco un pasaporte libanés para Borja y también una cédula de identidad siria a favor de Malika Bournouss, natural de Damasco y de profesión secretaria de dirección, que lucía la foto de Amal. La ventaja de las ciudades portuarias es que encuentra uno de todo lo que necesita siempre que sepa dónde buscarlo y tenga el dinero necesario para pagarlo.

A las diez de la noche salieron los dos coches, como estaba previsto, por la carretera comarcal en dirección a Saraqib sin despertar sospecha alguna en el control instalado a la salida de Latakia, donde el ambiente entre los soldados seguía muy alterado por el ataque israelí de la mañana y apenas les prestaron atención. Amal iba en el BMW azul que conducía Alberto y en la Renault seguían Borja, al volante, con Lola al lado. Llevaban metralletas cortas Uzi escondidas bajo los asientos y pistolas Astra más a mano. También unos monos negros con capucha en los portamaletas. Lola lo había bajado todo del barco en una bolsa gris que los dos vigilantes de la entrada de la zona portuaria no habían controlado, distraídos como estaban con el ataque israelí. Además de que, para ellos, Lola era una amiga de Bertrand, el francés que les «engrasaba» bien los bolsillos y eso les bastaba.

Tres kilómetros antes del cruce de Yisr al-Shugur donde había tenido lugar el secuestro y poco antes de la media noche, ambos vehículos se internaron un centenar de metros por un camino de tierra donde hicieron una parada para enfundarse los monos negros y sacar las Uzi de sus escondites. Por su parte, Amal se cubrió la cabeza con un modesto velo antes de enfrentar nuevamente a los islamistas. Revisaron sus cargas y se metieron las pistolas en el cinturón, pues ya no esperaban encontrar a nadie hasta el propio control junto al desvío que llevaba a la casa de los secuestradores. Luego regresaron a la carretera principal con Amal al volante del BMW y Alberto tumbado en el asiento trasero oculto bajo una manta. La Renault seguía quinientos metros más atrás con los faros apagados.

Cuando llegaron, el control parecía desierto. No había nadie a la vista y Amal redujo la velocidad para meter una marcha más corta y virar a la izquierda por el camino de tierra. No había otros coches en la carretera, que estaba solitaria a esa hora. Pero apenas había rodado cien metros levantando una nube de polvo cuando una potente linterna situada en un pequeño montículo a su lado izquierdo la deslumbró y una voz imperiosa la conminó a detenerse. Amal frenó en seco entre el polvo y Alberto aprovechó ese momento para abrir la portezuela trasera derecha y dejarse caer al suelo, en la zona de sombra, con suavidad y sin ruido. Ya tumbado cerró con suavidad la portezuela y se agazapó tras el lado oscuro del vehículo.

Una voz seca ordenó a la conductora descender y Amal obedeció, colocándose de pie y con los brazos en alto junto a su coche. La potencia del reflector que se concentraba sobre ella le impedía ver, aunque pudo percibir la silueta negra de un hombre que se destacó entre las sombras y que llevaba un arma larga cuyo cañón emitía esporádicos reflejos según le daba la luz.

—Buena chica —dijo, reconociendo a Amal—. Estaba seguro de que volverías. No todos lo pensaban, pero yo vi lo mordida que estabas por tu hombre y sabía que volverías a buscarle. Ja, ja… Te deberá la vida, ¿verdad? Seguro que nunca lo imaginaste… —Y luego, tornándose bruscamente serio, preguntó—: ¿Has traído el dinero? —Amal respondió que sí en voz baja y acompañó su respuesta de una indicación con la cabeza hacia el interior del BMW—. ¿Todo, los veinte mil dólares? —Amal volvió a decir que sí bajando la cabeza e hizo ademán de moverse hacia la parte trasera del vehículo—. ¡No te muevas! —gritó él—. ¡No hagas nada, absolutamente nada, sin que yo te lo diga! —Su tono había cambiado de amistoso a hosco porque estaba a punto de tomar una decisión importante y eso le ponía nervioso e inseguro a pesar de tener un arma en la mano y encontrarse ante una mujer sola. Y por fin se decidió a cruzar su propio Rubicón, la agarró del brazo con una violencia innecesaria que le hizo emitir un quejido de dolor y le dijo—: Enséñamelo, enséñame ahora ese dinero. —Amal se dirigió lentamente hacia el portamaletas y, siempre agarrada del brazo por el miliciano, lo abrió mostrando una bolsa gris en cuyo interior había efectivamente dólares en fajos. Una carcajada triunfal siguió a esta comprobación, tras la cual cerró el maletero y regresó hacia el lateral del coche con Amal siempre agarrada por el brazo mientras decía—: Si esos gilipollas creen que lo van a ver se equivocan porque de aquí nos vamos ahora mismo, este dinero lo voy a disfrutar yo… pero antes te voy a disfrutar a ti. —Y al decirlo empujó a Amal hacia dentro del vehículo. Fueron sus últimas palabras.

Mientras Amal recibía la orden de detenerse, quinientos metros más atrás, Borja vio el resplandor del foco y detuvo la Renault Kangoo que iba a oscuras. Él y Lola bajaron y campo a través alcanzaron por detrás el puesto donde estaba el reflector, a una quincena de metros de Amal y del bandolero que estaban perfectamente iluminados por su foco en medio de la negrura circundante. No se oyó ningún disparo porque no lo hubo. Apenas había empujado a Amal dentro del vehículo cuando Alberto se alzó de repente desde el suelo ante el forajido que dio un paso atrás ahogando un grito de sorpresa, y Borja, que se le había acercado por la espalda, le segó limpiamente el gaznate con un machete mientras Amal, que asistía en primera fila a la cruenta escena, se tapaba la cara en un gesto de horror y Lola cubría desde las sombras a sus compañeros. El individuo se desplomó sin otro ruido que el del gorjeo del aire que le escapaba de los pulmones y del borboteo de la sangre que salía en un chorro oscuro de la yugular seccionada. Apenas un par de convulsiones, ya en el suelo.

—¡Qué cabronazo! —dijo Alberto—. ¿No quería quedarse con todo el dinero para él solo? —Había genuina indignación en sus palabras—. ¡Y es que está el mundo que no puede uno

fiarse de nadie! —continuó—. Y menos mal que la hemos acompañado porque si llega a venir la chica sola… —Alberto estaba muy enfadado—. Toma nota, Borja, porque los que están en la casa deben de ser de la misma calaña y con esa gente no se juega, no tenemos que darles ninguna oportunidad porque no son trigo limpio y lo acaban de demostrar.

Borja no contestó nada, todavía impresionado por lo que acababa de hacer, al margen de la catadura moral de su víctima, porque matar a un ser humano nunca es fácil. Pero reconocía que Alberto tenía razón en lo que decía. De haber regresado Amal sola, la habría violado y matado y luego hubiera desaparecido con el dinero, sellando así de paso la muerte de los tres detenidos por sus frustrados secuaces. Y se consoló pensando que el mundo sería un poco mejor con ese hijo de puta fuera de circulación.

Luego, entre Borja y el mismo Alberto llevaron el cuerpo en volandas unos metros para alejarlo del camino y lo depositaron sin muchos miramientos tras unos arbustos. Con los pies arrastraron un poco de tierra sobre el charco que había dejado la sangre derramada «en muda canción de serpiente», como comentó Alberto, gran admirador de García Lorca y cuya locuacidad se había desatado con lo ocurrido. Ya habían terminado y Borja acababa de apagar el reflector cuando apareció por el camino la furgoneta Renault que Lola había regresado a buscar.

Ambos coches siguieron con las luces apagadas cuatro de los siete kilómetros que según Amal separaban la carretera principal de la casa donde estaban los secuestrados. Los tres restantes los harían Lola y Borja a pie tras dejar la Renault oculta tras la tapia medio derruida de lo que les pareció un huerto de frutales, mientras Amal les daba veinte minutos de ventaja y luego continuó despacio en el BMW, con Alberto nuevamente tumbado en el asiento trasero, pues decía que le había cogido gusto a viajar así.

Tres kilómetros despacito por un camino de cabras se hacen largos y a Amal, todavía impresionada con lo ocurrido, se le hicieron eternos. Alberto intentó algunos comentarios triviales que aflojaran la tensión que ambos sentían, pero Amal no le prestaba atención. ¿Estarían bien Asís y sus acompañantes? ¿Los habrían matado? A juzgar por lo que acababa de pasar, no sería nada extraño… Le avergonzaba pensar así, pero no podía ser de otra forma, primero Asís y luego los demás… Rachid y finalmente el israelí. Ya sabía que todos los hombres eran iguales, pero eso sería ante Dios y en las democracias, porque para ella «su» hombre iba delante. Lo tenía muy claro y no le avergonzaba pensarlo. Mientras conducía procuraba recordar cualquier detalle que pudiera ayudar al éxito de la operación, pero no recordaba nada que no le hubiera dicho ya a Borja durante aquella odiosa película de ninjas a la que ninguno de los dos había prestado la más mínima atención.

—Delante de la casa hay un claro —le dijo a Alberto—, y allí hay una banco viejo de madera y un par de sillas que han sacado los secuestradores, y allí se sientan a veces a conversar y fumar. Pero no a estas horas. Ahora habrá dos descansando y dos de guardia, uno dentro, en el piso de arriba junto a los dormitorios, y otro fuera, bajo las ventanas. —Alberto lo sabía, pero la dejaba hablar para que se desfogase y por si aparecía en su relato algún detalle novedoso que pudiera ser útil en los próximos minutos que serían decisivos para el éxito de la operación de rescate—. El de dentro se coloca en el descansillo del piso superior y el de fuera nos decían que estaba bajo las ventanas de nuestros dormitorios, en la parte izquierda de la casa según llegamos, la orientada al oeste. Para que no pudiéramos escapar. Los dos que descansan lo hacen en un cuarto situado según se entra a mano derecha, en la planta baja. —Amal no se cansaba de repetir lo que había contado varias veces ya, como estrujando los recovecos de su memoria en busca de detalles, de algo que pudiera haber olvidado… y para descargar la enorme tensión que sentía.

—Seguro que son solo cuatro, ¿verdad? —Alberto le daba carrete y, siempre en los detalles, quería asegurarse una vez más.

—Yo solo vi a cinco, y tras lo ocurrido ahora solo quedan cuatro, si no me fallan las matemáticas. —Amal quería aparecer tranquila y distendida, pero estaba como una pila. ¿Estaría Asís bien? ¿Lograrían sacarlos con vida? El BMW seguía acercándose a la casa muy despacio.

En un recodo del camino antes de llegar a la casona, cuya puerta principal iluminaba una bombilla solitaria de poco voltaje, Amal creyó percibir una sombra a su izquierda y Alberto la tranquilizó: «Son los nuestros», y se tumbó nuevamente en el asiento trasero.

Al llegar frente a la casa, Amal oyó una voz fuerte que le mandaba detenerse. Frenó y se quedó bajo el círculo de luz tenue que daba la bombilla del portón, iluminado a su vez por los propios faros del coche. Dos linternas se concentraron entonces sobre el vehículo desde ángulos opuestos mientras la misma voz le ordenaba bajar con las manos en alto.

Amal descendió obedientemente e hizo acopio de todo su valor para sonreír mientras decía:

—Lo prometí y he regresado con el dinero. Está ahí —señaló el maletero—. Ahora tenéis que dejar libres a mis compañeros. —Le pareció que solo le salía un hilillo ridículo de voz, pero nadie más pareció notarlo.

—Sepárate del coche y acércate a la casa. ¡No bajes los brazos!

Otros dos hombres salieron del caserón. ¿Ya estaban todos fuera? ¿No quedaba ninguno arriba con los secuestrados? Amal había dicho que quedaban cuatro… pero Borja, desde la penumbra no iluminada, no las tenía todas consigo. Ya habían salido cuatro y por indisciplinada que fuera aquella pandilla de facinerosos no tenía sentido dejar solos a los prisioneros, que ya habrían oído la llegada del coche y las voces abajo. Aunque estuvieran atados.

—¿Cómo ha llegado esta hasta aquí? —preguntó el más alto con el andar de alguien que acaba de despertar y todavía no ha recuperado el pleno control de sus movimientos—. ¿Cómo no ha avisado Othman de su llegada? —Y dirigiéndose a Amal—: ¿No estaba Othman en el cruce?

—No sé quién es Othman, pero en el cruce no había nadie —mintió Amal.

—Ese cabrón se ha vuelto a dormir. ¡O se habrá ido de putas al pueblo! ¡Y encima hoy! Me va a oír cuando regrese… y ¿dónde está el dinero? ¿Lo has traído todo?

—Todo, veinte mil dólares, lo que me dijisteis, y está todo en una bolsa en el maletero —contestó Amal, tratando de desviar la atención del interior del vehículo en cuyo asiento trasero y cubierto por una manta seguía Alberto con la Uzi entre las manos. Alberto no se fiaba, no podía creer que hubieran dejado solos a los secuestrados y no se podía correr el riesgo de dejar a un bandido armado en el piso superior y a cargo de los rehenes. Si eso sucedía podía suponer el fracaso de toda la operación.

Amal pensó con rapidez.

—Pero antes de dároslo, quiero estar segura de que mis compañeros están bien. —Trataba de ganar tiempo.

—Tú no quieres estar segura de nada —dijo despreciativamente el que llevaba la voz cantante, el de la «pasa» en la frente—. Khalil, avisa a Mahmoud y súbela con los otros —se dirigió al de su izquierda—, y ya veremos luego qué hacemos con vosotros —añadió con una sonrisa que quería parecer siniestra y como queriendo indicar que al final no tendría otra solución que matarlos a todos, pero no por deseo propio sino porque así son las cosas en la guerra, que parece que tengan vida propia, o en este caso muerte propia, al margen de nuestra voluntad. «Mahmoud —pensó Alberto—, lo que yo decía, hay otro cabrón arriba. Hay uno más de los que decía la chica».

Viendo acercarse al tal Khalil, Amal retrocedió hacia el coche que todavía tenía el motor en marcha y la portezuela del conductor abierta mientras gritaba:

—Prometisteis su libertad si yo cumplía y yo lo he hecho. He creído en vuestra palabra. Cumplid ahora vosotros o Alá os castigará.

—Alá, bendito sea su nombre, no tiene nada que ver con est… —Y su voz se quebró en el aire como un cristal roto. «Le hicimos el favor de matarle con el nombre de Dios en la boca», recordaría Borja más tarde.

Todo ocurrió en un par de segundos. Cuatro disparos secos y casi simultáneos, hechos a muy corta distancia hicieron que aquellos cuatro individuos cayeran como fardos en el suelo de tierra frente a la vivienda mientras Amal, aterrada, trataba de protegerse arrodillándose junto al BMW. Borja y Lola habían tenido tiempo para acercarse sigilosamente, buscar el mejor ángulo, repartirse los objetivos y disparar desde fuera del círculo de luz tenue que emanaba del portón de la casa y que iluminaba con escasa pero suficiente claridad a los secuestradores mientras los dejaba a ellos en las sombras. Y casi al mismo tiempo, Alberto saltó del coche y como una centella subió las escaleras de la casa cuya ubicación conocía perfectamente tras las explicaciones de Amal.

Un hombre que debía de estar sentado en el suelo en la penumbra de un corredor apenas iluminado y que se había levantado apresuradamente al ruido de los disparos empuñando una pistola no tuvo tiempo de levantarla y disparar cuando cayó acribillado por una ráfaga de la Uzi que portaba Alberto. Con el pie apartó el cuerpo y de una patada abrió la puerta del primer cuarto que encontró. Allí, a oscuras, tumbados en el suelo y con las manos atadas a la espalda estaban Asís, Yaakov y Rachid que, deslumbrados por la luz que entraba desde el pasillo, se apretaron contra la pared de forma instintiva mientras Alberto entraba y decía en castellano: «Estáis libres y nos vamos de aquí cagando leches». Un sorprendido Asís, el único que le comprendió, comenzó a traducir cuando entró Amal que se echó a su cuello mientras él, todavía aturdido y sin entender bien lo ocurrido solo acertaba a pedirle que le desatara las manos «para abrazarte mejor».

—Ya tendréis tiempo —gruñó Alberto mientras cortaba las cuerdas que les ataban y explicaba en árabe y a grandes rasgos a Rachid y a Yaakov lo que había pasado abajo.

La casa estaba aislada en medio del campo, pero uno nunca sabía, y después de un estropicio semejante, lo mejor era poner tierra de por medio lo antes posible y Borja lo tenía claro. Lola y Alberto subieron al BMW para ir a buscar la furgoneta que había quedado oculta a unos kilómetros de la vivienda y mientras esperaban, Borja aprovechó para explicar el plan de fuga a los recién liberados junto al portón iluminado de la casa. Fue un error, el único de la noche, porque cuando regresaron los dos vehículos y se congregaron en su torno para distribuirse entre ellos, sonó una ráfaga inesperada cuya procedencia al principio no pudieron localizar, que alcanzó a Asís haciéndole caer al suelo con un gemido de dolor.

Uno de los secuestradores dado por muerto no lo estaba, o no lo estaba del todo, y tuvo fuerza para disparar, aunque fuera a bulto. Lo hizo desde el suelo donde había caído.

—El jodido «Factor S» de nuevo, ¡teníamos que habernos asegurado de que todos estos cabrones estaban muertos y bien muertos! —gruñó Borja mientras lo remataba de un tiro en la cabeza—. Para que aprendas a estarte quieto de una puñetera vez… y para que tampoco tengas la tentación o la debilidad de contar a nadie lo que ha pasado aquí esta noche —dijo, como hablando consigo mismo. Porque estaba seguro de que sus perseguidores darían pronto con el caserío que los secuestradores habían utilizado como refugio.

Cuando estuvo bien seguro de que ninguno de los otros se movía, Borja se dirigió hacia donde yacía Asís, que Amal abrazaba entre lágrimas. Afortunadamente, no estaba muerto, pero tenía una herida en el hombro que parecía limpia, pues tenía orificios de entrada y salida de la bala, aunque sangraba copiosamente y debía de ser dolorosa a juzgar por sus gestos. Lola, siempre práctica, la vendó con un trozo de camisa de uno de los muertos para contener la hemorragia —«Este ya no la necesita»—, y luego le dio un chute de morfina para calmarle el dolor y adormecerlo antes de subirle en el asiento trasero de la Renault Kangoo, que tenía más espacio y donde se reclinó en el regazo de una sollozante Amal, que parecía haber perdido el habla.

Luego, dejando atrás el viejo Citroën de los secuestradores con un par de machetazos en los neumáticos para que si alguien se acercaba no pudiera utilizarlo para seguirles, salieron de allí «cagando leches» como, con buen criterio, había dicho Alberto que había que hacer.

Pero antes de abandonar el lugar, Lola se comunicó por radio con Manuel a bordo de *Le Grand Bleu*: «Mercancía recibida en buen estado menos un fardo, que tiene pérdidas. Entrega entre ciento veinte y ciento cincuenta», que eran los minutos que, dependiendo de los caminos, calculaban que podían tardar en llegar a la cala. Eso si no se perdían por aquellos andurriales desconocidos en los que pretendían guiarse por GPS y solo poner las ruedas sobre asfalto si no había más remedio. Todo campo a través por caminos vecinales para minimizar riesgos. Lola también le pidió a Manuel que tuviera preparado el botiquín, que denominaba «caja de herramientas».

Y tras esto, los dos vehículos se internaron en la noche por aquellos caminos de cabras en dirección a la costa.

54. Las pistas

Eran casi las dos de la madrugada cuando una llamada despertó al capitán Kadiri en el modesto hotel en el que se alojaba. Tenía la impresión de que acababa de cerrar los ojos tras varias horas de frustración ante la presa que nuevamente se le escapaba por los pelos delante de sus narices. Malhumorado y todavía adormecido, descolgó el auricular y lo que oyó le hizo incorporarse en la cama de un salto. Al parecer dos «españoles», un hombre y una mujer, habían visitado un barco de bandera francesa en el puerto viejo de Latakia a última hora de la tarde del día anterior, y a las nueve *Le Grand Bleu*, que así se llamaba el barco, había zarpado con destino a Beirut según constaba que había declarado al salir. En el puerto había tal lío tras el ataque israelí que la información solo había llegado ahora.

Kadiri pensó con rapidez: «Eso quiere decir que, si los clientes alojados en la pensión de Abdul eran cuatro y dos se han escapado, los otros dos siguen en la ciudad y si no se han marchado con el barco es porque traman algo en Siria. Y como también la mujer que acompañaba a los fugados de Alepo se había puesto en contacto con ellos en la pensión, lo más probable es que lo que les retenía en Latakia tuviera que ver con esos fugados que, al margen del israelí, también debían de ser muy importantes para justificar este esfuerzo desde el otro lado del Mediterráneo. En el supuesto de que sean españoles», algo que Kadiri seguía sin ver claro por muy español que fuera el tal Asís, dueño de la sauna donde comenzaba su pista.

Pensaba ahora con la claridad cristalina que uno tiene al despertar tras un par de horas de sueño profundo: «Pero si los fugados estuvieran aquí podrían haber marchado todos en el barco francés y se acababa la historia. Pero no lo han hecho y si no lo han hecho es porque algo ha pasado. Como que no se hayan atrevido a pasar los controles de acceso al puerto. O sea, que no han logrado llegar a la ciudad o que no han podido entrar en la zona portuaria. Y eso, en cualquiera de las hipótesis, les deja empantanados en tierra. Pero como quieren salir del país tienen dos opciones que parecen las más probables: la más obvia es intentar acercarse a la frontera turca por caminos rurales y bordeando la costa para evitar la provincia de Idlib, que está dominada por los islamistas. La otra, a no descartar, es que el barco francés no haya regresado a Beirut y les esté esperando en algún lugar previamente acordado con ellos, lo que explicaría que dos de los españoles hayan retornado a bordo».

Ya de pie junto a la cama —«¡Qué frío está el suelo, carajo!»—, Ibrahim Kadiri bramó más que gritó órdenes a su interlocutor del otro lado del teléfono para que le prepararan a toda velocidad —«¡Lo quiero ya!»— un informe con todo lo que se supiera de *Le Grand Bleu*. «TODO, ¿entiendes?». El barco era la prioridad, pues si escapaban por tierra dispondría de más tiempo para la persecución.

Luego, sin ducharse, se lavó por encima como los gatos y se vistió con rapidez. En la puerta del hotel le esperaba ya su ayudante, todavía medio dormido, con un coche policial que arrancó con chirriar de ruedas hacia la Comandancia de Marina, donde tuvo que esperar una buena media hora antes de que llegara un teniente joven, adormilado y de mal humor, al que habían avisado precipitadamente y que debía de tener mal despertar, aunque cambió instantáneamente de actitud

cuando vio la cara del capitán que le esperaba con impaciencia indisimulada. Entonces se cuadró y le saludó militarmente llevándose la mano derecha a la gorra.

—Quiero saber todo lo que tengan sobre un barco de sesenta pies, de bandera francesa, *Le Grand Bleu*, que ha abandonado el puerto ayer por la tarde. —Kadiri no se molestó en perder tiempo con cortesías con aquel imbécil que parecía pisarse los huevos.

—¿No puede esperar hasta las ocho, mi capitán? Como ve, no hay nadie aquí a estas horas, el archivo está cerrado y… —La mirada de Kadiri le fulminó y no pudo continuar.

—¿Cree usted por un segundo que yo estaría aquí a estas horas si pudiera esperar? —No fue un grito sino un berrido que hizo palidecer al oficial—. Busque lo que le he pedido, búsquelo ¡YA! ¡Y si no encuentra la llave abre usted la puerta con la polla, imbécil! No me haga perder más tiempo.

El teniente se dirigió entonces a un armario en cuyo interior colgaban diversas llaves, cogió un par de ellas y pidió al capitán Kadiri que le acompañara a un sótano en el que bajo unas lámparas de techo que apenas iluminaban la estancia se ordenaban archivadores de cartón sobre viejas estanterías de madera. Echaba pestes, pero se cuidó muy bien de hacerlo en voz alta. La habitación no solo olía a humedad, sino que también se veían manchas oscuras que subían por las paredes, y era evidente que la informática no había llegado a aquella cueva y tampoco daba la impresión de que se la esperara. Expedientes y cuadernos con anotaciones a máquina y a mano se apilaban sobre las mesas en aparente desorden, mientras Kadiri no ocultaba su impaciencia, que crecía a medida que pasaba el tiempo y constataba la ineficiencia de la administración portuaria. El teniente miró en un fichero y luego en otro, hasta que con aire suficiente se dirigió a un estante… que estaba vacío. «No lo entiendo, debía estar aquí… ¿Dice usted, mi capitán, que ha salido ayer tarde? Entonces quizás esté todavía arriba…». Subieron ambos a otro despacho y el teniente rebuscó en las bandejas de salida hasta que levantó, triunfante, la mano con una carpeta azul con el letrero *Le Grand Bleu* escrito con gruesa tinta negra sobre una pegatina blanca. «Aquí está, se ve que han añadido hoy algo y todavía no han tenido tiempo para colocar el expediente en su lugar…».

No había terminado de hablar cuando ya Kadiri le había arrebatado la carpeta de la mano y la abría sobre una mesa. Allí aparecían fotos del barco, un Privateer 60 de 18,29 metros de eslora y dos motores, fabricado en Holanda en 2006 y utilizado inicialmente como pesquero de arrastre… El capitán se quedó pensativo, parecía un buque más sólido que rápido y más hecho a la navegación oceánica que del Mediterráneo, aunque tampoco es que él supiera mucho de navegación y de barcos. Comprado en 2011 de tercera mano por un tal Bertrand Dejammet, de nacionalidad francesa y con residencia en Beirut. En la carpeta había documentos con fechas de entradas y salidas, rol de tripulantes, certificados de sanidad y de inspecciones a bordo, curiosos recortes de un periódico sobre un incidente en Arabia Saudita con una princesa que huía y que parecía interesante, pero que ahora no tenía tiempo de leer… nada significativo… hasta que los ojos más habituados del teniente se fijaron en una hoja amarillenta que estaba en una carpeta menos voluminosa:

—Es una denuncia por contrabando de 2015… Archivada. Al parecer, alguien afirma haber visto este barco hace tres años desembarcando tabaco…

Una vez más, Kadiri no le dejó terminar.

—¿Dice dónde?

—¿Dónde qué? —El teniente seguía sin despertar del todo, y además no parecía muy inteligente.

—Pregunto si se sabe dónde desembarcaba el alijo.

—¡Ah!, claro. Perdone un momento que lo busco. —Y el teniente se puso a revisar el expediente con lo que a Kadiri le pareció exasperante lentitud. Finalmente levantó la vista y dijo —: Aquí dice que en Cala Higueras.

Era su única oportunidad y le preguntó:

—¿Dónde queda eso?

—Es una cala estrecha y profunda con una pequeña playa de arena…

—No le pregunto qué es, ya sé cómo son las calas. Lo que le pregunto es dónde está.

Al teniente le molestaba el tono desabrido de aquel oficial madrugador y maleducado.

—A unos treinta kilómetros al norte de aquí en dirección a la frontera turca, justo detrás del cabo de Ras al-Basit. —Fue la escueta respuesta.

Kadiri no quiso saber más. Tampoco le hacía falta, aunque el teniente, que parecía querer mejorar la imagen que había dado hasta el momento, decía que había encontrado en el expediente otra denuncia anterior… Le hizo callar con un gesto brusco y le ordenó que hablara urgentemente con sus superiores para que enviaran una patrullera a «esa Cala Higueras» para detener al barco francés.

—Es muy urgente —dijo—, asunto de seguridad nacional, un oficial israelí superviviente de la masacre de Al-Kiswah puede estar intentando escapar del país —añadió como dándose importancia—. Y de usted dependerá que no lo haga.

Y mientras el teniente abría los ojos como platos y balbuceaba un «a sus órdenes, mi capitán, cuente conmigo», Kadiri salió corriendo hacia su coche mientras le gritaba a su ayudante que fuera al cuartel más cercano, explicara lo que ocurría, metiera a veinte soldados en un camión y se dirigiera a Cala Higueras a toda velocidad. Y ante su desconcierto, añadió:

—Y mueve tu gordo culo, imbécil, que se nos escapan. —Hecho esto se metió en su propio coche y ordenó al conductor—: Y tú lo mismo, ya sabes, a Cala Higueras. —Puso cara de estupor, pues nunca debía haber oído hablar de aquel lugar, por lo que Kadiri explicó—: Hacia el norte, hombre, por la carretera costera y pasada la punta de Ras al-Basit. Y a toda leche.

El conductor tampoco había sabía dónde carajo estaba aquella «punta», pero se lo calló y se dirigió hacia la carretera comarcal que seguía la costa en dirección norte junto a playas y acantilados. Lo hizo con mucho acelerón, mucho frenazo y muchas ruedas chirriantes para tener contento a su pasajero, que parecía tan cabreado como nervioso. O al revés. No lo quería como enemigo y pensó que así al menos le tendría contento. ¿Que quería ir deprisa a Cala Higueras a aquellas horas? Pues a Cala Higueras irían, y a toda mecha, donde quiera que fuese que la jodida cala estuviera. Faltaría más. Lo que fuera para evitarse problemas. Junto a él, el capitán Kadiri no paraba de pedirle más velocidad.

55. El camino

Porque es lo que aquello era, un camino estrecho de tierra, salpicado de baches y piedras que con la oscuridad solo se veían cuando ya estabas encima y que hacían sufrir de lo lindo a los amortiguadores de los dos vehículos, mientras los pasajeros se veían zarandeados como si estuvieran dentro de una coctelera que un barman loco agitara con denuedo para impresionar a la clientela. La cosa hubiera ido mejor, mucho mejor, de haber aminorado la velocidad, pero Borja no quería ni oír hablar de esa posibilidad. Su objetivo era llegar a la cala lo antes posible, sabía que el tiempo corría en su contra y no quería perder ni un minuto. Y aceleraba mientras sus pasajeros se agarraban a lo que podían para evitar sacudidas.

De esa forma, la Renault Kangoo tomó la delantera con Borja al volante y Asís y Amal apretujados en el asiento de detrás. Rachid iba sentado junto al conductor en el asiento que los norteamericanos llaman *shotgun* porque era el que en las diligencias utilizaba el acompañante del cochero que iba armado con un rifle. Así uno manejaba los caballos y el otro se ocupaba de los indios mientras el tahúr y la corista podían seguir a lo suyo en el interior del vehículo. Y para no ser menos, Borja le puso la Uzi en el regazo a Rachid mientras le decía: «Espero que la sepas usar», lo que motivó una ofendida respuesta de este refiriéndose a su «experiencia militar que explica esta jodida pierna de madera, que no sé si con las prisas te ha dado tiempo de ver, pero que no perdí en una discoteca, sino en la guerra y con un fusil en la mano. ¿No te jode?».

A Borja le había gustado desde el primer momento el estilo directo de Rachid, un estilo militar en el que el propio Borja también se reconocía.

—¿Sabes por dónde andamos? —le preguntó, más por entablar conversación que otra cosa porque se guiaba por el GPS que había colocado sobre el volante de la furgoneta y en el que antes de salir había marcado las coordenadas de la Cala Higueras. Y por ahora el aparato parecía funcionar bien. A menos que le estuviera llevando por una dirección errada con toda la seguridad del mundo. No sería la primera vez que ocurría y de hecho Borja era de los que le discutía con frecuencia al aparato por las calles de Madrid.

—Ni puta idea. Yo no soy de aquí y no conozco estos andurriales. Y si los conociera, tampoco creo que fuera a ser capaz de reconocerlos en esta jodida oscuridad… ¡Ay! —Acababan de meterse en un bache que hizo que su cabeza golpease el techo de la furgoneta—: Avisa, coño, que tú vas agarrado al volante, pero yo voy solo cogido a la metralleta y me estás moliendo los huesos.

Tan solo de vez en cuando pasaban cerca de una granja aún dormida, donde se oía el ladrido lejano de un perro, o se cruzaba, veloz, alguna rata de campo en su camino. Si los campesinos los oían o los veían no lo demostraban, ninguna puerta se abrió y ninguna ventana se iluminó. Sabían que vivían en un mundo en el que los sordos y los ciegos tienen más probabilidades de sobrevivir, entendiendo por ciegos y sordos los que no ven ni oyen lo que no les concierne. Y a pesar de la dureza de la vida que les había tocado en un país en guerra desde hacía años, el instinto de supervivencia es muy fuerte y aquellos campesinos lo demostraron a lo largo de la noche. Nadie los vio pasar porque tampoco nadie quiso verlos, y eso tenía ventajas, pero también

inconvenientes porque a Borja no le hubiera disgustado encontrar a alguien con quien confirmar que la dirección que llevaban era la buena.

—¿Sabes? —le dijo a Rachid—. Me gustaría encontrar ahora a alguien que me contestara como aquel labriego guatemalteco al que hace años le pregunté si iba bien encaminado hacia una pirámide maya que andaba buscando. El hombre iba en su burro y amablemente me dijo que sí, que iba en la buena dirección. Entonces yo le volví a preguntar que cuánto me faltaba para llegar y él miró mi coche, miró el horizonte, miró su burro, volvió a mirarme a mí, a mi coche, al horizonte, al burro… y al final de lo que me pareció una eternidad me dijo: «Pues ya le falta menos». Me pareció un tipo listísimo porque debió de pensar: «Andando, cinco horas; en burro dos; y en coche, en el que nunca he subido, ni la más remota idea». Y por eso me dio aquella respuesta tan inteligente.

Borja hablaba porque sabía que al hacerlo bajaba la tensión que todos sentían después de lo que acababan de vivir y porque matar nunca es fácil por muy justificado que pueda estar. No había remordimiento ni nada que se le pareciera, pero seis canallas habían muerto hacía un rato porque ellos los habían matado, y eso era un dato objetivo que no variaba por el hecho de que los otros antes se lo hubieran buscado. Con creces. Y él, Borja, había dirigido el operativo. Y estaba contento porque hasta el momento había salido bien y había liberado a los prisioneros. Y volvería a hacer lo mismo una y mil veces. Pero en su corazón hubiera preferido no haber tenido que matar a nadie. Y estaba seguro de que sus compañeros compartían este sentimiento.

En el asiento de atrás, Amal, muy excitada y llorosa, no escuchaba lo que hablaban Borja y Rachid porque ella misma no paraba de hablar para contarle a un Asís medio dormido todos los detalles desde el momento en que se habían separado menos de veinticuatro horas antes:

—Han sido una eternidad, porque lo que ha pasado y el tiempo que he estado separada de ti sin saber si te habrían matado, sin saber si te encontraría bien, me ha dejado muy claro que lo que yo quiero en la vida es estar contigo. Ya lo sabía, pero ahora lo veo más claro que nunca, no tengo la menor duda. Sea donde sea… pero cuanto más lejos de aquí y de esta maldita guerra como sea posible. —Porque como creía haber leído alguna vez que decía Saint Exupéry: «Los patos son felices en su charca llena de mierda porque no conocen el mar». O algo muy parecido. Y ella había tenido la suerte de conocer a Asís que le había traído no ya el mar sino el mismo océano a casa.

Asís la oía como en sueños, tenía sensación de borrachera, el dolor había pasado gracias a la morfina, estaba feliz de tenerla al lado y, consciente dentro de su propia inconsciencia, pensaba que esta era la última vez que huía porque él se había pasado la vida haciéndolo: escapó de Damasco siendo todavía un niño para que no le partieran la cara, tuvo que darse a la fuga de Málaga cuando la policía le fichó y no tuvo ganas de volver a ser un estudiante sin dinero, huyó cuando le rozaron los tiros en Marsella, salió a toda prisa del presente polvoriento y sin expectativas de futuro de Bamako, y ahora emprendía de nuevo la huida por carreteras llenas de baches que reverberaban en su herida y estaba harto. No quería seguir huyendo, quería estabilidad en su vida y creía que la había encontrado con la mujer maravillosa que no paraba de hablar mientras le abrazaba porque necesitaba descargar adrenalina, mucha adrenalina, hasta que, a su vez, al cabo de unos kilómetros, cayó también ella dormida y extenuada tras tantas emociones y veinticuatro horas sin pegar ojo. Se durmió abrazada a su hombre, sin saber que la felicidad la hacía más bella que nunca, a pesar del cansancio, las ojeras y su despeinado cabello, mientras el coche continuaba su traqueteo en la noche oscura y polvorienta.

A las preguntas de Borja, intrigado por la presencia de un forajido más de los que había

contado Amal, que había insistido en que eran cinco en total, y que podía haberles dado un buen disgusto, respondió Rachid. Al parecer, era uno que habían enviado a comprar vituallas antes de su apresamiento y que había regresado cuando ella ya no estaba.

—No lo sabía porque no coincidieron, no le vio y por lo tanto no es culpa suya. Como ves, tiene una explicación muy sencilla.

—Pues menos mal que Alberto tuvo el reflejo de no dejar nada al azar y subió corriendo al piso de arriba para confirmar que no quedaban moros en la costa, y nunca mejor dicho. Esta vez nos adelantamos al jodido «Factor S» y fuimos nosotros los que les dimos a ellos la sorpresa. Toda entera, toda para esos cabrones. —Y dado el interés de Rachid, comenzó a explicarle con ejemplos que había experimentado como operativo del CNI qué era eso del «Factor S» del que tanto hablaban.

En el otro coche, conducido por Lola, iban Alberto y Yaakov, y el ambiente era más sosegado. Apenas hablaban, impresionados todavía también por lo que acababan de vivir y conscientes de lo que todavía faltaba para poder considerarse a salvo. Los kilómetros pasaban envueltos en la oscuridad. Ellos iban cada uno inmerso en sus propios pensamientos, dando tumbos por culpa de los baches y de una suspensión vieja mientras seguían la ruta que trazaba la Renault unos doscientos metros por delante, que es una distancia de seguridad que habían estimado prudente mantener entre ambos vehículos y que además disipaba un poco la nube de polvo que levantaba. Tenían la ventaja de que la furgoneta marcaba el camino y sabían que la conducía Borja, con el que los dos españoles habían ya «trabajado» en otras ocasiones y en quien tenían la mayor confianza del mundo. Borja era su jefe y se había ganado su respeto. Adonde él fuera, ellos seguirían como le seguían esa noche oscura, seguros de que los llevaría al barco del francés.

El silencio lo interrumpió Yaakov diciendo en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—Nunca olvidaré que os debo la vida. —No dijo más porque no hacía falta. Todos lo sabían porque conocían con detalle lo que había ocurrido la noche en que se presentó en Sauna Suomi huyendo, dejando atrás a un montón de compañeros muertos, desorientado y sin saber adónde se dirigía. Desde entonces había sido acogido como uno más por un grupo de gente al que no conocía de nada y que, efectivamente, le estaban salvando la vida mientras se jugaban la propia.

Lola, rápida, se volvió hacia el asiento trasero para responder:

—Es bueno que lo recuerdes, pero no te preocupes, ya haremos que el Mossad nos devuelva el favor. A veces nos hacemos putadas, pero normalmente nos entendemos y, en todo caso, ahora nos debéis una. Seguro que el jefe lo negoció bien cuando accedió a daros el apoyo que nos pedisteis.

—Eso será cuando esto acabe —puntualizó Alberto—, y aún estamos en mitad de Siria, en un camino de cabras y con un hijo de puta que se supone que está pisándonos los talones. En algún sitio he leído que lo único que nos separa de la muerte es el tiempo, y por eso lo que la vida procura es alargarlo todo lo posible. Seguro que estáis de acuerdo. Así que apretad los dientes, que aún queda faena y no cantéis victoria demasiado pronto, que no da buena suerte.

Fue un comentario que tuvo la virtud de volver a callarlos a todos mientras proseguían su camino detrás de la furgoneta, más dispuestos que nunca a seguir jugando de la mejor manera posible las cartas que el destino les había deparado. Porque el destino baraja, pero la partida queda luego en nuestras manos. Y el balón unas veces veces llega por alto y otras mordiendo la hierba, desde la izquierda o desde la derecha. Y el que sabe rematarlo de cabeza, de volea o de tijera es el que mete gol y gana.

56. Los rusos

El ministro de Defensa ruso Alexei Kovalski estaba como una pantera porque había perdido quince hombres cuando un trimotor turbohélice Ilyushin IL-20, en misión de reconocimiento, había sido abatido sobre el Mediterráneo a pocas millas de Latakia en el curso de una operación israelí de bombardeo de un objetivo iraní en el mismo puerto, que los israelíes decían que eran armas destinadas a la milicia Hezbolá. El caso es que cuatro F-16 de la fuerza aérea de Israel se habían internado sobre el espacio aéreo sirio para destruirlo y lo habían hecho con envidiable precisión matemática. Y de camino, un avión ruso había sido destrozado por un misil.

El ministro ruso estaba furioso por varias razones: en primer lugar, por la pérdida de un avión y, lo que es peor, de quince vidas humanas; en segundo lugar, porque los israelíes solo les habían dado a los rusos un minuto —¡un minuto!— de preaviso antes del ataque sobre una ciudad en la que estaban construyendo una base aérea que, con el puerto de Tartús, eran las joyas de su presencia militar en Siria; en tercer lugar, porque, en un primer momento, él mismo atribuyó el derribo del avión a un misil disparado por los F-16 israelíes, a los que acusó de «falta de profesionalismo o de negligencia criminal», cuando muy pronto después se determinó que el causante había sido un misil antiaéreo S-200 disparado por las defensas sirias. Como consecuencia, él había quedado en ridículo, su acusación había resultado falsa y el propio Putin tuvo que quitarle hierro al asunto con una conversación telefónica con el primer ministro Netanyahu; en cuarto lugar, porque luego se demostró que la información que les dieron los israelíes no era veraz porque los F-16 utilizaron al avión ruso como pantalla para ocultarse y, además, en contra de lo que afirmaron, no habían abandonado todavía la zona cuando se produjo el incidente; en quinto lugar, porque el sistema antimisiles S-200, que para más inri era de fabricación rusa, había quedado en evidencia, pues los militares sirios habían demostrado una vez más su incompetencia a pesar del entrenamiento recibido porque siguieron disparando sin ton ni son, incluso después del regreso de los F-16 al espacio aéreo israelí. En resumen, un misil de fabricación rusa, disparado por sirios mal entrenados por rusos, había impactado en un avión ruso que los cazas israelíes habían utilizado como pantalla para cubrirse durante su ataque al puerto de Latakia. No eran pocos motivos para explicar su malhumor.

Pero si el ministro estaba enfadado, más aún lo estaba el general Dimitri Petrov, jefe del contingente ruso de cinco mil hombres desplegados en Siria y comandante de la base aérea de Latakia, todavía en construcción, de la que había despegado el avión derribado. Petrov conocía a los quince muchachos que habían perdido la vida y estaba fuera de sí con todos y contra todos y, en especial, contra la impericia siria que le acusaba a él directamente por no haber sido capaz de entrenarles mejor, y también contra Israel que solo le había dado un preaviso de un minuto, solo uno, antes del inicio de la operación utilizando el teléfono rojo que unía la base rusa de Hmeimin, en Siria, con la de Palmachim, en Israel. En un minuto no da tiempo para alterar la programación de aterrizajes y despegues de la base o para sacar a los aviones propios de la zona de operaciones, y eso era exactamente lo que le había ocurrido al IL-20.

El presidente Putin había querido rebajar la tensión atribuyendo el incidente a una

concatenación de causas desafortunadas y no era él, desde luego, el que iba a enmendarle la plana, aunque le satisfacía la decisión de Moscú, a raíz de lo ocurrido, de anunciar que suministraría a Siria el sistema de defensa antimisiles S-300, solo un escalón por debajo de los S-400 que utilizaban sus propias fuerzas y que es el más moderno del mercado. «Ni los americanos tienen nada igual», pensaba ufano. Una venta que llevaba años paralizada por presiones de Israel y de los Estados Unidos sobre Moscú pero que, como dijo un alto funcionario del Kremlin: «La situación hoy ha cambiado, y no por nuestra culpa». A nadie se le ocultaba la importancia estratégica de una decisión que elevaba el riesgo de extension del conflicto y que haría mucho más difíciles e inseguras las incursiones aéreas israelíes sobre territorio de Siria. Al menos en principio, porque luego… con lo manazas que eran los sirios… Como decía el propio general Petrov: «¡Basta con ver lo que acababa de ocurrir por no saber manejar los S-200 y ahora tendrán los S-300…! ¡Qué Dios nos ampare con estos aliados!».

Por eso, si había algo que no deseara Petrov en la actual tensa coyuntura era otro incidente con Israel en Latakia. Ya bastaba por una buena temporada con lo que acababa de ocurrir. Y de ahí que cuando el almirante sirio del puerto le despertó en plena madrugada —«Disculpa que te moleste a estas horas, Dimitri»— para comunicarle su intención de enviar una patrullera a la zona de Cala Higueras donde al parecer «podría tener lugar una operación de contrabando vinculada con el escape de un oficial israelí superviviente de la "victoria" de Al-Kiswah», el general ruso se negó en redondo. Teóricamente, el sirio no tenía que pedirle permiso, pero la realidad era que, aunque no les gustara admitirlo, los que de verdad mandaban eran los rusos gracias a cuya ayuda habían podido dar la vuelta a la guerra. Además, las instrucciones de Bachar eran claras: «No quiero problemas con los rusos», y pensar en discutirlas no pasaba por ninguna mente en su sano juicio. Por las mismas razones, el general Petrov no tenía que molestarse en dar explicaciones al almirante sirio, pero estaba de muy mal humor y decidió hacerlo.

—Almirante —bramó al teléfono—, enviar una patrullera a la Cala Higueras o como se llame ese lugar es una pésima idea. —Al otro lado del teléfono oyó un murmullo que interpretó como muestra de sorpresa o, peor aún, de desacuerdo, y eso le irritó más y le hizo elevar el tono—: Es una pésima idea, repito, porque, en caso de que no lo sepan, que conociéndolos a ustedes es lo más seguro, le diré que hay una patrullera israelí… —Unos murmullos al otro lado de la línea le hicieron detenerse un momento—. Sí, almirante, ha oído usted muy bien, aunque esto es algo que usted debería saber sin necesidad de ser yo quien se lo diga. Hay una patrullera israelí, le decía, apostada a doce millas de esa cala, justo en el límite de las aguas territoriales de su país, y no está allí por casualidad. —Petrov se calentaba a medida que se iba despertando y eso le hacía subir el tono de voz—. Ya hemos tenido ayer un desagradable incidente con los israelíes por su propia incompetencia y como resultado he perdido un avión y quince de mis muchachos han muerto. —Al otro lado del hilo telefónico el almirante sirio trató de intervenir, pero el ruso lo impidió elevando aún más la voz—: Sí, claro que lo repito almirante, ha sido la incompetencia de sus defensas antiaéreas la que ha provocado una tragedia que ha costado la vida de quince de mis hombres. ¡Quince! Y ya basta, no quiero hoy otro incidente con los israelíes. Al-Kiswah les salió demasiado bien y no me haga recordarle que fueron los iraníes los que lo idearon y no ustedes. De manera que si ahora se les escapa un fugitivo no pasa nada. Y si no quieren que huya, cójanlo antes de que embarque. Espabílense. Pero yo no quiero que los israelíes les hundan ahora una patrullera, que es lo que acabaría sucediendo si se acerca a esa Cala Higueras de los cojones. De modo que no. ENE, O. ¡NO! ¿Me he explicado con claridad?

A medida que hablaba, Petrov subía cada vez más los decibelios y sus gritos los oían sus sorprendidos ayudantes que dormían en un cuarto cercano y que se hacían cruces mientras pensaban que el almirante sirio tenía la mala costumbre de la inoportunidad y de llamar cuando el jefe estaba de malas pulgas, y la verdad es que esta madrugada estaba intratable —con mucha razón— desde el derribo del Ilyushin del día anterior.

—¿Me ha entendido usted bien? —repitió el general a gritos—. Porque si no me ha entendido se lo repetiré: si les hunden la patrullera, y se la hundirán sin ninguna duda si se acerca a esa cala esta noche, vendrán luego lloriqueando a pedir que nosotros les saquemos una vez más las castañas del fuego. Y ya está bien. Así que dejen de dar el coñazo con iniciativas que nos complican ganar para ustedes una guerra que solos hace ya mucho tiempo que habrían perdido. Buenas noches, almirante.

Y sin dar tiempo a contestar a un almirante sirio confuso e irritado con la arrogancia rusa, le colgó el teléfono dando un portazo a la conversación. Pero quien manda, manda, el almirante sirio se la envainó y la patrullera no abandonó aquella noche el puerto de Latakia.

57. Sangre en la arena

Estrecha y profunda, Cala Higueras, llamada así por dos enormes higueras que han crecido hace muchos años completamente salvajes en su extremo sudoriental, era un lugar bien conocido por Bertrand Dejammet que recalaba en ella con cierta frecuencia con tabaco y licores que traía de Beirut, el puerto de distribución de contrabando más importante de Oriente Medio. Y era así debido tanto a la tolerancia que da la diversidad de creencias que allí conviven con toda la armonía que es posible y que a veces no es demasiada, tampoco hay que exagerar, como —sobre todo— al carácter comercial y emprendedor que ha llevado a los comerciantes libaneses a establecerse en los cuatro rincones del globo. Al fin y al cabo, no en balde son los descendientes de los fenicios que en su día dominaron las rutas comerciales del Mediterráneo hasta las costas lejanas de Tartessos.

Al abrigo de acantilados escarpados, Cala Higueras está al resguardo de miradas indiscretas mientras que su fondo arenoso, en el que desembocan un par de caminos de tierra, facilita la descarga y salida de la mercancía.

Bertrand Dejammet había salido de Beirut con un cargamento de tabaco y licores que pretendía dejar en Latakia y aprovechar así el viaje para una pequeña ganancia extra. Pero no hubo suerte porque el ataque aéreo de los israelíes alborotó el puerto privándole de la tranquilidad necesaria para estos tratos y luego tuvo que salir precipitadamente rumbo a Cala Higueras. Pero hombre práctico al fin y al cabo, no perdió el tiempo y decidió utilizar la espera para descargar allí los bultos que llevaba aprovechando sus contactos locales y siguiendo su filosofía personal de que nunca es un mal momento para hacer un buen negocio.

El grupo con el que Bertrand «trabajaba» era «gente de fiar» pues los conocía desde hacía ya varios años y sabía que mantenían buenas relaciones con los gendarmes que «vigilaban» la zona, de forma que se podía asegurar de antemano de que ciertas noches no se acercasen a la cala. Unos billetes y a mirar para otro lado. Era un acuerdo que nunca había fallado y eso había creado cierta camaradería entre contrabandistas y gendarmes. Naturalmente, a cambio de un precio que a todos dejaba satisfechos. Y aquella noche Bertrand se había asegurado bien por radio con sus socios de que los policías no iban a asomar sus narices cerca de la cala. Dentro de ella, pero próxima a su boca había fondeado *Le Grand Bleu* con la proa hacia mar abierto por si ocurría algún imprevisto y había que salir de allí a toda máquina, que tampoco sería la primera vez que eso sucedía.

Cuando Manuel recibió el mensaje de Lola indicando que les quedaban dos horas o dos horas y media para llegar a la cala, decidió avisar a Madrid y la Casa hizo lo propio con el Mossad que, a su vez, previno a la patrullera israelí que ya estaba a la espera en aguas internacionales cercanas, en una novedosa línea de colaboración que sin embargo parecía bien engrasada. Luego bajó del barco y se acercó con el pequeño bote a tierra para apostarse entre unos riscos desde los que se cubría bien el acceso de ambos caminos a la playita, visible en mitad de la noche por la blancura de su arena. Como buen gallego creía en las meigas, «que haberlas, haylas», y prefería no dejar nada al azar, dijeran lo que dijeran los dos tripulantes que Bertrand llevaba en su barco,

libanés uno y corso el otro, que afirmaban que esa noche «no habría otros moros en la costa que sus viejos conocidos». Pues no los habría y mucho mejor si era verdad, pero él no se iba a fiar de esos dos tipos a los que acababa de conocer, y además la vida de los amigos no se deja al azar de que «unos dicen que…».

Bertrand le prestó un fusil ametrallador MG-42 de calibre 7,92 mm fabricado en la Alemania nazi en los años cuarenta, que era mejor no preguntarle de dónde lo había sacado y que según él era una maravilla aunque era una antigualla que pesaba como un muerto. Pero ya se sabe que en Oriente Medio y con dinero puede uno comprar hasta un tanque Leopard si se le antoja. De manera que Manuel no hizo preguntas y se apostó entre las rocas buscando una visión lo más amplia posible de la playa y acomodándose lo mejor que pudo. El arma disponía de una mira telescópica que hubiera sido de gran utilidad de día, aunque aquella noche oscura no le servía para nada. Le hubiera gustado disponer de un buen visor nocturno, pero no lo había y se tendría que arreglar con lo que había… que no era poco.

Manuel presumía de ser buen tirador y se ejercitaba habitualmente en la galería de tiro que la unidad de operaciones del Centro tenía en Madrid, y también con la escopeta de caza algunos fines de semana que podía subir al pueblo. Decía que eso le mantenía la vista y los reflejos en forma. El caso es que, aunque se había hecho ingeniero y no militar, siempre le habían gustado las armas y presumía de manejarlas con destreza, hasta el punto de que no era infrecuente que venciera a sus compañeros militares con gran indignación de estos y regocijo suyo. Y esta noche quizás tuviera la oportunidad de poner en práctica toda esa teoría en un escenario real.

Encendió un cigarrillo cuidando de tapar bien la brasa con la mano y se dispuso a esperar con la radio y la MG-42 a su lado mientras Bertrand, que no daba puntada sin más de un hilo en la aguja, descargaba con sus dos tripulantes las cajas de tabaco y licores que media docena de hombres silenciosos y vestidos con ropa oscura cargaban sobre una camioneta Kia que en su día había sido blanca y cuyos faros encendidos iluminaban la playa. La escena, en una noche muy oscura por la falta de luna y mecida por el murmullo de las olas, tenía algo de bucólico desde donde Manuel la contemplaba mientras se decía que los contrabandistas eran gentes que le caían bien, los que como Bertrand o las sombras silenciosas de la playa trapicheaban con tabaco y ginebra y que tan abundantes eran —o habían sido— al amparo de la recortada costa de su Galicia natal… hasta que se «prostituyeron» —como él decía— y comenzaron a traficar con cocaína o drogas sintéticas, pues esos eran meros mercaderes de muerte, y recordaba cómo su padre le había contado que su abuela salvó la vida gracias a unos contrabandistas que le trajeron penicilina cuando no se encontraba en España en los años duros de la inmediata posguerra. Su padre siempre terminaba la historia diciendo que encima no la quisieron cobrar. «Buena gente», repitió para sí mismo, mientras trataba de seguir los movimientos de los hombres que acarreaban bultos sobre la arena.

Acabado el cigarrillo, tiró al mar la colilla y se entretuvo apuntando con la ametralladora a las sombras de la playa, calculando el alza, la distancia y la brisa como si se tratara de una competición de tiro olímpico. Ahí le salía también el alma de ingeniero.

En esas estaba cuando notó algo raro en los hombres que arrastraban fardos sobre la arena iluminados por los faros de la camioneta. Se incorporaron todos de golpe y al mismo tiempo como si hubieran oído algo, o recibido un aviso, como si alguien les previniera de algún peligro. Tras prestar atención unas fracciones de segundo, abandonaron lo que estaban haciendo y unos se escondieron tras las rocas del fondo y los más cercanos se montaron al camión como pudieron mientras apagaba los faros, daba media vuelta y salía de la cala a toda velocidad. En la playa

quedaron media docena de paquetes oscuros diseminados sobre la arena.

Manuel se puso tenso y aguzó los sentidos tratando de ver u oír algo, pero la noche era oscura y el suave ronroneo de las olas contra las rocas sobre las que él estaba tampoco le permitían escuchar bien. Se agarró a la MG-42 y esperó mientras notaba el corazón latirle con más fuerza, algo que siempre le ocurría cuando iba a entrar en acción. «Normal —se decía—, que me presenten a alguien a quien no le pase». Luego, cuando empezaba «el baile», el corazón recuperaba su ritmo normal y él suponía, porque se lo había dicho el psicólogo del Centro, que lo que sentía era la forma que su cuerpo tenía de prepararse, de ponerse en guardia y de aguzar los sentidos en previsión de lo que estaba por llegar. Lo que se dice puro instinto de supervivencia. A fin de cuentas, él era un «teleco», aventurero si se quiere, pero sin formación militar «de origen» más allá de la recibida en el Centro, que no era poca. Pero confesaba que esa tensión «le ponía».

Entonces lo oyó. Era el ruido de un motor. O de dos motores. Y por el camino de tierra que desembocaba al fondo de la playa vio acercarse dos vehículos que apagaron las luces cuando se encontraron frente al mar. Varios hombres salieron de los coches con armas en la mano que se adivinaban en la oscuridad por leves reflejos, mientras por la radio que tenía al lado oyó la voz de Lola que decía «Coño, Manolo, creo que hemos llegado y aquí no hay más que una playa solitaria con bultos por el suelo. No me digas que el jodido GPS nos ha jugado una mala pasada…».

Manuel sonrió ante el lenguaje directo de Lola, siempre salpicado de tacos, como si le ayudaran a sobrellevar la tensión del momento, que es lo que en realidad hacían. Contestó: «Tranquila, Lola. Os estoy viendo. Habéis llegado bien y estamos aquí, esperándoos con los brazos abiertos». Y entonces encendió su linterna y dirigió su luz, tres destellos rápidos, repetidos, hacia el barco.

Era la señal que Bertrand esperaba para enviar su bote a la playa mientras el camión regresaba y los contrabandistas reanudaban su trabajo como si los recién llegados no fueran con ellos, que en realidad no iban. Embarcaron las dos mujeres con Asís en el primer viaje al barco con objeto de que pudiera ser atendido de su herida en el hombro y cuando el bote regresaba a por Borja, Alberto, Yaakov y Rachid, Manuel, que se disponía a descender de su observatorio para unirse al grupo, volvió a notar «desasosiego» entre los contrabandistas, que a estas alturas ya terminaban su trabajo y salían a toda marcha de la playa por el mismo camino que ellos habían usado para llegar. Se detuvo con los cinco sentidos en tensión. No cabe duda de que tenían gente apostada en las inmediaciones que les avisaba de cualquier contingencia. Y esa noche estaban pasando demasiadas cosas para el gusto de quienes buscan la tranquilidad y necesitan la discreción y las sombras para el éxito de su trabajo. En breves instantes la playa se vació y en ella únicamente quedaron los dos coches, el BMW azul y la furgoneta Renault Kangoo de los huidos, con las puertas desvergonzadamente abiertas sobre la arena.

Manuel no sabía qué pasaba, pero algo sucedía o estaba a punto de suceder y en lugar de dirigirse a la barca como los demás, lo pensó mejor y retrocedió para recuperar su puesto de vigía entre las rocas y poder cubrir la retirada de sus compañeros si hacía falta. En última instancia, pensó, podría zambullirse en el agua desde donde estaba y alcanzar el barco a nado, que no estaba lejos. No serían unos metros de agua los que frenaran a un gallego. Se apostó entre los riscos con la ametralladora en las manos y los cinco sentidos en alerta máxima.

Hacía algunos minutos que también Ibrahim Kadiri observaba desde la distancia los movimientos de la playa. No veía bien y no tenía prismáticos de visión nocturna, a diferencia de

lo que le solía pasar al protagonista en las películas de Hollywood, pero sí lo suficiente para observar que había gente en ella, gente que se movía, cuando lo normal sería que hubiera estado desierta a esas horas. Por eso, a pesar de no tener los prismáticos que hubiera deseado, se sentía como el héroe de la película, había llegado a tiempo, lo había conseguido, había averiguado la ruta de escape de la presa que perseguía desde hacía días por medio país y eso le produjo una inmensa satisfacción porque supo que había vencido. Se sintió como el jugador de ajedrez que está arrinconado cuando descubre el punto flaco de su rival y en tres jugadas le da jaque mate. Y él lo había descubierto. Solo y sin ayudas. Es cierto que estaba solo con el conductor del coche que le había traído y con una simple pistola, y que, muy a su pesar, nada podía hacer desde donde se encontraba, pero confiaba en que de un momento a otro llegaría a la playa el camión con los soldados y que también la patrullera que había solicitado estaría arribando a la boca de la cala y que, cogidos entre dos fuegos, allí mismo acabaría la fuga. Y sería él quien la habría frustrado. De modo que no tuvo más remedio que aguantar su impaciencia y esperar hasta que por fin llegó el camión con dos docenas de soldados de reemplazo adormilados a esa hora y bastante cabreados, sin que los duros bancos de madera y los muchos baches del camino les despertaran o les hicieran cambiar de opinión. ¿Qué se les había perdido a ellos en aquella jodida playa a las cuatro y pico de la jodida mañana? Si había contrabandistas, que avisaran a los gendarmes o a la policía local, que bastante tenían ellos con la guerra que no se acababa y que les impedía licenciarse desde hacía años…

Cuando bajaron del camión, Kadiri no les dio explicaciones, ¿para qué iba a hacerlo con aquellos brutos mal avenidos? Además, no había tiempo, todavía quedaba una pequeña oportunidad de impedir la fuga. Solo les gritó: «Vosotros, seguidme. Cargad las armas y seguidme». Y a otro grupo: «Y vosotros, apostaos a ambos lados de este camino y del otro que veréis más allá y no dejéis que nadie abandone la playa. Disparad al que trate de escapar». Dicho esto, se lanzó aullando y a la carrera hacia la arena con la pistola en ristre y seguido a cierta distancia y con desgana por una docena de soldados que podrían describirse con mayor precisión como «poco motivados».

Desde la playa se oía el suave petardeo del motor de gasoil del bote, que se alejaba de la costa y resultaba ya apenas visible por la oscuridad ambiente. Junto a la orilla y con las olas acariciándole los zapatos, Kadiri, frustrado, disparó su pistola hacia las sombras, mientras sus hombres se arremolinaban a sus espaldas. «¡Disparad al bote, que no escapen! —aullaba—. ¡Disparad, cabrones!», y algunos soldados encararon sus armas para hacerlo. Y ese fue el momento que eligió Manuel para disparar una ráfaga hacia la playa con la MG-42. No podría jurarlo, pero más tarde aseguraría que creyó hacer blanco en la masa compacta y oscura que resaltaba sobre la arena más clara. Oyó gritos de sorpresa y también de dolor y le pareció ver que las sombras se dispersaban o tumbaban sobre la playa, no sabía si por precaución o porque sus disparos les habían alcanzado sin que ellos supieran desde dónde les disparaban. O por el ruido que hizo. Pero decidió que no valía la pena arriesgarse y esperar a averiguarlo, pensó que ya había hecho bastante y aprovechó que el bote con los últimos fugitivos pasaba debajo de las rocas que le protegían para llamar su atención y lanzarse al agua. Le recogieron sin detener la marcha y sin casi desviarse de su camino hacia *Le Grand Bleu* que les esperaba junto al farallón que formaba la salida norte de la cala, tapado por un saliente rocoso que le hacía invisible desde la playa.

Cuando subieron a bordo, Bertrand, alertado por los disparos, ya había levado anclas y el barco estaba virado hacia mar abierto. Tenía demasiada experiencia para esperar a que nadie

llegara y subiera a bordo. Si lo hacían les recibiría con los brazos abiertos, que para eso le pagaban y muy bien, por cierto, pero si no aparecían no estaba dispuesto a esperar, perder su barco y que le pillaran también a él, que sería lo peor. No había tiempo de izar el esquife y decidió amarrarlo con un cabo y llevarlo pues a remolque, de todas formas, después de esta noche no creía que nunca más pudiera volver a contrabandear en esta costa y tendría que buscarse otro modo de vida en otras latitudes. Pero sabía que los israelíes (y también los españoles) le compensarían con generosidad por el éxito de esta misión y ya habría tiempo de pensar en el futuro cuando llegara. Bertrand era hombre práctico y era consciente de que en su trabajo hoy es ya bastante y mañana… mañana está muy lejos, nadie sabe si llegará, aunque hay que procurar que lo haga y en todo caso traerá sus propias incertidumbres.

Y mientras los motores bramaban a su mayor potencia y el barco respondía hendiendo la proa con fuerza camino de alta mar, Asís era tendido en la litera del camarote principal y vendado de la mejor manera posible a la espera de poder ser transbordado a la patrullera israelí que sin duda tendría una enfermería donde podría recibir atención médica adecuada.

Fue en ese momento cuando de forma totalmente inesperada para todos, Rachid dijo:

—Ha sido un honor conoceros y compartir estos días tan movidos con vosotros. No os olvidaré nunca. Pero ahora dejadme el bote, mi país es este, esta es mi guerra, este es mi lugar, y además tengo una cuenta pendiente con ese hijo de puta que nos persigue.

Se abrazó fugazmente a todos, le dio una palmada cariñosa en la mejilla a un Asís medio inconsciente y sin darles tiempo a reaccionar y a tratar de disuadirle saltó al bote, soltó el cabo que le remolcaba y en un par de minutos se perdió de vista por la popa entre la espuma blanca de la estela, frente a una costa siria aún muy oscura, pero detrás de la cual se adivinaba ya un tenue azul-lila sonrosado que anunciaba la aurora.

58. Que no se sepa

Si los «moros» se habían quedado frustrados en la costa, no los había en la mar como tranquilizadoramente anunció Bertrand tras consultar el radar desde su puente de mando. «Horizonte despejado». Sus palabras fueron acompañadas de un estallido de la tensión contenida desde hacía cuatro largos días por parte de los fugados que reían, gritaban y bailaban mientras se abrazaban y los recuerdos de las últimas horas se amontonaban unos sobre otros: el encuentro con Amal —a la que no esperaban— en la pensión cutre de Latakia, la apresurada planificación de la operación en el chiringuito playero y luego en el hotel putero, la llegada nocturna a la guarida de los secuestradores, el que murió con el nombre de Alá en los labios, la rapidez de Alberto al subir las escaleras de cuatro en cuatro sin dar tiempo a reaccionar al sexto con el que no contaban, el disparo inesperado que hirió a Asís en el hombro, los kilómetros de oscuridad y baches, la incertidumbre de si el GPS les llevaría adonde querían, y la alegría de encontrar por fin la cala y a los amigos que les esperaban… hasta la misma inesperada y valerosa decisión de Rachid de renunciar a la libertad y regresar a su tierra. Todos hablaban al mismo tiempo y se cortaban unos a otros en una monumental descarga de adrenalina que interrumpió Bertrand con el anuncio de que había puesto una botella de champán a enfriar para celebrar este momento de alegría. Y como era francés había elegido bien y descorchó una botella del *blanc de blancs* de Ruinart con el que todos brindaron e incluso mojaron los labios de un Asís medio inconsciente.

A una velocidad de catorce nudos, *Le Grand Bleu* tardó menos de una hora en alcanzar el límite de las aguas territoriales sirias y aproximarse a la patrullera israelí *Trueno* que esperaba a doce millas justas de la costa. De la clase Dabur, desplazaba casi veinte metros de eslora, alcanzaba veintinueve nudos de velocidad máxima e iba fuertemente armada con dos ametralladoras de 20 mm, cuatro de 12,7 y dos tubos lanzatorpedos de 324 mm, lo que hacía de ella un enemigo poderoso, como bien sabía el general ruso Dimitri Petrov cuando impidió que una lancha siria se acercase a la Cala Higueras. Porque la hubiera hundido sin miramientos.

Bertrand quiso abarloarse, pero el comandante de la patrullera le indicó que, por motivos de seguridad, debía mantenerse a unos treinta metros de distancia. Una lancha se le aproximó entonces para trasladar a Asís a la enfermería de a bordo donde le pusieron una transfusión para recuperar la mucha sangre perdida con el traqueteo del viaje a pesar de las compresas que Lola le había puesto y que Amal apretaba. Como buenos cirujanos militares le hicieron un costurón que le dejaría una buena cicatriz como recuerdo. La operación fue facilitada por una chapa que Asís llevaba colgada al cuello desde los tiempos de la Legión, que nunca se había quitado por una extraña superstición y en la que por un lado aparecía su número y por el otro su grupo sanguíneo. Le acompañaron a la patrullera Amal, que no se había separado de él ni un instante, y Yaakov, que recibió una calurosa recepción por parte de sus compatriotas que se apresuraron a comunicar a Jerusalén la noticia de su feliz liberación y, acto seguido, le pusieron en emotiva comunicación telefónica con su mujer Sara, que solo en ese momento tuvo la certeza de que estaba vivo y además libres, y con el pequeño David, todavía muy ajeno a cuanto había ocurrido. Amal vio entonces cómo aquel hombretón rompía a llorar.

Atendidas estas urgencias iniciales y devuelto Asís a *Le Grand Bleu* vendado como una momia egipcia, la patrullera les escoltó hasta las proximidades del puerto chipriota de Lárnaca, a una distancia de ciento treinta millas náuticas que cubrieron en algo más de dos horas, para desde allí poner rumbo a Israel. Antes de separarse definitivamente, Yaakov quiso despedirse de cada uno de sus compañeros de los últimos días, «porque sin vosotros, sin cada uno de vosotros, no hubiera tenido ninguna posibilidad de salir vivo de Siria».

—Mira, Yaakov —contestó Amal, que había dejado momentáneamente la cabecera de la litera donde Asís dormía y se había unido a la celebración—, te repites y además no tienes nada que agradecer. Que no te cogieran se convirtió en cuestión de vida o muerte para nosotros también. Recuerdo la tarde en que Rachid, con su habitual estilo franco y directo, te dijo algo como que «mira, judío, si te cogen, lo que desearás será estar ya muerto porque te torturarán con saña, exhibirán lo que quede de ti para dar ejemplo y finalmente te ejecutarán en público como espía. Y a nosotros tampoco nos iría mejor, así que mejor te ayudamos porque nos conviene a todos».

—¡Precisamente! Yo también lo recuerdo muy bien, pues su argumentación me convenció y comprenderéis que tras este razonamiento estuviera con vosotros al cien por cien —dijo Yaakov, riendo y esa fue la primera vez que los demás le vieron hacerlo.

—Pues no sabes tú cómo nos alegramos nosotros de dejar con dos palmos de narices a esos cabrones, porque es precisamente para eso para lo que hemos venido a Siria. Por Asís, por Rachid y por ti, con la estupenda propina añadida de Amal. Y lo hemos conseguido. —Borja quería parecer serio y solemne, pero le traicionaba la sonrisa que se traslucía en sus ojos.

—Me has hablado tanto de Sara y de tu hijo, de David, que me muero de ganas de conocerlos —intervino Lola—. Así que cualquier día me presento en tu kibutz y me los presentas. —Para Lola todos los israelíes vivían en granjas colectivas como en los primeros años del sionismo, sin que la disuadieran las explicaciones de Yaakov de que él no vivía en ningún kibutz, sino en una base militar donde las medidas de seguridad eran extremas y no sabía si sería bienvenida…

—Pero no te preocupes, tú avisa de tu llegada y ya buscaremos dónde recibirte con los brazos abiertos.

—Eres el primer israelí que se ha cruzado en mi camino y cuando te conocí te dije que en esto estábamos todos juntos y juntos teníamos que salir, apoyándonos unos a otro —dijo de nuevo Amal—. Y lo hemos logrado. Y, además, en estos días he aprendido que durante muchos años he vivido engañada por la propaganda de mi Gobierno que os presenta como diablos con cuernos y rabo… —Se detuvo un momento para continuar, emocionada—: A Asís le gustaría poder darte ahora un abrazo de despedida, pero… bueno, ya sabes lo que ha pasado y está descansando. En todo momento se ha tomado muy a pecho tu liberación y seguro que lo celebrará, lo celebraremos, en cuanto sea posible. El abrazo te lo daré ahora yo en su nombre.

Amal sonreía mientras sus ojos se llenaban de lágrimas que pugnaban por salir. Asís hubiera dicho que estaba bellísima porque eso es exactamente lo que los demás también pensaban en aquel momento.

Tras las despedidas, la patrullera puso rumbo a la base naval de Haifa, en Israel, donde se organizaba sobre la marcha una recepción multitudinaria al «héroe de Al-Kiswah»… porque así es como se escribe la historia.

Por su parte, *Le Grand Bleu*, ya en zona segura, se dirigió hacia el puerto de Lárnaca y atracó sin incidencias como estaba previsto. Allí le esperaba el delegado del CNI en Chipre que se ocupó de que entraran en el país sin visado y sin necesidad de enseñar pasaportes, que además

eran todos falsos. Desde el mismo muelle fueron llevados a un microbús, menos Amal y Asís, para los que se dispuso una ambulancia, y escoltados por personal del servicio local de inteligencia se dirigieron al aeropuerto donde un Falcon medicalizado se ocuparía de trasladarlos a la base militar de Torrejón de Ardoz, en Madrid.

Porque desde que pusieron pie en Chipre, la Casa había asumido el control y en Madrid el director hizo coincidir ese momento para presentarse una vez más en la sala donde la célula de crisis llevaba varios días reunida sin descanso.

—Os felicito —les dijo al grupo de hombres y mujeres ojerosos que habían concebido en un tiempo récord la operación de rescate y asegurado luego su éxito—. Sé que Borja y su equipo han tenido que improvisar sobre la marcha, ya nos lo explicará con detalle, pero eso no quita mérito a vuestro trabajo y además es precisamente lo que un buen jefe debe hacer cuando es necesario. Y no cabe duda de que lo han hecho bien porque están todos a salvo. Decidle que quiero verle primero a él y luego a todo su equipo tan pronto como hayan descansado lo mínimo necesario, que se lo merecen. Y que en cuanto se reponga de sus heridas, me traiga también a ese chico, Asís, que ha trabajado y muy bien para nosotros estos últimos meses. Quiero conocerle. Y también le decís a Borja que me haga junto con Miguel, nuestro hombre en Beirut, un informe muy detallado que luego vosotros estudiaréis con detalle para detectar posibles fallos o errores y aprender todo lo que se podría haber hecho mejor con vistas a futuras operaciones.

El director estaba visiblemente satisfecho porque lo hecho aumentaba el prestigio del CNI ante el Mossad israelí y la CIA norteamericana, que sería informada con todo detalle de lo ocurrido, y porque ahora los israelíes tenían una deuda con él y pensaba cobrarla.

—Lo que más me gusta de lo que hemos hecho —continuó— es que los demás no saben que hemos sido nosotros, y eso salvaguarda las relaciones de nuestro servicio con los de Rusia, Siria e Irán, que son países que de una forma u otra han estado involucrados en este asunto. Ya sabéis mi principio de que hay que tener amigos hasta en el infierno y este es un buen ejemplo. Ahora hay que mantener el perfil bajo que tan bien nos va, nunca nadie debe conocer nuestra participación ni en Sauna Suomi ni en esta fuga tan rocambolesca, dejaremos que la medalla se la ponga el Mossad. Vosotros olvidad lo ocurrido, esta operación nunca ha existido y nunca nadie debe sospechar su existencia fuera de los muros de esta casa. El nuestro es un mundo de sombras y discreción, recordadlo en todo momento, un mundo en el que las medallas se las ponen siempre otros. Ahora id a descansar, que os lo habéis ganado, y vaciad este cuarto ya mismo porque lo necesito para otra célula que tiene que reunirse con urgencia para ocuparse del ataque a nuestra embajada en Kabul esta misma mañana.

Epílogo

Cuando terminé mi investigación, quise agradecer a mi amigo Efraim haberme puesto sobre la pista de una historia que yo, en mi ingenuidad, pensé que había concluido cuando envié a Los Ángeles el collar que me había dado el viejo Raphaël en su tienda de la calle Manucheri de Teherán y cuando algún tiempo más tarde recibí la foto de una sonriente Myriam luciéndolo en torno a su cuello el día de su boda.

Por eso, viajé a Tel Aviv y de nuevo nos reunimos para almorzar en la cercana Jaffa, en un restaurante situado sobre un promontorio que domina la bahía, esta vez en un bonito día soleado y con la mar en calma. Y allí, junto a una botella de Margalit, reserva de 2001, le conté el resultado de mis pesquisas que en parte él ya conocía.

—Ya te dije que era una historia triste pero que valía la pena —dijo Efraim—. No podía contarte yo los pormenores porque las actividades del Mossad son material clasificado. Pero también sabía que con tus contactos podrías penetrarlas. Yo no te dije nada, solo te animé a investigar la historia que había detrás de aquel collar de apariencia inocente.

—Y yo he venido a agradecértelo —continué yo—. Tenías razón al decirme que es una historia triste. Myriam no era la chica sonriente de la foto que yo recibí o, mejor, lo fue, pero dejó de serlo a su pesar para convertirse en una mujer desgraciada y obsesionada con una venganza cuya insatisfacción la llevó a la muerte. Aun así, creo que le habría gustado conocer la historia de esta fuga.

—Estoy de acuerdo, yo también lo creo. Supongo que sentiría una especie de reivindicación póstuma, aunque no estoy seguro porque era una mujer que vivía amargada y amargada murió. —Efraim se detuvo un momento mirando al trasluz su copa de vino que el sol teñía de un bonito color rubí, antes de proseguir—: También supongo que te gustará saber que el teniente Yaakov Yalon, un héroe nacional tras su aventura en Siria, dejó el ejército y ahora milita en Meretz, un pequeño partido de izquierdas desde donde lucha por una solución de dos Estados para palestinos e israelíes… una solución que la política de Bibi Netanyahu estos últimos años ha hecho casi imposible, aunque yo la siga viendo necesaria si queremos paz con los palestinos… En todo caso, Yalon es un idealista en el Israel de Netanyahu —concluyó, moviendo la cabeza con incredulidad—. El que de idealista no tiene nada es Bertrand Dejammet —continuó Efraim—, he oído decir que con el dinero que le dio el Mossad por sus servicios, y que fue bastante, se ha instalado en Martinica y que sigue con sus trapicheos en la zona del Caribe. No por necesidad, créeme, sino por vicio y afán de aventura porque es feliz así y porque ni sabe, ni quiere, ni le divierte hacer otra cosa.

Sonreí con este comentario, que me reafirmó en el sentido práctico del francés porque estoy convencido de que el secreto para ser feliz no es tanto hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. Y sin duda él había acertado y daba cierta envidia.

Tras unos instantes de silencio mientras miraba con atención su copa, Efraim siguió relatando el fin de algunos personajes de esta historia:

—También te gustará saber que el capitán Kadiri ha muerto… —Dejó pasar unos segundos

para disfrutar de mi cara de sorpresa y luego añadió—: Le encontraron tirado sobre la acera junto a su casa en medio de un charco de sangre con un tiro en la cabeza. Nadie sabe qué ocurrió.

Y yo entonces, sin ninguna prueba, pensé en Rachid y en el padre Matteo. Pero no lo dije. Me limité a repetir aquello tan traído de que quien a hierro mata, a hierro muere, como creo que dice la Biblia, y Efraim asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué me cuentas del general Soleimani, el cerebro de la trampa que los iraníes os tendieron en Al-Kiswah? —Yo sabía que había muerto algún tiempo después en una emboscada que le hicieron los americanos porque la noticia había salido en todos los periódicos del mundo, pero quería ver si Efraim me contaba algo más.

—No te extrañará si te digo que se la teníamos jurada. Era el enemigo público número uno de Israel y dentro del Mossad… ahí ni te cuento… en la cantina tenían un juego de dardos con su foto en medio y cada día había que cambiarla de tan agujereada que quedaba. ¡El hombre más odiado del mundo! El director Avi Mofaz presentó la dimisión —que le fue aceptada— tras el fracaso de la Operación Garra de Hierro, y entonces sus compañeros del servicio de Inteligencia se impusieron el objetivo de acabar con Soleimani como la prioridad máxima para vengarle. Pero no era nada fácil lograrlo y además hacían falta permisos de las alturas para intentarlo. General condecorado, hombre muy inteligente y héroe nacional en Irán tras el éxito de la emboscada de Al-Kiswah, hacerle algo suponía un salto cualitativo muy importante en el nivel de enfrentamiento con el régimen de Teherán porque una cosa es atacar un convoy iraní con munición o una base desde donde te envían drones asesinos, y otra muy distinta matar al general más famoso de un país con el que no estás en guerra. Y Netanyahu no se atrevía. Hasta que llegó Donald Trump que actuaba más por impulsos que por reflexión y le quiso hacer otro regalo, uno más, pero que, en este caso, también le convenía a él por razones de política interna. Ya sabes los perennes celos que tiene de Obama y resulta que Obama había eliminado a Bin Laden, y a Trump no le parecía suficiente haber matado «como a un perro», como él decía con su elegancia habitual, al califa Al-Baghdadi, jefe del Estado Islámico. Quería algo más y el propio Soleimani se lo facilitó porque tras Al-Kiswah se endiosó, su popularidad le hizo confiarse y entonces bajó la guardia y dejó de tomar las precauciones mínimas. Fíjate que viajó en avión de línea desde Teherán a Bagdad ¡utilizando su verdadero nombre! Un agente nuestro lo supo, confirmó que embarcaba en aquel vuelo y… nosotros se lo contamos a los americanos. Un dron hizo el resto. Su coche fue pulverizado cuando salía del aeropuerto de Bagdad. No quedó nada de él. Y así cerramos por fin la herida que nos había dejado en el orgullo nacional el enorme fracaso de Al-Kiswah.

Yo le escuché en silencio pensando que la maldición bíblica del ojo por ojo sigue vigente en Oriente Medio igual que en tiempos de Abraham. Y tratando de aligerar un poco el ambiente añadí:

—Y supongo que tú sabes que Asís también fue generosamente recompensado por el Mossad tras haber salvado a vuestro hombre en una fuga que le hizo atravesar toda Siria, y, por lo que he podido saber luego… oye, este Cabernet Sauvignon de Galilea está estupendo, parece que los israelíes estáis por fin aprendiendo a hacer buen vino…

Y ambos, como de tácito acuerdo, reposamos la vista en el Mediterráneo sereno y de un color azul profundo a aquella hora de la tarde a pesar de que es un mar que en sus costas las ha visto de todos los colores. Y que las sigue viendo todavía hoy.

Table of Contents

Palabras preliminares
Prólogo
Mapa
1. La detención
2. Una triste victoria
3. Myriam
4. Canje de cromos
5. Asís
6. Rachid
7. Resurrección
8. Amal
9. La misión
10. Bertrand
11. El bofetón
12. Sauna Suomi
13. Teherán
14. Una lección de geopolítica
15. La filtración
16. No hay vuelta atrás
17. Luz verde
18. Comienzan los preparativos
19. El búnker
20. Dos amigos
21. El primer cumpleaños
22. Operación Garra de Acero
23. El chiringuito
24. La revelación
25. Reencuentro
26. La Casa de Cristal
27. Jerusalén
28. Se prohíben las salidas
29. El día D
30. La negra noche
31. Un aullido de pena
32. La madrugada
33. El rastreo
34. Luna
35. Las reacciones
36. La huida
37. Tirando del hilo
38. Latifa
39. El retorno

40. Alepo
41. El convento
42. La Cuesta de las Perdices
43. Al-Mezzeh
44. Yaakov
45. El padre Matteo
46. Una puta casualidad
47. El cautiverio
48. Latakia
49. Frustración
50. El operativo
51. Contacto
52. Persecución
53. Misión nocturna
54. Las pistas
55. El camino
56. Los rusos
57. Sangre en la arena
58. Que no se sepa
Epílogo